

· ARACELI SAMUDIO ·

se

LA CHICA DE LOS

Colores



Lectulandia

Celeste era una chica con una discapacidad a quien, a raíz de un accidente, le habían amputado ambas piernas a la edad de diez años. Gracias al apoyo de su familia —en especial al cariño y confianza que le brindó su abuelo—, fue capaz de superar los momentos difíciles causados por la adversidad. Encontró entonces en el arte, y específicamente en la pintura, una forma de liberar su alma, de volar a los rincones a los que físicamente no podría llegar. Así, entre cuentos infantiles y sirenas, fue capaz de crecer y convertirse en una mujer hermosa, talentosa y, sobre todo, independiente.

Pero, y ¿el amor? El amor la hacía sentir vulnerable. No lo esperaba, creía que las cosas para ella serían así: una vida solitaria y llena de cuadros por pintar. Entonces apareció Bruno, un chico de una ciudad distinta, de una clase social diferente, pero con muchas ganas de llenarse de los colores de Celeste.

Bruno le demostrará que el amor no entiende de diferencias ni de limitaciones, que los recuerdos que guarda el corazón son más importantes que los que guarda la mente, y que el amor existe para todos. Celeste encontrará en Bruno al chico de los cuentos que le contaba su abuelo y, de paso, descubrirá que este tiene muchas más historias que contar, además de las que ella conocía y que los secretos del pasado pueden afectarlos a ambos.

Celeste y Bruno serán testigos de un amor predestinado en el tiempo, una revancha de la vida, un lienzo en blanco lleno de colores por pintar y descubrir.

Araceli Samudio

La chica de los colores

Amor en un mundo inclusivo - 1

ePub r1.0

Titivillus 14.08.2020

Título original: *La chica de los colores*
Araceli Samudio, 2017
Ilustraciones del cuento: Bianca Fernández
Diseño de cubierta: Guillermo Sandoval
Fotografía de cubierta: Fernanda Salinas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

La chica de los colores

Dedicatoria

Agradecimientos

Prólogo

1. Él

2. Ella

3. Sirena

4. Vulnerable

5. Insistiendo

6. Primera cita

7. Amor de verano

8. Explosión de color

9. ¿La novia?

10. Alas

11. Te amo

12. Explosión de color y pasión

13. Pintando nuestro amor

14. Despedida

15. Superando distancias

16. El viejo diario
17. ¿Bailar?
18. La danza del amor
19. Sirenita
20. Prótesis
21. La suegra
22. El testamento
23. Proyectos
24. Hipocresía
25. Tormenta
26. Después de la tormenta
27. Volando
28. La casita de Arsam
29. Secretos
30. Viejas cartas
31. La caja roja
32. La verdad del tío Beto
33. Cambio de rumbo
34. Dificultades
35. El olvido
36. Despedida
37. Confusión, neblina, incomodidad
38. Sin ti

39. Disipando la neblina

40. ¡Claro que lo amo!

41. Recordando

42. Sirenita

43. Sacrificios

44. Amor eterno

Epílogo

La chica del pincel mágico

Glosario

Sobre la autora



Para ti, que eres igual que yo;
para ti, que eres diferente...
Porque todos somos iguales
y todos somos diferentes.

Agradecimientos

En primer lugar quiero dar las gracias a **Dios** por haberme dado el pincel, la paleta y los colores para poder pintar el cuadro de mi vida, por las oportunidades y por haber puesto en mi camino a personas tan maravillosas.

Agradezco principalmente a mi familia que fueron los primeros en creer en mí. A mi marido **Andrés**, por caminar a mi lado y ayudarme a soñar incluso cuando la realidad pesa más que las ilusiones. A mis hijos **Ezequiel**, **Guadalupe** e **Iñaki**, por ser el motor que mueve mi mundo; y a mi **madre**, por alentarme siempre a alcanzar mis metas.

No puedo dejar de agradecer a unas mujeres que con su apoyo me han ayudado a hacer crecer y dar forma a este hermoso sueño demostrándome que la amistad no tiene fronteras. A **Carolina Méndez**, por ser mi hermana, mi amiga, compartir conmigo cada idea, cada sueño y por enseñarme tanto con sus propias letras; a **Ana Coello**, por ser mi mentora y modelo, por tanta paciencia y palabras cargadas de sabiduría. A **Mamen Conte Aguilar**, por animarme a soñar, a creer, por levantarme cuando caigo y alegrarse conmigo por mis triunfos, a **Karen Maiotto Vega**, por soñar conmigo y ayudarme a seguir, por regalarme tanto cariño y confianza; a **Vicky** por creer en mí e impulsarme a volar, a **Karen Colman**, compatriota y compañera de letras, por darme una mano en la revisión de la novela. A todas y cada una de ellas, gracias por pintar con sus colores mi mundo.

Quiero agradecer a los artistas que me ayudaron a darle forma a la portada y las imágenes del libro. A mi compadre **Guillermo Sandoval** por la hermosa portada, a **Fernanda Salinas** por las fotografías y la divertida sesión llena de pintura y a **Bianca Fernández** por los bellos dibujos del libro de cuentos que se adjunta a la obra.

A **mis lectoras**, las que están conmigo desde el inicio y las que se suman día a día: sin ustedes mis letras serían colores que no podrían posarse en ningún lienzo, gracias por dejarme ingresar a sus mundos, por permitirme

recrear mis historias en sus mentes y en sus corazones, gracias por confiar en mí y por alentarme a seguir por medio de sus hermosos mensajes. Quiero agradecer especialmente a todas esas lectoras que se enamoraron y se enamorarán de esta historia, y sobre todo a quienes se identifican y viven situaciones similares a las de Celeste, gracias por permitirme recrear en ella al menos un poquito de sus vidas intentando ampliar un poco más la conciencia general sobre la realidad de las personas con discapacidad.

A ***Nova Casa Editorial*** por confiar en mi trabajo y darle una forma a mis sueños.

A todos y cada uno de ustedes, gracias infinitas por ayudarme a alcanzar esta meta.

Prólogo

Un dolor punzante en donde deberían estar mis piernas me despierta de golpe, respiro jadeante y me incorporo en la cama. La oscuridad de la madrugada se cuela por mi ventana y la luna brilla distante en el firmamento. Suspiro... Hace bastante tiempo que no tenía este sueño-pesadilla, lo que quiere decir que probablemente algo nuevo sucederá en mi vida.

Siempre que sueño con el accidente normalmente indica que pronto habrá algún cambio. Por suerte, no necesariamente es algo malo, a veces puede ser algo bueno. Me bajo de la cama y voy hasta la cocina, tomo un vaso y me sirvo un poco de agua del bebedero que mi madre ha colocado en una mesita no muy alta para que pudiera alcanzarlo con facilidad. Sonrío al recordar que la última vez que tuve ese sueño fue un mes antes de mudarme a esta casa, justo cuando mis padres decidieron aceptar que con ayuda de algunos muebles —reformados especialmente para mí— podría ser independiente.

Vuelvo a mi cama y recuerdo el día del accidente. Si tan solo hubiera sabido que sería la última vez que sentiría que mis zapatos me ajustaban, si tan solo hubiera intuido que nunca más sentiría la arena de la playa con sus restitos de caracolas clavarse en la piel de mis pies... quizás hubiera corrido una vez más. Me habría metido hasta las rodillas en algún charco de lodo, hubiera movido mis dedos del pie mientras los observaba sentada en la arena a orillas del mar, los hubiera dejado hundirse cuando una ola que acabara de mojarlos se fuera en retirada de regreso al mar... Pero nunca se sabe lo que puede suceder, las cosas solo ocurren —para bien o para mal—, y cuando di aquellos pasos esa mañana mientras corría a la escuela, no tenía idea que serían los últimos.

De todas formas, no soy una persona fatalista, no me gusta pensar en negativo, los pensamientos oscuros son como agujeros negros: una vez que empiezan no paran hasta absorberte por completo. Yo prefiero pensar en positivo y verle el lado bueno a la vida, a la gente. Cada vez que pienso en el

accidente, me gusta repetirme a mí misma: «Al menos, solo perdí las piernas». Estuve grave y en estado crítico, pude haber perdido mucho más que eso, pude haber perdido la vida con solo diez años, y con ella me hubiera perdido tantas experiencias, tantas alegrías, tantas sonrisas, tantos colores...

Recuerdo cuando mi abuelo me regaló el primer maletín de pintura con los colores y la paleta de pintor junto con aquel lienzo en blanco. Llegó a casa y se sentó al lado de mi cama, aún estaba de reposo y no podía levantarme. Como siempre, me contó una historia, pero esta vez no era fruto de su imaginación, se trataba de la vida de Frida Kahlo. Me contó sobre su accidente y cómo nunca había perdido las fuerzas, me habló de sus ganas de pintar. Me dijo que lo importante no era caminar, sino vivir, amar, reír, soñar, volar. «Te regalaré alas, Sirenita», prometió, y esa fue la primera vez que me llamó así. Entonces me dio un pincel, un lienzo y los colores.

—Gracias, abuelo —sonreí—. ¿Por qué me llamas Sirenita? —pregunté desde mi inocencia.

—¿Conoces el cuento de la Sirenita? —inquirió sonriendo. Mi abuelo amaba los cuentos, tanto, que en sus tiempos libres escribía cuentos para niños.

—Sí, abuelo, el de aquella que cambió su cola por un par de piernas para poder casarse con el príncipe.

—No me refería a ese —negó él sonriendo—, me refiero al de Celeste.

—¡No lo conozco, abuelo! ¿Hay una sirena con mi nombre? —pregunté entusiasmada; amaba sus historias—. ¡Cuéntamelo, por favor!

—Celeste era una bella sirenita que tenía una enorme y brillante cola de color celeste. Sus cabellos eran de los colores del arcoíris y sus ojos brillaban más que el mismísimo cielo. Con su voz y sus colores era capaz de encantar a todos los piratas y marineros que pasaban cerca de la zona que habitaba. Todos caían rendidos ante la Sirena más bella que se conocía en alta mar y algunos incluso viajaban desde remotas ciudades solo para conocerla y verla de lejos. Pero nadie se le acercaba, porque todos temían a las historias sobre sirenas; se decía que con su belleza y su voz eran capaces de encantar a los hombres y luego los mataban.

»Un día, un hombre no lo soportó más, había viajado solo para verla de lejos y llevaba varios días observándola. Se había enamorado de ella, de sus ojos, de su voz, del color de sus cabellos, de la belleza y majestuosidad de su cola de sirena. Quería acercársele, hablarle y decirle cuánto la amaba, pero sus amigos le recomendaron que no lo hiciera. Aun así, decidido, se tiró al mar y nadó hasta ella. Cuando la alcanzó, la Sirena

lo miró confundida, nunca había visto esa clase de criaturas tan cerca. El joven le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

»Celeste se enamoró inmediatamente de la mirada profunda de aquel muchacho e inmediatamente quiso ser como él, poder cambiar su cola por un par de piernas para correr con él hasta su mundo. Sin embargo, el joven no aceptó que lo hiciera, le explicó que él se había enamorado de ella por lo que era, por sus cabellos, por sus ojos, por su bella cola de sirena. Le dijo que la amaba así, especial, única y diferente.

»Entonces el chico construyó un castillo sobre unas piedras en medio de alta mar. En el castillo había grandes piletas naturales formadas por las aguas del mar, donde ambos podían coexistir sin necesidad de que ella dejara de ser quien era. Se casaron en una boda en medio del mar, donde ambas familias los acompañaron. Su amor fue bendecido por los dioses de la tierra y el agua, permitiéndoles vivir felices en su castillo. Ambos demostraron que el amor verdadero es aquel que no te pide que cambies, que te acepta como eres y que es capaz de ver más allá de las diferencias y de las limitaciones.

»La leyenda cuenta que luego de muchos años, algunos de sus descendientes regresaron a tierra firme, y se dice que algunos tienen algo de sirena y otros, algo humano. Dicen que se buscan entre sí y, cuando se encuentran, ocurre entre ellos una combinación tan mágica y perfecta como la que sucedió entre aquel hombre y la sirena. Un amor bendito, profundo y eterno, que va mucho más allá de todo.

—¡Qué lindo cuento, abuelo! —exclamé sonriendo, pero sin entender en ese momento lo que mi abuelo quería decirme.

—¿Sabes? —preguntó acercándose a mi oído como si me hablara en secreto—. Yo creo que tú descienes de ellos. —Afirmó, y luego me guiñó un ojo.

Sonríó ante mi recuerdo, extraño mucho a mi abuelo y sus historias, y esa en especial había calado hondo, por eso solía pintar sirenas. Más adelante entendí que él hablaba de mí, me decía con su cuento que no me rindiera ante el amor, que un día llamaría a mi puerta como algo profundo y avasallador, algo que no tendría en cuenta mis limitaciones y que me haría sentir plena. Y aunque no creía que eso sucediera, le agradecía a mi abuelo haberme visto así. Creo que él, con sus historias donde me hablaba sobre el amor, los sueños, las esperanzas y la vida misma, fue quien me llenó de ganas y alegría de vivir, quien jamás dejó que me deprimiera o llorara, quien siempre me sostuvo para que nunca cayera.

—Buenas noches, abuelo —murmuro mirando al cielo a través de mi ventana. Quizá fue él quien pintó para mí esa bella luna.

Cierro los ojos y me dispongo a conciliar el sueño de nuevo.

1

• Bruno •

Me levanté como todas las mañanas, un día más, para mí no había diferencias entre uno y otro. ¡Estaba harto de esa vida! No podía recordar un momento feliz en años. Quería correr, volar lejos de aquí, empezar de cero, siendo nadie, siendo solo yo. El problema era justo ese, que no sabía quién era en realidad. Tanto me habían dicho lo que «debía ser y hacer», que había terminado por confundirme, por desconocerme, por olvidar mi verdadera esencia.

La gente tiende a imaginar la vida de quienes tienen dinero. Cuántas veces había escuchado frases como: «¡Qué genial sería poder ser tú!», «Tienes tanta suerte de tener todo lo que tienes». Sin embargo, yo odiaba esa vida; si hubiera podido elegir, habría nacido en medio de una familia de granjeros o algo así. Mi padre era ingeniero y un reconocido empresario del rubro automotriz, era dueño de la empresa más importante y líder de la región, una empresa que él heredó de su padre, y este a su vez del suyo. Mi madre estaba metida en la política, así que tenía influencias y reconocimiento de la gente. Todo el país los conocía, menos yo. Mis hermanos y yo nos habíamos criado solos: en los internados más caros, en escuelas reconocidas, rodeados de mayordomos, tutores y niñeras, pero solos. Crecimos viendo a nuestra madre en televisión y a nuestro padre en portadas de revistas y diarios empresariales.

A mi hermana menor, Nahia, desde pequeña le había gustado el mundo de fantasías en el que vivían nuestros padres. Estaba estudiando actuación y ya mamá —con sus influencias— le había conseguido su primera participación en una serie. Nahia y yo estábamos muy unidos. Ella, a pesar de que soñaba con ser famosa —más de lo que ya éramos solo por ser hijos de Gloria y Roger Santorini—, tenía corazón, era cariñosa, divertida, alegre y espontánea. Esperaba que el medio y la fama no la transformaran como lo habían hecho con mis padres. Mi hermano mayor, Alejandro, falleció hacía aproximadamente cuatro años; él era el hijo perfecto, correcto y responsable.

Estaba estudiando ingeniería para poder encargarse del negocio de la familia cuando su vida se vio truncada a causa de un virus desconocido que se lo llevó en cuestión de horas. Mis padres nunca lo superaron, tenían todas sus expectativas puestas en él y nadie esperaba que sucediera aquello. Desde entonces mamá se volvió mucho más fría y distante, mientras que papá — unilateralmente— decidió que era yo quien debería continuar con el negocio y que ya estaba en edad para iniciarme en ello. Quería que estudiase ingeniería.

Yo siempre me había sentido en constante disyuntiva. Como el hermano del medio que era, nunca había encontrado mi espacio ni mi personalidad en esa familia. Mi hermana siempre había sido la sombra de mi madre, mientras que Alejandro era el hijo soñado de mi padre. Pero, ¿y yo? Mi pasión era el arte, hacía esculturas con materiales reciclados; supongo que era un don que había heredado de mi abuela —que era artista plástica—, con quien había pasado la mayor parte de mi infancia. Ella era la única que estaba para mí cuando me sentía solo, decía que yo era artista —como ella— y, por tanto, era un alma libre a quien, lastimosamente, le había tocado nacer en el cautiverio de la rigidez de mis padres.

En aquel momento estaba en Tarel, mis padres me habían enviado allí, a aquella ciudad costera casi perdida en el país. Ellos habían heredado de mi abuela una enorme casa de campo que utilizaban para venir cuando se cansaban del ruido del trabajo y sus secuelas. La mansión era grande y tenía acceso a una playa privada, por lo que cuando la visitaban, no tenían necesidad de ir hasta el pueblo, pues allí había todo lo que se requería para poder olvidarse del mundo por un tiempo.

Mis padres no podían entender —o mejor dicho, no querían aceptar— que no me interesaran en absoluto la ingeniería y los números. Me habían mandado allí por un par de meses y de forma obligada con el objetivo de que «meditase» sobre lo que era bueno para mi futuro. Eso era irónico, ellos jamás se habían preocupado por nosotros, por darnos un abrazo, una palabra cálida o leernos un cuento antes de dormir; sin embargo, deseaban manejar mi vida a su antojo, como si yo fuera de su propiedad. No podían admitir tener un hijo que simplemente quisiera hacer algo diferente a lo que ellos consideraban el ideal de felicidad.

Vivíamos en un país grande con una sociedad bastante conservadora. De chicos nos perseguían los periodistas y nos preguntaban cosas que ni siquiera sabíamos cómo responder acerca de la carrera de mi madre. Con el tiempo se fueron calmando un poco, pero cualquier desliz en nuestra conducta podía representar daños en la carrera de mamá. Por tanto, desde pequeños habíamos

sido adiestrados en las buenas costumbres y en los buenos modales. Un hijo suyo no podía salir en diarios por emborracharse en un bar o haber participado en alguna gresca.

Me consideraba una persona muy solitaria, no tenía muchos amigos ni había tenido demasiadas parejas. Odiaba que las chicas se acercasen a mí por el dinero, podía descubrir ese brillo en sus ojos cuando al mirarme me reconocían. Las sonrisas falsas, los movimientos sexys, el interés brotando por sus venas. Una vez tuve una novia, se llamaba Lucía y fue mi primer amor. A ella no le importaban esas cosas, pero con el tiempo la relación simplemente se enfrió. Mis amigos eran los de siempre, Manuel y Lorena, mis primos mellizos y compañeros de colegio, gente a la que le daba exactamente igual quién era yo o quiénes eran mis padres, solo éramos familia, pero no éramos demasiado cercanos.

Llevaba dos días encerrado en ese castillo y me estaba muriendo de aburrimiento. ¿Cómo suponían que en aquel retiro obligatorio de repente descubriría que lo que siempre quise era ser ingeniero? No lo sabía, pero lo que sí sabía era que necesitaba salir a dar una vuelta. Tenía ganas de crear algo y para ello me gustaba pasear por la ciudad, mirar sus estructuras y recoger materiales que me pudieran servir.

Una enorme plaza llamó mi atención, tenía buenos recuerdos de ese lugar; en realidad, tenía buenos recuerdos de todo este pequeño pueblo. Solíamos venir aquí cada año de vacaciones a escondernos del mundo, era el único tiempo en que nuestros padres se comportaban como padres, no se preocupaban por lo que diría la prensa, ni por las reuniones de mamá o la venta de los autos de papá. Éramos por un par de semanas niños normales dentro de una familia normal. Sonreí ante ese recuerdo y me adentré en la plaza. Estaba hermosa como siempre, se llamaba «Plaza Verde» y habían mejorado los bancos y la iluminación. Una enorme fuente emergía en el centro llena de agua, flores, colores y vida.

Definitivamente, era un buen lugar. Un escenario natural rodeado por el trino de las aves que parecían concentrarse todas en ese sitio, algunas de ellas para beber en la fuente. Los niños jugaban en los columpios, había farolas pintadas de distintos tonos pastel y sillones de hierro haciendo juego. Era rara la mezcla de colores, pero resultaba agradable a la vista.

Colores. Cuando éramos pequeños mi abuela nos decía que debíamos pensar en colores, expresar nuestros sentimientos con ellos. Nos decía que cada uno significaba algo: el rojo estaba siempre relacionado con la pasión o el amor; el amarillo, la amistad. Cuando me enojaba por algo me decía:

«Cierra los ojos y piensa en un color que identifique como te sientes». La verdad, no sé por qué lo hacía, pero siempre me resultó divertido.

Practiqué aquello durante mucho tiempo, incluso después de su muerte. Recuerdo haber llorado sobre su tumba lágrimas de color rosa, porque era su color favorito, y mientras yo pensaba que lloraba en rosa, la imaginaba teñirse de ese color para ir al cielo con una sonrisa. Les pedí a mis padres que le pusieran un vestido rosado y cubrieran su cuerpo con telas del mismo tono, pero no quisieron. Me sentí triste por aquello, entonces decidí imaginar que mis lágrimas de tristeza eran de su color favorito y que con ellas conseguiría pintar el alma de mi abuela antes de que viajara al otro mundo. Ella era una excelente pintora y había sido la encargada de darme ese amor de familia, esa idea de que pertenecía a algo que, de otra forma, no habría conseguido.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en colores, todo era gris, blanco o negro en mi vida. Desde mi habitación y las ropas que usaba hasta mis pensamientos aburridos. Todo en aquella plaza me recordaba a mi abuela, ella amaba ese lugar. Solía sentarse aquí, un poco más al norte, donde había un árbol de raíces gigantes y desde donde solía mirarnos mientras mis hermanos y yo andábamos en bicicleta. Sonreí ante el recuerdo y miré al cielo sin poder evitar preguntarme: ¿Dónde estarás, abuela? ¿Serás feliz?

Ella era oriunda de este pueblo, pero a los diecisiete años tuvo que mudarse con sus padres al otro lado del país, a la capital: Salum. En esa ciudad conoció a mi abuelo y se casaron, para luego dar a luz a mi madre, su única hija. Nosotros nos criamos y vivimos allí toda la vida, pero siempre escuchamos de mi abuela las historias sobre Tarel y sus encantos. Nos habían enseñado que esa ciudad era mágica —y en realidad lo era— solo porque una vez al año, aquí, recuperábamos la normalidad en nuestras vidas.

Mientras recordaba las historias de mi abuela y sonreía en silencio, me di cuenta de que estaba sentado en una banca que, paradójicamente, era rosada. Quizá mi abuela me estaba queriendo decir algo, me gustaba pensar así. Abrí los brazos a lo largo del respaldo y miré al cielo una vez más, cerré los ojos y aspiré profundo. Todo aquí olía a paz, olía a mar, olía a libertad.

El sonido de unos niños riendo me trajo de mis pensamientos y los observé divertidos. Estaban a unos metros parados detrás de una chica que pintaba unos cuadros. Desde donde estaba podía ver solo la cabellera de la joven sentada en el suelo. Parecía *hippie* o algo así. Su falda de muchos volados se extendía en un círculo sobre el suelo y en sus brazos llevaba un tatuaje. Su cabello tenía un montón de colores —como si de un arcoíris se

tratara— y caía en ligeras ondas a lo largo de toda su espalda. Los niños reían y lo señalaban. Ella pintaba, sin inmutarse, un cuadro que parecía un paisaje.

—¿Tu mamá te dejó pintarte de esos colores el pelo? —preguntó una niña sonriéndole.

—Sí, me dejó —contestó la chica que seguía concentrada en su cuadro.

—Me gusta, yo querría pintármelo de púrpura. ¡Pero mi mamá no me dejaría jamás! —exclamó la niña tocando uno de sus rizos rubios.

—Yo creo que cuando seas grande podrás teñírtelo del color que desees —alegó la joven.

—¿Por qué te lo has pintado de tantos colores? —preguntó el niño al otro lado—. Digo, ¿no podía ser solo de un color?

—No podía elegir cuál de todos esos colores me gustaba más. —La voz de la joven sonaba divertida y cantarina, no parecía sentirse invadida por las constantes preguntas de los pequeños. Al contrario, parecía disfrutarlo, y aun así, continuaba su labor.

—A mí también me cuesta elegir —asintió el niño en un gesto que denotaba entendimiento—. Cuando vamos por un helado nunca puedo decidirme por un sabor. Ojalá mis padres los compraran todos, así podría comer un poco de cada uno. —Los tres rieron divertidos.

—¡Me gustan tus cuadros! —exclamó la niña señalándolos.

—Gracias —sonrió amablemente la joven.

Los niños siguieron corriendo y yo me quedé absorto en el pincel de la extraña de cabellos multicolores. Subía y bajaba acariciando ese lienzo sin ninguna duda, sin ningún reparo, esfumando trazos, delineando figuras. Ella no se detenía, solo pintaba y pintaba. La experiencia me resultó relajante y luego de aproximadamente una hora de solo contemplar su trabajo, decidí volver a mi casa.

2

• Celeste •

Me desperté temprano, abrí los ojos y aspiré profundo. Tomar impulso cada día a veces resultaba una tarea complicada, pero yo sabía que todo era distinto si pintaba mi mundo de colores y alegría. Me senté en la cama y volví a aspirar, dejando que el aire fresco de la mañana se colara en mis pulmones. El brillo del sol se peleaba con mi cortina para colarse en mi habitación. Sonreí; el astro rey me estaba saludando y con su brillo me auguraba un día fantástico. Había algunos días difíciles —porque nada en la vida era sencillo para nadie—, pero había otros en los cuales cuando despertaba y sentía la energía del momento, simplemente sabía que todo estaría bien. Ese era uno de aquellos, y los días buenos había que vivirlos al máximo para cargar fuerzas para los días malos.

Me bajé de la cama y me dirigí hasta la pequeña butaca bajo la ventana. Con ayuda de mis brazos subí a ella y abrí las cortinas para dejarle al sol entrar con sus rayos a mi estancia. «Pase adelante», dije sonriendo, y de inmediato sentí el calor rebotando en mi piel y contrastando con el viento fresco de una mañana limpia. Contemplé las nubes blancas y el cielo azul. Los ángeles habían hecho un trabajo perfecto pintando el paisaje que hoy nos regalaban. Sonreí. Me gustaba imaginar a unos ángeles de muchos colores con sus paletas de pintor trabajando arduamente para regalarnos en cada jornada un hermoso día. Era obvio que se esmeraban más en los amaneceres y atardeceres, jugando con sus paletas, imaginando colores, pero era divertido incluso en otras horas del día, cuando se podía jugar a adivinar las formas de las nubes.

Imaginaba que era una especie de diversión para ellos hacer ese juego de dibujar nubes que se parecieran a algo. Toda esa historia de ángeles pintando cielos era idea de mi abuelo, quien de pequeña me había enseñado a apreciar esos regalos de la naturaleza. Mi abuelo Paco era jardinero de profesión y escritor de corazón. Escribía cuentos para niños y, como era de suponer, había

pasado toda mi infancia oyendo sus historias. La de los ángeles pintores era una de sus favoritas; él decía que cuando muriera sería uno de ellos.

—¡Esa de allá es un corazón! —grité en la ventana, señalando una nube que tenía una forma similar a un corazón—. Será un día pleno de amor —sonreí para mí.

Bajé de la butaca y me dirigí al sitio donde tenía mis ropas todas ordenadas por colores. Elegí una blusa roja y una falda amplia de tipo hindú de color crema. Tomé ropa interior del otro cajón y fui al baño a darme una ducha. Cuando terminé me vestí parsimoniosamente y luego me dirigí a la cocina. Fui moviéndome entre los muebles preparados especialmente para mí y abrí la heladera para sacar leche, jugo y un poco de queso y jamón, busqué pan y me preparé un sándwich. Desayuné saboreando lentamente la comida, dando gracias por tenerla en mi mesa. Sonreí al saberme satisfecha y lista para enfrentar una nueva jornada haciendo lo que más me gustaba, pintar.

Era un día caluroso, así que recogí mi cabello en una coleta desprolija antes de salir. Tomé mi maletín con colores, un par de lienzos en blanco y me subí a la silla de ruedas que me esperaba en la entrada. Me dirigí a la salida de la casa y sonreí frente a la rampa.

—¡Uno, dos y tres! —grité mientras dejaba que la silla rodara por la fuerza de la gravedad. Nunca me cansaría de esa sensación. Llegué estrellándome contra el portón de hierro como siempre y sonreí como una niña. Abrí la puerta y fui hasta la casa de al lado a saludar a mi amiga y vecina Diana—. ¡Hola Diana! —exclamé mirándola con alegría. La puerta estaba abierta y ella estaba terminando de preparar al pequeño Tomy para llevarlo a la guardería como todos los días. Me saludó con la mano y los esperé afuera.

—¡Hola, tía! —saludó Tomy al verme allí, y subió a sentarse en mi silla—. ¿Nos vamos?

—¡Arrancamos el día! —exclamamos juntos, y Diana solo negó con la cabeza. Al principio le incomodaba que Tomy se sentara en mi silla, pero yo le dije que eso era algo divertido para los niños pequeños, así que se lo permitía. Un día él ya no querría hacerlo, no había nada de malo en ello, y a mí no me molestaba en lo absoluto.

Diana era mi vecina desde hacía tres años, era también mi mejor amiga. Vivía sola con su pequeño hijo luego de que su eterno novio y padre del niño falleciera en un terrible accidente. Cuando la conocí casi no tenía ganas de vivir, Tomy era solo un pequeño bebé de meses que no había podido conocer a su padre. Ella siempre me decía que yo era su inspiración, que le había

demostrado que la vida valía la pena vivirla a pesar de las dificultades. Pero no era así, su inspiración era el pequeño Tomy, que por las fotos que había visto era idéntico a su padre. Tomy era el cable a tierra de Diana, siempre he pensado que todos tenemos un cable a tierra, algo que nos recuerda que la vida es linda a pesar de los días sin sol... Mi cable a tierra eran mis colores y mis lienzos.

Teníamos una rutina: ella, Tomy y yo íbamos todos los días a la plaza; ella me llevaba los lienzos y los materiales y yo llevaba a Tomy en la silla. De camino, dejábamos al niño en la casa de la señora Margarita, que cuidaba a unos cuantos infantes durante el día mientras sus padres trabajaban; ella vivía frente a la plaza donde yo solía pintar. Era una señora muy amable y me permitía dejar mis cuadros terminados en su casa todas las noches.

Cuando Diana y yo dejábamos a Tomy, juntábamos los cuadros y los llevábamos a la plaza. Allí Diana me acompañaba hasta dejarme en mi sitio de siempre, colocábamos cada uno de mis cuadros con esmero y luego de que me sentara en el césped, ella escondía la silla tras el árbol de raíces enormes e iba a su trabajo como cajera en un supermercado que quedaba a dos cuadras. La señora Margarita me traía el almuerzo, y yo me quedaba pintando hasta que se me agotaban las ganas, o las ideas. Entonces, solo esperaba a que llegara Diana del trabajo o bien llamaba a Néstor, el hijo de Margarita, un chico de unos quince años que me ayudaba a juntar los cuadros y llevarlos de nuevo a lo de su madre. Recién ahí yo regresaba a casa.

Vendía muy bien mis cuadros en esa plaza. Tarel era una ciudad llena de turistas que se acercaban por su clima y por sus playas durante todo el año. Había barrios cerrados de gente de mucho dinero del país, incluso estrellas famosas tenían sus casas de descanso en mi ciudad. Por tanto, siempre había turistas merodeando la zona, y la Plaza Verde era una de las paradas obligatorias.

Sus muchas hectáreas llenas de flora verde y tupida, el canto de los pájaros que se escondían en las sombras, la paz y los colores que allí se respiraban hacían de esa plaza un lugar simplemente mágico. Un lugar hermoso donde podía relajarme y dejar fluir mi arte sobre las telas. Y no podía quejarme, no había día que no vendiera por lo menos un cuadro, a pesar de mis precios, bastante «caros» según algunos lugareños.

La silla de ruedas la escondía tras el árbol: no quería que la gente comprara mis cuadros por lástima. La lástima era el sentimiento que más odiaba, era lo único que podía tirarme al suelo, que podía hundirme al máximo y deprimirme por completo. Odiaba hallar ese sentimiento en los

ojos de la gente, porque era sinónimo de que ellos no me veían como igual, sino como alguien inferior, alguien digno de compasión. Y yo no necesitaba la compasión de nadie.

Si alguien compraba mis cuadros quería que fuera por otros motivos, por la alegría que veía en ellos, por los colores, por la técnica que usaba o simplemente porque les gustaba. No porque veía a una triste chica sin piernas dibujando y pensara: «Oh, mira cómo puede superarse a pesar de ser una inválida». Porque, para empezar, yo no me consideraba inválida, eso significaría que no podía valerme, y yo sí lograba valerme por mí misma. Es cierto que necesitaba la ayuda de algunas personas de vez en cuando, como Diana, como la Señora Margarita o como Néstor. Pero, ¿quién en la vida no necesita a veces la ayuda de alguien? Diana tenía piernas, pero de todas formas necesitaba de Margarita para cuidar a Tomy, y Margarita necesitaba de esos niños para ganarse el pan de cada día. Y así la vida siempre estará llena de personas que necesitarán de personas... y eso no las hace inválidas. Los inválidos, para mí, eran aquellos que desperdiciaban sus vidas, aquellos que no sabían qué hacer con ella y desgarraban sus almas en drogas, alcohol o cosas que solo logra matarlos en vida... Yo no era inválida.

Por eso siempre usaba faldas amplias: una vez que me sentaba sobre mi mullido almohadón sobre el césped, estiraba la falda en círculo a mi alrededor, Diana escondía mi silla y la gente no me miraba de forma extraña ni penetrante, como solían hacerlo cuando me veían por las calles de la ciudad. Aunque ya estaba acostumbrada a esas miradas, en mi trabajo no quería que fuera así, quería que encontraran mi talento.

Pintar era la forma en que yo liberaba mi alma, en la que cumplía mis sueños, en la que me sentía libre. No me encasillaba en ninguna técnica ni en ninguna forma específica de pintar, había estudiado varias a lo largo de mi vida y ahora hacía lo que sentía. El arte no debería ser demasiado estructurado, o dejaría de ser arte, ¿no es así? La constante en mis dibujos era que pintaba paisajes, y en algún lugar de esos paisajes siempre me dibujaba a mí misma. Me divertía con ello, me dibujaba como quería, rubia, morena, trigueña, con pelo largo o corto, con los rasgos que se me antojasen. Nadie en realidad podía reconocerme en esa imagen, pero yo sabía que se trataba de mí, y el único factor común de todas las figuras femeninas que aparecían en mis cuadros era que tenían un par de alas o una cola de sirena. La gente pensaba que eran ángeles o hadas, pero solo era yo dibujándome a mí misma en paisajes donde me gustaría estar. A veces escondida en el tronco de un árbol y casi imperceptible a quien mirase el cuadro, a veces grande ocupando todo el

centro de la escena, difuminándome con el contexto, a veces pequeña y etérea, a veces como sirena sobre las aguas.

Siempre era yo, en algún lugar creado por mi imaginación, libre como el viento, volando sin restricciones. Eso era lo que le daba una chispa de magia a mis cuadros.



Llevaba seis días viniendo a la plaza solo para ver a la chica de los colores pintar. La llamaba así por su cabello, o por las ropas coloridas que solía usar, o por sus cuadros hermosos en donde mezclaba los colores de una forma tan armónica que me deja anonadado. Había decidido acercarme, hablarle y ver su rostro, sus ojos. Había decidido comprar un cuadro para que intercambiásemos algunas palabras. Me acerqué a ella y carraspeé, ella se volvió a mirarme. Sus ojos eran más celestes que el mismísimo cielo y su rostro era simplemente perfecto y armonioso. Ella sonrió.

—Hola —saludé.

—Hola —respondió sonriendo, y volvió la vista a su cuadro. Observé los cuadros terminados a su alrededor. Elegí uno donde una sirena descansaba sobre una piedra en una noche oscura, en algún sitio mar adentro. El rostro de la sirena se parecía muchísimo al de la chica de los colores, pero su pelo era de tono rojizo. No podía precisar si se había pintado a sí misma o se trataba de otra persona.

—¿Cuánto por este? —La miré para preguntarle, y sin bajar el pincel del lienzo se volteó ligeramente para ver a qué obra me refería.

—Doscientos —respondió sonriente.

—¡Wow!, eso es caro —exclamé, y ella dejó de pintar para observarme con seriedad. Unos minutos después una sonrisa tranquila apareció en su rostro.

—El concepto de «caro» es subjetivo —afirmó con voz cantarina y alegre —; depende de muchas cosas, de cuánto ganas, de cuáles son las cosas que te gusta comprar y de cuál es el valor intrínseco que le atribuyes a lo que compras. Quiero decir, si no te gustan los libros, un buen libro será carísimo para ti, pero si eres un lector asiduo, no escatimarás a la hora de comprar uno que te interese. —Volvió a pintar—. Y aparte de eso, ese cuadro me costó

varios días de trabajo, de mi tiempo sentada aquí haciéndolo... y mi tiempo vale. —Completó sonriente y satisfecha de su explicación.

—Okey, lo llevo —hablé convencido sacando los doscientos de mi billetera.

—Gracias —añadió ella tomándolos y guardándolos en un bolsillo de su delantal.

Tomé el cuadro y me retiré. Esa fue la primera conversación que tuvimos, pero sus ojos celestes se grabaron en mi mente y no los pude sacar de allí por largo rato. Según mi abuela, el color celeste era un buen calmante de las emociones y resultaba genial para la autorreflexión. Cuando nos poníamos nerviosos —luego de pedirnos que imagináramos el color que expresaba nuestra emoción del momento—, nos decía que cerráramos los ojos y pintásemos nuestros pensamientos de celeste hasta que lográsemos calmarnos. Los ojos de la chica de los colores eran de aquel celeste con el que yo solía pintar mis emociones cuando mi abuela me ayudaba a tranquilizarme. Sonreí, todo últimamente me recordaba a la abuela y la sentía más cerca que nunca.

Los siguientes cuatro días volví a la plaza y volví a acercarme a la chica de los colores para comprarle un cuadro cada día. No hablábamos mucho hasta que una tarde, luego de pagarle, ella me observó sonriente pero confundida.

—¿No dijiste que mis cuadros te parecían caros? —preguntó.

—Dijiste que eso era subjetivo y dependía del valor que le diera —sonreí guiñándole un ojo.

—¿Entonces estás montando una galería con ellos? —cuestionó divertida.

—No, los estoy colocando en mi estudio, en mi casa.

—Ha de ser un estudio grande, porque creo que estás saturando las paredes —sonrió y volvió a pintar.

—¿Tomamos un café? —pregunté, y ella detuvo el movimiento de su pincel sin mirarme. Luego de unos segundos continuó pintando.

—No, no puedo —contestó indiferente.

—¿Por qué?

—Estoy trabajando —respondió.

—Lo sé, pero pensé que esa era una de las ventajas de ser tu propio jefe, que puedes darte tardes libres cuando las necesites —repliqué insistente.

—Soy una persona estructurada, responsable y ordenada; tengo mis horas de trabajo y mis horas de descanso, y lo tomo muy en serio. —Entonces dirigió al fin su vista hacia mí—. Además, no necesito una tarde libre —añadió, mientras me perdía embelesado en la profundidad de sus ojos claros.

—Eso es raro, pensé que los artistas eran más relajados. Juegas con esos colores, los mezclas a tu gusto, sin estructura alguna. Pensé que tu vida sería igual, un poco más colorida —bromeé.

—¿Qué sabes tú de los colores de mi vida? —Al parecer la chica de los colores se había enfadado con mi comentario—. Que sea artista no significa que deba ser un manojo de desorganización.

—Creo que exageras —sonreí levantando los brazos en un gesto de rendición—. Solo quería invitarte a tomar un café y conocernos.

—No necesitamos conocernos, eres un cliente que compra mis cuadros, nada más —sonó cortante sin dejar de pintar.

—Creo que tienes menos colores de los que me imaginaba —comenté, y otra vez me miró con furia, como si me quisiera hechizar con su profunda mirada azul—. A lo mejor se te han quedado todos en los lienzos... o en tu pelo, quizá. —Estaba bromeando pero ella no se lo tomó así y me observó con cara de sorpresa y enfado.

—Si ya no hay nada que necesites, te agradecería que me dejaras sola —respondió con frialdad. Entonces tomé el cuadro del día y me marché.

Los siguientes dos días volví a insistir en que saliéramos, pero la chica se negó rotundamente y no me dio espacio a más charla. Era poco amigable, difícil para entablar conversación y siempre que le hablaba me ignoraba. Casi nunca me miraba y yo lo único que quería era poder perderme un segundo en sus ojos celestes. Lo empecé a tomar como algo divertido, diferente, ella no tenía idea de quién era yo y eso me resultaba refrescante. Ella me rechazaba y eso me gustaba, era interesante por el simple hecho de ser diferente.

Aquella tarde me acerqué decidido a que me aceptara el café. Ella pintaba como siempre y yo le hablé desde atrás.

—¿Otra sirena? —le pregunté.

—Me gustan —contestó sin girarse a verme.

—¿Por qué? —indagué curioso.

—Porque son misteriosas y fantásticas, los hombres las buscan, pero nadie las puede atrapar... Te encantan con su canto, son seductoras y bellas. Pero si te atrapan, puedes morir —dijo mirándome amenazante.

—¿Quieres matarme? —bromeé sonriente.

—No dije eso —respondió con ironía—, pero me alegra que hayas entendido la indirecta.

—¿Tú eres una sirena? ¿Puedes matarme con tu encanto? —inquirí divertido.

—Algo así —respondió riendo—. Te recomiendo no seguir insistiendo conmigo —añadió señalándome con su pincel.

—¿Por qué? —pregunté—. El café se enfría de tantos días que espero para que lo tomemos juntos.

—Porque no me interesa hablar contigo. —Se sinceró con brutalidad.

—Puedo ser interesante, te lo prometo —dije llevando la mano derecha a mi corazón. Ella solo bufó.

Una idea surcó mi mente y sin decir nada más fui hasta la cafetería que quedaba a dos cuadras, ordené dos cafés cortados para llevar y compré algunas cosas dulces y saladas para comer. Alguna de todas esas cosas debía agradarle a la chica de los colores, que cada vez más me demostraba ser bastante monocromática. Volví entonces a la plaza y me acerqué.

—Pensé que te habías dado por vencido —suspiró sin mirarme al sentir mi presencia.

—Nunca me doy por vencido —bromeé—. «Y si la montaña no va a Mahoma...» —recité encogiéndome de hombros, y ella se volteó sin entender—. Traje el café y no me lo puedes rechazar.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa contigo? —preguntó molesta.

—Mira qué casualidad —respondí desenfadado—. Justo me preguntaba lo mismo: ¿qué pasa contigo? ¿Qué tiene de malo el tomar un café con un chico que solo quiere conocerte?

—No hay nada de malo, solo no quiero hacerlo —bufó nerviosa.

—¡Pero soy tu admirador! —exclamé bromeando; quería que se calmara un poco.

—Aun así, no me interesa... Los famosos no se codean con sus admiradores, ¿no lo sabías? —explicó ella sonriendo y supe que estaba siguiendo mi broma.

—Hablas con los niños que se te acercan cada día y a ellos no los rechazas como a mí. No es justo —me quejé haciendo una mueca infantil. Ella sonrió.

—¿Me estás espionando? —preguntó frunciendo el ceño, y solo me encogí de hombros—. No me interesa socializar —agregó sin mucho entusiasmo esta vez. Estaba cediendo.

—Bueno, pero ahora tendrás que hacerlo. —Me senté en el césped a su lado acomodando el café—. Puedes servirte lo que quieras, traje un poco de todo porque no conozco tus gustos. No me moveré de aquí hasta que te acabes el café, y como está por llover... —exclamé mirando el cielo y encogiéndome de hombros—. Será mejor que te apresures.

Ella siguió pintando un rato más sin decir una palabra. Yo solo la miraba y contemplaba su perfil mientras hacía esos trazos tan inequívocos y perfectos en el lienzo.

—Eres buena —mencioné sonriendo mientras devoraba un panecillo.

—¿Sabes de pintura? —preguntó curiosa.

—No, pero mi abuela pintaba, ella sí sabía. Le habrías gustado. —La chica sonrió.

—Gracias —susurró.

—Al fin algo bueno saliendo de tu boca —bromeé, pero me miró enojada de nuevo.

—¡Me sacas de mis casillas! —exclamó bufando.

—No sé si eso sea bueno o malo, pero me gusta tener la capacidad de hacerlo. Me llamo Bruno —me presenté.

—Hola, Bruno —saludó con un gesto de su mano, pero no contestó con su nombre.

—¿Y tú?

—No necesitas saber mi nombre, eso nos daría cercanía y no quiero eso.

—¿Tienes alguna clase de enfermedad contagiosa? —pregunté bromeando, y ella solo negó sin sonreír. Luego de un momento de silencio tomó el vaso con café entre sus manos y lo probó. Sus ojos celestes se posaron en los míos—. Te llamaré Sirena, ya que veo que te gustan —sonreí.

Un estruendoso trueno llamó nuestra atención; la lluvia estaba cerca.

—Debo guardar todos los cuadros en esa bolsa. —Señaló una grande arrimada a la raíz del árbol frente al cual trabajaba—. ¿Puedes ayudarme?

—Descuida, lo haré yo —asentí, y entonces metí rápido pero con cuidado las pinturas en la bolsa. Ella estaba llamando a alguien por el celular.

—¡Néstor! Está por llover. ¿Podrías, por favor, venir por mí y buscar los cuadros?... Oh... Bueno, ya veré qué hago, no hay problema —cortó frunciendo los labios preocupada.

—¿Te ayudo a llevar los cuadros a donde quieras? —pregunté al verla desilusionada guardando los pinceles y enseres que estaba utilizando.

—No, puedo sola —respondió cortante.

—Eres testaruda, Sirenita. —Ella solo negó; parecía nerviosa.

Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre nosotros, eran gordas y caían con fuerza. Sin pensarlo, tomé la bolsa con los cuadros y su maletín con pinceles.

—¡Vamos! —dije corriendo unos pasos, pero ella no me siguió, ni siquiera se había levantado del suelo en donde estaba sentada. Me giré a

mirarla. Su pelo de colores lleno de ondas yacía aplastado por el agua y algunos mechones caían sobre su rostro pegándose a él, sus ojos lucían tristes.

—Mi silla de ruedas está tras ese árbol —señaló el sitio y habló en susurro. Yo miré, no entendí, hice silencio—. No puedo ir a ningún lado sin ella —agregó luego. Y en sus ojos también comenzó a llover.

4

• Celeste • *Vulnerable*

El chico insistente de los ojos negros más hermosos que había visto, de los rizos gordos cayendo en su frente, de los labios carnosos y sonrisa fresca, estaba allí parado frente a mí, con mis cuadros en la bolsa y mi maletín entre sus manos, observándome, confundido... Y yo, llorando, señalándole mi secreto, el único que por primera vez en la vida me avergonzaba y me hacía sentir inferior, el único que me hubiera gustado no tener que mostrarle, no a él.

De pronto reaccionó, dejó los cuadros en el suelo y el maletín al lado y corrió tras el árbol. Sacó la silla, la acomodó, y me ayudó a subir a ella levantándose por debajo del brazo como si fuera una niña indefensa. Me sentí completamente aplastada e inservible, pero al menos había logrado lo que toda la semana venía intentado, deshacerme del chico que tanto me agradaba antes de que fuera demasiado tarde. Aunque en ese momento ya lo era, había visto mi discapacidad y, de seguro, no volvería a mí.

Me ayudó a sentarme y recogí mi falda, que se arrastraba empapada hasta el suelo, pesada por el agua de la lluvia. Él se detuvo enfrente y se arrodilló ante mí.

—¡En verdad eres una Sirena! —exclamó mirándome, y una sonrisa tímida se pintó en su rostro—. No llores, ya hay suficiente agua aquí afuera. —Señaló la lluvia que caía intensa sobre nosotros—. ¿Dónde vamos? —preguntó.

—En frente. Debo dejar los cuadros en la casa de una amiga —añadí tratando de mantener la compostura y señalando hacia la casa de Margarita.

—¿Necesitas que empuje la silla? —cuestionó indeciso.

—No... puedo sola, solo lleva mis cosas —respondí, y él asintió. Se levantó y tomó de nuevo los cuadros y el maletín, cruzamos la calle y tocamos el timbre. Margarita nos atendió y nos dejó pasar, le mostré dónde

colocar los cuadros y él los sacó cuidadosamente de la bolsa, atendiendo que estuvieran en buen estado.

—Ninguno se ha mojado, Sirenita —dijo satisfecho.

—Bien, gracias —respondí sonriendo.

Le di las gracias a Margarita y salimos de la casa a pesar de que ella insistió que nos quedáramos hasta que pasara la tormenta.

—¿Ahora a dónde te acompaño? —preguntó Bruno.

—Puedes irte, voy sola a casa —contesté mirándolo—. Muchas gracias.

—No, yo te llevo, dime a dónde vamos y te acompaño —ofreció él.

Anduve el camino a casa y él me siguió, no hablamos. Cuando llegué, saqué las llaves de mi bolso empapado y abrí la puerta. En la casa de Diana había luz; quizá, con suerte, ella y Tomy lograron llegar a casa antes que cayera la lluvia. Entré y dejé que Bruno pasara, después de todo, estaba empapado; él se quedó observándome en la puerta. Fui hasta el baño y saqué dos toallas, una se la pasé a él y otra la usé yo para secar mi pelo y un poco mi cuerpo mojado.

—Bien, ¿vives sola? —preguntó observando todo alrededor—. ¿Estarás bien?

—Sí, a ambas preguntas —respondí sonriendo—. Gracias por tomarte la molestia de ayudarme con los cuadros y de acompañarme. Si no hubieras estado allí, se hubieran estropeado todos, no me habría dado tiempo de juntarlos —añadí.

—No hay de qué —sonrió. Sus rizos pegados a su frente me daban ganas de alcanzarlo y separárselos. Aparté esos pensamientos de mi mente—. Bueno, será mejor que me vaya —comentó, inseguro, encogiéndose de hombros.

—Lo sé —agregué sabiendo que era probablemente la última vez que lo vería—. Gracias por todo —dije refiriéndome no solo a ese día, sino a todos los otros en los que su presencia alertó a mis sentidos. Y aunque intentase echarlo, en realidad lo disfrutaba.

—No hay de qué —contestó amable—. Nos vemos —sonrió y caminó hasta la puerta.

—Celeste —dije entonces.

—¿Qué? —se volvió a mirarme.

—Mi nombre es Celeste —expliqué, y sonrió.

—Muy acertado —agregó, y salió de la casa cerrando la puerta. Yo sabía que ya no lo vería nunca más.

Me moví hasta la ventana que daba a la calle y trepando en el banquito lo observé partir. Un enorme auto negro se detenía en frente a mi casa y él subía en el asiento trasero... ¿Eso era un chofer?

No quise pensarlo más, no tenía caso. Fui hasta el baño y me di una ducha caliente, me sequé el pelo y me vestí, una sombra de tristeza se instaló en mi pecho. Luego fui a la cocina a preparar una sopa o algo para comer. Mi casa era parecida a la casa de un hobbit: todas las cosas estaban bajas para que yo pudiera alcanzarlas y llevar una vida lo más normal posible, mis padres lo habían preparado con mucho amor para mí. El timbre me sacó de mis pensamientos y fui hasta la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

—Diana —respondió mi amiga.

Abrí la puerta y pasó.

—¿Era ese? ¿El chico que te acompañó? ¿El que se fue en un auto negro? —hablaba con mucha velocidad y casi sin pausas, estaba entusiasmada.

—¡Dios mío! ¡Eres una vecina chismosa! —exclamé sonriendo—. Sí, era él, se llama Bruno.

Procedí a contarle a Diana todo lo que había sucedido esa tarde, ella ya estaba al tanto de que todos los días anteriores había intentado invitarme a tomar un café y había insistido para que lo aceptara. Yo le decía que no quería hacerlo, porque eso significaría tener que dejarlo verme en la silla, lo que ocasionaría que sintiera lástima por mí y se fuera así, con ese sentimiento, al café conmigo, cosa que no soportaría.

Ella me decía que eso no tenía sentido, que quizás iba al café porque quería ir, no por lástima, que en todo caso fuera sincera y se lo preguntara. Diana quería que le dijera: «Oye, no puedo caminar porque no tengo piernas, si aun así quieres tomar un café conmigo, vamos. Si ahora que sabes mi verdad no quieres hacerlo, solo da media vuelta y vete, no me enojaré por ello, solo sé sincero». En realidad, no me parecía mala idea, pero no quería decírselo, quería alargarlo lo más que pudiera, vivir como una chica normal aquello de que un chico te invite a algo, te insista una y otra vez como si de verdad le importaras. Diana me regañó, dijo que yo era una chica normal, y yo le contesté que sí, que lo era, pero que en ese momento no me sentía como tal, y eso no me gustaba, odiaba sentir que perdía el control sobre mí misma.

Yo siempre me había sentido fuerte internamente, nunca había decaído, no me gustaba sentirme vulnerable o desigual. Pensaba que era posible lograr todo lo que quisiera, pero, en realidad, en cuestiones de amor, nunca había tenido suerte. Los chicos no se fijaban en chicas con discapacidades, eso era

una constante. Me gustaron muchos chicos a lo largo de mi vida, pero ninguno de ellos me vio jamás como algo que no fuera una amiga... ¿Quién pensaría en una chica como yo para tener algo más?

Bruno me gustó desde el momento en que lo vi, era esa clase de chico guapo y sofisticado que te atrae con solo mirarlo, con ese aire rebelde que acompañaba su forma de vestir y su pelo medio largo. Tenía algo de ternura en su ser y su sonrisa era tentadora, encantadora. Sé que es de ese tipo de chicos que enamora a todas y las deja rendidas a sus pies... Justo el tipo de chico que jamás se fijaría en alguien como yo, aunque no sabía si existía un tipo de chico que lo haría.

Así que el amor era la única cosa que me dejaba indefensa, que me hacía sentir incompleta, vulnerable e incapaz. Era como si la sociedad estuviera de acuerdo en algo: una chica como yo no podía amar ni ser amada. Y eso era suficiente para que odiara ese sentimiento, o al menos lo ignorara, bajo la excusa de que «el amor no era para mí».

—¡Celeste! —llamó Diana trayéndome de regreso de mis pensamientos—. No te cierres a las oportunidades si el chico vuelve a hablarte, solo déjate ir, descubre qué es lo que el destino planea para ti.

—No... Primero, no creo que vuelva ahora que sabe cómo soy. Segundo, nadie puede enamorarse de mí —zanjé dolida y segura de lo que decía. Quería matar toda ilusión naciendo en mi interior, porque sabía que el choque de realidad luego sería peor.

—Eres hermosa, Celeste —dijo ella mirándome con ternura.

—Pero incompleta —añadí con la voz rota.

—No seas tonta —refutó mi amiga—. Si alguien llegara a ver ese enorme corazón que tienes y te dejara ir, sería un imbécil —agregó sonriendo intentando darme ánimos.

—No es tan sencillo, nadie quiere atarse a alguien como yo —suspiré.

—¿Atarse? Si eres la persona más independiente que conozco —añadió negando y tomando mi mano en la suya.

—Ya, hablemos de otra cosa —rogué, porque no quería pensar en algo que sabía que nunca sería—. ¿Cómo te fue en el trabajo?

5

• Bruno •
Insistiendo

No podía creer lo que había sucedido. Llegué a casa empapado por la lluvia, pero más que nada conmocionado. Esa chica, la de los ojos celestes más profundos que el cielo, la de los miles de colores, no podía caminar, no tenía piernas, y yo no me había percatado de ello.

Nunca había conocido de cerca a alguien así, no sabía nada sobre cómo hablarle o tratarla, no sabía si ella podía manejarse sola o no. Pero de alguna forma u otra lo hacía, iba hasta allí, pintaba, vendía sus cuadros y volvía a su casa, donde vivía sola. Admirable, pensé. Me la imaginé haciendo cosas diarias, sencillas, como levantarse y bajar de la cama, prepararse su propia comida o juntar sus cosas para ir a pintar a la plaza. Uno no magnifica lo difícil que puede resultar la vida de una persona discapacitada hasta que ve de cerca a una, y para mí era la primera vez. Ella lo hacía tan bien todo, que yo ni siquiera me había percatado de que no tenía piernas.

Caminé hasta el estudio donde había colgado sus cuadros. En todos ellos estaba su nombre y yo no me había dado cuenta de ello. Firmaba sus cuadros con letra legible y clara: «Celeste Maldonado». «¡Qué tonto!», exclamé para mí, pero sonreí. Observé uno a uno esos cuadros: en ninguno, la chica de ojos celestes —que a veces era sirena y otras hada— tenía piernas, el lugar donde deberían estar se hallaba difuminado o convertido en aletas... Ella hablaba de sí misma en sus obras, de sus ganas de libertad, de visitar esos paisajes que dibujaba.

Unas ganas locas y aún más intensas de las que sentía antes por conocerla me inundaron el alma. Me di un baño y me acosté a descansar. En la mañana temprano iría a la plaza y la invitaría a almorzar. Quería conocerla, saber de ella, conocer su vida, sus sueños, lo que hacía y lo que no, lo que quería y no quería.

Me levanté entusiasmado y me vestí casual, un *jean* y una remera blanca. El blanco, el negro y el azul oscuro eran mis colores favoritos, nunca usaba

nada de otro tono, eso lo había aprendido de mis padres, que solían decir que la sobriedad era elegancia. Yo lo había hecho mío, más que nada porque no me gustaba llamar la atención.

Me dirigí entusiasmado hacia la plaza, el día estaba brillante, ni rastros de la lluvia de ayer. Celeste no estaba en su sitio ni tampoco había señales de ella. Pensé que quizá solo venía por la tarde, pues todos los días que la había visto había sido en ese horario. Caminé entonces a la casa de enfrente — donde habíamos dejado los cuadros el día anterior— para preguntar la hora que solía venir, pero la señora que me atendió dijo que ella acostumbraba a llegar temprano en la mañana, y que ese día no había venido.

Me preocupé, quizás había enfermado por haberse mojado. Sin dudarlo fui hasta su casa, toqué el timbre y después de unos diez minutos la puerta se abrió.

—¿Qué haces aquí? —Celeste estaba en el suelo, sobre sus muñones, sin su silla. Debí bajar la vista para mirarla, lucía sorprendida. Su pelo de colores estaba amarrado en un rodete casual, llevaba una blusa lila y una especie de *short* de *jean* que estaba cosido por debajo de los muslos. Su rostro era terriblemente hermoso y perfecto enmarcado en ese nudo desprolijo de color. En ese momento solo pude pensar en cuán distintos éramos, ella tan colorida y yo tan opaco. —¿Hola? —insistió ante mi silencio.

—¿Puedo pasar? —pregunté, y ella dudó.

—Pasa —asintió suspirando, y se movió para que entrara. La vi arrastrarse con sus manos y muñones hasta que llegó a un sofá, trepó hábilmente a él y luego me hizo señas para que me sentara—. ¿A qué viniste? —cuestionó. Se notaba confundida y algo sorprendida.

—Vine porque fui a buscarte a la plaza y no estabas, entonces pregunté por ti a la señora de la casa donde dejamos los cuadros ayer y me dijo que no habías ido.

—¿Y qué querías? ¿Comprar otro cuadro? —inquirió, y yo fruncí el ceño ante aquella pregunta.

—No —respondí sonriente—. Quería invitarte a almorzar, pero luego me preocupé. ¿Pescaste un resfrío por mojarte y por eso no fuiste a trabajar?

—No, simplemente decidí no ir hoy —contestó mirando hacia otro lado. Parecía querer evitarme.

—¿Acaso no eras muy responsable con tus horarios y rutinas? —pregunté bromeando.

—Mira, Bruno, seré muy sincera contigo —respondió con seriedad, y me miró a los ojos. Nunca terminaría de acostumbrarme a la profundidad de su

mirada embelesante—. No fui porque estoy agotada, un día de descanso no me hará mal... Sinceramente pensé que no volverías, no me gusta sentir lástima de la gente, eso es algo que no tolero. —Ella estaba a la defensiva y yo no entendía por qué. ¿Acaso la había ofendido?

—¿Ves lástima en mis ojos? ¡Yo no siento lástima por ti! —exclamé confundido y negando con la cabeza.

—No, no veo, pero no quiero que te quedes aquí por eso, no me enojo si quieres irte, no necesitas quedarte, ni volver a la plaza, ni comprar mis cuadros, no necesito eso —murmuró el final insegura. Podría jurar que vi algo de temor en su mirada.

—Quiero ser tu amigo, Celeste. ¿Por qué no quieres ser mi amiga? ¿Qué hay de malo conmigo? —pregunté sonriendo, y ella se quedó en silencio. Parecía meditar mis palabras y no comprenderlas del todo.

—¿Por qué alguien como tú querría ser amigo de alguien como yo? —Soltó de repente contrariada.

—¿Alguien como tú, alguien como yo? —pregunté sin entender—. ¿Qué tiene de raro que quiera ser tu amigo? Me atrae tu forma de ser y el color de tus ojos —sonreí sincero.

—¿Mi forma de ser? —inquirió mirando sus muñones—. ¿Te refieres a mi discapacidad? —Los señaló, seguía a la defensiva y yo no encontraba la forma de hacerle saber que no era así. Ni siquiera me estaba refiriendo a eso.

—¡No! —rebatí para que no me malinterpretara—. Me refiero a tu forma divertida de ser, a que me has rechazado un millón de veces, a que no me mirabas y me ignorabas —sonreí y hablé con tono exagerado, necesitaba eliminar la tensión que nos rodeaba.

—¿Te gusta que te rechacen, que no te miren y que te ignoren? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—No, pero me gusta todo lo nuevo que sentí mientras hacías eso. Además, creo que eres una persona interesante. Me gustaría conocerte mejor, es por eso que pienso que debes aceptar salir conmigo a almorzar hoy. De todas formas, si me rechazas, sabes que me divertiré insistiéndote en ello día tras día... Entonces, y pensándolo mejor, ¿por qué no lo aceptas y ya?, así nos ahorras tiempo a ambos. —Ella sonrió y yo sentí que el hielo se empezaba a derretir.

—Entonces, ¿no estás acostumbrado a que te rechacen? —insistió mirándome ahora con diversión.

—Has sido la primera. —Exageré una mueca de broma llevando mi mano al corazón como si doliera.

—Estás loco. ¿Lo sabes? —preguntó sonriendo y negando con la cabeza. Era más bella cuando bajaba un poco las barreras.

—No lo sabía, pero me gusta sentirme un poco loco —contesté sonriendo—. La locura es solo una manera surrealista de pintar la realidad. —Ella sonrió, yo podía hablar su idioma.

—Bien, iré a cambiarme —dijo luego de un rato de silencio—. Espérame aquí.

—Está bien. —Sonreí y la vi bajar del sillón e ir arrastrándose, o moviéndose, hasta una puerta que abrió e ingresó con facilidad. Después de un rato, salió vestida con una falda amplia de color bordó y una blusa blanca. Su pelo de colores caía suelto en sus hombros y tenía los labios ligeramente pintados de rosa. Sus ojos celestes tenían un brillo especial. Estaba sentada en su silla, y se veía hermosa.

—Estoy lista —habló sonriente.

—Una chica que se prepara rápido, vaya novedad —musité mirándola complacido. No había tardado ni diez minutos.

—No soy una chica común. —Se movió hasta la puerta—. ¿Nos vamos?

—A donde quieras —respondí saliendo atrás de ella.

6
• Bruno •
Primera cita

La llevé a un restaurante de comida china, porque en el camino me comentó que le gustaba. Cuando llegamos, no supe qué hacer ni cómo actuar, así que opté por mostrarme sincero.

—¿Necesitas que te ayude a sentarte en la otra silla o quieres permanecer en la tuya? No quiero ofenderte, solo... no sé qué hacer. —Me encogí de hombros y ella sonrió.

—En esa silla estará bien, luego te pediría que cierres la mía y la guardes donde no la vean —agregó.

—Bien —asentí sonriendo e hice lo que me pidió—. ¿Por qué siempre la escondes? —pregunté una vez que nos habíamos acomodado ya.

—Porque no me gusta que la gente me vea en ella cuando estoy haciendo algo común. Odio que se me queden mirando. Las personas suelen pensar cosas como: «¿Qué le habrá pasado a esa pobre chica?», «¿Has visto?, la lisiada está almorzando con un chico lindo». —Sonrió mientras repetía esas frases con voces distintas y divertidas—. Si estoy así, nadie se fija en mí, y eso me agrada.

—¿Entonces soy un chico lindo? —pregunté divertido, y se sonrojó. El rosa tiñendo sus mejillas mezclado con el celeste de sus ojos formó una combinación de colores casi tan perfecta como los colores del cielo al atardecer.

—Sabes que lo eres, no necesitas fingir —respondió, muy segura de sus palabras y ladeando un poco la cabeza.

—Tú también lo eres, ¿lo sabes? —pregunté, y se encogió de hombros.

—Diana me lo suele decir... —Miró por la ventana distraída.

—¿Quién es Diana? —cuestioné con curiosidad.

—Es mi mejor amiga y vecina. Tiene un pequeño hijo llamado Tomás, y me ayuda cada mañana: llevamos al niño a la guardería y luego me ayuda a

colocar todo en su sitio en la plaza para poder trabajar —dijo volviendo a mirarme—. Es una gran amiga.

—Me alegra que tengas una buena amiga, la amistad es algo difícil de conseguir y de mantener —reflexioné pensativo. Yo tenía pocos amigos.

—¿Eres de por aquí? —preguntó, ahora más serena y sonriente.

—No, estoy en una especie de confinamiento obligatorio —respondí alegre—. Pero ya le he encontrado el gusto... —murmuré guiñándole un ojo. Ella volvió a sonrojarse y cambió de tema.

—¿De dónde eres?

—De la capital. Mis padres tienen una casa aquí, mi abuela era de esta ciudad... Y bueno, he venido desde pequeño —agregué—, pero siempre de vacaciones.

—Entiendo... Es el lugar de vacaciones preferido de mucha gente —sonrió—. Me encanta vivir en una ciudad turística, siempre hay cosas nuevas, gente nueva. Supongo que si has venido desde pequeño nos habremos cruzado alguna vez —añadió—. Nunca he salido de aquí.

—Pues... quién sabe, ¿no? —respondí imaginándola de niña—. Aunque no creo, porque no podría olvidar a una niña de cabellos tan coloridos como los tuyos —bromeé. Ella negó divertida.

—Solía tener el pelo rubio de chica. Los colores vinieron con el tiempo —respondió.

—Entonces, pintas hermoso y vives sola —afirmé sonriendo, y ella asintió—. ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés —contestó, y luego me miró—. ¿Tú?

—Me temo que soy menor, veintidós —sonreí—. ¿Desde cuándo vives sola?

—Un año... —Volvió a observar la calle—. Mis padres me sobreprotegían demasiado, cosa horrible, por cierto, así que tardaron en ceder ante la idea, pero terminaron aceptándolo. Me acondicionaron una casa para que pudiera manejarme a mis anchas. Si te has fijado, es una casa de hobbit, casi todo está a nivel del suelo —sonrió.

—Me gusta tu casa y los colores con los que la has decorado —dije amablemente.

—Siempre hablas de colores —mencionó curiosa.

—Mi abuela me enseñó —afirmé pensativo—. Desde que volví aquí todo me recuerda a ella. Se llamaba Viviana, y amaba esta ciudad, pasó sus últimos años pintando diferentes paisajes de esta tierra. Creo que extrañaba mucho su vida aquí.

—Cierto que me habías dicho que ella pintaba —recordó ella sonriendo, y asentí.

—Me decía que todo en la vida se trataba de colores, nos enseñó a mis hermanos y a mí a pensar en ellos. Si algo nos ponía felices o tristes, debíamos imaginarnos de qué color eran nuestros sentimientos o emociones. Nos ayudaba a calmarnos, ella siempre le ponía significado a los colores. De chico creía que ella pensaba que todos vivíamos dentro de un cuadro gigante —añadí.

—Interesante —sonrió—. Es bonito pensar que vivimos en un cuadro, que podemos pintar en él los colores que queramos —suspiró.

—Tú eres la chica de los colores para mí... —Me animé a decirle mirándola con ternura—. Desde el principio me llamó la atención el color de tus cabellos, y luego, cuando te vi de cerca, el color de tus ojos... Nunca había visto nada tan... celeste. Por eso creo que el nombre te queda perfecto —ella sonrió—. Mi abuela decía que el celeste daba calma y tranquilidad —agregué.

—Bueno —comentó algo cohibida—, gracias por el cumplido. A mí me gustan los colores porque imagino que ellos tienen el poder de cambiar estados de ánimo. Cada mañana, me gusta imaginar que mis días serán bellos y coloridos. Aunque no siempre es fácil —aceptó bajando la vista.

—¿Es difícil?... ¿Lo que te pasa? —No sabía cómo preguntárselo, pero quería entender su realidad.

—Cuando era chica fue muy difícil, me costó mucho aceptar mi condición, saber que nunca volvería a tener piernas... Pero mis padres y mi abuelo fueron un soporte fantástico, me llenaron de ideas positivas y me repitieron tantas veces que yo podría ser y hacer lo que quisiera, que no había nada imposible para mí, que finalmente terminé por creerlo.

»Pero no siempre fue sencillo, en el colegio me sentía diferente, por más que tuve amigos y amigas, y no puedo quejarme, pues ellos nunca me hicieron sentir distinta... De todas formas, y aunque uno lo intente, hay situaciones que te superan, momentos en los que piensas «¿cómo sería si...?» —Hizo una pausa y su mirada se perdió tras la ventana que daba a la calle—. En fin, no siempre es fácil.

—Lo entiendo —asentí mirándola con ternura—. Entonces, ¿no naciste así? Si hago muchas preguntas o te incomodo solo detenme, no quiero decir nada que te ofenda.

—No me ofendes, me gusta que seas conmigo como serías con cualquier chica, ya sabes, lo que odio es que me traten de forma especial o con pena —

dijo señalando la palabra especial con los dedos como haciendo comillas en el aire—. Tuve un accidente cuando tenía diez años, iba a la escuela y me atropellaron, quedé bajo los fierros del auto. No había forma de salvar mis piernas, aunque los médicos dijeron que era un milagro que estuviera con vida.

—Oh —susurré—, lo siento mucho. —Luego cambié de tema; ya nos llegaba la comida y no quería arruinar el almuerzo con pensamientos tristes, todo se estaba tornando muy gris—. Celeste, ¿quieres ir al cine conmigo uno de estos días? —pregunté.

—Aún no terminamos de almorzar y ya me estás pidiendo para salir de nuevo —expresó sonriendo. Bien, su rostro se iluminaba de vuelta—. Mira, Bruno, lo aprecio mucho... pero no tienes que hacerlo... —La interrumpí poniendo una mano sobre la suya, que estaba descansando en la mesa. Una electricidad recorrió mi cuerpo y la aparté velozmente.

—Quiero estar contigo porque me gusta hacerlo. ¿Puedes relajarte y dejar de pensar que lo hago por lástima? —pedí, y ella sonrió.

—Está bien —agregó, y comenzamos a comer.

Cuando terminamos, decidimos ir a pasear por la costanera. La ayudé con delicadeza a subir a su silla y fuimos, uno al lado del otro. Yo no empujaba la silla porque temía que eso no le gustara. Algunas personas nos miraban, pero no me importó. La tarde estaba preciosa, el sol no quemaba demasiado y el viento proveniente de la playa era reconfortante.

—Siento no poder sentir la textura de la arena en los pies —dijo ella, y yo la miré pensativo.

—Puedes sentirla con la mano. Vamos hasta la rampa, bajemos y luego recostémonos en la arena —ofrecí sonriendo.

—¿De verdad? —preguntó incrédula.

—¿Tienes miedo de la arena? —bromeé retándola.

—¡Alcánzame si puedes! —gritó, y salió a toda velocidad con su silla.

—¡No es justo si tienes ruedas! —reí corriendo tras ella. La vi lanzarse a la rampa como si de un niño en bicicleta se tratara, gritó levantando los brazos y su cabello colorido voló al viento. Sonreí, ella tenía algo especial que me hacía sentir libre. Al llegar a la arena, detuvo sus ruedas de forma casi profesional, justo cuando pensé que volaría de bruces junto con su silla—. ¿Cómo lo hiciste? —pregunté agitado cuando al fin la alcancé—. Pensé que te harías daño...

—Siempre hago esto, me encanta sentir que vuelo —sonrió.

Las ruedas de su silla no podrían girar en la arena, así que no sabía qué hacer.

—¿Dónde vamos? —preguntó entonces.

—Allá —señalé un sitio donde no había tanta gente—. Lo que no sé es como iremos hasta allí, porque tu silla no girará en esta zona de arena seca —dije observando el lugar.

—Cierra la silla y cárgame en tu espalda —exclamó con naturalidad—. No quiero arrastrarme hasta allí, ensuciaré mi falda —agregó. Hice lo que me ordenó ante la atenta mirada de algunos niños que jugaban a la pelota. Ella se abrazó a mi cuello y yo coloqué mis manos en sus muslos. No quería tocarle el trasero, pero tampoco sabía hasta dónde llegaban sus piernas; era una situación por demás incómoda y por un segundo me arrepentí de habérsela propuesto. Lo que menos quería era que se sintiera incómoda.

—No te preocupes, me amputaron las piernas un poco por arriba de las rodillas, puedes poner tus manos entre el muñón y mis nalgas, así no tocas ninguno de los dos sitios que no quieres tocar —murmuró ella cohibida, como leyendo mis pensamientos.

—¿Quién dijo que no quiero tocarte el trasero? —bromeé ante la incomodidad de la situación. Ella golpeó mi cabeza y ambos reímos—. ¿Estás lista? —pregunté cuando se afirmó en mí.

—¡Sí! —exclamó, y entonces empecé a correr, zigzagueando por aquí y por allá. Ella reía a carcajadas y yo también. Me sentía como un niño, completamente libre. Al final me dirigí a la zona donde en principio había decidido ir y nos dejé caer al suelo, yo amortigué con mi cuerpo la caída para que ella no se hiciera daño. Estaba agotado pero me sentía pleno y feliz.

—Estás loco, creo que ya te lo he dicho —aseguró alejándose de mi cuerpo y colocándose sobre la arena. Se dejó caer mirando al cielo, suspiró y cerró los ojos, y yo sonreí para luego dirigirme a donde estaba su falda hecha un manojo de tela—. ¿Qué haces? —preguntó incorporándose para observarme.

Me arrodillé y con las manos hice un par de montículos alargados en la arena, coloqué luego su falda encima de ellas y le sonreí.

—Ahora tienes piernas —dije mirándola desde abajo—. No quiero que te sientas incómoda, y así pasarás desapercibida. —Ella sonrió agradecida.

—Eres muy bueno, Bruno... —murmuró.

—Pero ahora tocaré tus piernas. —Le guiñé un ojo e hice un ademán de subir mis manos por lo que serían los tobillos hasta casi el lugar donde estarían sus rodillas.

—Oh, eso se siente muy bien —bromeó ella con voz jadeante, y yo me eché a reír.

Luego me acosté a su lado, también mirando al cielo, y ella volvió a cerrar los ojos.

—Me encanta sentir la brisa y el sonido del mar —susurró pacífica, relajada.

—A mi solía encantarme mirar al cielo y perderme en ese color tan celeste, siempre creí que solo en esta ciudad el cielo tiene esa tonalidad —agregué.

—Es porque hay mar... en la capital no se ve así por la contaminación.

—Ahora pienso que esto no es lo más hermoso del mundo —continué, y ella me miró sin entender. Entonces me giré para observarla—. Nada hay tan celeste y tan hermoso como tus ojos —susurré, y se sonrojó de nuevo. Nos miramos un rato sin decirnos nada, pero luego ella volvió a mirar al cielo y a concentrarse en las nubes.

—Mi abuelo decía que hay ángeles encargados de pintar los paisajes que vemos todos los días, y que juegan dibujando nubes en el cielo para que adivinemos sus formas —dijo señalando al aire con su dedo índice.

—Nuestros abuelos eran raros —observé sonriendo y mirando también las nubes.

—Me dijo que cuando muriera sería uno de esos ángeles, así que me encanta disfrutar de las nubes, porque pienso que mi abuelo me dice cosas con ellas —agregó.

—Aquella parece una jirafa —le dije señalándosela.

—Y esa de allá se ve como un elefante —señaló otra.

—Pero me gusta más esa que tiene forma de corazón.

—No tiene forma de corazón —se quejó—. Más bien parece una pelota de *rugby*.

—¿Y qué si mi corazón tiene forma de pelota de *rugby*? —bromeé—. ¿Vas a discriminarme por eso? —Ella sonrió.

—Tú no estás nada bien, Bruno, deberías hacerte ver. —Negó con la cabeza mientras me observaba divertida, y ambos nos echamos a reír.

La noche nos alcanzó en la playa, jugando con las nubes, sintiendo la arena, la brisa, observando los colores del atardecer. Ya todos se habían marchado y no quedaba nadie en la orilla, salvo algunas parejas que caminaban de la mano.

—Esa es otra de las cosas que me gustaría sentir, el agua mojando mis pies al caminar por la orilla del mar —dijo ella observando a una pareja que

pasaba de la mano—, y el amor —agregó.

—¿Alguna vez te has enamorado? —pregunté.

—A cierta clase de gente no se nos está permitido amar —respondió con tristeza en la voz.

—¿Qué dices? —cuestioné sin entender.

—Nadie mira a una chica como yo. —Se encogió de hombros con evidente tristeza.

Quedamos en silencio un rato más y entonces se me ocurrió otra idea. No quería que ella se sintiera así, no me gustaba verla perder sus colores. Algo en mí tenía la intensa necesidad de hacerla sentir feliz. Me levanté y me paré frente a ella.

—¿Puedo cargarte? —pregunté.

—¿A dónde vas a llevarme? —cuestionó ella sentándose y levantando una ceja sorprendida.

—Solo confía en mí —rogué, y ella asintió.

Me dejó cargarla y sentí sus brazos enredarse en mi cuello. Su respiración en mi oreja y el aroma de su pelo obnubilaron mis pensamientos por un instante, pero reaccioné y caminé hasta la playa, la senté en la orilla y luego me senté yo...

—Vamos a mojarnos aquí —aseguró ella.

—Vamos a dejar que las olas nos alcancen —afirmé entonces sonriendo.

—Por eso, vamos a mojarnos —repitió ansiosa.

—Solo cierra los ojos e imagina que estás caminando. Cuando sientas el agua mojando tu cuerpo, piensa que moja tus pies —entonces la tomé de la mano—. Solo imagina que caminamos por la playa.

7

• Celeste •

Amor de verano

Era la segunda vez en el día que me tomaba de la mano, y de nuevo sentí esa electricidad recorriendo mis venas. Esto era hermoso, pero peligroso. Yo sabía que me enamoraría, si es que ya no lo estaba. Necesitaba tanto enamorarme, ¿qué chica no lo necesita?... Y esta era una oportunidad tan especial, nadie nunca había sido así conmigo. Pero no debía hacerlo, no debía enamorarme, todo estaba sucediendo demasiado rápido y no podía ser real. Además, él pronto se iría de nuevo, a vivir su vida, mientras yo me quedaría aquí sufriendo el desamor.

Decidí no pensarlo, al menos no ese día. Habíamos pasado una jornada fantástica llena de magia, habíamos reído, habíamos hablado, incluso había hecho bromas sobre mi situación, y eso me divertía. Cerré los ojos y sentí el fresco del agua mojando mis caderas, contrastado con la calidez de sus manos. Él quería que nos imaginara caminando y yo no pude evitar pensar que quizá, si fuese una chica común, él podría enamorarse de mí. Nos imaginé caminando de la mano, como esa pareja que hacía un rato había pasado por allí: ella se colgaba por su hombro y le daba besos en la mejilla, él la abrazaba por la cintura y reían.

Bruno me había cargado ya dos veces, en una de ellas bromeó sobre tocarme el trasero y le sacó toda la tensión que la situación en sí había creado. Era divertido y a la vez era hermoso, estar cerca, sentir su aroma, el calor de su piel.

Comenzó a mover su dedo pulgar por el dorso de mi mano, haciendo suaves caricias circulares que parecían encender todos mis sentidos. Me quedé inmóvil, solo sintiéndolo, absorta en las sensaciones que la situación me brindaba. Luego de un rato, Bruno me habló:

—Quizás sería bueno que regresemos a tu casa —dijo sonriendo—. Ahora estamos mojados y no quiero que te enfríes, mi abuela le decía a mi hermana

que las chicas no deben enfriarse esa zona —señaló mi cadera—, porque luego les dolía la panza. —Me eché a reír.

—Pareces un abuelo, en realidad, con esos consejos. —Él sonrió y me preguntó si podía cargarme de nuevo. Asentí.

Mi falda pesaba ahora por el agua y él me cargó con ambos brazos en una posición acunada. Yo lo envolví con los míos por el cuello para así perderme por última vez en su perfume tan varonil. Cuando llegamos a donde habíamos dejado la silla, Bruno me miró a los ojos, iba a bajarme en unas escaleras que había allí, pero no lo hizo. El viento fresco de la playa movía los rizos de sus cabellos, mis manos se movieron como si tuvieran vida propia enredándose en ellos y Bruno sonrió. Sus labios eran hermosos, me llamaban de la misma forma en que llama una manzana colorada y brillante, apetecible. Sentí ganas de probarlo y mordí los míos en un reflejo involuntario. Sus ojos bajaron a mis labios y su lengua acarició los suyos. ¿Él también quería probarme?

Entonces me dejó en una de las gradas con suavidad. Abrió la silla y me ayudó a sentarme en ella. Luego, con mucho cuidado estrujó la parte baja de mi falda para dejar salir el agua y que yo estuviera más cómoda. Lo observé cuidándome de esa forma y sentí mi corazón latir aceleradamente; temí que incluso él pudiera sentirlo. Era la primera vez que no me molestaba que alguien tuviera tantas consideraciones para conmigo, por el contrario, me sentía halagada y cómoda. No parecía que a Bruno le incomodara ser tan atento, solo lo hacía, e incluso parecía querer hacerlo... de alguna manera, protegerme.

Fuimos hasta mi casa en silencio, cada quien sumido en sus propios pensamientos, pero nada se sentía incómodo.

—¿Debes manejar la silla con ambas manos? —preguntó de repente, y yo lo miré.

—Ajá... ¿Por qué?

—Pues... quería tomarte de la mano —sonrió con dulzura encogiéndose de hombros.

—Podrías poner tu mano en mi hombro —añadí con timidez.

Entonces extendió una de sus manos, sonriendo y acercándose más a mí la colocó con cuidado sobre uno de mis hombros. Así, disfrutando de ese tierno contacto seguimos las dos o tres cuerdas que faltaban. Y se sentía perfecto. Llegamos a casa y una vez adentro se despidió.

—Creo que será mejor que me vaya para que puedas tomar un baño y descansar, ha sido un día agotador, pero espero que lo hayas disfrutado tanto como yo.

—Lo he disfrutado, Bruno, gracias —asentí sonriendo.

—¿Irás a la plaza mañana?

—Ahí estaré —prometí.

—Bien, te buscaré a la tarde —afirmó, y yo sonreí—. Gracias por hoy.

—Soy yo la que debe agradecerte —añadí acompañándolo a la puerta—. Ha sido un día lleno de color.

—Nos vemos entonces... —Parecía nervioso.

—Nos vemos. —Él se agachó, besó mi mejilla de forma nerviosa y volvió a pararse.

—Me voy —repitió una vez más.

—Lo sé —dije divertida de verlo tan nervioso.

Entonces lo vi marcharse. Cerré la puerta y fui a sacarme la ropa mojada y llena de arena para tomar un baño tibio y reconfortante. Me metí en la bañera pensando en Bruno, en sus manos, en sus cuidados, en su mirada, en sus labios. ¿Esto era a lo que mis amigas en el colegio llamaban amor de verano?, ¿una historia que comienza rápido y termina igual? Ellas solían comentar sus anécdotas, romances fugaces con chicos que habían llegado a Tarel a vacacionar... Sí, quizá se trataba de eso, de algo explosivo y fugaz que pronto llegaría a su final, porque Bruno debía volver y yo me quedaría acá.

Luego del baño y de comer algo me dispuse a descansar. Aquella noche corrí las cortinas de mi ventana para observar la luna llena hablándome desde el cielo. Como artista que era, para mí la naturaleza era siempre un hermoso cuadro, uno del cual yo misma formaba parte, y la luna era uno de mis elementos favoritos en esa obra maestra. Fijé mis ojos en ella y me pregunté a mí misma qué me estaba sucediendo, no podía apartar mis pensamientos de Bruno y de lo que habíamos vivido ese día. Todo había sido demasiado intenso pero a la vez demasiado rápido. Me preguntaba si se debía a mi poca experiencia en el campo del amor, cosa que de por sí me atemorizaba. Quizás lo estaba sobredimensionando todo y a él no le pasaba nada conmigo, quizá yo era para él solo una amiga más.

Pensé en las palabras de Diana siempre que conocía a algún chico. A ella le gustaba ir lento, cerciorarse de las intenciones y los sentimientos del otro, temía por Tomy y sobre todo no quería suplantar ni sentir que estaba traicionando la memoria de su gran amor. Yo creía que era por eso que siempre ponía excusas y no le agradaba nadie lo suficiente: ella aún no lo había superado. Sin embargo, mi caso era distinto, no había vivido una experiencia como esta jamás, no tenía idea si sería algo intenso y efímero, ni siquiera tenía la certeza de que fuera real. La única verdad que conocía era

que Bruno se me estaba colando por debajo de la piel y ya había acaparado por completo mis pensamientos. Su ternura y su frescura lo hacían encantador, y adoraba la forma en que me miraba, como si yo fuera lo que más le importara en el mundo en ese momento.

Negué con la cabeza regañándome internamente, estaba volando alto y me golpearía fuerte al despertar. Era mejor cerrar los ojos e intentar conciliar el sueño.

Pero esa noche en mis sueños también apareció Bruno.

8

• Bruno • *Explosión de color*

Aquella noche quise volver caminando a casa, pero estaba agotadísimo, así que en la esquina llamé a Rony —el chofer—, que enseguida pasó por mí. Llegué a casa y, luego de bañarme y ponerme algo cómodo, me quedé pensando en Celeste; quería disfrutar recreando una y otra vez en mi mente las imágenes vividas durante el día, el olor de su pelo, la textura de su piel. Todo en ella me estaba llenando de distintos colores por dentro: cerraba los ojos e imaginaba que era una especie de jarra y mi interior se llenaba con un jugo multicolor. Porque Celeste era como su cabello, traía en ella todos los colores más hermosos del universo, empezando por el celeste, que estaba en sus ojos y en su nombre.

Entre mis coloridos pensamientos me quedé profundamente dormido y a la mañana siguiente, cuando desperté, me sentía renovado. Bajé a desayunar y saludé a Sandra, el ama de llaves, a quien conocía desde muy pequeño. Decidí darme un baño en la piscina y luego hacer un poco de ejercicio trotando por los alrededores.

—Tenga cuidado, joven Bruno —me recomendó Sandra—, la zona está bastante peligrosa últimamente.

—Descuida, estaré bien —contesté sonriendo.

Luego del ejercicio volví a casa a bañarme, me vestí y salí para ir a ver a Celeste. Compré café y donas por el camino y llegué junto a ella.

—Hola, hermosa Sirena —sonreí.

—Pensé que no vendrías —respondió ella devolviéndome la sonrisa.

—Te prometí que lo haría, solo que me tomé la mañana para hacer un poco de ejercicio.

—Así que te ejercitas. —Me observó divertida de reojo sin soltar el pincel.

—Ya ves, este cuerpo tan perfecto se debe a eso. —Ambos nos echamos a reír—. Traje café y donas, la última vez que merendamos en el parque nos

llovió encima, así que teníamos esto pendiente —dije sentándome a su lado en el césped.

—Gracias, tenía mucha hambre. —Detuvo su pintura y se volteó hacia mí para poder comer.

Nos pasamos la tarde conversando, ella pintaba y yo me recostaba a su lado.

—Cuéntame de tu infancia —pidió ella.

—La pasé en internados y cosas de ese estilo, no hay mucho que contar. Mis pocos recuerdos felices tienen que ver con mi abuela —rememoré sonriendo.

—Y sus colores —completó.

—Exacto —continué—. La abuela creía que cada persona tiene un color especial, y que nuestras vidas son como un cuadro: cuando una persona forma parte de tu vida, deja en tu cuadro algo de su color, algo de su esencia. Por eso no hay dos cuadros iguales, no hay dos vidas iguales... Por eso todos somos distintos.

—Tu abuela era una persona interesante —comentó mientras se llevaba un bocado a la boca—. ¿Piensas que mi color es el celeste? —me preguntó.

—No lo sé, no podría decirlo... Pienso que llenas mi vida de todos los colores... —Me sinceré—. Pero es probable que sí, el celeste se encuentra con mayor intensidad en ti —agregué sonriendo.

—¿Yo lleno tu vida de colores? —preguntó ella enarcando las cejas asombrada. Solo asentí.

—Todo era monocromático hasta que te conocí —respondí encogiéndome de hombros.

—Eres muy dulce, Bruno —dijo casi en un susurro, y continuó pintando.

Nos quedamos por ahí un largo rato, hasta el atardecer.

—¿Te parece si vamos a casa? Puedo cocinar algo y comemos allí —invitó sonriente.

—¿Cocinas? —le pregunté.

—Obvio, vivo sola, ¿recuerdas? —respondió con ironía. Reí, las chicas que yo conocía tenían empleadas y servidumbre, olvidaba que ella no pertenecía a ese mundo.

Anduvimos hasta su casa y entramos. Yo me senté en el sofá y ella fue a lavarse las manos para volver.

—¿Qué quieres comer? ¿Pasta, *pizza*, carne?

—Lo que quieras, creo que pasta suena bien —respondí.

—Pasta será —afirmó entonces, y fue a la cocina. La casa era pequeña, así que yo podía oírla desde donde estaba—. ¿Puedes encender la tele? Mientras cocino veo una serie del canal dos —habló en tono elevado para que la escuchara. Obedecí y encendí el aparato. Para mi sorpresa, el rostro de Nahiara anunciaba el inicio de la serie donde ella actuaba.

—¿Esta? —pregunté incrédulo.

—Sí, ¿la ves? —Parecía emocionada.

—No —respondí divertido, nunca había visto a mi hermana actuar—. ¿Es buena?

—Sí, me gusta mucho la chica principal, es una gran actriz —agregó entonces, y yo sonreí.

—Ya lo creo —susurré—. Es muy bonita.

—Lo es —mencionó ella viniendo hasta la sala—. A veces me pregunto cómo será la vida de los famosos —comentó pensativa—. Tienen todo lo que quieren, ¿serán felices?

—Los seres humanos somos insaciables, cuando tenemos algo, siempre queremos más —agregué pensativo—. No creo que sean felices, al menos no todos. Es una vida estresante: fotos aquí y allá, lejos de tus afectos, siempre cumpliendo compromisos y cuidando lo que haces y dices.

—Sí —asintió ella—. Eso también lo he pensado... no cambiaría mi libertad por nada del mundo, pero esa chica... —dijo señalando el rostro de mi hermana en la pantalla—. Ser ella ha de ser genial: hermosa, perfecta, famosa, deseada, admirada —habló soñadora.

—Puede ser... —contemplé la imagen de Nahiara—. Pero quizás ella preferiría ser una chica normal, ¿o no?

—Bueno, la palabra normal es muy subjetiva —dijo volviendo a la cocina.

—¿Cómo la palabra «caro»? —pregunté.

—Sí, exacto. —Ella rio ante mi recuerdo y luego me apuntó desde la puerta de la cocina con un tenedor que traía en la mano—. Si te pones a pensar, para ti es normal salir a correr; yo no puedo hacer eso, para mí lo normal es poner crema en mis muñones cada noche antes de dormir para que la piel no se endurezca y duela —agregó con naturalidad, y luego se encogió de hombros—. No es normal salir a correr, aunque me gustaría que lo fuera —dijo pensativa.

—Tienes razón, pero entonces estamos en lo que yo te decía antes. Nadie es feliz con lo que tiene y siempre estamos deseando más.

—Por ejemplo, ¿tú qué deseas? —preguntó.

—Libertad —respondí yo sin pensarlo.

—¿No eres libre? —cuestionó dubitativa.

—No, debo rendir cuentas a mis padres, vivir como ellos imaginan que debo hacerlo, estudiar lo que quieren, pensar como quieren... Estoy preso en sus estúpidas tradiciones —respondí con algo de enfado en la voz, odiaba pensar en eso.

—No cambiaría mi libertad por nada —repitió—. Aunque de nuevo la palabra «libertad» es subjetiva —pensó en voz alta—. Yo tengo libertad en el sentido que puedo ir y venir a donde quiera sin rendir cuentas como tú, pero no tengo libertad para hacer las cosas que deseo porque estoy atada a este cuerpo incompleto.

—Es cierto —dije mirándola—. Pero tu cuerpo no hace a tu alma, y que te falten las extremidades inferiores no te hace incompleta —sonreí—. Eres la persona más completa que conozco, Celeste, tanto, que a tu lado yo me siento completo.

—Deja de decir esas cosas —se quejó ella mirándome sonrojada.

—¿Por qué? ¿No te gusta?... Solo digo lo que siento y lo que pienso —me sinceré.

—Ya está la comida —continuó—. ¿Me ayudas a preparar la mesa?

Puse dos platos, cubiertos y vasos, luego llevé la bandeja con la comida a la mesa y me senté. Ella se sentó también y nos sonreímos.

—Huele delicioso —murmuré observando el humo salir de la fuente.

—Gracias, espero que esté delicioso —añadió alistándose a servir.

Comimos en silencio mientras ella observaba absorta el capítulo de la serie de mi hermana y yo me divertía con sus facciones.

—Quizás un día te lleve a casa —sonreí ante la imagen de Celeste viendo las fotos de Nahiara en la sala de mi casa.

Luego de comer, me ofrecí a lavar los cubiertos para que ella disfrutara tranquila del final de su serie y después la acompañé al sofá. Ella estaba sentada en una de las orillas y yo me senté a su lado, ni demasiado cerca ni demasiado lejos. La serie terminó y entonces ella apagó el televisor.

—Me estoy acostumbrando a ti demasiado rápido —comentó en medio de un suspiro—. Te extrañaré cuando no estés.

—Siempre puedo volver —afirmé sonriendo—. Ni siquiera he pensado en eso de que tengo que irme. —Me sentía tan a gusto que de verdad no lo había hecho.

—¿Has tenido muchas novias? —preguntó mirándome con curiosidad—. Eres tan guapo, Bruno, cualquier chica moriría por ti —sonreí ante su

expresión y sinceridad.

—He salido con varias, pero solo he tenido un gran amor, se llamaba Lucía —dije recordándola—. Ella podía ver lo que yo realmente era, no lo que todos veían en mí.

—¿De qué hablas? —preguntó sin entender.

—De lo mismo que te sucede a ti, pero al revés —me sinceré—. Según tú, la gente no se te acerca por tu... bueno, por tu condición —mencioné sin saber cómo decirlo—, pero a mí la gente se me acerca solo por lo que tengo... Nadie ve más allá, nadie conoce lo que realmente soy, ni siquiera lo intentan.

—O sea que tienes mucho dinero. —Levantó las cejas y frunció los labios—. Lo supuse.

—¿Por qué? —Quise saber qué me había delatado.

—Porque vi que un chofer te pasó a buscar la otra noche —sonrió—. Y porque vienes a vacacionar aquí, obvio —agregó, y ambos reímos.

—Bueno, algo así. En realidad mis padres, pero las chicas se acercan a mí por eso... Podría ser el más malvado del planeta, tratarlas mal, se quedarían allí por un auto o una joya, pero yo eso no lo tolero. Por tanto, soy un poco asocial, no me gusta juntarme con las personas, porque en mi entorno es difícil saber quiénes son en realidad y... eso me hace solitario.

—Lo entiendo —asintió pensativa—. Aunque si tuviera que elegir preferiría tu mundo al mío.

—¿Por qué no usas una prótesis? —pregunté mirando sus piernas.

—Porque debo mandar a hacer una buena —expresó con tristeza encogiéndose de hombros—. Al tener el corte por sobre las rodillas, debe ser una especial, debo acostumbrarme a ella, no es fácil usarla, pues al no tener rodillas no tengo fuerza en las piernas y la prótesis no puede responder a eso... No sé si me explico, pero el caso es que no puedo ponerme cualquiera, podría lastimarme más o incluso podría ser más incómodo que andar sin ella. Además, sale muy costoso, y requiere de una especie de entrenamiento para aprender a usarla. En realidad, todo lo de mis cuadros lo estoy juntando para hacerme una, alguna vez.

—Yo podría...

—No... no me interesa tu dinero —interrumpió ella adivinando mis intenciones. Yo solo asentí.

—A mí tampoco, pero si puedo hacer algo bueno con él —me encogí de hombros.

—Haces algo bueno al estar conmigo cada día, Bruno, también has pintado de colores mis días. —Luego de oír aquello me acerqué más para

mirarla a los ojos.

—No estoy contigo por hacer algo bueno, Celeste, estoy contigo porque me gusta... porque tú me gustas. —De nuevo esa combinación de colores cruzó su rostro y bajó la mirada avergonzada—. ¿Puedo cargarte en mi regazo? —pregunté temeroso a su respuesta.

—Eso es raro —dijo ella frunciendo el ceño.

—Déjame hacerlo. —Al final aceptó y con mi ayuda se sentó en mis piernas dejando sus muslos hacia un solo lado. Yo la acerqué a mí y recorrí con mis dedos sus mejillas sonrosadas. Su boca se entreabrió y su respiración se volvió agitada—. ¿Estás nerviosa? —pregunté.

—Sí —asintió—, pienso que quieres besarme y yo no sé si quiero.

—¿Has besado alguna vez? —cuestioné.

—Solo una vez —dijo bajando su mirada—. Aníbal, un amigo de la infancia, un chico paralítico que conocí en mi estadía en el hospital y que me hizo más placentera la transición. Él había nacido así, me enseñó trucos con la silla. Yo tenía quince y él diecisiete cuando me preguntó si podía besarme... Nadie nos miraba, no existíamos para los chicos del sexo opuesto, pero sin embargo teníamos las mismas inquietudes. Éramos adolescentes y soñábamos con besos, caricias y amor. Sabiendo que eso no llegaría, él me pidió permiso y yo se lo concedí, así que nos besamos para experimentar. Decidimos ser novios un tiempo, pero no funcionó, no nos gustábamos en realidad, eran solo nuestras ganas de ser normales —comentó hablando de forma rápida; estaba visiblemente nerviosa.

—Quiero besarte, Celeste —le confesé con seguridad.

—¿Por qué quieres hacerlo, Bruno? ¿Porque quieres probar qué se siente al estar con una chica como yo? —se puso a la defensiva.

—Porque todo en ti me gusta, y tus labios se me hacen tan apetecibles que deseo probarlos, probar tu sabor y el color de tus besos —susurré acercándome mucho a ella—. Además, sí me encantaría probar qué se siente al estar con una chica como tú, tan perfecta —agregué y tomé su rostro entre mis manos juntando mi frente con la suya.

Ella respiró agitada y cerró los ojos, entonces supe que tenía su permiso. Junté nuestros labios y me perdí en un mar de explosiones coloridas. Eso era magia, fuego y color... algo que nunca antes había sentido en un simple beso.

Nos besamos por una eternidad, y yo sentí ganas de continuar, de probar todo su cuerpo y descubrir todos sus colores. Pero no podía, no con ella, era especial y tenía miedo, debía ser cuidadoso. Me alejé y acaricié sus cabellos, ella abrió los ojos y sonrió.

—Eso fue genial —murmuró, y yo sonreí.

—Sí que lo fue —asentí pasando mi dedo pulgar por sus labios sonrosados.

Nos quedamos allí, besándonos un sinfín de veces más, ella sentada encima de mí y yo abrazándola por la cintura. Luego se hizo tarde y decidí volver a casa. Pensaba ir caminando porque necesitaba el aire frío golpeándome y sacándome el calor que se me había pegado por el deseo que crecía en mí. Me despedí dándole otro beso y sin más palabras salí de su hogar. No era lejos, pero estaba bastante desierto y la noche era fresca.

Cuando llegué al camino de ingreso a las casas más lujosas del pueblo, una banda de chicos salió a mi encuentro. Había oído que Tarel se había vuelto peligrosa desde que mucha gente adinerada se había asentado en el lugar, pero no lo creí hasta ese momento.

—¡Danos todo lo que traes! —ordenó uno apuntándome con un arma.

—No tengo nada —me defendí.

—Los que entran aquí tienen mucho —increpó otro—. Mejor danos todo lo que traes.

Saqué de mi billetera un billete de quinientos y se lo pasé junto con el celular.

—Es todo lo que traigo, déjenme pasar —imploré, y ellos rieron.

—Lo haremos, pero antes te daremos tu merecido, odiamos a los chicos como tú —dijo otro, y comenzaron a pegarme. En vano intenté defenderme, porque me atacaban de todos los flancos. Solo rogaba que no me mataran, no ahora que por fin me sentía tan vivo.

Agotado de luchar, decidí no resistirme más para que se cansaran y se fueran; eran muchos más que yo, no podría con ellos. Me aferré a los colores de Celeste como un bálsamo para aguantar los golpes, sin embargo todo se puso negro y el silencio cayó sobre mí.

9
Celeste
¿La novia?

—¿Entonces? ¿Estás enamorada? —preguntó Diana burlándose de mí después de contarle lo sucedido el día anterior. Íbamos camino a la plaza con Tomy en mi regazo.

—Me gusta, me gusta mucho —sonreí—, pero aún tengo miedo. Él debe volver a la capital y yo me quedaré aquí...

—Es cerca, podrían verse los fines de semana... Si dices que tiene dinero, él podría venir —agregó encogiéndose de hombros.

—Lo sé... pero quizás él solo lo vea como un amor de verano —respondí exteriorizando mis miedos.

—Ya veremos, deja que las cosas sucedan y disfruta —dijo mi amiga.

Llegamos a la plaza y Diana me ayudó a acomodarme como cada día, luego se fue y yo comencé mi trabajo. Las horas pasaron lentas ante la ausencia de Bruno; me dijo que vendría, pero nunca llegó... ¿Ya se habría cansado? Mis pensamientos empezaron a traicionarme derramando voces que me decían que ya lo sabía, que no era nada nuevo, que lo lógico era que terminara así. Me percaté con temor de que ni siquiera tenía su número de celular para localizarlo. ¡Qué tonta! Si él no aparecía por su cuenta, yo no tenía idea de dónde buscarlo. El día anterior podría haber sido la última vez que lo veía.

Diana terminaba temprano hoy, así que pasó por mí y me ayudó a llevar las cosas a lo de Margarita, buscamos a Tomy y volvimos a la casa.

—No estés mal, quizá le surgió algo —intentó consolarme ante mi ansiedad.

—No lo sé... Tengo un mal presentimiento —dije, y ella solo negó.

—No seas negativa, Celeste —agregó rodando los ojos.

Cuando llegamos a casa, Diana se quedó un rato, íbamos a comer algo mientras Tomy jugaba en la sala. Yo estaba cocinando y ella estaba con él mientras conversábamos.

—¿Cómo te fue con Marco? —Un compañero de trabajo que solía invitarla a almorzar y le mandaba algunos mensajes.

—Bien, pero sabes que no me interesa nada más que la amistad... Yo no puedo olvidar a Tomás. —El padre de su pequeño.

—Bueno, pero la vida continúa y en algún punto tendrás que pensar en rehacer tu vida —insistí, aunque imaginaba que no sería sencillo.

Diana no contestó, oí que encendía el televisor y pensé que le pondría dibujos a Tomy, pero entonces me llamó.

—¡Celeste! ¡Ven! —exclamó casi gritando, y yo fui hasta la sala lo más pronto que pude.

—¿Qué sucede? —Entonces oí la noticia.

—«Uno de los hijos de Gloria y Roger Santorini fue encontrado malherido al ingreso de la Colonia San Fermín, donde la familia tiene su casa de verano, en la ciudad de Tarel. El joven Bruno se encuentra internado en la Clínica Central, y su hermana menor Nahiara ha viajado junto a él debido a que sus padres se encuentran en medio de un viaje de negocios» —decía la voz de la locutora mientras se veía la foto de Bruno. Mí Bruno.

—¿Bruno Santorini? —dijimos ambas mirándonos sin entenderlo y con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¡No lo puedo creer! —gritó Diana emocionada—. ¡Ese es Bruno! ¡Tú chico! —Empezó a dar brincos por toda la casa.

—Debo ir a verlo —comenté asustada—. ¡Por eso no vino hoy! —Estaba muy preocupada y sobre todo triste por haber pensado mal de él.

—Voy a acompañarte —ofreció Diana—. Dejaremos al niño con Margarita.

Salimos a la calle y tomamos el primer taxi libre que pasó. Yo estaba nerviosa, así que Diana le dio la dirección de la casa de Margarita, donde se bajó unos minutos a pedirle que por favor cuidara a Tomy. Sé que fue muy rápido, pero a mí los minutos se me hacían eternos. No sabía el estado de Bruno y aquello me alteraba.

Llegamos a la clínica y nos dirigimos a la parte de informaciones. Yo me movía rápido, pues había llevado mi silla.

—¿Bruno Santorini? —pregunté.

—¿Son familiares? —cuestionó la enfermera.

—Ella es la novia —confirmó Diana, y yo la miré negándolo, eso no era cierto. La enfermera me miró levantando las cejas como si no creyera lo que le decíamos e hizo una mueca burlesca.

—No puedo darles información —respondió luego recobrando la seriedad.

—Por favor, al menos dígame cómo está —rogué.

—Lo siento —repitió, y ajustando sus gafas bajó la vista a sus papeles.

Nos alejamos de ella para pensar en otro plan, entonces vimos a gente del diario local llegar al hospital; seguro venían tras Bruno, o Nahiara, que según las noticias estaba aquí. No podía creer que el otro día, cuando veíamos su serie, Bruno no me dijo que era su hermana. Seguimos el camino recorrido por un par de chicas con credenciales que decían «prensa» y entonces vi a Nahiara en medio del pasillo rodeada de micrófonos. Nos acercamos.

—Mis padres ya están enterados, pero no pueden dejar su viaje. Yo me quedaré aquí un par de días. Bruno está bien, está consciente, no fue nada grave —explicó, y eso me hizo sentir mejor—. Es todo lo que les voy a decir. Gracias.

Cuando los de la prensa se fueron alejando, ella quedó en el sitio esperando que todos desaparecieran. Imaginaba que no quería abrir la puerta de la habitación y que se filtrara alguna foto.

—Ahora, acércate a ella —me instó Diana dándome un empujón en el hombro. Le di una mirada de regaño, no podía solo acercarme. ¿Qué le diría? Además, me daba vergüenza, ella era como una especie de ídolo para mí—. ¡Dale! —insistió, y su grito alertó a Nahiara, quien nos miró confundida.

—¿Las puedo ayudar? —preguntó amablemente—. Si son *fans* chicas, este no es el mejor momento —dijo haciendo movimientos con las manos.

—Ella es la novia de tu hermano —habló de nuevo Diana inoportuna.

—¿Novia? —repitió Nahiara con sorpresa, y luego me miró con detalle. Imaginaba que para todas las personas la palabra «novia» asociada a una chica en silla de ruedas no cuadraba con la imagen esperada para la chica que estuviera con Bruno Santorini.

—No somos novios... Solo quiero saber cómo está. Soy Celeste... ¿Puedes decirle que vine? —dije nerviosa; no podía controlarme muy bien.

—¿Eres Celeste? —cuestionó ella sonriendo con entendimiento y acercándose—. Él ha estado pidiéndome que fuera a buscarte a una plaza, solo no podía dejarlo aquí al acecho de los *paparazzi* —explicó.

—Lo entiendo —dije acercándome también.

—Un gusto, soy Nahiara. —Se agachó para besarme en las mejillas.

—Lo sé, soy una especie de *fan*, pero no tenía idea, hasta hace unos instantes, que eras hermana de Bruno —respondí algo cohibida.

—Lo sé, me lo dijo —sonrió—. Puedes pasar, yo me quedaré un rato más por aquí —dijo señalándome la habitación.

Diana asintió para que ingresara al cuarto y se sentó en una de las sillas de espera diciéndome que se quedaba allí. Cuando pasé, Bruno estaba con la cabeza vendada y los ojos cerrados. Me acerqué pensando que dormía.

—Bruno... —murmuré acariciando su frente. Me dio mucha tristeza verlo así.

—Celeste —habló sin abrir los ojos—. ¡Al fin viniste! —exclamó.

—No sabía que estabas aquí —dije compungida—. ¿Te sientes bien? Me enteré por las noticias —expliqué.

—Lo sé... Creo que deberías darme tu número de celular —bromeó, y esbozó una sonrisa.

—Sí, también lo creo. —Me acerqué un poco más para tomarle de la mano—. Me asusté mucho, Bruno.

—Estoy bien, solo me duele mucho la cabeza, eran como cinco y me pegaron bastante. Yo les di todo lo que tenía, pero igual me golpearon hasta dejarme casi inconsciente. Por suerte no hicieron nada más, odiaría morirme ahora que estamos juntos —susurró, y al fin sus ojos me encontraron.

—Dios, quiero matar a los que te hicieron esto —comenté al verlo lastimado, sin embargo la palabra «juntos» se había quedado marcada en mis pensamientos—. ¿Por qué no me dijiste quién eras? —pregunté frunciendo el labio. No entendía por qué me ocultó su identidad.

—Amaba que no lo supieras —admitió con una media sonrisa y encogiéndose de hombros.

—No me importa quién eres Bruno, para mí eres solo el chico que me encanta y que me tiene todo el día pensando en él —admití al ver tanta ternura en su mirada. Ya no podía callar lo que me estaba pasando, no quería hacerlo.

—Tú eres mi chica de los colores —sonrió—. ¿No me piensas besar? —añadió frunciendo los labios como si esperara un beso.

—No te alcanzo desde la silla y no quiero que te muevas. —Acaricié su mano.

—Súbete a la cama —dijo golpeando con suavidad el espacio libre del colchón a un lado de su cuerpo.

—¿Estás loco? —pregunté—. Si me vieran se molestarían. Y si entrara Nahiara...

—Le dije que eras su *fan* —rio interrumpiendo.

—Muero de la vergüenza —contesté tímida.

—Es buena Nahiara —agregó él—. Es la única en la familia en quien puedo confiar, con quien puedo contar —explicó.

—¿Tus padres no vendrán? —pregunté, aunque la respuesta ya la sabía.

—No estoy lo suficientemente grave como para que dejen sus cosas para venir a cuidarme —añadió con un tono amargo en la voz.

—Yo te cuidaré —sonreí estirándome un poco para acariciarle la frente—. No me moveré de aquí hasta que salgas. —Él acarició mi rostro y yo cerré los ojos.

Nahiara entró y nos encontró así. Carraspeó.

—Perdón —se excusó entrando. Bruno me tomó de la mano—. Ya mandé a los *paparazzi* a volar —agregó, y luego me miró—. Tu amiga dice que se va a la casa y que cualquier cosa la avises.

—Si no te molesta, quiero quedarme con Bruno. —Me encogí de hombros tímida.

—No, por supuesto que no —negó con la cabeza—. De hecho, solo puedo quedarme hasta mañana, debo ir a grabar —comentó—. ¿Estarás bien? —le preguntó a Bruno.

—Si estoy con ella nada más importa —exclamó mirándome, y Nahiara levantó las cejas en una mueca de sorpresa.

—Entonces, ¿de verdad son novios? —preguntó.

—Oficialmente aún no tuve tiempo de pedírselo —dijo Bruno sonriendo—, pero... quién sabe —añadió guiñándome un ojo, y luego se quejó porque aquel gesto le ocasionó un tirón en la cabeza.

—No quiero ser aguafiestas —habló Nahiara dubitativa—, pero tú tienes que volver, sabes que has venido aquí solo para...

—Lo sé —interrumpió Bruno—. Pero eso no me importa ahora —concluyó.

—Bien... yo no me meto —dijo Nahiara levantando ambos brazos pero sin dejar de mirar a Bruno. Tenía la sensación de que en esas miradas se decían muchas cosas y me sentí algo incómoda.

Por suerte un médico ingresó a la sala para comprobar los signos vitales de Bruno y la tensión en el ambiente se disipó ante sus preguntas. Me alejé un poco para darle espacio para que lo revisara y Nahiara me sonrió desde su sitio. A pesar de todo, no parecía mala persona.

Nahiara se mostró muy amable y educada con Celeste durante su estadía en el hospital, pero con solo mirarla yo podía adivinar perfectamente todo lo que se moría de ganas de decirme y preguntarme. Cuando Celeste pidió permiso para hacer una llamada ella aprovechó.

—¿Bruno? ¿Sabes lo que mamá y papá te dirán si saben que sales con una chica de pueblo y encima con sus... limitaciones? —indicó.

—No me importa, Nahiara, estoy harto de pensar en ellos y en lo que quieren para mí, tengo derecho a hacer mi vida —añadí seguro. No iba a permitir que siguieran manejando mi vida.

—Lo sé, pero no creo que lo logren. ¿Recuerdas a Benny? —Benny era un novio que Nahiara tuvo en la secundaria. Era un chico becado por su inteligencia, pero de origen humilde, y nuestros padres la obligaron a dejar de salir con él cuando los diarios empezaron a sacar fotos de ambos saliendo juntos de la escuela. En el caso de Nahiara fue peor, porque ya estaba comenzando su carrera como actriz.

—Mira... sé que amabas a Benny, pero no luchaste por él... Preferiste encuadrarte en lo que mamá y papá aspiran para ti, aunque eso no sea lo que tú deseas, pero yo no soy así... Yo quiero vivir mi vida.

—¿La amas? —preguntó suspirando.

—Puede que sí —respondí casi en un susurro. No sabía si se trataba de amor, pero nunca había sentido algo tan intenso.

—No puedes amarla en tan poco tiempo —refutó ella.

—¿Hay un tiempo para el amor? ¿Acaso hay una edad? ¿Hay reglas? El corazón solo empieza a latir por alguien y empiezas a tener ganas de vivir... Me siento vivo a su lado —dije sonriendo—. ¿Recuerdas a la abuela hablar sobre los colores del amor? —Ella asintió—. Celeste tiene todos esos colores para mí.

—¡Wow! —exclamó Nahiara haciendo gestos con la mano—. Yo no me meteré en esto, solo te digo lo que sucederá, y tú lo sabes —afirmó.

—Afrontaré lo que tenga que afrontar —respondí seguro. En ese momento ingresó Celeste.

—Me tengo que ir ya —se despidió Nahiara levantándose—. Un gusto conocerte —dijo acercándose a ella y agachándose para besarla en las mejillas.

—Igualmente —respondió Celeste con una sonrisa dulce.

—Te dejaré mi número para que me avises si pasa cualquier cosa —agregó mi hermana.

—Bien —aceptó Celeste anotándolo en su celular.

—Adiós, Bruno. Cuídate, y no andes tentando al destino —se despidió mi hermana, y seguro lo dijo en doble sentido.

—Adiós, Nahiara. Gracias por todo —dije viéndola partir—. ¡Al fin solos! —Miré a Celeste—. Ahora sí, ven a acostarte aquí.

—Bruno, enseguida vendrá el médico a verte —se quejó ella sonriendo—. ¿Cómo te sientes?

—Bien, ya me quiero ir a casa —bufé, y luego la miré—. ¿Vendrás a casa conmigo?

—No sé... —Bajó la vista e hizo un silencio. Esperé a que continuara—. Vives en una de las mansiones más grandes del pueblo —añadió, finalmente, volviendo a mirarme.

—No es mi casa, es de mis padres... Y no vivo ahí, solo estoy de veraneo —respondí divertido.

—¡Peor! —añadió sonriendo.

El médico vino a revisarme y dijo que si pasaba bien la noche al día siguiente me daría el alta. Cuando el hospital se volvió silencioso y la noche cayó sobre nosotros, miré a Celeste, que leía un libro sentada en la cama preparada para el acompañante. Estaba hermosa, el resplandor de la luna más la luz artificial del velador iluminaban los colores de su cabello. Quería abrazarla y dormir con ella en mis brazos.

Lo que Celeste me hacía sentir era una sensación única y desconocida, calidez en mi alma, como si hiciera mucho frío y ella fuera mi abrigo, como si ya nunca volvería a estar solo. Era pronto, lo sabía, pero realmente lo sentía. Eso era más que un amor de verano para mí, pero no quería asustarla con mi ansiedad, así que decidí que no le diría nada aún.

—¿Vienes a dormir? —pregunté intentando moverme para dejarle espacio a mi lado.

—Dormiré aquí, no quiero molestarte —respondió señalando el sitio en el que estaba sentada.

—Necesito abrazarte para dormir —dije, y ella me observó con una expresión de diversión, sorpresa y duda al mismo tiempo.

—¿Desde cuándo? Que yo sepa nunca hemos dormido juntos —añadió enarcando las cejas desafiante.

—Hoy puede ser una hermosa primera vez —sonreí, y ella negó con la cabeza.

—Cuando pones esos ojos dulces me es imposible negarme. —Bajó del sofá para acercarse a mi cama. Yo apreté el botón que manejaba la cama para bajarla y que ella pudiera alcanzarla. Entonces se subió y volví a subir la cama.

—Tenemos que comprar una de estas camas para cuando nos casemos —susurré divertido y ella me miró confundida—, porque entonces podrás subir a la cama sin problemas —añadí desenfadado.

—Bruno, qué cosas dices —murmuró ella sonrojada.

Yo abrí mis brazos y ella se recostó a mi lado colocando su cabeza en el derecho. La abracé y acaricié su espalda con ternura. Quedamos mirándonos y no tardamos en comenzar a besarnos, lo habíamos deseado todo ese tiempo.

—Me gustas tanto —susurré entre besos, y ella sonrió algo cohibida.

—También me gustas y no puedo creer lo que estoy viviendo —agregó.

—Créelo, porque me tienes a tus pies... o bueno... me tienes a tus muñones —bromeé, e intenté encogerme de hombros. Ella rio.

—Eres tonto, pero me gusta bromear contigo sobre mi situación, la hace más llevadera y natural —añadió plantando un tierno beso sobre mis labios.

—No me importa si no tienes pies o piernas. ¿Lo sabes, verdad? —Ella me mostró su tatuaje, lo leí en voz alta—: «Pies para qué los quiero, si tengo alas para volar», Frida —murmuré mientras pasaba mi dedo índice por las letras, y ella asintió.

—Siempre pensé que mi pincel y mis colores eran mis alas, pero ahora empiezo a dudarlo... Creo que eres tú, tú eres mis alas, Bruno —susurró muy cerca de mi boca, y yo respiré su aliento mientras acariciaba sus cabellos.

—¿Cuáles son los colores que visualizas ahora? —pregunté.

—El rosado, el rojo, el violeta, el blanco, el verde, el amarillo, el oro... Esos son los colores que imagino cuando pienso en ti —respondió, como si buscara dentro de su cabeza la respuesta correcta.

—El rosado, la ternura; el rojo, la pasión; el violeta, la seducción; el blanco, la pureza; el verde, la esperanza; el amarillo, la amistad; el oro, la

eternidad —completé.

—Interesante —murmuró ella—. ¿Son los mismos colores para ti? —quiso saber.

—Habría que sumarle el celeste, porque allí es donde empieza y termina el amor para mí. En tus ojos... en tu nombre. —Ella se sonrojó y la besé de nuevo.

Esta vez la pasión fue quemando nuestra sangre mientras, por primera vez, ahondábamos en un beso fiero, cargado de electricidad.

—Creo que el rojo está ganando la batalla —jadeó ella apartándose—. Será mejor tranquilizarnos, estamos en el hospital y estás herido. —Suspiré pegando mí frente a la suya.

—Lo que me pasa contigo es fuerte, Celeste. ¿Te pasa igual? —pregunté aún embelesado por el sabor de sus besos.

—Sí —asintió ella mirándome a los ojos—. ¿Crees que uno puede enamorarse en tan poco tiempo? —cuestionó.

—Mi abuela decía que las personas estaban destinadas a buscar a su otra mitad, y que cuando se encontraban sus colores se fusionaban dando como resultado uno solo, único y perfecto. Decía que no necesitabas más que el tiempo que tarda un pintor en mezclar un par de colores para enamorarte de alguien, si ese alguien era tu otra mitad, pues lo has esperado y lo has buscado tanto, que tu corazón estará feliz de encontrarlo y será capaz de reconocerlo... Pero también decía que esa tinta quedará por siempre en tu corazón, así tengas que seguir tu vida alejado de ese amor —respondí mientras enrollaba mi dedo en sus cabellos.

—Cada vez tu abuela me impresiona más —exclamó sonriendo—. Creo que me hubiera encantado conocerla.

—A ella también —sonreí asintiendo—. Estoy seguro.

—¿De qué falleció? —quiso saber.

—Mi abuela falleció de un ataque al corazón, pero ella murió mucho antes.

—¿Cómo es eso? —preguntó Celeste.

—Se le diagnosticó Alzheimer cuando tenía sesenta y tres años, recuerdo que solía decirme que esa enfermedad era el peor castigo para ella. Decía que borraría todos sus colores hasta dejarla en blanco, y que cuando eso sucediera, ella estaría muerta en vida. Tenía un diario donde lo anotaba todo y lo leía una y otra vez, cada día, para no olvidar nada. En los últimos tiempos ya no recordaba leerlo, entonces yo se lo leía, pero solo tenía catorce años entonces y no recuerdo demasiado... Algunas cosas no las entendía. Mi madre decía

que perdía mi tiempo, que ella ya no comprendía, pero, sin embargo, cuando yo leía ella sonreía —cerré los ojos recordando su sonrisa.

—Qué dulce, Bruno —dijo Celeste—. Siempre fuiste perfecto.

—No soy perfecto —agregué besándola en la mejilla—. Mi abuela decía que nuestra vida está hecha de recuerdos, que el presente no existe, ni el futuro tampoco. Que la expresión «vivamos el presente» es una utopía. Decía que el pasado es el que nos deja olores, colores y recuerdos en base a los cuales organizamos nuestras vidas, y que el futuro, por más que lo soñemos, nunca lo poseemos hasta que se hace pasado. Entonces el presente es solo ese minuto de transición, el puente por el cual el futuro, se convierte en pasado —recordé.

—Wow... —exclamó Celeste sorprendida.

—Por tanto, decía que su enfermedad mataba su pasado, y un ser sin recuerdos era un ser sin colores, un ser muerto...

—Pobre, habrá sufrido mucho —suspiró.

—Exacto... —asentí pensativo—. Ahora entiendo mucho más todas las cosas que solía leerle. Me encantaría encontrar ese diario y releerlo, creo que hay mucho que aprender allí.

—¿Sabes dónde está? —preguntó ella mirándome a los ojos.

—Creo que sí —afirmé sonriente. Tenía la sensación de que mi abuela quería decirme algo y que había estado esperando todo este tiempo para que yo fuera capaz de entenderlo. Estaba decidido a buscar ese diario.

Estábamos llegando a la casa de Bruno y yo aún no me hacía idea de cómo sería ese lugar. Sabía que Tarel tenía mansiones inmensas de famosos y gente adinerada, pero la palabra «inmensa» quedaba pequeña ante tanta majestuosidad. La mansión de los Santorini era tan grande como toda la cuadra donde yo vivía. El chofer nos había pasado a buscar y al llegar bajó nuestro equipaje. Diana había traído unas ropas para mí sabiendo que me quedaría unos días allí hasta que Bruno se recuperara por completo.

—Buenos días, joven Bruno —saludó una mujer de mediana edad uniformada. Su semblante era amigable—. ¿Se siente ya mejor?

—Sí, mucho mejor, Sandra —contestó él—. La señorita Celeste se quedará conmigo estos días —informó, y la señora me hizo una reverencia—. Prepárele el cuarto de huéspedes que está en Planta Baja.

—Claro, joven Bruno —asintió la señora Sandra, y se retiró.

—¿Cuántos cuartos de huéspedes hay en esta casa? —pregunté riendo.

—Los suficientes para albergar a toda una banda de músicos —sonrió—. Pero ahora estamos solos, te llevaré a dar un *tour* por la casa.

—Bien —asentí emocionada como una niña en un parque de diversiones.

Bruno manejó mi silla por primera vez sin preguntármelo y me llevó a ver toda la planta baja: había una piscina al aire libre, un quincho, una sala de juegos y una sala de música. Paseamos por el enorme jardín, que parecía sacado de algún cuento de hadas. Había una fuente y un poco más alejado de allí —hacia atrás de la casa—, una pequeña cúpula de hierro blanco llena de flores enredadas a sus patas, una silla de hierro y más flores en el suelo. Parecía una especie de rincón mágico...

—Ese era el sitio favorito de mi abuela, se pasaba horas pintando allí —indicó Bruno al ver que me había quedado perpleja observando ese sitio. Pensaba que sería un hermoso lugar para pintar.

Volvimos al interior y me cargó en la espalda para subir las escaleras y mostrarme las demás habitaciones. Por último, me llevó a una terraza en una especie de altillo gigante, que estaba techada, y en el medio de una cúpula transparente había una piscina climatizada.

—¡Este lugar es fantástico! —exclamé sonriendo.

—De noche hay una vista genial de las estrellas —indicó señalando la cúpula.

—Me imagino. ¿Podemos venir por la noche? —pregunté entusiasmada. Amaba la noche, las estrellas y la luna, desde ese sitio se adivinaba una vista fantástica.

—Sí —asintió sonriendo—. Podemos hacer lo que quieras.

—Ahora creo que debes descansar —musité mirándolo seria—. Yo pintaré un poco, si no te molesta. Me encanta ese rincón en el jardín, puedo pintar allí mientras duermes un rato, el médico dijo que debes ser un buen chico. —Sonreí.

—Está bien. —Me plantó un beso tierno—. Lo haré porque quiero que esta noche miremos juntos las estrellas hasta que amanezca. Ver el amanecer aquí contigo será fantástico.

—Genial... Haré un cuadro de ello luego —asentí, y nos dimos otro tierno beso. Luego me llevó hasta la planta baja y una vez en la silla de nuevo me mostró la que sería mi habitación. Entonces me acompañó al sitio aquel tan mágico. No tenía mis materiales de pintura, pero un bloc de hojas blancas y lápices acuarelados que llevaba a todos lados por si acaso me surgía la inspiración no faltaban nunca en mi bolsa.

Durante el resto de la tarde la hora se me pasó volando. Dibujé y pinté, porque llevaba días sin hacerlo, y después fui a la habitación que habían preparado para mí y tomé un baño relajante. Una bolsa en la cama llamó mi atención.

«Para Celeste», rezaba la tarjeta.

Al abrirla vi que había un traje de baño de dos piezas. No lo entendí, entonces giré la tarjeta y leí:

«Pensé que no habías traído uno y creo que lo necesitarás para ver las estrellas desde la piscina climatizada, Sirenita».

Sonreí. Esa pintaba una noche fantástica y ya sentía la adrenalina arremolinándose en mi estómago en forma de mariposas aleteando frenéticas.

Me puse el traje de baño y encima una remera rosa y una falda amplia roja. Me subí a la silla y salí a esperar que Bruno bajara, pero no necesité

esperar, él ya estaba en el vestíbulo. Tenía puesto un *jean*, una remera azul que le quedaba hermosa, y sus rizos ondeaban libres. Sonrió al verme.

—¿Vamos arriba?, ahí ya está lista la cena. —Yo solo asentí. Se veía tan guapo que me sentía algo torpe.

Me cargó y uno de los empleados llevó mi silla. Cuando llegamos al piso, Bruno le pidió que la abriera y me dejó en ella con suavidad. Manejó hasta el altillo y abrió la puerta. El lugar era independiente y muy amplio. A un lado de la piscina, una pequeña mesa redonda con una vela en medio estaba preparada para dos, los platos y las bebidas estaban ya colocados.

—Tenemos todo aquí —señaló Bruno—. La comida, las bebidas, el postre y más comida por si en la noche nos da hambre —dijo mirando hacia un refrigerador en lo que parecía ser una barra y un rincón parecido a una cantina.

—¿Suelen hacer fiestas aquí? —pregunté observando todo lo que allí había.

—¡Ni te imaginas! —exclamó él sonriendo—. Pero hoy será solo nuestro.

—Gracias —murmuré tímida, y luego me ayudó a cambiar de mi silla a la de la mesa.

Comimos en silencio mirándonos a los ojos en ese ambiente mágico a la luz de la vela, sonriéndonos como tontos y acariciándonos la mano de vez en cuando.

—¿Te gustó el traje de baño? —preguntó.

—Sí, lo traigo puesto —asentí bajando la mirada avergonzada.

—¡Muero por verlo! —exclamó sonriendo.

—No sé si quiero que me veas así —admití mirándolo con un dejo de temor—. Me incomoda que la gente vea los muñones —me encogí de hombros.

—Celeste... —Me tomó con cariño de la mano—. No quiero que te sientas así conmigo, no soy «la gente», soy Bruno —dijo, y sonreí. No podía evitar sentir como si nos conociéramos de toda la vida.

Terminamos de comer y tomamos un poco de vino y algo de helado, y luego nos recostamos en un par de tumbonas colocadas una al lado de la otra. Encima de ellas había una manta ancha que hacía que no se sintiera que eran dos.

—Pensaste en todo... —Me recosté en su pecho.

—Por supuesto, soy un chico de detalles —dijo él—. Quería que estuviéramos cómodos.

Nos quedamos en silencio mientras sentía una de sus manos jugar con las puntas de mis cabellos. El ambiente se estaba volviendo único y me gustaba, pero también me asustaba. No sabía cómo terminaría aquello.

—Bruno... yo... no sé cuáles son tus expectativas para esta noche, pero...

—No tengo expectativas más que ver las estrellas y el amanecer junto a ti —sonrió con dulzura—. ¿Vamos al agua? —preguntó—, está tibia y agradable.

Lo siguiente que hizo fue sacarse la remera, así que pude observar su torso desnudo por primera vez, luego se sacó los zapatos y pronto tenía solo un traje de baño azul ajustado al cuerpo. Me quedé embobada mirándolo, observándolo. Al percatarse, él sonrió y yo me sonrojé.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, y yo solo asentí. Él se acercó entonces y levantó mis brazos para sacarme la blusa, luego me recostó y fue desprendiendo mi falda hasta dejarme solo en el traje de baño de dos piezas que me había regalado. Yo sentía que me hundía de la vergüenza, me sentía poca cosa, incompleta, inútil. Las lágrimas escaparon de mis ojos sin que pudiera contenerlas.

—¿Qué sucede? —me preguntó asustado sentándose a mi lado.

—Me siento mal, me siento fea y poca cosa... me siento tan... incompleta —sollocé. En ese momento todo aquello me pareció una malísima idea.

—Mi amor... —Me llamó así por primera vez—. Eres tan hermosa, mientras te sacaba esa ropa y descubría tu piel solo podía pensar en todos los besos que te quiero dar. ¿Cómo es que no puedes ver lo bella que eres? —dijo sonriendo con ternura y secando mis lágrimas.

—Bruno, yo... no tengo experiencias de ninguna clase...

—¿Hablas de sexo? —preguntó, y solo asentí. Sentía que tenía que decírselo, no sabía qué era lo que él esperaba esa noche.

—El sexo es un tabú para los chicos y chicas como yo —comenté mirándolo con algo de vergüenza—. La sociedad piensa que no tenemos ese derecho, nos infantiliza... Es como si fuéramos seres asexuados, incluso en algunos casos lo ven como algo grotesco o chabacano —empecé a hablar mucho y rápido, siempre lo hacía cuando me ponía nerviosa. Bruno me escuchaba con paciencia e interés—. Cuando iba a rehabilitación había padres de chicos que los llevaban a prostíbulos para que ellos pudieran experimentar... pero a los chicos les es un poco más fácil —me encogí de hombros—. ¿Sabes? En otros países existen terapeutas sexuales para los minusválidos, gente que ayuda a que se pueda desarrollar ese lado. Yo solo he visto en la tele, no sé mucho, nunca pensé que alguien querría estar conmigo

de esa forma —agregué, y luego callé. Me sonrojé cuando me di cuenta de que con la última frase parecía haber asumido que Bruno quería eso conmigo. Lo miré avergonzada.

—Celeste, no te traje aquí para hacer nada que no quieras, te traje para disfrutar esta noche llena de estrellas en tu compañía. Podemos meternos al agua y observarlas, hablar de lo que quieras, podemos solo besarnos... —dijo acariciando mi mejilla derecha—. Yo te respeto, no quiero que pienses que hice todo esto para lograr llevarte a mi cama. Pero también necesito que sepas que te deseo, como nunca antes he deseado a nadie... y que me gusta como eres, así toda tú —añadió observándome de arriba abajo. Sentí que me ardía la piel ante su mirada—. Me dijiste que yo era tus alas, y cuando tú estés lista, yo te haré volar.

Lo abracé y lo besé apasionadamente, sus palabras liberaban mis miedos y mis temores más profundos llenándome de seguridad y calma. Nos separamos y entonces me miró a los ojos.

—Celeste, quizá te parezca pronto para esto, pero... yo... siento que te amo —habló con ternura, casi un murmullo, mirándome fijo a los ojos. Seguidamente se agachó hasta donde estaban mis piernas, no entendí lo que iba a hacer hasta que lo vi acercarse a mis muñones, los besó uno por uno sin dejar de mirarme—. Celeste, amo todo de ti —repitió levantando la vista para buscar mi mirada. Entonces lloré.

Se incorporó y me abrazó, dejándome llorar mientras besaba mi frente. No dijo nada, solo estuvo allí a mi lado mientras yo me permitía a mí misma liberarme de mis miedos y mis anclas, de mis años de pensar que no merecía ser amada, que era un ser incompleto. Mientras, yo decidía creer en sus palabras y me animaba a pensar en mí como una mujer más completa que nunca.

Deseé entonces avanzar, disfrutar del momento, dejar de pensar.

—¡Vamos al agua! —exclamé una vez que me repuse.

—A sus órdenes, Sirenita —sonrió besando mi frente. Entonces me cargó en sus brazos y me llevó al agua. Mientras lo hacía, lo miré a los ojos y acaricié su mejilla y su mentón con suavidad, y él esbozó una sonrisa algo tímida. Era una locura, todo sucedía de forma rápida e intensa, pero en ese instante tuve de nuevo la sensación de que nos conocíamos desde siempre, y de que no podía estar más a salvo que en sus brazos.

Celeste era preciosa por dentro y por fuera, su piel era tersa y blanca, casi transparente, como el algodón. Para mí era la perfección, era tan bella como el mismo cielo: sus ojos celestes, su mirada profunda, su piel nívea y suave como nubes, su calor tan abrasante como el sol... La llevé cargando hasta el agua y nos metimos lentamente. La temperatura era perfecta, templada y agradable.

Nos desplazamos a lo largo y ancho de la pileta. Celeste nadaba, de alguna forma lo hacía y en verdad parecía una sirena allí, con su pelo de colores mojado y la luz de la luna dando en sus mejillas, haciendo brillar con mayor intensidad sus ojos. Nos sentamos en uno de los bordes, donde había una especie de bancos diseñados especialmente para mirar a través de la cúpula, recostamos la cabeza en el borde y perdimos la mirada en el cielo.

—Hermosas —dijo ella, y una tímida sonrisa se formó en sus labios. La tomé de la mano por debajo del agua.

—No más que tú —sonreí.

—Me gustan las estrellas, me gustan la luna y la noche —susurró suspirando.

—También a mí —murmuré. Una inmensa paz se cernía sobre nosotros y una certeza de estar haciendo lo correcto me envolvió.

Nos quedamos allí en un silencio cómodo y tranquilo hasta que ella se acercó más a mí y recostó su cabeza en mi hombro. La besé en la frente y ella levantó la vista para encontrarse con mis ojos.

—Te amo —susurró, y sonreí. El brillo de la noche se reflejaba en su mirada clara—. Es pronto, lo sé... y eso asusta, pero en verdad lo siento. —Acaricié su mejilla con el dorso de mi mano y me acerqué para besarla.

Entonces el beso fue subiendo de intensidad y en un movimiento certero la senté en mi regazo. Ella se acomodó y enrolló sus brazos alrededor de mi cuello, y yo besé sus labios, su rostro, sus mejillas, mientras iba bebiendo el

agua que estaba bañando su piel. Bajé mis besos hacia su cuello y la sentí gemir casi en un susurro.

—Entonces, ¿es esto? —preguntó sonrojada y soltando una risita nerviosa.

—Aún no estamos ni a la mitad —susurré sonriendo y volviendo a besarla.

Mis manos vagaron por su espalda, desde su cintura hasta su cuello una y otra vez. El agua tibia hacía que nuestros cuerpos comenzaran a sentir calor. Encontré la tira que sujetaba la bikini en su cuello y jugué con ella un rato, luego, con agilidad, estiré el moño desatándolo con suavidad y la sentí tensarse.

—Calma —dije besándola en el cuello—, solo déjate llevar y si quieres que me detenga me lo dices, prometo que lo haré. —Ella asintió y yo terminé de desatar la tira, separando de su cuerpo ambos pedazos triangulares de tela y dejándolos flotar en el agua. La separé de mí para observarla con pasión, con lujuria, mientras ella se sonrojaba en un espectáculo perfecto de colores y de amor.

Acuné con suavidad y respeto sus senos blancos en mis manos, mirándolos con deseo, y ella levantó la vista al cielo y dejó escapar un gemido suave. Me agaché un poco para probarlos, uno por uno, de forma lenta y cadenciosa, succioné y bebí el agua que los envolvía, mezclándose con su sabor. Celeste se aferró a mi cabello delirando de pasión. Luego la abracé, su pecho y mi pecho unidos eran más calientes que la tibieza del agua que nos rodeaba y aquel abrazo se sentía perfecto.

—¿Recuerdas la primera vez que te cargué? —Ella asintió—. Bromeé respecto a que no quería tocarte el trasero —sonreí. Sus pupilas dilatadas y su mirada azul turbada de pasión se fijaron en mí y una sonrisa tierna iluminó sus labios—. Pues mentía —dije colocando mis dos manos en sus nalgas y apretándolas con suavidad. Volvió a dar un pequeño respingo por la sorpresa, pero su sonrisa se amplió aún más. Entonces, y para mi sorpresa, empezó a moverse en círculos sobre mi masculinidad latente y yo empecé a delirar con tenerla pronto.

—Yo también puedo jugar tu juego —dijo en un susurro sexy y sonriendo con picardía.

—No lo dudo. —La besé y abracé con toda la pasión que estaba invadiendo mi sangre en ese momento.

Mis manos bajaron por su espalda y desaté la tira central que quedaba liberando por completo ese pedazo de tela. Sin dejar de mirarla, bajé con

lentitud cada mano a ambos lados de su cadera para desatar las tiras que sujetaban la parte inferior del bikini. Estiré la tela para quitársela y ella se movió dejándome hacerlo. La tela quedó flotando y pronto se fue hundiendo en el agua. Ella sonrió nerviosa, sintiéndose probablemente expuesta y vulnerable.

—Qué bella te ves, Sirenita —dije sonriendo, y la vi sonrojada, inmóvil, mordiéndose el labio inferior. La abracé para sentir todo su cuerpo en contacto con el mío y para darle la seguridad de que todo estaba en orden.

Mis manos tantearon su cuerpo mientras ella escondía avergonzada su cabeza en mi cuello. Mis dedos se hacían camino entre sus curvas, buscando sus valles para luego bajar al sur y encontrarme con su centro cálido y listo.

—El rojo, el negro y el violeta acaparan mi cerebro ahora —susurró ella en mi oído haciéndome estremecer—, no puedo manejarlo, se mezclan en mi interior en una especie de explosión mágica.

—Es el deseo —expliqué sonriendo—, me deseas tanto como yo a ti, y eso está bien... se siente muy bien —susurré besándola con ternura.

Sus manos perdieron la timidez y reaccionaron a mis caricias empezando a recorrer todo mi cuerpo y buscando también hacia el sur. Entonces coló sus dedos en mi traje de baño y se aferró a mi masculinidad.

—Nunca había hecho esto antes —dijo mientras se movía a lo largo de mí, curiosa y espontánea.

—Lo haces muy bien para ser una novata —bromeé sonriendo mientras intensificaba mi toque. Sus ojos se cerraron y sentí que la pasión la abrazaba por completo, su cuerpo estaba a punto de estallar—. Pronto sentirás que todos los colores explotan en tu interior —le susurré entre gemidos y suspiros—. Déjalos explotar, déjalos mezclarse, déjame pintar un lienzo nuevo en tu vida.

La escuché pronunciar mi nombre de la forma más dulce que jamás haya oído, sentí su cuerpo temblar ante mis caricias y luego sus brazos se cerraron en mi cuello mientras ella se relajaba en ese abrazo.

—Entonces, es eso —susurró apenas audible.

—¿Lo quieres volver a sentir? —pregunté ansioso, y ella asintió. Deseaba continuar pero necesitaba que ella estuviera segura—. Esta vez, será distinto —expliqué alzándola en mis brazos y saliendo del agua. Ahora mis manos reposaban sin reparo en su trasero y ella sonreía. El calor de nuestros cuerpos húmedos y calientes se sentía abrumador. La recosté en las reposeras y me incorporé sobre ella para besarla, me tomé el tiempo necesario para besar cada sitio de su cuerpo para secarla con mis besos.

—Vas a volverme loca —murmuró entre gemidos cuando su cuerpo, descontrolado por la pasión y el frío de estar húmeda fuera de la tibieza del agua, empezó a temblar.

—Esa es la idea —afirmé sonriendo—. Tú ya me tienes completamente loco.

Ella se aferró a mi espalda y clavó sus uñas en mi piel. La seguí besando mientras la dejaba experimentar todas las sensaciones que su cuerpo le brindaba, hasta que la sentí agitarse deseosa debajo de mí. Entonces me alejé incorporándome, me paré frente a ella y me saqué el traje de baño. Ella me observó sin reparos con sus ojos grandes y brillantes bajo la luna. Sonrió, sonreí... Me acerqué de nuevo a gatas y separé sus muslos para dejarme paso entre ellos y alcanzar su centro. Ella gimió al sentirme en su entrada. Yo sabía que estaba lista, pero aun así la miré a los ojos buscando su aprobación.

—Te amo, Celeste —dije, y luego me adentré con suavidad, con cuidado, con respeto. Ella gimió al sentirme y me abrazó con fuerza, volviendo a meter sus uñas en mi carne. Cerré los ojos y me quedé quieto, dejándola acostumbrarse a la invasión. Quería que fuera una experiencia de lo más placentera posible. Visualicé colores, rojo, todo era rojo de intensa pasión. La sentí apretarme, abrazarme en su interior y comencé a moverme despacito—. Tú solo relájate —susurré.

Ella asintió con suavidad y luego de unos segundos comenzó a seguirme el ritmo. En unos minutos más, de nuevo subíamos a la cima, esta vez juntos, esta vez de la mano.

—Rojo —susurré en su oído.

—Mucho rojo, y también violeta —añadió entre jadeos.

—Negro —agregué.

—Los colores se funden como fuegos artificiales —suspiró ansiosa, y sonreí.

—Explotémoslos. —Y nos dejamos ir.

Nos quedamos allí exhaustos, abrazados el uno al otro, sintiéndonos, oliéndonos, palpándonos. El agua de la piscina que quedaba en nuestros cuerpos se había evaporado o convertido en sudor. Respirábamos agitados.

—Esto fue genial —susurró ella agitada, abrazándome—. Gracias Bruno, nunca lo olvidaré. —Besó mi mejilla con ternura.

—No es mi intención que lo olvides y pretendo recordártelo cada vez que tenga oportunidad —sonreí.

—Tengo una buena idea para una de esas veces —añadió entre risitas.

—¿Novata y ya dando ideas? —pregunté divertido.

—Siempre tuve facilidad para aprender con rapidez. Ya verás, te daré una sorpresa —respondió pícaramente. Me gustaba saber que se sentía bien y relajada a mi lado.

—Me has dado muchas esta noche —murmuré abrazándola.

—¿He estado bien? —preguntó temerosa.

—Perfecta, como siempre. —Ella sonrió—. No creas que estuve con muchas chicas antes que tú, fue solo una, la chica de la que te hablé. —Ella asintió—. Y éramos muy jóvenes... Lo que quiero decir es que... lo que acaba de suceder fue tan fuerte para mí como para ti —añadí, y nos quedamos en silencio observando las estrellas a través de la cúpula.

—¿Crees que somos esa clase de amor que tu abuela mencionaba? —cuestionó entonces enredando su dedo índice en uno de mis rizos.

—No lo creo, lo sé —aseguré—. Tu color quedará por siempre en mí, pase lo que pase. Mi corazón es Celeste ahora. —Ella sonrió con dulzura—. Por momentos siento que te conociera de toda la vida, es como si llevara años esperándote. Quizá por eso, aunque es rápido e intenso, lo que estamos viviendo no parece incorrecto.

—Me sucede igual... Pero siento que tu otra mitad haya llegado incompleta —bromeó tristemente moviendo sus muslos.

—¿Por qué mejor no piensas que yo he llegado para completarte? Tienes piernas ahora, Celeste, las mías, y te llevarán a donde quieras ir, siempre. —Ella me sonrió.

—Te amo —susurró.

—Te amo también. —Una estrella fugaz atravesó el firmamento—. Pide un deseo —dije señalándosela.

—Ya lo hice —añadió sonriente.

—Cuéntamelo —pedí, pero negó con la cabeza.

—No se cumple si lo cuento —dijo, y sonreí. El mío, a su lado, ya se había cumplido.

La noche no pudo ser más perfecta. Luego de comer algo de nuevo y relajarnos un poco, volvimos al agua, ya desnudos y sin ninguna clase de vergüenza. Hablamos toda la noche, contándonos cosas de nuestras vidas, de nuestros pensamientos. Esperamos el amanecer y, mientras llegaba, volvimos a amarnos. Eso era fantástico.

No puedo negar que al inicio me dio un poco de temor, nunca había estado con un chico y tenía miedo de no saber qué hacer... o de hacerlo mal. Además, por momentos se me hacía que todo estaba sucediendo demasiado rápido, y eso también me asustaba. Pensaba que cuanto más rápido y alto volara, más fuerte y dolorosa sería la caída. Sin embargo, no podía cerrarme a esta oportunidad, todo en mi cuerpo gritaba por Bruno, yo quería descubrirme y descubrirlo, vivir esta experiencia, disfrutarlo.

Él fue tierno, dulce y apasionado, una mezcla perfecta que descolocaba mis sentidos. En sus brazos me sentía amada, a sus ojos me veía bella, y se sentía tan correcto que tuve la certeza de que era con él con quien quería estar. Fue tan respetuoso y cadencioso, que pronto pude acostumbrarme a las nuevas sensaciones y dejarme llevar por ellas.

Los siguientes dos días nos dedicamos a pasear y disfrutar de los mil y un lujos que había en la mansión. Para mí era como estar de vacaciones en un hotel, pero pronto terminarían: Bruno ya estaba bien y yo debía volver a mi rutina, a mi trabajo; no quería perder mi sitio en la plaza y tenía que seguir vendiendo cuadros para mantenerme. Por eso había ideado algo especial para aquella noche.

Esa mañana le pedí a Bruno que me dejara prepararle una sorpresa para nuestra última noche en la mansión. Él asintió complacido y le dijo al chofer que me llevara a donde necesitara, así que por la tarde salí a comprar algunos insumos.

Cuando llegué, me dirigí al lugar que había visualizado para la aventura: era una pequeña habitación que solía usarse como depósito y que estaba al lado del quincho, en la zona de la pileta del patio. La estancia era pequeña, pero estaba limpia y vacía. Extendí los tres metros de tela que había comprado asegurando los bordes con cinta de pintor. Hacía tiempo había visto un documental donde un hombre hablaba de esto y me había quedado con las ganas de probarlo, pensé que nunca tendría la oportunidad. No pude adquirir la pintura especial, pero pintura sencilla, al agua y no tóxica sería ideal.

Por la noche, luego de la cena, le dije que me llevara hasta la piscina de abajo.

—¿Lo quieres repetir al aire libre? —preguntó entre bromas y asombro. Yo sonreí.

—No precisamente —respondí guiñándole un ojo.

Me subió a su espalda y se aferró a mis caderas. Ahora, cada vez que me alzaba así le encantaba tocarme, y no voy a negarlo, a mí me gustaba que lo hiciera. Lo guie hasta la habitación y no lo entendió.

—¿Quieres que tengamos relaciones en el depósito? —cuestionó confundido.

—Solo entra —insistí mordisqueando el lóbulo de su oreja.

Cuando estuvimos adentro le pedí que me dejara en el suelo. Lo hizo y yo procedí a quitarme la ropa. Él observó todo lo que allí había, sus ojos pasearon por el lienzo y los botes de pintura hasta posarse en mi cuerpo desnudo. Sonrió.

—Muy original y exquisito —dijo viéndose notablemente entusiasmado.

—Vamos a pintar nuestro amor —sonreí haciéndole una seña para que viniera junto a mí, que ya me había colocado casi en el centro del lienzo. Entonces él empezó a desvestirse.

Cuando quedó desnudo, caminó hasta mí, se sentó y me hizo señas para que me sentara en su regazo. Yo tomé el bote de pintura más cercano y lo abrí, metí la mano en aquella pintura azul y empecé a esparcirla por su torso. La sensación de ese material recorriendo su cuerpo era excitante.

—Eres mi príncipe azul —sonreí al verlo.

Él buscó el blanco que estaba a su alcance y pintó mis pechos con sus manos de forma delicada y excitante, luego me abrazó. Nuestros colores se unieron formando una especie de celeste en algunos puntos.

—Este es mi color favorito —comentó con ternura.

Me movilité hasta encontrar el rojo, entonces pinté su espalda, y luego él pintó mis muslos, mis muñones y mis nalgas de anaranjado. Yo pinté las

suyas y sus pies con violeta, y mientras nos seguíamos llenando de colores, reíamos y nos empapábamos de caricias.

Luego de un rato, olvidamos los colores y nos dedicamos al amor, revolcándonos por el lienzo de una posición a otra. De vez en cuando nos poníamos más color —pues la pintura se secaba rápido— y seguíamos con lo nuestro.

Verlo allí, con su pelo alborotado manchado de pintura y sus ojos negros llenos de pasión, dejando plasmadas sus manos en mi cuerpo era excitante y estimulante. Nos divertimos y pasamos una noche genial, única e inolvidable.

En medio de la madrugada, y cuando la pintura comenzaba a estirar la piel, decidimos que era hora de darnos un baño. Entramos en silencio a la casa, yo de nuevo cargada en su espalda, pintados de colores y desnudos, tratando de ocultar la risa que nos producía nuestra situación. Él subió las escaleras conmigo a cuestas y me llevó a su habitación. En su baño había un *jacuzzi*, pero primero fuimos a la ducha, donde él me sacó con una esponja cada rastro de pintura con suavidad y amor, sentado en el suelo del baño para quedar a mi altura. Luego lo hice yo: le saqué la pintura y lavé sus cabellos.

—¿Quieres seguir en el *jacuzzi* o quieres dormir? —preguntó.

—¿Dormir? —Sonreí de forma pícaro, y entonces él me llevó al *jacuzzi*, puso agua tibia e hizo andar el motor. Nos relajamos largo rato mientras nos acariciábamos y nos besábamos.

Tres días con sus noches fueron todo lo que necesité para adentrarme en un mundo nunca antes vivido y en el que ya me sentía experta. Salí de su casa temprano en la mañana para tratar de llegar a la mía antes de que Diana llevara a Tomy a la guardería. El día anterior habíamos coordinado volver a la rutina. Bruno se quedó durmiendo; después de todo, eran sus vacaciones. Volví a mi día en la plaza, volví a pintar, volví a vender mis cuadros, pero ahora todo se sentía diferente, quizá porque yo ya no me sentía tan sola, quizá porque estaba enamorada.

Por la tarde, en su hora de almuerzo, Diana vino para que le contara todo, y traté de hacerlo resumido para que pudiera volver a trabajar. Ella estaba emocionada y feliz por mí. Luego de un día lleno de pintura, regresé a casa. Estaba agotada pero contenta, había vendido cinco cuadros, algo bastante extraño, pero me ayudaba a recuperar los días que no trabajé.

Cuando llegué, Bruno ya me esperaba en la puerta. Me dijo que tenía una sorpresa para mí y cuando entramos me mostró el lienzo: una explosión de colores se desataba en él de una forma furiosa y armónica a la vez. Sonreí al recordar situaciones o posiciones de aquella noche y lo abracé. Él me dijo que

encuadraría el lienzo y que cuando tuviéramos nuestra casa lo colocaríamos en la cabecera de la cama. Yo solo sonreí. Me encantaba cuando Bruno soñaba con un futuro juntos, aunque me parecía una locura.

Me senté en la sala y nos dispusimos a ver una película, no sin antes llamar a un *delivery* de *pizzas*, porque ninguno de los dos tenía ganas de cocinar.

Cuando la película terminó, Bruno me preguntó si podía quedarse a dormir en casa. Le dije que sí, pero le aclaré que necesitábamos dormir un poco, ya que yo necesitaba trabajar.

—¿Nunca has pensado en hacer una exposición? —preguntó él mientras nos metíamos bajo las mantas.

—No es sencillo, no tengo el dinero... y todo lo que gano lo junto para la prótesis —respondí escondiendo mi cabeza entre su cuello para respirar su aroma.

—¿No me dejarás ayudarte? —inquirió abrazándome.

—No... quizá más adelante —sonreí negando. No quería que pensara que a mí me interesaba su dinero.

—Sabes que puedo...

—No me importa, ya haces demasiado por mí —lo interrumpí.

—Solo hago lo que me nace del corazón —añadió besando mi frente—. Y quiero darte todo lo que necesites.

—Lo que haces es más que suficiente, Bruno. Y no necesito nada más que a ti —susurré, y cerré los ojos dejando que el cansancio se apoderara de mí.

Nos dormimos enseguida, uno en brazos del otro, y por la mañana decidimos pasar el día juntos: Bruno iba a quedarse conmigo en el parque. Se agotaban sus vacaciones y en una semana él debería volver a Salum, lo sabíamos pero no lo hablábamos, era como retrasar lo inevitable, y no queríamos tener que separarnos.

Esa tarde en el parque decidí tocar el tema.

—¿Entonces? ¿Qué harás de tu vida? —pregunté mientras pintaba.

—Voy a estudiar arte en la Universidad de Salum —dijo al final—. Es lo que me gusta, y luego de verte hacer con tanta pasión lo que amas, creo que es el camino que quiero tomar, quiero seguir esculpiendo y perfeccionar mis técnicas —respondió recostado en el césped y mirando el cielo.

—Me alegro —afirmé sonriendo—. ¿Esto? ¿Terminará? —pregunté temerosa señalándonos a ambos con el pincel.

—Nunca —respondió sonriendo, seguro—. Esto no terminará nunca, Celeste, estás tan metida dentro de mí que no podría quitarte ni aunque

quisiera —añadió con seguridad.

—¿Y cómo haremos? —quise saber.

—Quiero estudiar y trabajar —explicó—. Sinceramente, mis padres no aprobarán nuestra relación. —Lo admitió y a mí eso me dolió—. No por lo que tú crees —se apresuró a agregar—, sino porque no somos de la misma clase social, y para ellos eso es una especie de pecado —sonrió amargamente encogiéndose de hombros—. Yo quiero trabajar, juntar un poco de dinero e independizarme de ellos, solo así podré venir, casarnos y vivir aquí... porque quiero que vivamos aquí. —Señaló mirando alrededor.

—No quiero traerte problemas con tu familia, Bruno —comenté apenada.

—No me importa mi familia, a ellos yo no les importo, la única con la que me llevo bien es Nahiara, y sé que me apoyará en todo —dijo encogiéndose de hombros.

—Mira, piénsalo... quizá nos estamos dejando llevar, Bruno. Yo he pasado los días más hermosos de mi vida, y si eso es todo, igual te estaré eternamente agradecida por darme tantos momentos de color y de amor. Todo ha sucedido demasiado rápido, y si debes volver a tu vida, a tu mundo, buscarte una chica acorde a tu clase y con piernas... solo hazlo... yo lo entenderé y no te odiaré por ello, Bruno, quiero que seas feliz —dije tratando de no expresar en mi tono de voz el dolor que aquellas palabras me causaban.

—No digas tonterías, Celeste —dijo él acercándose a mí y acunando mi rostro en sus manos—. Tú eres la mujer que amo y con quien quiero estar el resto de mi vida, deja de pensar esas cosas. Ellos no definirán mi vida, estoy cansado de eso —agregó, y yo sonreí, aunque sabía que no sería tan sencillo, y no estaba segura si acaso no era para él solo una forma de rebelarse.

—Okey, tú dime qué hacemos y yo lo hago —dije volviendo a mi cuadro. Bruno era alguien demasiado positivo y soñador, yo era algo más práctica y racional, sin embargo me gustaba creer, dejarme ir en sus sueños de un futuro posible entre los dos.

—Vendré a verte todos los fines de semana que pueda —añadió sonriendo—. Después de todo, no estamos demasiado lejos.

—Bien. Te esperaré aquí todo lo que sea necesario —respondí insegura.

—Dame unos años para poder terminar la carrera, conseguir un trabajo y darte una vida mejor —añadió con una seguridad que asombraba. Para él nada parecía imposible.

—Solo quiero una vida contigo —dije, y él me besó la frente—. Tengo miedo de perderte, de que todo esto haya sido solo un sueño —susurré.

—No temas perderme, eso es imposible ya —sonrió—. También quiero estar contigo y lo sabes, pero quiero merecerme tu amor, y ahora solo soy un vago con dinero. Eso no me hace sentir bien viéndote trabajar de sol a sol. Quiero llegar a ser alguien de quien te sientas orgullosa.

—Ya lo estoy. —Lo besé—. ¿Cómo no estarlo?

—Te amo —susurró besándome con ternura.

—Yo también —respondí en medio del beso.

14
• Bruno •
Despedida

El auto estaba listo y yo debía volver a Salum. Había pasado los días más hermosos y más intensos junto a Celeste, pero todo lo bueno acaba, y con una terrible sensación de frustración por no poder quedarme, tuve que aceptar marcharme, poner en orden mi vida, deshacerme de los mandatos de mis padres para poder liberarme de sus garras y volar hacia mi felicidad.

En cierta forma, aquel retiro obligatorio al que me enviaron tuvo efecto. Finalmente tenía claro lo que haría: llegaría, les hablaría de mis ideas sobre los estudios y luego les contaría sobre Celeste. Sabía que ese no era el resultado que ellos habían planeado para estas vacaciones que me habían instado a tomar, sin embargo, a mí me había servido para descubrir qué era lo que deseaba en realidad. Sabía que ellos pegarían el grito en el cielo, pero no me importaba, buscaría un trabajo y trataría de independizarme lo más rápido posible.

Celeste me esperaba en la plaza, donde habíamos decidido despedirnos. Estaba hermosa, radiante, su pelo ondeaba al viento como una mágica escena de un arcoíris viviente. Sonreí al verla; ella respondió a mi sonrisa.

—Quería darte esto —dijo cuando me acerqué a ella y me senté en el césped a su lado. Me pasó un pincel—. Era de mi abuelo, tiene mucho valor sentimental para mí —agregó sonriendo—. Nunca me contó su verdadero origen, solo me dijo que era un pincel mágico, que guardaba en sus cerdas todos los colores del amor. Quería dártelo porque tú guardas para mí todos los colores del amor —sonrió tímida.

Observé el pincel, parecía antiguo y en él tenía grabadas unas iniciales ya muy poco legibles... Una de ellas era ya solo un trazo, y la segunda parecía una F o quizás una T. Al otro lado había otra grabación mucho más nueva y legible: Celeste había mandado grabar «Tu chica de los colores». El pincel era ancho, de madera antigua, y sus cerdas estaban gastadas.

—Cuando te sientas triste, solo o decolorado, tómallo en tus manos y recuérdame —dijo ella sonriendo.

—También tengo algo para ti —dije luego de abrazarla y agradecerle el regalo. Entonces saqué una cajita de mi bolsillo y la abrí: eran dos anillos iguales, uno tenía una C y el otro una B. Le coloqué el anillo con la B en el dedo y luego me coloqué el que tenía la C—. Es para recordarnos a dónde pertenecemos... No te lo saques nunca, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo —asintió sonriendo, y la abracé.

—Te amo, nunca lo dudes —susurré cerca de su oído.

—Te amo —respondió, y me besó en la mejilla.

Nos dejamos caer de espaldas sobre el césped y nos besamos. Estuvimos allí contemplando el cielo en silencio, tomados de la mano, sintiéndonos pequeños ante la inmensidad del futuro y la tristeza que nos producía la separación. Entonces llegó la hora y, mirándola una última vez, me marché de regreso a Salum.

• • •

Volver a Salum fue volver al gris, la capital con sus cielos nublados de smog, su gente siempre con prisa y sus altos edificios que solo me separaban más de los colores de Tarel, pero sobre todo de Celeste, a quien ya extrañaba, aunque ni siquiera hubieran pasado doce horas de nuestra separación.

A la semana de haber llegado, aparecieron mis padres. Organizaron un «almuerzo en familia» en el que papá comentó sobre las ventas y el negocio y mamá nos informó sobre su nuevo proyecto de postularse como presidenta del Partido de la Libertad, movimiento político al cual pertenecía. Posteriormente se dispusieron a escuchar a sus hijos como si en verdad les importara en algo nuestras vidas. Estaban orgullosos de Nahiara porque en sus viajes la habían reconocido en distintos lugares y les habían preguntado por ella, halagando su trabajo. Era la niña bonita de mis padres, hacía lo que ellos querían, era dócil y agradable. Y yo, la oveja negra de la familia, a quien debían enderezar antes de que fuera demasiado tarde.

—Entonces, ¿has decidido cuando ingresas a la carrera? —preguntó mamá ese día, dando por hecho que era eso lo que haría. Ni siquiera les importó que me hubieran hospitalizado, lo único que querían era saber cuándo iniciaba mi brillante futuro.

—Sí, en el próximo semestre estudiaré en la Escuela Nacional de Bellas Artes —contesté seguro y sin darles demasiada importancia.

—Bruno, esa no era una opción, lo habíamos decidido ya —zanjó mi padre en tono severo aunque tratando de mantener la calma.

—Lo habías decidido tú —contesté tranquilo encogiéndome de hombros—. Pero eso no es lo que yo quiero. También buscaré un empleo, lo que sea, algo que me permita ahorrar un poco de dinero.

—¿Dinero? ¿Para qué lo necesitas si tienes todo? Tú solo debes preocuparte por ingresar a la carrera para poder encargarte del negocio —preguntó mamá como si no hubiera oído lo que había mencionado antes sobre que estudiaría en Bellas Artes.

—Quiero independizarme —añadí, y ellos rieron como si les hubiera contado un chiste.

—¿Y eso? —preguntó mi padre con sorpresa.

—Quiero ir a vivir con mi novia —informé esperando el colapso de mis progenitores. Nahiara comía tranquila mientras observaba la escena como si estuviera viendo un partido de tenis por televisión.

—¿Novia? —inquirió mamá con un grito nervioso al tiempo que Nahiara se atragantaba con su bebida.

—Sí, tengo una novia en Tarel y quiero poder ir a verla los fines de semana sin tener que estar pidiéndoles dinero a ustedes. Y quizás en poco tiempo me gustaría analizar la opción de vivir juntos —informé.

—¿En Tarel? ¿Es alguna de las chicas de las casas vecinas? ¿Quiénes son sus padres? ¿Es Sara, la hija de Nicole? —Sara era una niña de mi edad, caprichosa y engreída con quien mi madre tenía una obsesión. Antes soñaba con que me casara con ella. Su mamá y mi mamá parecían haber concertado nuestra boda desde pequeños.

—¿Sara? —reí—. No mamá, y no la conoces, ni a ella ni a sus padres... Se llama Celeste y es artista plástica —respondí orgulloso.

—¿En serio? ¿Y dónde expone? —Mi mamá se notaba entusiasmada.

—No, aún no expone, solo pinta en la plaza y vende sus cuadros en Tarel —comenté.

—¿Te has enamorado de una de esas *hippies* que venden chucherías a los turistas en las plazas de Tarel? ¿Te has vuelto loco? —Su cara se había transformado, en segundos pasó de la emoción al enfado.

—Y eso no es todo —murmuró Nahiara. Yo la miré con enfado y ella solo se encogió de hombros.

—¿Hay más? —preguntó mamá con la voz aguda y el rostro colorado por los nervios y el desagrado.

—Tiene una... situación... Bueno, para mí no es problema en realidad. —Me encogí de hombros—. Le amputaron las piernas cuando era una niña a raíz de un accidente —expliqué.

—¿Te has enamorado de una paralítica, Bruno? ¡Definitivamente has enloquecido! —Mi mamá se abanicaba con una servilleta demostrando ampliamente sus dotes histriónicos.

—Déjalo, mujer, se le pasará en unos días, si se lo prohíbes será peor —contrarrestó mi padre con desgano, como sacándole importancia al asunto, mientras masticaba su comida.

—No se me pasará —sonreí, y los miré con seguridad—, y me gustaría que lo aceptaran... Ella es la mujer que amo.

—¿Mujer? ¿Llamas a eso una mujer? —exclamó mi madre enarcando las cejas.

—No puedo creer que hables así, mamá —negué decepcionado—. Sabía que no me apoyarían, pero no pensé que necesitaras denigrarla así. —Me levanté enfadado—. Y no pienso seguir escuchando tus tonterías. Además, cuanto más rápido lo acepten, mejor para todos. Mis decisiones ya están tomadas y no pienso dejarme manipular esta vez.

Salí del comedor mientras escuchaba a mis padres interrogar a Nahiara sobre Celeste, pero no alcancé a escuchar lo que ella les comentó. Di un portazo y fui a esconderme a mi habitación. Revisé mi celular, que había dejado cargando, y entonces leí los mensajes de Celeste.

«¿Qué color crees que es cuando extrañas a alguien?».

«Creo que es azul, oscuro y profundo... tan misterioso como las aguas del mar. Es como si nadaras en ellas y no llegaras a ver la luz... Un poco desesperante es extrañarte tanto».

«Es cierto. ¿Cuándo vuelves?».

«Aún no lo sé, organizaré lo de la Universidad y luego iré a verte».

«Te estaré esperando, los días se me hacen eternos sin tus ocurrencias».

«Acá todo está tan gris...».

Nos quedamos conversando un buen rato, contándonos nuestros días, diciéndonos cosas dulces. No le comenté lo que sucedió con mis padres, no quería hacerla sentir mal ni insegura acerca de lo que sentía. Simplemente le prometí que todo estaría bien y le pedí que confiara en mí. Un buen rato

después se despidió, pues tenía algo que hacer, y yo me quedé observando el techo de mi habitación mientras jugaba con el pincel que ella me había regalado.

—¿Permiso? —Era Nahiara golpeando a mi puerta.

—Pasa... —respondí.

—Lo siento... no quise ser inoportuna... —se disculpó, y yo solo negué.

—No te preocupes, era algo que tenían que saber tarde o temprano —añadí, y ella se sentó a mi lado en la cama.

—¿Bruno? ¿Estás tan seguro de todo lo que estás haciendo? Digo... cuando te fuiste todo era tan incierto y ahora vuelves y... ¿No te parece que es demasiado pronto? —preguntó con ternura—. No me tomes a mal, no tengo nada contra Celeste, solo me preocupo por ti...

—Puede parecer pronto, pero no se siente así. Simplemente se siente correcto... No sé cómo explicártelo, pero me siento libre a su lado, me siento completo. Y quiero intentarlo. No soy feliz siendo un títere de nuestros padres, no quiero hipotecar mi vida entera solo para darles el gusto y despertarme un día sintiendo que no he vivido. Si finalmente esto sale mal, pues no importa, afrontaré las consecuencias, pero al menos habré sido yo quien tomó las decisiones, al menos me habré arriesgado a ser y hacer lo que quiero —expliqué, y Nahiara asintió suspirando.

—En cierta forma te admiro —añadió. No dijo nada más, se levantó y me dio un beso en la mejilla antes de salir de la habitación.

15

• Celeste •

Superando distancias

Extrañaba a Bruno, pero a medida que pasaban los días el desencanto se apoderaba de mi mundo. A veces pasa que cuando varias cosas van saliendo bien, esperamos que suceda algo que lo arruine todo; no siempre es fácil pensar en positivo, y los miedos quieren estropear los momentos felices recreando en el cerebro todo aquello que podría salir mal, para hacernos más débiles y lograr que finalmente renunciemos a lo que anhelamos. Además, cuando la vida no suele presentarnos demasiados altibajos cuesta acostumbrarse a cambios que mueven toda la seguridad en la que veníamos sumergidos.

El haberme despertado un día enamorada, con un chico como Bruno a mis pies, me hacía pensar justamente eso, que no tenía pies. Por un lado, todo parecía un hermoso sueño del cual en algún momento tendría que despertar, por instantes me sentía la protagonista de uno de los cuentos del abuelo, uno de esos en donde el final siempre era perfecto. Y no me refería a que Bruno fuera el príncipe que había venido a rescatarme; ni él era un príncipe, ni yo una princesa, y su apellido me importaba poco o nada. Sin embargo, por otro lado, a pesar de todo lo bello que habíamos vivido, no siempre me resultaba sencillo creer —o mejor dicho aceptar— que un chico como él se hubiera fijado en alguien como yo, tan simple, tan normal, y a la vez tan diferente. A su lado había pasado los días más felices de mi vida, pero tras la separación, y con la incertidumbre de no saber cuándo regresaría, temía que finalmente todo pudiera terminar. Después de todo, las promesas que nos hicimos eran solo palabras que respondían a las emociones del momento, y eso no garantizaba el futuro por más que lo hubiéramos querido así. Si en verdad deseábamos un futuro juntos, debíamos forjarlo y trabajar juntos para él, no bastaba con soñarlo... y a distancia eso me parecía algo complicado.

Ese sábado, Diana y yo saldríamos con Tomy y lo llevaríamos a los juegos del centro comercial, luego comeríamos algo y conversaríamos un

poco. Ella estaba preocupada por algo que en realidad no había pensado hasta que lo mencionó.

—¿Se cuidaron? —preguntó aquella vez luego de que le comenté mis hazañas en la mansión Santorini.

—¿De qué hablas? —cuestioné, y con solo una mirada suya me bastó para entender el rumbo que tomaban sus pensamientos. Creo que ella supo leer la respuesta en mi rostro desencajado por el susto.

—¿No? ¿Hablas en serio Celeste? —inquirió negando y tomándose la cabeza con las manos.

—Ni lo pensé —dije tapándome el rostro con vergüenza.

—¿Sabes lo que eso implica? ¿Qué harás si las cosas se salen de control? Apenas puedes mantenerte a ti misma con lo que ganas. ¿Ves lo difícil que me resulta a mí? —exclamó mirando a Tomy—. ¿De verdad lo hicieron sin protección?

—Creo que ninguno de los dos pensó qué podría suceder en ese momento... —me defendí, aunque sabía que aquello no tenía excusas.

—Ni al día siguiente —añadió irónica.

—Oh... Dios... —suspiré asustada.

—¿Cuándo debe llegarte la regla? —preguntó curiosa.

—Supongo que en unos días —respondí esperanzada en que no hubiera sucedido nada.

Por suerte, esa mañana volví a suspirar cuando mi cuerpo me demostró que no estaba embarazada. Nota mental para mí, definir algún método para cuidarnos si es que Bruno volvía a visitarme.

—Entonces... ¿Cuándo vuelve? —preguntó Diana una vez que nos sentamos a ordenar el café mientras mirábamos a Tomy jugar en los juegos.

—No lo sé, supongo que todo se ha complicado: los padres no están conformes con lo nuestro y a él le está costando independizarse. No es tan sencillo cuando te criaron en una nube de la que luego no puedes escapar —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Ya inició la Universidad? —cuestionó asintiendo.

—Ya, y también está trabajando: consiguió trabajo en un museo de arte moderno. Está muy entusiasmado, porque el dueño ha visto sus trabajos y le ha dicho que quizás lo deje exponer un día —comenté—. Al menos está haciendo lo que le gusta y aprende mucho.

—Interesante...

—Me ha dicho que desea venir en dos semanas, y también me ha comentado sus ganas de llevarme de visita a Salum un fin de semana —

mentoné.

—¿Irás? ¡Siempre quise conocer la capital! —exclamó soñadora.

—No lo sé... me da un poco de miedo. Sus padres están allá y sé que no me aceptan. Además, piensan que he influido en sus ganas de rebelarse a su familia y de no ser el empresario que su papá quería que fuera. Al principio no me quiso contar eso, pero era algo obvio que sería así. Además de todo eso, la idea de irme a una ciudad que no conozco me atemoriza; no quiero depender de nadie, ni siquiera de Bruno, pero en un lugar desconocido no puedo saber si podré moverme con la libertad que acostumbro —expliqué.

—No seas tonta, Bruno preparará todo para que estés cómoda y lo sabes —sonrió.

—Sí... pero... no lo sé...

—No pierdes nada, Celeste. Yo creo que deberías animarte —aconsejó.

Seguimos conversando un rato más y divirtiéndonos con las travesuras de Tomy, para luego volver a casa a descansar. Había quedado con Bruno en que haríamos una videollamada esa noche. Llegué a casa y tomé una ducha caliente. Al salir, me puse algo cómodo y fui a la cama para encender la computadora portátil y navegar un rato mientras esperaba que fuera la hora que habíamos convenido.

En Google me informé un poco más sobre la familia de Bruno: era gente tradicionalista, su madre encabezaba la lista de candidatos para ser presidenta del Partido de la Libertad, uno de los movimientos políticos más grandes y de mayor influencia en el país. De seguro era una mujer fuerte y capaz; en estas tierras aun no estaba demasiado aceptado que las mujeres ocuparan puestos políticos, pero si uno de los partidos más importantes le estaba dando esa oportunidad era porque seguro se lo merecía. Vi fotos de ella en eventos de caridad, incluso había visitado el Centro de Ayuda a Personas con Discapacidad de Salum. Se veía sonriente mientras abrazaba a algunos niños ciegos y otros en sillas de rueda. Quizá las cosas no pintaran tan mal como parecía, quizá pudiera agradarle.

Su padre era un empresario reconocido y multimillonario, tenía la empresa de automóviles más grande de la región. Podía entender su enorme deseo de que Bruno se hiciera cargo de los negocios. No creía que alguien que poseyera un imperio así deseara dejarlo en manos de cualquiera.

Suspiré al pensar en dónde me había metido. Éramos demasiado diferentes, no me sentía capaz de encajar en una familia como la suya. El sonido de la llamada entrante me trajo de nuevo a la realidad; era Bruno, puntual como siempre.

—Amor... —saludó sonriente una vez que su imagen apareció en mi pantalla.

—Hola, hermoso —respondí meneando la mano a modo de saludo.

—No sabes cuánto te extraño, pero ya solo quedan unos pocos días para vernos —afirmó.

—Sí, los estoy contando —exclamé sonriente—. Yo también quiero verte.

—He mandado encuadrar nuestra «pintura del amor» —dijo sonriente—. Me encanta observarla y recordarte. —Me sonrojé ante sus palabras—. Voy a llevarla a Tarel porque quiero tenerla en mi estudio allá, ese es el único lugar donde puedo guardar las cosas que de verdad me importan sin la intromisión de nadie —musitó frunciendo el labio.

—¿Tan absorbentes son tus padres? —pregunté enarcando las cejas en sorpresa.

—Sí, bueno... Sí y no, de hecho: no se preocupan en realidad por mí, solo porque haga lo que ellos desean —añadió. Podía notar dolor en sus expresiones cuando hablaba de ellos.

—Bruno... hablando de padres... Mi madre quiere conocerte. ¿Crees que podríamos visitarla unas horas este fin de semana? Ella y mi padre están preocupados por mí —comenté con timidez; no quería que él se sintiera presionado.

—¿Les has hablado de mí? —preguntó sonriendo.

—Sí... claro —suspiré—. ¿He hecho mal?

—¡Por supuesto que no! —Eso me tranquilizó—. Estaré feliz de conocerlos también.

—¿A qué hora llegas? —pregunté.

—Temprano. Saldré el viernes por la madrugada y llegaré temprano a tu casa. Espérame con un rico desayuno, ¿sí?, de esas tortas de miel que tan bien te salen —sonrió, y yo también—. Llevaré el auto yo mismo, estoy harto de moverme con chofer.

—¿Te quedarás aquí o en tu casa? —pregunté.

—No sabía si podría quedarme contigo —dijo con una mirada picara y guiñándome un ojo—. ¿De verdad puedo?

—Claro, me gustaría pasar el mayor tiempo juntos... —Me sonrojé—. Pero si no quieres...

—¡Claro que quiero! —interrumpió—. Solo debo pasar por casa para buscar algo, pero puedes acompañarme luego. Podemos ir en la noche y repetir aquello en la piscina —dijo casi susurrando.

—Suenas interesante —sonreí sintiendo que me sonrojaba.

—Celeste... Te amo, ¿lo sabes? —susurró con ternura.
—Lo sé... —miré en otra dirección.
—¿Qué sucede? —inquirió al darse cuenta de mi reacción.
—Tengo miedo, Bruno... Siento que yo no pertenezco a tu mundo —me sinceré.
—Pertenece a mi corazón, que es suficiente —dijo sonriendo.
—Será difícil, ¿lo sabes? —cuestioné y él asintió.
—Lo sé, pero no me importa, aquello que cuesta más es lo que más se valora. Y nada será difícil si nos mantenemos juntos cuando los vientos soplen fuerte —respondió haciéndome sentir algo más tranquila.
—Gracias por el apoyo, por estar siempre para mí, por hacerme sentir importante —añadí sonriente.
—Eres importante para mí —sonrió—. Y muero por besarte.
—Yo también —reí divertida.
Hablamos de todo un poco aquella noche. En esos momentos no lo sentía tan lejos y me alegraba saber que a él le sucedía igual, eso disipaba un poco los miedos y acortaba las distancias.

16
• Bruno •
El Viejo diario

Cuando llegué a Tarel, mi corazón latía de la emoción por estar, al fin, de nuevo con Celeste. A mi madre no le gustó la idea de que viniera, me dijo que no sabía lo que estaba haciendo. Le dije que era todo lo contrario, que por primera vez sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Se enfadó mucho, pero no me importó. Mi padre, por su parte, había decidido ignorarme desde que le dije que no era de mi interés seguir ni la carrera que él proponía ni sus pasos. Sin embargo, había actuado con mucha más calma de la que me habría esperado y eso me descolocaba. Pensé que intentaría obligarme o incluso amenazar con echarme de la casa, o algo así, como ya lo había hecho alguna vez en alguna de esas rencillas que solíamos tener cuando él intentaba definir mi destino.

Pensaba que no podía ser tan sencillo, que en algún momento él sacaría a relucir algo. Me había pasado noches en vela pensando en las posibles reacciones de mi padre, pero ninguna de mis opciones contemplaba pasividad y aceptación, que después de los primeros alaridos de sorpresa, parecieron ser su mejor respuesta. De todas formas, yo pensaba que él solo me estaba dando un poco de tiempo, estaba seguro de que mi padre creía que todos mis movimientos estaban siendo guiados por la rebeldía. Lo había escuchado mencionar muchas veces que él había hecho lo mismo mientras fue joven, que desacató las órdenes de su padre y se alejó un tiempo hasta que recapacitó sobre lo que en realidad era bueno para él. También solía decir que la rebeldía era una buena etapa, porque ayudaba al hombre a forjar su personalidad. Todo aquello me llevaba a concluir que él aceptaba lo que estaba sucediendo solo porque pensaba que yo estaba en un periodo rebelde, pero que en algún punto me daría cuenta de todo y recapacitaría. Incluso creía que pensaba así con respecto a Celeste, pues lo oí decirle a mi madre que me dejara tranquilo, que era solo una chica y que los muchachos como yo estábamos en edad de

experimentar, que se me pasaría pronto y que si ella se metía sería peor aún, ya que me encapricharía.

Ellos no tenían idea de lo que Celeste representaba para mí, no tenían idea de que yo soñaba un futuro con ella. A la gente egoísta le cuesta entender el amor y la entrega.

Estacioné frente a su casa y la puerta se abrió, ella me esperaba igual de ansiosa que yo. Corrí hasta ella, estaba en el umbral, en su silla, sonriéndome. Sus ojos estaban tan nítidos que podía ver en ellos la alegría que le causaba mi presencia. La levanté en mis brazos y ella enredó los suyos en mi cuello, enroscando sus dedos entre mis cabellos. No dijimos nada, solo nos besamos, habíamos necesitado eso como el mismísimo aire y las palabras podían esperar. Entré con ella en mis brazos y pateé la puerta para cerrarla tras de mí. Nos llevé hasta el sofá y la recosté, quedándome encima, acaricié su rostro con el dorso de mis dedos y sonreí.

—Hola, Sirena —saludé, y ella frotó la punta de su nariz contra la mía.

—Hola, mi amor. —Volvió a encaramarse a mi hombro—. Pensé que no volveríamos a vernos, temía que todo hubiera acabado —dijo con tono desesperado.

—No temas eso... —La miré a los ojos— No sabes cuánto extrañaba tu aroma. —Metí mi nariz entre sus cabellos para olerlo, ella solo sonrió y ronroneó como un pequeño gatito.

Por un par de horas estuvimos allí mirándonos, tocándonos, hablándonos. Nos contamos lo que había pasado en nuestras vidas en ese tiempo, a pesar de que ya lo sabíamos, pues hablábamos a diario, pero nunca era igual que hablar mirándola a los ojos, esos que eran mi perdición. Ya llegada la tarde, decidimos ir a mi casa un rato; ella sabía que yo necesitaba ir a buscar algo. Luego pasaríamos la noche observando las estrellas en la piscina techada. Sería una velada hermosa, el día estaba magnífico.

—Bueno... ¿Qué te parece si nos vamos? —le pregunté—. No quiero llegar tan tarde, ya que quiero tomarme un tiempo para buscar eso que te había comentado.

—Claro, ya tengo un bolso preparado... ¿Qué es lo que tanto tienes que buscar? —inquirió curiosa.

—Quiero encontrar el diario de mi abuela, ya sabes, aquel en donde anotaba sus pensamientos cuando su enfermedad estaba aún empezando. Me gustaría tenerlo conmigo. Me gustaría releer aquellas cosas que al final de su camino solía leerle, ahora quizá tengan otro significado para mí. Me gustaría guardarlo yo, y no que un día lo encuentre mi madre o mi padre... —comenté

pensativo—. Estoy seguro de que está en esa casa, en la biblioteca... allí mismo donde ella lo había dejado.

—Eso suena genial, tu abuela parece haber sido una persona muy interesante... Quizás esos diarios me ayuden a conocerla mejor... Es decir, si es que puedo leerlos —mencionó, y yo asentí.

—Claro que sí —afirmé—. Me encantaría compartirlo contigo.

—Entonces vamos —dijo ella, y se bajó del sofá en el que estaba recostada por mi pecho. Fue hasta su habitación y salió de ella en su silla, cargando una mochila en su regazo.

Salimos y fuimos hasta el auto, la ayudé a incorporarse y luego guardé la silla en el maletero. Entonces entré también y me dispuse a ponerlo en marcha. Ella encendió la radio y buscó alguna música. Yo sonreí y, una vez en la carretera, coloqué mi mano derecha en su muslo izquierdo. Ella me devolvió la sonrisa y colocó su mano encima de la mía.

—Qué raro que has decidido manejar tú —comentó mirando al frente.

—Me gusta manejar —sonreí—, tampoco es que siempre quiera depender del chofer.

—Me gusta que manejes tú, se siente más íntimo —dijo. Luego cambió de nuevo la estación de la radio.

—¿Será que dejarás aunque sea una música antes de volver a cambiarla? —cuestioné divertido.

—Tú manejas, yo elijo la música —sonrió, y me guiñó un ojo.

Cuando llegamos a la casa, los empleados nos saludaron alegremente. Pasamos y fuimos directo a la biblioteca, que era un lugar muy poco visitado por los miembros de mi familia; de hecho, creo que el único que lo visitaba era yo. Había varios libros, pero también varias pinturas de mi abuela alegrando las paredes. Me dirigí hacia el estante donde ella guardaba sus cosas y Celeste se paseó mirando los cuadros y apreciándolos uno por uno.

—Los pintó mi abuela —señalé mientras buscaba la llave de aquella caja fuerte donde ella solía guardar su diario. Solíamos guardarla dentro de uno de los libros.

—Sí, me imaginé. Realmente era buena —sonrió mientras observaba detenidamente uno de los cuadros. Era un paisaje hermoso: a la izquierda y en la distancia, se apreciaba una cascada, en el centro, una cabaña de madera, y a la derecha y hacia el frente, un árbol con hermosas flores amarillas—. ¿Es de algún sitio en especial? —me preguntó.

—No lo creo, al menos no que yo sepa. —Me encogí de hombros. Ya había localizado la llave, así que me acerqué a ella y saqué el cuadro de la

pared; detrás estaba la caja fuerte.

—Me resulta familiar —observó ella siguiendo con la mirada la pintura que yo había recostado con cuidado, por la pared, en el suelo—, es como si yo hubiera estado en ese sitio alguna vez. —Se detuvo a mirar el árbol.

—No tengo ni idea de si el sitio existe en realidad; mi abuela amaba dibujar paisajes, como verás —señalé todos los cuadros—. En verdad, yo siempre pensé que pintaba paisajes inspirados en Tarel.

—Ese árbol es muy particular, me trae buenos recuerdos... Crece en una región especial al norte de Tarel, pero en Tarel no hay muchos de ellos. El clima no favorece su crecimiento —explicó.

—¡Acá está! —exclamé satisfecho sacando el viejo cuaderno forrado en tela rosa con encajes de aquella vieja caja e ignorando el resto de las cosas allí guardadas. Tenerlo en mis manos era como volver atrás en el tiempo; hacía años que no abría aquella caja fuerte donde yo mismo había guardado ese diario cuando la abuela falleció, junto con las otras cosas que ella me había dejado.

—¿A ver? —dijo Celeste acercándose a mí y yo se lo mostré. Lo hojeé de forma rápida observando su letra tan perfecta y prolija y las hojas amarillentas y percibiendo aquel olor tan característico de las rosas que mi abuela adoraba secar entre las páginas de su diario.

—Vamos, sentémonos allá. —La guie hacia un sofá parecido a un diván—. ¿Quieres que te lea un poco?

—Me encantaría —respondió ella siguiéndome, y entonces nos dispusimos a pasear por las memorias de mi abuela.

17
Celeste
¿Basta?

Hoy desperté entre una nebulosa blanca, cada vez me encuentro más confundida, supongo que la nada me está tragando lentamente... o quizá rápido, no lo sé... En realidad, ni siquiera puedo entender más al tiempo... aunque a decir verdad, el tiempo siempre ha sido ininteligible para mí...

Con el paso de los minutos y el enorme esfuerzo mental que hago, voy disipando las tinieblas que quieren tragar mi alma y logro recordar tus ojos... Podría decir que ellos son mi ancla, lo primero que recuerdo cada día, y estoy segura que será el último recuerdo que perderé. Cuando ese par de ventanas se hayan borrado de mi mente, el cielo se habrá apagado para mí, y no necesitaré seguir existiendo.

Esta enfermedad es cruel porque no está matando mi cuerpo, sino mi alma misma. Se lleva mis recuerdos y con ello se lleva mi esencia, pues ¿quién soy yo sin mis recuerdos si es solo en ellos en donde vives tú?

—¿Se lo escribía a tu abuelo? —pregunté cuando Bruno se detuvo en su lectura y suspiró.

—No hay ningún nombre, pero supongo que sí —dijo hojeando las páginas y deteniéndose en una de las primeras.

Hoy me he enterado de que sufro Alzheimer, últimamente he estado confundiendo los nombres de las cosas y algunas veces, cuando quiero decir algo, las palabras se me borran de la mente. He decidido escribir aquí mis recuerdos más especiales, para leerlos todos los días cuando las tinieblas se apoderen de mi mente.

Hay tantas cosas que no quiero olvidar, los nombres de mis nietos, por ejemplo. Me hubiera gustado que los conocieras. Alejandro es tan

parecido a su madre, tan responsable y perfecto, que a veces me da pena, no quisiera que tuviera una vida tan triste como Gloria. Nahiara es una princesa hermosa, es divertida y juguetona, siempre se disfraza y juega a que se convierte en una gran estrella; creo que lo logrará, puedo verlo en su mirada. Y luego está Bruno, mi niño favorito. Sé que no debería decir que tengo un nieto a quien quiero más entre los tres, pero todo en Bruno me recuerda a ti. Su cabello negro de rizos rebeldes, sus ojos enormes y tan brillantes, con esa chispa curiosa y alegre que calienta mi corazón.

Bruno está siempre conmigo, se siente solo y aislado en una familia a la cual parece no pertenecer. Sus padres no le toman demasiado en cuenta, a ellos les basta con la perfección de Alejandro y la ternura de Nahiara, no hay un espacio para Bruno. Pero en mi corazón está solo él... ¿Sabes?, me gusta imaginar un mundo paralelo donde tú y yo estuviéramos juntos, con Bruno como nuestro nieto... El parecido contigo me resulta asombroso, pero no me refiero solo a su pelo rebelde o al color de su piel, sino a su carácter, a su alegría, a sus ocurrencias.

Tengo miedo, mucho miedo... miedo a perderte de nuevo. Me pueden quitar todo en esta vida, me pueden quitar mi casa o mis pertenencias, pueden alejarme de mi tierra, aquella que tanto amo y extraño... pueden obligarme a hacer cosas que mi corazón no desea e incluso puedo llegar a abandonar los pinceles y mis colores favoritos... Pero no puedo perder mis recuerdos, aquellos donde vives tú, porque eso sería perderte dos veces y mi corazón no lo superaría... No puedo perderte de nuevo... tengo mucho miedo.

—¡Qué hermoso todo lo que tu abuela decía de ti, Bruno! —exclamé sonriéndole y mirando sus ojos humedecidos de emoción ante el recuerdo—. Ahora entiendo por qué la querías tanto. —Le acaricié la mejilla con ternura y él sonrió melancólico.

—Ella era todo para mí —recordó con tristeza.

—Supongo que ahora está feliz, en un mundo donde puede recordar todo y recuperó todos sus colores —intenté animarlo.

—Parecía tan enamorada —suspiró pasando un dedo por la excelente caligrafía del diario.

—Se nota que lo estaba —asentí sonriendo—. Esa clase de amor que va más allá de la vida misma —suspiré—. Ojalá esté junto a su gran amor.

—Ojalá —sonrió Bruno.

—¿Cómo era tu abuelo? —quise saber entonces.

—Mi abuelo falleció antes de que yo naciera, murió joven, ninguno de nosotros lo llegamos a conocer. Según lo que me ha contado mi madre, era un hombre estricto y muy exigente con ella. Le gusta recordarlo cuando nos exige a nosotros, dice que gracias a él ella es quien es, y que ella quiere lograr lo mismo con nosotros —comentó—. Mi madre adoraba a mi abuelo.

—Sin embargo, aquí tu abuela lo describe con el corazón... —dije señalando el diario—. La imagino como una mujer sensible, adorable y romántica. No creo que un hombre inflexible se haya ganado su amor, quizá con ella era diferente.

—Probablemente lo conoció en otra época o de otra forma. Es decir, las personas tienden a ser de una forma con sus hijos y de otra con sus parejas —se encogió de hombros.

—Eso es probable —sonreí.

—Luego podemos seguir con la lectura, se hace tarde y tengo hambre, ¿tú no? —me preguntó.

—Siempre tengo hambre —sonreí frotándome el estómago en una mueca exagerada. Bruno rio.

Salimos de la biblioteca y fuimos al comedor, allí nos esperaba Mirna, la cocinera de la casa, que ya había preparado una cena para nosotros. Me acerqué a la mesa en mi silla y Bruno se sentó enfrente. Mirna nos sirvió amablemente y luego se retiró dejándonos solos.

—Quiero un amor como el de mi abuela —dijo Bruno pensativo, y yo sonreí.

—Eres un chico dulce y romántico. —Me encogí de hombros con timidez.

—¿Crees que existe esa clase de amor? —preguntó sin dejar de mirarme a los ojos.

—Puede ser, no lo sé, Bruno, hoy en día los amores parecen desechables. Nadie se toma en serio los sentimientos y todo se termina de un día para el otro —añadí pensativa.

—Lo que siento por ti no terminará jamás —afirmó, y yo sonreí negando con la cabeza.

—Jamás es una palabra demasiado grande... No creo en el «siempre», pero tampoco creo en el «nunca» —expliqué.

—¿En qué crees? —preguntó él.

—Creo en el «nosotros»... Pienso que el amor funciona siempre que haya un «nosotros», cuando el binomio se rompe, el amor también se acaba...

—Eso suena interesante —dijo él empezando a comer—. ¿Te gusta bailar? —preguntó cambiando repentinamente de tema, y yo fruncí el ceño confundida.

—¿Bruno? ¿Cómo podría hacerlo? —Por un momento pensé que estaba bromeando, pero se veía serio cuando preguntó.

—¿Por qué? —Levantó las cejas curioso llevándose un bocado a la boca como si nada—. Puedes bailar con los brazos, con la cabeza. Se trata de mover el cuerpo al ritmo de la música... solo eso —dijo encogiéndose de hombros—. No hablo de ser una bailarina profesional.

—No lo sé, no puedo decir que es algo que haga a menudo, supongo que hay cosas que uno no considera hacer cuando está en una situación como la mía —respondí algo molesta por su pregunta, aunque no sabía bien por qué.

—¿No me habías dicho que tus padres te habían enseñado que puedes hacer lo que quieras? —cuestionó, y aquello hizo que me sintiera un poco incómoda.

—Sí... pero... —No supe qué contestar.

—¿Y acaso no quieres bailar? ¡A todo el mundo le gusta bailar! —exclamó, y luego sacudió los hombros como si estuviera bailando.

—No estoy segura de que a todo el mundo le guste, pero simplemente nunca lo intenté —sonreí avergonzada. Esas eran las cosas de Bruno que yo amaba, su manera tan particular de ser y su forma de tratarme como si yo fuera perfectamente normal.

—Celeste, eres capaz de vivir sola, cocinas para ti, te bañas sola, te vistes, pintas... incluso te he visto barriendo tu casa... Haces todo lo que hace cualquier persona, ¿y no bailas? —dijo realmente confundido, y yo eché a reír.

—No, no bailo —sonreí—. Siempre supuse que esa era una de las actividades reservadas exclusivamente para las personas que tienen piernas. —Me encogí de hombros, pero él dejó de comer y me miró frunciendo los labios.

—Si hay algo que no me gusta de ti es cuando dices: «las personas que tienen piernas» o «las personas que están completas». A veces pienso que tú misma te discriminas, odias sentirte diferente, pero tú misma subrayas la diferencia. —No me gustó que me dijera aquello. Lo hacía ver muy sencillo y me sentí algo atacada.

—Sabes que no es así, Bruno, pero tampoco puedo negar mi realidad —rebatí sonando un poco molesta—. Entiendo que quieras hacerme sentir bien, pero no puedo hacer todas las cosas que quisiera, por muchas ganas que

tuviera. ¿Sabes cómo me hubiera gustado poder bailar con mi padre cuando cumplí los quince años así como lo hacían todas mis compañeras? ¿Sabes lo que me hubiera gustado poder tener una pareja con la que bailar en la fiesta de graduación mientras todos se divertían y yo me sentaba a observarlos? —La rabia me había tomado presa. Bruno parecía no haber medido sus palabras y me sentía lastimada.

—¿Ves?... Las diferencias están en tu mente, podrías haber bailado si hubieras querido —conjeturó él como si todo fuera tan sencillo. Me sentí humillada, no podía creer que me lo estuviera diciendo así.

—¡No entiendes nada! —exclamé—. ¡Crees que porque estamos juntos sabes todo lo que significa ser una persona con discapacidad! —añadí eufórica.

—No es eso... —Se excusó él manteniendo la calma.

—¡Basta, Bruno!, ya no quiero seguir hablando. —Giré en mi silla yendo hacia una ventana que había en el lugar. Observé la luna llena iluminando el cielo y suspiré. Esta era nuestra primera discusión y, como había supuesto, era por causa de mis limitaciones—. Entiendo que quieras tener una novia normal, alguien con quien salir a bailar, con quien hacer cosas normales... —susurré dejando caer una lágrima; el enfado estaba dando paso a la frustración.

—No quiero una novia normal, todos tienen una de esas —dijo caminando hacia mí y poniendo sus manos en mi hombro—. Quiero una novia especial, por eso te tengo a ti, Celeste. —Entonces empezó a guiar mi silla sin que yo supiera a dónde íbamos.

Celeste estaba ofendida, se sentía lastimada y, quizás, hasta humillada. Había entendido mal todo lo que quise decirle, por eso ahora debía mostrárselo. Manejé la silla sin dudarle y sin que ella supiera a dónde íbamos. Sabía que no le gustaba que manejara su silla a no ser que ella me lo pidiera, porque sentía como si le ordenaran a dónde ir o qué hacer, pero esta era una situación especial.

—¿A dónde me llevas? —preguntó aún alterada.

—A mostrarte mi punto —respondí, y ella suspiró hastiada.

—Dije que no quiero hablar más del tema, Bruno —zanjó enfadada, y yo sonreí.

—No vamos a hablar —agregué, y me agaché para besarla en la cabeza. Ella se sacudió un poco para demostrarme su enfado. Era adorable incluso cuando estaba enojada.

Cuando llegamos a las escaleras me puse delante de ella y me arrodillé para quedar a su altura.

—¿Puedo cargarte? —pregunté. Siempre lo hacía, quería que supiera que era ella quien lo decidía.

—¿Pero qué quieres hacer? —Sonaba aún enfadada.

—¿Confías en mí? —sonreí, y ella asintió. Entonces la alcé en mis brazos y ella se aferró a mi cuello.

Subí las escaleras con ella mientras la miraba fijamente a los ojos. Podía ver su mirada oscura por el enfado y el mal rato que habíamos pasado hacía unos instantes.

—También me gustas cuando te enfadas —susurré, y ella, aunque quiso mantenerse seria, no lo logró, sonrió.

—No puedo enfadarme si me haces reír. —Entonces se recostó escondiendo su cabeza en mi hombro.

No dijimos nada más, llegamos a la terraza y entramos. El lugar estaba silencioso y oscuro, solo algunas luces tenues alrededor de la piscina iluminaban la estancia y el resplandor de la luna enorme se filtraba tras el cristal traslúcido de la cúpula.

La senté en una de las tumbonas y me saqué la ropa, quedando en bóxer. Ella sonrió.

—Permíteme —murmuré acercándome a ella. Asintió y entonces desabroché su blusa y también su falda, dejándola en ropa interior—. Celeste —dije al mirarla; tenía un conjunto de encaje de ese color. Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Pensé que te gustaría. —Sus mejillas se sonrojaron.

—Por supuesto que me encanta —respondí volviéndola a cargar. La dejé entonces en el borde de la piscina y yo caminé hasta las escaleras. Fui entrando de a poco y me dirigí hasta donde ella estaba—. Quiero bailar contigo, ¿me regalas esta pieza? —pregunté, y ella solo frunció el ceño sin entender.

La cargué ayudándola a entrar en el agua y la tomé entre mis brazos hasta llevarla al medio de la piscina, justo debajo de la luna enorme, testigo de nuestra noche y de nuestro amor.

—Vamos a bailar. —Coloqué mi mano derecha en su cintura y tomé su mano con la izquierda. Ella recostó su otra mano en mi hombro y sonrió.

—No tenemos música —murmuró.

—Ese detalle se me pasó —fruncí los labios en una mueca—. Pero haremos nuestra propia música. La melodía será el sonido del agua, el ritmo lo pondrá el latido de nuestros corazones y la canción la cantarán las estrellas.

—Bruno... —aceptó ella, y sus ojos se volvieron acuosos.

—Shhh. —Empecé a moverla, ella se dejó guiar y bailamos a la luz de la luna por lo que pareció una eternidad—. ¿Ves que bailar es divertido? —pregunté entonces besándola en la frente.

—Lo es —dijo ella sonriendo—. Perdóname por haberme enojado antes —susurró.

—Perdóname tú si te ofendí, solo quiero que te sientas tan completa como tú me haces sentir a mí, y no necesitas tus piernas para ello.

—A veces creo que no eres real... que eres una especie de holograma, algún chico perfecto que alguien programó en la computadora, y que de un momento al otro desaparecerás —susurró muy cerca de mi oído.

—Soy tan real como lo que siento por ti, pero no soy perfecto, en absoluto. De todas maneras, la perfección es aburrida, lo divertido es amarnos

en nuestras imperfecciones.

Entonces comenzamos a besarnos, mi lengua lentamente se abrió camino en su boca y acaricié sus labios con increíble suavidad. Enroscó sus dedos en mis cabellos dejándome en claro que no quería que me alejara. Hábilmente y sin dejar de besarla, desprendí su sostén liberando sus senos; amaba verlos flotar en el agua tibia, que ya empezaba a quemar, al tiempo que nuestra sangre se calentaba y ardía la piel. Sujeté su cintura acercándola más a mi cuerpo; quería que me sintiera, que supiera lo que era capaz de lograr en mí. Ella sonrió y se frotó por mis caderas, emitiendo un pequeño gemidito de ansias y placer.

—Te necesito, Celeste, ahora mismo —supliqué con deseo. Ella asintió mientras acariciaba mi espalda con ardor.

—Yo también —susurró al oído, y eso fue suficiente para mí. La llevé hasta el lugar donde una especie de barra sobresalía en la piscina, un sitio para sentarse sin salir del agua y, quizás, tomar alguna que otra copa. La coloqué allí y la desnudé ansioso mientras besaba su cuerpo y ella se estremecía al contacto. También me desnudé yo.

Entonces me senté al lado y la tomé por la cintura, colocándola encima de mí, ella sonrió ante el movimiento brusco y entonces colocó sus manos en mi hombro afirmándose. La ayudé a descender sobre mí y luego envolví mis manos en sus nalgas. Nos quedamos quietos, yo llenándola y ella sintiéndome a la par que sus músculos internos me abrazaban. Entonces comencé a moverla y ella continuó el ritmo.

—Creo que esto también es una forma de baile —dije sonriendo con dulzura. Su mirada azul encendida de pasión se asemejaba a un océano inmenso en el cual quería ahogarme.

—Me gusta este estilo de baile —susurró ella cerrando los ojos y enviando la cabeza hacia atrás. Yo enroscué mi mano derecha en su pelo mientras seguíamos moviéndonos lento y cadencioso.

—Abre los ojos —pedí, y la vi hacerlo. Llevé uno de sus pechos a mi boca y la besé mientras ella se contorneaba sobre mí—. Hacer el amor bajo la luna es lo que mejor nos sale —dije sonriendo y mordisqueando su piel.

—Es como si estuviéramos en un cuadro —añadió ella apretando mi cabeza entre sus brazos para que yo intensificara las caricias de mi boca.

Así seguimos en silencio, amándonos a cámara lenta con el fin de hacerlo eterno, perdurable, como si quisiéramos grabar un recuerdo que durara para siempre, que no terminara jamás.

Sentí su interior apretándome, vi sus ojos desvariando y oí su voz jadeante. Entonces me dejé llevar, me derretí en ella, la llené de mí. Ella suspiró abrazándome, aún unida a mí, y yo la rodeé con los brazos y besé su cuello.

—Te amo tanto, Bruno —susurró entre suspiros.

—Yo también te amo —declaré mordisqueando el lóbulo de su oreja—. Esto fue genial, Sirenita. Eres la mejor. —Ella sonrió negando con la cabeza.

Nos quedamos allí por largo rato, hasta que nuestros corazones se calmaron, nuestra respiración se tornó serena y nuestros cuerpos se relajaron. Ella se sentó a mi lado, recostando su cabeza en mi hombro, y ambos contemplamos la luna, sintiéndonos plenos, completos y amados.

Que Bruno me llamara «Sirenita» siempre me había parecido una hermosa coincidencia, pues así me decía también mi abuelo, pero cuando lo hizo aquella noche un recuerdo afloró en mi mente.

—¿Tú crees que quienes nos amaron y fallecieron velan por nosotros de alguna forma? —pregunté.

—Puede ser... —respondió con sus ojos fijos en el cielo.

—Siempre me llamó la atención que me llamaras «Sirenita». Era la forma en que me llamaba mi abuelo. Pero ahora, al oírte decírmelo mientras hacíamos el amor, recordé algo, o más bien lo asocié a algo...

—¿Me lo explicas? —inquirió buscando mi mirada y sonriendo.

—¿Conoces el cuento de la sirenita? —pregunté.

—Lo conozco... más o menos; a Nahiara le gustaba —asintió.

—Cuando el accidente fue muy reciente, mi abuelo empezó a llamarme «Sirenita». Al principio no comprendía por qué lo hacía, pero una noche lo entendí. Las sirenas no tienen piernas, tienen colas o aletas hermosas. Mi abuelo me hablaba mucho de ellas, de que eran criaturas mágicas y seductoras, que todos los hombres caían ante sus encantos, y también empezó a contarme cuentos sobre una sirena en especial. —Bruno acariciaba mi estómago y mis pechos con movimiento suaves y tiernos mientras conversábamos.

»La primera vez que me habló de ella me preguntó si conocía el cuento de la sirenita y, obviamente, le dije que sí, y le mencioné el cuento que yo conocía... Pero mi abuelo me dijo que no se refería a ese. Entonces me contó el cuento de una sirena, a quien él llamó Celeste, me dijo que tenía los cabellos de los colores del arcoíris y una cola hermosa y luminosa de color celeste.

»En el cuento, ella era la más bella de todas y tenía a todos los hombres encantados, pero, por supuesto, por los mitos que acompañaban a las sirenas,

todos temían acercársele. Un día uno de esos hombres se enamoró de ella y, pese a todas las recomendaciones, se le acercó. Se enamoraron y ella quiso cambiar su enorme aleta por un par de piernas para poder pertenecer al mundo de aquel hombre, pero él no lo aceptó, le dijo que la había conocido así y así la amaba.

»Se casaron en alta mar y construyeron un enorme castillo en medio del océano, con partes en agua y partes en tierra, donde pudieron ser felices y seguir amándose. Los dioses de la tierra y del mar bendijeron esa unión y tuvieron descendencia... Y mi abuelo decía que algunos habían regresado a la tierra y que yo era uno de ellos. —Sonreí al recordarlo mientras miraba las estrellas.

—Es una hermosa historia, Celeste —sonrió Bruno besándome la frente con ternura.

—Desde ese día mi abuelo empezó a llamarme «Sirenita», y empezó a inventar historias sobre Celeste, historias donde él me daba un mensaje para mi vida, donde me llenaba de esperanzas e ilusiones. Cuando me volví adolescente y quise enamorarme, pero no tuve esa suerte, recordé ese cuento y lo entendí... Mi abuelo me estaba diciendo que un día un hombre vendría y me amaría con todo y mi cola de sirena. Él creía en el amor y quería que yo lo hallara —pensé recordando la mirada tan pura de mi abuelito.

—Tan hermosa y brillante como tus ojos celestes —agregó él besándome en la frente.

—Por eso me pinté el cabello de los colores del arcoíris, por los cuentos que mi abuelo me contaba —afirmé sonriendo.

—Tu abuelo fue un gran hombre —dijo asintiendo y acariciando mis cabellos.

—Estar aquí contigo en el agua, mirando la noche tan bella, amándonos, me hizo recordar ese cuento y cómo me imaginaba el castillo que construyeron entre el agua y la tierra... Es como nosotros, aquí en el agua, o fuera de ella —añadí con timidez.

—Tienes razón. Soy ese hombre y tú eres mi sirena. Y te amo como eres, Celeste, no cambiaría nada en ti, eres perfecta para mí —dijo acariciando mis muslos por debajo del agua.

—¿Crees que mi abuelo te haya enviado a mí? —le pregunté.

—Quién sabe —sonrió mirando al cielo—. Pero seguro que estaría feliz si nos viera juntos.

Nos quedamos allí abrazados, por mucho tiempo, entre besos y caricias tiernas. Cuando empezamos a sentir frío y el agua aflojó nuestras pieles,

decidimos salir. Bruno me envolvió en una toalla enorme y me llevó hasta su cuarto. Me recostó en la cama con cuidado y luego secó mi cuerpo. La verdad era que me gustaba verlo mimarme de esa forma, cuidarme así. Sonreí al ver que pasaba la toalla con delicadeza por cada rincón a la par que me iba llenando de besos tiernos. Siempre pensé que una de las cosas más hermosas del amor era esa especie de devoción con la cual se tratan los amantes, eso que hace que una se sienta única y perfecta. Podía ver amor en los ojos de Bruno, podía ver que le gustaba mi cuerpo, así como era, con sus bellezas e imperfecciones, podía sentir su deseo... y eso era suficiente para que yo me sintiera bella, feliz, completa... amada.

Bruno se recostó a mi lado y nos miramos a los ojos dejando que nuestras almas se acariciaran, se abrazaran, se complementaran. Luego, hicimos lo mismo una vez más, pero con nuestros cuerpos.

Por la mañana me desperté temprano, Bruno aún dormía a mi lado, me levanté y busqué mi bolso, saqué ropa y me vestí. Lo desperté con besos y caricias y luego le pedí que saliéramos, porque quería aprovechar el día antes de que se volviera a ir.

Desayunamos y luego fuimos a dar un paseo por la ciudad. Entramos en algunas tiendas, compramos chucherías que normalmente compran los turistas y terminamos recostados bajo el árbol de raíces grandes en la Plaza Verde. Habíamos comprado algunas cosas para comer y hacíamos una especie de pícnic, como muchas otras parejas y familias.

—¿Hoy no pintas? —preguntó una niña acercándose a nosotros.

—Hoy es domingo, estoy descansando —respondí sonriendo.

—Me gusta mucho verte pintar, te veo siempre al salir de la escuela... Cuando sea grande quiero ser como tú —añadió.

—Gracias —sonreí, y vi a la niña marchar. Bruno y yo estábamos empezando a comer.

—¿Te gustan los niños? Siempre estás rodeada de ellos —preguntó Bruno sonriendo.

—Me gustan, les llama la atención mi cabello. —Me encogí de hombros—. A los niños les encantan los colores.

—Y cuando crecemos nos volvemos tan monocromáticos —murmuró él—. ¿Quieres ser madre algún día? —preguntó.

—Nunca me lo había planteado, quizá sí —asentí sonriendo—. Una niña llena de rizos, como los tuyos. —Me sonrojé.

—O que tenga el color de tus ojos —agregó, y yo sonreí.

—Estás obsesionado con ellos —reí negando con la cabeza.

—Son mi perdición —asintió divertido.

Nos quedamos en silencio mientras terminábamos de comer y observábamos el sitio que estaba lleno de niños. La idea de ser madre nunca había estado tan cercana, y aunque aún no me parecía el momento, al menos ya no se me hacía algo imposible. Por suerte —y luego de la conversación con Diana—, Bruno y yo conversamos acerca de cómo cuidarnos; me daba risa recordar su rostro lívido cuando le dije que habíamos olvidado hacerlo. Se disculpó conmigo una y otra vez diciendo que había sido un irresponsable, le dije que se calmara, que todo estaba en orden y que yo conocía muy bien mis ciclos y mis fechas, pero él insistió en que debió haberme cuidado y que por favor lo disculpara. Me pareció exagerada su reacción, pero a la vez fue tierna, ya que demostró mucha preocupación por mí.

Continuamos allí relajados por largo rato y, cuando terminamos la comida y guardamos todo, Bruno me preguntó si me gustaría que me leyera algo más del diario de su abuela. Asentí y me recosté en sus piernas mientras él abría el libro.

El olvido es mi peor castigo; quizá por haber mentido, quizá por haber huido. Tuve una buena vida, no puedo negarlo, pero no fue perfecta... porque no estabas tú. A pesar de tenerte a la distancia, pues mi corazón te pertenece tanto como a mí me pertenece el tuyo, me han hecho falta tus abrazos, tus caricias y tus besos. A veces le pregunto a la noche, a veces le pregunto a la luna, ¿dónde estás? ¿Estarás pensando en mí? Soñábamos tantas cosas, llegar juntos a la vejez era una de esas... y ahora estoy aquí sola, porque el destino fue malo con nosotros...

La vejez es un camino lento y doloroso, a veces solo quiero dormir y no volver a despertar... o despertarme y verte en aquel jardín, esperando para leerme un libro bajo el oro, y recostar mi cabeza en tus piernas y sentir tus manos en mi pelo. Después ir a la cascada, meternos en nuestra cueva para amarnos en libertad, sin restricciones, sin tiempos, ni pasados. Solos tú y yo, como ayer, como antes... Tus manos dejando huellas en mi piel, mis dedos pintando tu cuerpo, tus besos marcando mi alma... Abrazarnos en un abrazo eterno...

—Me encanta como escribía —dije sonriendo ante el silencio que hacía Bruno.

—Me pregunto de qué jardín hablaría... —murmuró pensativo.

—¿Algún lugar donde solía ir con tu abuelo? —inquirí encogiéndome de hombros.

—No tengo la menor idea, supongo que a la casa de Tarel... Ese lugar está lleno de jardines —añadió.

—Tuvo que ser hace mucho, porque me dices que tu abuelo falleció antes que nacieras... Quizá relata su época de novios —sugerí—. Algunas cosas pudieron cambiar en la casa luego de aquello, quizás habla de un sitio de allí que hoy ya no está.

—Puede ser, me resulta extraño pensar en mi abuela así, como una muchacha joven y enamorada —dijo pensativo.

—Lo sé, cuesta imaginar esas situaciones, sin embargo ella era artista y obviamente tenía el corazón sensible y enamorado. Para escribir todas estas cosas tan bellas durante la época más difícil de su vida, en medio de la vejez y de la enfermedad, tuvo que haber amado demasiado, Bruno. Un amor que atravesó incluso las barreras del olvido, las penumbras de su mente confundida —suspiré al imaginarme que pudiera existir un amor así de intenso.

—Es cierto, ya ves por dónde me salió la veta romántica —bromeó Bruno, y yo sonreí.

—Tienes razón... es probable que lo hayas heredado de ella —asentí besándolo con ternura en la mejilla.

Luego de aquel hermoso almuerzo en la plaza y de quedarnos leyendo un rato, fuimos a conocer a los padres de Celeste. Me sentía nervioso, porque ella había mencionado que eran muy sobreprotectores y tenía miedo de lo que pudieran pensar al conocerme.

La casa donde vivían estaba en las afueras del centro de Tarel, era una especie de cabaña alejada de la playa y circundada de serranías. Las casas del lugar eran coloridas y coloquiales, estaban colocadas una al lado de la otra en las distintas pendientes, mostrando un paisaje muy pintoresco y bello. Colores y formas de la naturaleza, y el hombre mezclándose entre sí.

Su madre, Carolina, era una mujer muy hermosa, tenía el pelo oscuro y los ojos de un gris azulado, no tan claro como los de su hija. Su padre, Juan, era un hombre alto y delgado, sus cabellos eran blancos y sus ojos, verdes, y tenía una mirada tan profunda como la de Celeste. Su piel rojiza delataba que anteriormente sus cabellos habían sido muy rubios.

Carolina nos preparó unas tortas de naranja y vainilla y nos sirvió té helado, nos sentamos en una pequeña mesa redonda para cuatro personas en el jardín y nos conocimos. Ellos eran divertidos, se tomaban de la mano y se trataban con cariño. Me preguntaron mi edad, lo que hacía y sobre mi familia y mis padres. Cuando mencioné mi apellido y el nombre de mi madre, me pareció ver una mueca de disgusto en el rostro de su padre, quizá porque pertenecían a otro partido político o no estaban de acuerdo con las funciones de mi madre en la vida pública, y estaban en todo su derecho. Aun así no dijeron nada.

Celeste me mostró su habitación: los muebles eran de mimbre rústico, pintados en blanco, había un pequeño librero, en el cual se llenaban de polvo algunos libros antiguos forrados en cuero natural, mezclados con textos de uso escolar. También había cinco cuadros en las paredes, cuatro de ellos eran de Celeste —cuando recién comenzaba a pintar—, pero uno en especial se

veía diferente en estilo y, además, no parecía pintado por una niña. En esa obra una sirena se alzaba mirando al cielo sobre una roca. Su pelo era de muchos colores y su aleta celeste parecía brillar a la luz de la luna. Lo observé sorprendido, parecía muy real.

—Me lo regaló mi abuelo —dijo ella observándome—. Creo que debería llevármelo a casa —agregó—. Llevaba demasiado tiempo sin fijarme en este cuadro y en todo lo que significa para mí.

—Sí, pienso que es un objeto de muchísimo valor sentimental. ¿Lo mandó a hacer para ti? —pregunté observando con detenimiento la pintura.

—No lo sé, no tiene firma, pero se nota que está pintado a mano. Me encantan los trazos sobrecargados —dijo acariciando una zona del cuadro—. Me fascina la mirada de la Sirena, es tan...

—Real... —completé—, y es asombrosamente parecida a ti.

—Quizá mi abuelo le dio una foto mía al pintor —dijo observándome como si hubiera hecho un descubrimiento.

—Quizás —asentí conmovido—. Definitivamente deberías llevártelo.

—Lo haré. —Ella sonrió—. Es Celeste, la Sirena de sus cuentos.

—Eres tú, la Sirena de mí cuento —añadí acercándome a ella y besándola.

Celeste movió su silla hasta su cama y pasó de un brinco a sentarse en ella. Luego me hizo gestos para que me sentara a su lado.

—Aquí es donde pasé mis días y mis noches más difíciles —dijo golpeando levemente su cama—, aquí es donde perdí y recobré las esperanzas —añadió—. Aquí es donde comencé a pintar.

Acaricié el colchón imaginándome a Celeste de niña, de adolescente, pensando en las veces que debía de haber llorado allí luego de aquel accidente. Me pregunté en cuántas ocasiones habría sentido su mundo derrumbarse, sus sueños romperse, sus esperanzas apagarse, y aun así se levantó, salió adelante, creyó en sí misma y superó todas las barreras. Me sentí pequeño ante tanta grandeza y la observé con admiración.

—¿Qué me miras? —preguntó ella al ver que me perdía en su hermoso rostro.

—Te admiro, ¿lo sabes? —dije acariciando su mejilla y acercándome más a ella.

—¿A mí? ¿Por qué? —cuestionó confundida, como si no se diera cuenta de su grandeza, de su valentía. Esa humildad la hacía aún más admirable.

—Por todo lo que has logrado, por la mujer en la que te has convertido, por ser tan fuerte y valiente, por ser tan positiva y refrescante. Te admiro por ser quien eres, y te amo también por eso —sonreí, y ella negó divertida.

—Estás exagerando, Bruno. No hay nada que admirar, he hecho lo que he podido —se encogió de hombros.

—No puedo ni imaginar lo que ha de ser vivir lo que viviste. ¿Cuánta gente se agobia por cosas menos importantes? Sin embargo, tú eres un ejemplo de lucha y constancia. No te das cuenta, pero estás tan llena de colores, Celeste, que has logrado cambiar mi mundo por completo —añadí abrazándola.

—Bueno, me haces sentir incómoda con tanto halago, mejor hagamos otra cosa —murmuró.

—¿Puedo hacerte el amor aquí? —pregunté divertido, en broma, porque sabía que sus padres estaban abajo.

—Pensaba que no lo preguntarías nunca —bufó al tiempo que empezó a sacarse la ropa.

—¿Lo dices en serio? —pregunté sorprendido.

—Debe ser rápido y silencioso; sería demasiado bochornoso que nos descubrieran —agregó susurrando.

Y así fue, rápido, intenso y primitivo, tragándonos nuestros gemidos entre almohadas o acallándolos en la boca del otro. Todo lo contrario a la parsimoniosa y hasta agónica lentitud de la noche anterior, pero igual de placentero.

—¡Dios! ¡Eres estupenda! —susurré mientras nos vestíamos y reíamos como dos niños luego de alguna fechoría.

—Mis padres no creerían jamás lo que acabamos de hacer —agregó sonriendo.

—No sería buena idea que nos descubrieran, justo hoy que me están conociendo —bromeé mientras me acercaba para ayudarla a subir la cremallera de su blusa. Luego la besé en la frente—. Tu padre sacaría la escopeta y me perseguiría por el cerro.

—No lo creo, hay algunos beneficios de ser como yo —dijo frunciendo los labios hacia un lado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Aparte de tener lugar para estacionar, prioridad en las cajas y no tener que hacer filas nunca más —explicó divertida—, supongo que mis padres desean que tenga una vida lo más normal posible, y eso incluye el sexo... Así que si nos vieran, quizás estarían felices de saber que puedo tener sexo —rio desenfadada.

—¡Muchos beneficios! ¡Me agrada! Aun así, no creo que a tus padres les guste la idea y no me quiero arriesgar. Mejor terminemos de vestirnos —

bromeé abrazándola por la espalda y besándola en el cuello—. Puedo encontrar otros —agregué susurrando muy cerca de su oído.

—¿Cómo cuáles? —preguntó ella estremeciéndose ante la cercanía de mi aliento.

—Como las posiciones que podemos probar... —susurré.

—Eso suena interesante —dijo ella al tiempo que alguien golpeaba la puerta.

—¿Chicos? —Era su mamá.

—¿Sí? —respondió Celeste ahogando una risa.

—¿Quieren venir un segundo, por favor? —preguntó.

—¡Ya vamos! —gritó Celeste subiendo a su silla, y salimos de nuevo. Su madre la llamó a la cocina y yo me senté un rato en la sala de estar con su padre. Estábamos viendo un partido, pero luego él me miró fijo y me habló.

—Debería decirte que si haces daño a mi hija te las verás conmigo y todo lo que se supone que los padres dicen a los novios de sus hijas en las películas —zanjó serio—, pero yo solo quiero saber si de verdad la amas.

—La amo —asentí mirándolo sonriente; quería sonar convincente.

—Eso me pone contento, ella merece ser amada y poder amar. —Se llevó su bebida a la boca—. Intenta hacerla feliz —agregó luego—. No soy tan iluso como para pensar que no sufrirán, el amor siempre se curte con el sufrimiento... pero, finalmente, solo intenta hacerla feliz —insistió apuntándome con un dedo.

—Claro que sí —asentí con seguridad.

—¿Tus padres están de acuerdo? —La sonrisa se me borró al instante.

—No importa eso, señor Juan. Soy mayor de edad y sé lo que hago, no voy a dejarlos intervenir en mis decisiones —respondí tratando de sonar convincente.

—Lo supuse. —Frunció el labio y suspiró—. ¿Sabes, Bruno?, duele que las personas discriminen a mi hija, que no le den la oportunidad de demostrar lo que es y puede ser. Eso como padre me duele mucho... Ella puede ser digna de cualquier chico.

—Lo entiendo, señor, a mí también me duele que mis padres no la acepten, y estoy completamente seguro de lo mucho que vale Celeste, pero creo que lo más importante es que yo la amo y que para mí es perfecta. Soy yo quien espero ser digno de ella. —Su padre me miró fijamente, luego sonrió asintiendo.

—Ella es una perfecta imperfección, como todo lo que amamos en la vida —comentó su padre, y yo sonreí.

Esa tarde me despedí de sus padres y llevé de nuevo a Celeste a su casa. Me despedí de ella y luego viajé hasta Salum. La semana siguiente debía ir a buscarla para llevarla a pasar un fin de semana conmigo en la capital. A ella no le gustaba la idea, salir de su zona cómoda le resultaba intimidante, pero quería que supiera que yo estaría allí para ella y que no la dejaría sola, quería que conociera mi mundo, a mis amigos... y también a mis padres. Esperaba que ella lograra cautivarlos con la bondad de sus ojos o la pureza de su alma.

• • •

La semana pasó lenta, pero, como siempre, no perdimos comunicación ni un solo día. La noche del viernes pasé a buscarla y llegamos a Salum a la madrugada. Había decidido que lo más sano sería que nos quedáramos en un hotel, al menos hasta que Celeste conociera a mis padres y viéramos qué clase de relación se forjaba. Ellos habían aceptado conocerla el domingo en un almuerzo. Cuando llegamos, nos acostamos a dormir; estábamos cansados y con sueño. Por la mañana del sábado, pedí desayuno en la habitación y lo comimos en la cama, luego nos pusimos al día con los besos y las caricias, y nos amamos un buen rato sin apuros ni vergüenzas.

Después nos vestimos y salimos a recorrer la ciudad. Ella dejó que yo guiara su silla, pues yo quería hacerlo y a ella ya no le molestaba. De vez en cuando le acariciaba el pelo o colocaba mi mano en su hombro. Sin que lo supiera, la llevé a una clínica especializada en prótesis. Era la mejor del país y yo tenía muchas esperanzas en que pudiéramos conseguirle una muy buena. Pensé que quizás ella se enojaba por no habérselo preguntado, pero no fue así, solo sonrió y aceptó que tuviéramos la cita que yo había reservado con el director de aquella clínica.

—Pasen. —Nos recibió el Doctor Carson, un hombre rubio de unos sesenta años y de procedencia extranjera.

—Buenos días —saludamos ambos, algo nerviosos.

El doctor nos hizo algunas preguntas y luego revisó a Celeste. Entonces nos mostró varios modelos de posibles prótesis para ella. Todas tenían diferentes funciones relacionadas con el uso que les sería dado, si eran solo para caminar o para hacer alguna clase de deporte, como correr maratones y demás. Celeste sonrió y sus ojos brillaron de una forma especial; nunca había pensado en correr alguna de esas maratones, sabía que para eso necesitaba una buena prótesis y no contaba con ese dinero.

Luego de mostrarnos unas y otras y de explicarnos sus ventajas, desventajas y precios, miré a Celeste y le pregunté cuál le parecía mejor. El doctor también explicó la importancia de hacer todo un entrenamiento y ayuda de fisioterapia para que ella aprendiera a manejarla correctamente.

—¿La quieres? —pregunté.

—No puedo pagarla aún, Bruno, no tengo ni la mitad de ese dinero —aceptó ella avergonzada. El doctor nos miraba atento.

—Quiero regalártelo —dije, y ella lo dudó. La tomé de la mano—. Déjame hacerlo... No es porque quiera que camines, es porque sé que te hará feliz —agregué, y ella sonrió.

—No lo sé... —dudó.

—Si no puedo usar el dinero en algo que valga la pena, ¿de qué me sirve? —me encogí de hombros mientras la miraba con ternura y seguía sosteniendo sus manos. Entonces ella asintió.

—Está bien, tenemos que tomarle algunas medidas y hacerle un chequeo —comentó el doctor mientras apuntaba algunos datos. Yo sonreí, los ojos de Celeste brillaban de alegría ante aquel nuevo mundo de posibilidades.

Salimos de allí luego de largo rato. Las prótesis estarían en un periodo de diez días y debíamos organizar las venidas de Celeste a la clínica para que pudiera acostumbrarse a ellas. Me había comprometido a llevarla dos veces a la semana y eso sería así hasta que se acostumbrara plenamente a ellas.

La llevé a mostrarle algunos monumentos importantes de la ciudad y una fuente donde la gente acostumbraba a tirar monedas y pedir deseos. Por supuesto tiramos una cada uno y luego me senté en el borde de la fuente. Ella estaba en su silla, pero la estiré para sentarla en mi regazo. Nos besamos como si nadie nos viera, pero una luz blanca hizo que nos separáramos: una persona con una cámara profesional nos sonrió y se dio media vuelta para marcharse.

—¿Y eso? —preguntó Celeste.

—Supongo que saldremos en algún diario o algo así... Es parte de ser hijo de mis padres —hablé con resignación encogiéndome de hombros.

—¿No te importa? —preguntó ella.

—Para nada, por mí que todo el mundo se entere cuánto te amo —afirmé convencido y volví a besarla.

Seguimos paseando, conociendo lugares, comprando cosas y comiendo un poco de todo hasta que decidimos ir al hotel. La noche estaba empezando y nosotros necesitábamos descansar... o al menos hacer otro tipo de actividades que requerían mayor intimidad. Además, al día siguiente tendríamos el

almuerzo con mis padres, y aunque no lo comentábamos, ambos estábamos nerviosos por eso.

En ese momento tenía sensaciones encontradas. Estaba bajo la ducha, pensando en lo fantástico que había sido el día de ayer, en todas las ilusiones que me generaba la simple idea de tener una prótesis. La verdad, nunca había pensado en eso de una forma tan real, llevaba años juntando para conseguirla, pero siempre había sido un sueño muy distante, muy lejano.

El Dr. Carson me había animado bastante, sabía que con mi amputación transfemoral —o sea, por encima de la rodilla— era un poco más difícil adaptarse a una prótesis. Eso me lo habían explicado desde pequeña. Al no tener la rodilla, la pierna ya no posee la fuerza necesaria para que la persona logre levantarse sola, no como en el caso de aquellos que tienen amputaciones por debajo de la rodilla. La prótesis no proporciona potencia de elevación, por tanto, siempre me habían dicho que antes de usarla debía conseguir fuerza en las otras extremidades: en la pelvis, en el torso y en los brazos. Esa fuerza sería necesaria para lograr ponerme de pie con un dispositivo protésico.

El Doctor Carson dijo que la fuerza adicional en el muslo y en la pelvis era fundamental para lograr que la prótesis funcionara sin peligro, ya que las personas con amputaciones transfemorales que usan prótesis tienen mayores riesgos de sufrir caídas y lesiones, y deberían dominar una serie de actividades antes de usarlas. Por supuesto que yo ya dominaba esas actividades que el Doctor me citó, debido a que llevaba años manejándome con mis brazos y mi torso. Él me preguntó si era capaz de desplazarme sin ayuda, acostarme, levantarme o ir al baño sola. También me preguntó si podía levantarme sin ayuda de una silla y si era capaz de caminar una distancia —de al menos ocho o diez metros— entre barras paralelas o con andador.

Eso último no lo sabía, aunque creía que sí. Yo me movía mayormente con la silla y dentro de casa iba desplazándome sin ella, pero no sabía cómo sería moverme con las barras paralelas. Para ir haciendo esa evaluación e ir probando la prótesis adecuada para mí, tendría que venir por un cierto tiempo

—al menos dos veces a la semana— a la clínica, y Bruno se había ofrecido para llevarme y traerme. Todo eso era emocionante, podía cerrar los ojos e imaginarme a mí misma caminando con esas prótesis... estando a la altura de Bruno, pasándole la mano y dejando que él cruzara sus brazos en mi cintura mientras yo me aferraba a sus hombros, como una pareja normal.

—¿Ya sales? —La voz de Bruno me trajo de regreso. Teníamos que ir a almorzar con sus padres y esa era la otra cara de la moneda que me tenía alterada. No sabía cómo funcionaría eso, sabía que no les agradaba que estuviéramos juntos.

—¡Ya voy! —dije mientras apagaba el agua y alcanzaba la toalla. Me encantaría seguir aquí, pero se nos hacía tarde.

Me puse una falda larga de color azul marino y una blusa blanca con encajes, recogí mi pelo en una coleta y fuimos hasta su casa. Bruno también estaba nervioso, lo podía percibir. No hablamos mucho durante el camino, pero al llegar, y luego de ingresar en un camino privado que llevaba a las puertas de la mansión, se detuvo y me observó.

—Nadie te hará sentir mal, si sucede algo nos vamos, yo estoy contigo... de tu lado —dijo para tranquilizarme, pero no sé si eso no me alteró más.

—Gracias —sonreí, e intenté parecer despreocupada.

Un hombre alto, delgado y con bigotes enfundado en un traje negro nos abrió la puerta de la casa. Bruno empujó mi silla; no sabía por qué pero en ese momento me sentía más tranquila si él lo hacía.

—¡Hola! —La voz cantarina de Nahiara se escuchó proveniente de una de las habitaciones.

—Hola, Nahiara —la saludé amablemente.

—¡Celeste! ¿Cómo estás? —saludó mientras se agachaba a besar mis mejillas.

—Bien, ¿tú? —respondí, y ella sonrió.

—Bien también, los estábamos esperando.

Nos guio hasta un salón bastante amplio. Allí, sentados en sillones negros de cuero, se encontraban dos personas que suponía eran el padre y la madre de Bruno. El hombre era alto y muy elegante, estaba vestido con un pantalón negro y una camisa gris, traía corbata y fumaba una pipa mientras leía el periódico. Levantó la vista y sonrió. La mujer era delgada y de piel pálida, tenía el pelo de color caoba y su piel era tersa y estirada. Pareciera la hermana mayor de Bruno, no su madre, pero sabía quién era, la había visto en televisión.

—Entonces, tú eres Celeste —dijo mirándome sin levantarse de su asiento —, la novia de mi hijo. —La palabra novia salió con un dejo de desprecio, lo pude percibir.

—Mucho gusto, señora. —Traté de sonar natural y de que no se me escaparan los nervios.

—Siéntense aquí —señaló su padre hacia el sillón. Bruno me miró, pero con señas le hice entender que prefería quedarme en la silla. Él la colocó al lado de un puf de cuero rojo donde él se sentó y tomó mi mano en las suyas para darme calma. Nahara se sentó al lado de su padre.

Una empleada de la casa, vestida en uniforme negro a cuadros, nos trajo bebidas y el padre de Bruno hizo un gesto para que nos sirviéramos.

—Bruno me ha dicho que eres muy buena artista plástica —dijo su madre observándome de arriba abajo sin reparo.

—Bueno, no sé si soy buena, solo hago lo que me gusta —me encogí de hombros nerviosa.

—Qué bien —respondió ella con indiferencia mientras volvía la vista a una revista que tenía en la mano y la hojeaba—. ¡La vida sería tan sencilla si todos hiciéramos lo que nos gusta! —exclamó irónica.

—Pienso que si uno no hace lo que le gusta será siempre infeliz, o al menos no será completamente feliz —agregó Bruno para defenderme.

—Eso lo dices porque tienes dinero. Cuando uno es pobre trabaja y hace lo que sea para sobrevivir, aunque eso no sea precisamente lo que le gusta —añadió ella mirándolo tranquila pero amenazante.

—Hasta ahora me ha ido bien con las pinturas, las vendo muy bien en Tarel —dije tratando de sonar segura de mis palabras.

—Entiendo... —replicó la señora—. ¿Y estudias? ¿En qué trabajan tus padres? —preguntó entonces.

—No estudio —respondí cohibida—. He hecho clases de pintura y demás, pero no he ido a la universidad. Mis padres tienen un negocio de plantas en Tarel, un vivero.

—Interesante —dijo la señora, aunque en realidad sonó despectiva—. Serían algo así como... jardineros, ¿no? —añadió con una sonrisa irónica. Iba a responder, pero alguien interrumpió.

—Con su permiso —interrumpió la empleada—. El almuerzo está servido.

—Pasemos a la mesa. —El padre de Bruno se levantó y entonces todos lo seguimos.

Al llegar a la mesa, Bruno se encargó de apartar la silla que estaba en mi sitio y acercar la mía. Por primera vez no quería bajarme de ella, tenía la sensación de que en cualquier momento podría salir a toda velocidad, si la cuestión se pusiera aún más densa.

Pero no sucedió nada, ni bueno, ni malo. La señora se mantuvo hablando de política y prácticamente ignorando mi presencia, y el señor solo la escuchaba y comentaba algo de vez en cuando. Nahiara estaba concentrada en su celular y Bruno y yo nos enviábamos miradas de apoyo.

—En estos días debo visitar un centro de gente como tú —me dijo de repente echándome una mirada inquisitiva.

—¿Gente como ella? —preguntó Bruno con un dejo de enfado en la voz—. ¿Cómo es la gente como ella, mamá? ¿Hermosa, perfecta?

—Me refería a gente discapacitada. —Se defendió su madre mirando a Bruno con asombro—. ¿Te ofende que se te diga así? —preguntó entonces la señora.

—No. —Me encogí de hombros—. Es normal, aunque... no me siento con menos capacidades que los demás, me han criado en la idea de que puedo hacer lo que desee.

—Bueno, es una bonita forma de hacer sentir bien a las personas, pero no sé si sea real —dijo ella llevándose con suma elegancia un trozo de carne a la boca. En aquel momento sentí que dijera lo que dijera ella le encontraría la vuelta para hacerme sentir inferior.

—¡Mamá! —la regañó Bruno, y la señora se encogió de hombros fingiendo inocencia, como no entendiendo por qué le molestaba su comentario—. Celeste es increíble... te asombraría saber de todo lo que es capaz, vive sola y se maneja de manera independiente.

—Ya veo —susurró su madre sin darle importancia, y luego cambió de tema preguntándole algo sobre su trabajo a Nahiara. Bruno apretó enfadado la servilleta que traía entre sus manos.

El resto del almuerzo prosiguió así de incómodo. Luego, Bruno me llevó a su habitación, que era enorme y estaba decorada con colores oscuros y sobrios. Lo único colorido en el ambiente eran cuatro cuadros míos y dos de su abuela. Estaban organizados en una pared grande y oscura a la derecha de su cama.

—Mis cuadros —sonreí al identificar el primero que compró, el de la sirena.

—Me acercan a ti cuando estoy solo en esta habitación —admitió sonriendo.

Me acerqué a observar los cuadros de su abuela, la firma decía «Viv. O». Bruno sonrió y me explicó que su nombre era Viviana Oliveira y que firmaba «Viv. O» porque sonaba a «vivo». Eran bellos paisajes parecidos a Tarel, entonces recordé que Bruno me había dicho que ella era de ahí.

—¡Que hermoso pintaba! —exclamé sonriendo mientras observaba una singular forma de trazar los troncos de los árboles. Era una técnica que los dejaba muy reales, como si estuvieran en 3D. Ya me había percatado de aquello cuando observé el cuadro en la mansión de Tarel, aquel de las flores amarillas.

La tarde pasó rápido y Bruno manejó de nuevo a casa para dejarme.

—Deberíamos volar un día —comentó, y yo no lo entendí. Lo miré con desconcierto—. El viaje a Tarel en avión es corto, es solo de cuarenta y cinco minutos.

—Pero es un avión muy pequeño, le tengo mucho miedo —admití sonriendo—. Prefiero las horas en auto a tu lado —agregué, y él sonrió.

—No estuvo tan mal lo de mamá, ¿o sí? —Solo me encogí de hombros.

—Me hubiera gustado agradecerle —añadí con algo de melancolía.

—A ella no le agrado ni siquiera yo —dijo Bruno, y ambos reímos.

Cuando llegamos a casa, él bajó un rato, le preparé un café para que se despejara y que pudiera manejar de regreso, descansó un poco y luego se despidió. Al día siguiente tenía que trabajar y estudiar. No podía quedarse. Odiaba la distancia que nos separaba.

22

• Celeste • El Testamento

—¿Entonces? ¿Qué tal es la bruja? —preguntó Diana aquella mañana mientras íbamos a la plaza.

—No lo sé, muy bruja, creo yo... En definitiva, no me acepta ni me aceptará —bufé algo frustrada.

—Bueno, lo importante es que te acepte el hijo, ¿no? —comentó Diana divertida—. Lo de las suegras siempre será todo un tema.

—Me hubiera gustado agradecerle. —Me encogí de hombros.

—¿Y tu mamá? ¿Has hablado con ella de Bruno desde que estuvieron en su casa?

—Sí, ella dice que parece un buen chico, pero tiene miedo que sufra, ya sabes. Él es de otra clase social y todo eso la lleva a pensar que puede no funcionar. Esta tarde vendrá junto a mí, vamos a ir a ver a un viejo amigo de la familia que nos pidió que lo visitáramos —añadí.

—¿Sí? ¿A quién? —preguntó Diana.

—Sí, es un hombre que era el mejor amigo del abuelo Paco, trabajaban juntos. Llevamos mucho tiempo sin verlo, desde que se retiró hace como diez años... Dijo que tenía algo importante que hablar con nosotras —comenté. La verdad es que me sentía con mucha curiosidad al respecto.

—Qué raro, ¿no?

—Bastante, a decir verdad —asentí encogiéndome de hombros.

Mi mamá llegó a la plaza junto a mí al mediodía. Nos fuimos a almorzar juntas y me llenó de preguntas sobre el almuerzo en lo de Bruno.

—Cuídate, Celeste —dijo, y yo solo asentí—, las relaciones entre personas de diferentes clases no siempre salen bien. Además, su madre tiene mucho poder.

—Bruno no es como su madre, a él no le importa el dinero. —Mamá suspiró.

—No quiero que pienses que tengo algo en contra de él, ni que me molesta que estén juntos. Es solo que no te quiero ver sufrir, hija —murmuró con ternura.

—¿Crees que sufriré? —le pregunté con temor. Después de todo, se dice que las madres siempre tienen la razón, ¿no?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Celeste... Yo... mmm, hija... ¿Se están cuidando? Ya sabes... a lo que me refiero —dijo muy nerviosa. No podía creer lo que mi madre me preguntaba.

—¿Qué? —pregunté. Ella no era de esas personas con quien uno podía hablar de todo.

—Solo... no quiero que pase algo y él se largue. Un niño en tu situación sería demasiada complicación. Además, su madre tiene mucho poder... y...

—No te preocupes, mamá —la interrumpí sonriendo incómoda sin querer entrar en detalles al respecto—. No sucederá —ella sonrió asintiendo igual de incómoda, pero aparentemente conforme con mi respuesta.

Cuando el almuerzo terminó, tomamos un taxi y fuimos a la casa de Alberto Méndez, a quien yo cariñosamente llamaba tío Beto, para finalmente enterarnos por qué quería vernos.

—¿Cómo están estas mujeres tan hermosas? —nos saludó amablemente. Había envejecido mucho desde la última vez que lo vi, y lo acompañaba un hombre de unos cuarenta años.

Nos guio a una especie de biblioteca, donde nos sentamos en una mesa redonda, y nos sirvió té.

—¿Juan no pudo venir? —preguntó entonces.

—No puede dejar el negocio —respondió mamá—. Ya sabes, los tiempos han cambiado.

—Sí... lo sé —asintió el tío Beto—. Bien, ¿Carlos, les quieres explicar? —dijo entonces observando al otro hombre.

—Buenas tardes —saludó el hombre—. Mi nombre es Carlos Méndez, soy su sobrino. —Señaló a Beto con un movimiento de cabeza y el anciano asintió.

—Es el hijo de mi hermano menor, Matías, ¿lo recuerdas, Carol? —miró a mi madre.

—Sí, hace mucho que no veo a Matías —respondió mi madre, y luego miró al señor Carlos—. ¿Cómo está tu padre? —preguntó.

—Vive en Francia —agregó Carlos con una sonrisa.

Por lo que mamá me había explicado, Alberto y mi abuelo Paco habían sido mejores amigos desde niños. Cuando mi abuelo murió, dejó un

testamento en manos de Matías, el hermano menor de Alberto, quien era abogado. Mi madre había recibido el vivero en el que ahora trabajaban, que era el negocio de mi abuelo Paco y mi abuela Vanessa.

Ahora Carlos, el hijo de Matías, llevaba sus casos, pues este también se había jubilado.

—Su señor padre —expresó muy formalmente hablando directamente a mamá—, ha dejado un testamento. —Ella asintió.

—Sí, me dejó el vivero y su casa —sonrió.

—Sí, pero dejó otro más, que debía ser abierto cuando la joven Celeste cumpliera los veintiún años —explicó.

—Pero ya tengo veintitrés —solté sonriendo.

—Exacto, a mi padre se le pasó el tiempo y yo lo encontré mientras arreglaba sus archivos, les pido disculpas por ello —dijo Carlos con tono avergonzado. Mamá y yo reímos.

—¿De qué se trata? —quiso saber entonces mamá.

—El Señor Ramírez —ese era el apellido de mi abuelo— dejó una casa a la señorita Celeste Maldonado Ramírez.

—¿Qué? —preguntamos ambas al unísono.

—Debe haber un error, él no tenía otra casa —exclamó mamá confundida.

—Él tenía una propiedad en la ciudad vecina de Arsam —explicó Carlos extendiéndonos unos papeles—. Aquí está el título. —Lo observamos cuidadosamente y, en efecto, estaba a nombre de mi abuelo y con su firma—. Por voluntad del señor Ramírez, esa propiedad pertenece ahora a la señorita Celeste Maldonado —mencionó él tomando un bolígrafo y pasándomelo—, solo necesito que firme estos papeles.

Así fue como, de un día para el otro, me convertí en dueña de una casa que no sabíamos que existía. Salimos del lugar muy confundidas. Mamá recordó que él solía hablarle de una casa en el campo de Arsam, una propiedad que él había adquirido antes de casarse con mi abuela Vanessa, aunque no sabíamos si la había heredado o la había comprado. Mamá nunca había ido a ese lugar y pensaba que el abuelo la había vendido hacía muchísimo tiempo.

Quería ver la casa, pero debía esperar unos días. Iba a coordinar con Diana para escaparnos a Arsam un fin de semana y poder conocer el lugar, me hacía mucha ilusión ver la casita. Según Carlos, la casa nunca había sido alquilada y había sido cuidada por el tío Beto durante todo ese tiempo, como pedido especial de mi abuelo. La sola idea de pensar que perteneció a mi abuelo Paco hacía latir con ansias mi corazón.

—¿En verdad te ha dejado una casa? —me preguntó Bruno cuando se lo conté por teléfono.

—Así parece, pero no tengo idea de qué clase de casa es, aparentemente de campo... No sabemos la historia de la casa, porque el abuelo jamás la mencionó —expliqué.

—Eso es muy extraño —afirmó Bruno del otro lado de la línea—. ¿Cuándo irás a verla?

—El próximo fin de semana quizás, o si Diana consigue un permiso, iremos en la semana —informé ilusionada con la idea.

—¡Me gustaría ir también! —exclamó entusiasmado.

—Podríamos coordinar —sonreí.

El jueves de esa semana las cosas empezaron a cambiar. El día amaneció gris y pesado, el aire estaba denso y anunciaba la llegada de una tormenta, aunque esta no estaba pronosticada hasta el sábado. Se suponía que la cola del huracán Marina —que estaba atravesando la región— alcanzaría partes del país. Diana y yo habíamos quedado en que el próximo sábado iríamos a ver la casa y Bruno dijo que intentaría llegar para ir con nosotras.

Ese día decidí no ir a la plaza, por miedo a que la lluvia me cayera encima; el tiempo no se veía para nada bien. Aproveché para descansar, dormí un poco más de la cuenta y desperté cerca del mediodía para hacerme algo para comer. El teléfono sonó, era Diana, atendí.

—¿Has visto el periódico de hoy? —preguntó alterada.

—No... no he visto nada. ¿Qué sale?

—Tu foto con Bruno... —zanjó ella, e hizo silencio.

—¿Y qué dice?

—«El heredero de Roger y Gloria Santorini está de novio con una chica discapacitada» —leyó Diana.

—Idiotas —murmuré.

—Pero no es malo el artículo, solo comenta que se los vio muy enamorados por las calles de Salum y que estás en silla de ruedas —comentó.

—Pero me molesta que lo digan de esa forma, cómo si ser discapacitada fuera... algo especial... Y no digas nada, sé que lo es. Solo me molesta —bufé.

—No te sientas mal —Diana intentó consolarme—. Serás la envidia de todas las chicas —añadió riendo.

—¿Crees que la madre de Bruno ya lo haya visto? Odiará esa noticia —suspíré al imaginármela viendo esas fotos.

—Lo sé... Es probable que ya se la hayan mostrado. ¿Bruno te dijo algo? —inquirió con curiosidad.

—Acabo de despertarme, no he hablado con él aún —respondí.

—Bueno, no te preocupes, es solo una tonta noticia en el periódico —añadió para intentar que mis ánimos no decayeran.

—Eres una buena amiga. —Le agradecí el detalle de avisarme de aquello y luego cortamos, ya que Diana debía volver a trabajar.

Revisé el celular pero no tenía ninguna llamada ni mensaje de Bruno. Me senté a pensar sobre aquella noticia: señalar mi discapacidad parecía hacerla más importante. Nadie nunca pondría una noticia que dijera: «El heredero de tal familia está de novio con una chica pelirroja o una chica rubia», pero «una discapacitada» sí que es noticia. Lamenté eso, odiaba que la gente señalara mi discapacidad, no porque odiara mi diferencia en sí, sino porque no me permitían ser alguien normal si siempre me estaban señalando como alguien diferente.

¿Acaso no pienso? ¿No tengo los mismos sentimientos, ganas, deseos, sueños que cualquier otra persona? Suspiré. Se supone que todos somos distintos, ese no era el problema. El problema tiene que ver con ser tratado de forma diferente. Si yo no hubiera sido discapacitada, ¿qué diría en ese titular? Probablemente algo así: «El heredero de Roger y Gloria Santorini, está de novio». ¿Por qué entonces señalar mi diferencia? ¿Por qué señalar mi discapacidad?

23

• Bruno • Proyectos

—¿Ya viste el periódico? —comentó mamá en el almuerzo ese día—. Al menos te hubieras cuidado para no salir en las fotos besando a esa chica.

—¿Qué tiene de malo? —pregunté—. Es mi novia, no me voy a estar ocultando de la gente porque a ti te moleste —dije encogiéndome de hombros.

—Bruno... está bien que salgas con ella un tiempo, de hecho, no creo que haga mal a mi carrera: a la gente le encantará, le parecerá tierno y romántico. Pero, ¿hasta dónde piensas llegar con ella? ¿No te parece que estás exagerando? —preguntó mirándome con seriedad.

—Mamá, es mi vida, a mí tu carrera me importa un rábano, esa es tú vida. Yo no estoy con Celeste para conseguirte votos, estoy con ella porque la amo, y me gustaría que lo entendieras o al menos lo aceptaras —respondí cansado.

—¿Has pensado en el futuro? ¿Te casarás con ella? ¿Acaso puede tener hijos? —inquirió con enfado, como si fuera yo el que no era capaz de entender la situación.

—¿Eso qué importa? —bufé impaciente. Era imposible hablar con ella.

—¡Claro que importa, Bruno! Tu padre tiene un imperio construido por años y años de generaciones trabajando en él. Si no tienes descendencia, ¿dónde quedará eso?

—Primero, no soy el único hijo, está Nahara. Segundo, Celeste es una mujer perfectamente normal, puede tener hijos si así lo decidiéramos. Pero incluso en ese caso, ten por seguro que no lo haría por continuar con ningún imperio, lo haría porque deseo hijos, nada más —exclamé ya nervioso.

—Cuando estuve en ese centro de gente como ella, me comentaron que... bueno... algunos ni siquiera podían... tú sabes... —mencionó ella nerviosa de tocar el tema.

—¡Mamá! —Estaba realmente molesto—. No puedo entender que siendo una mujer tan importante seas tan ignorante. —Pretendí ofenderla con mi

comentario—. Y ese es un tema muy íntimo que no tengo por qué tratar contigo. —Mi padre y Nahiara observaban la conversación sin intervenir—. ¡Lo único que falta es que también te quieras meter en mi vida sexual! —exclamé furioso.

—Mira, yo solo me preocupo por ti. Hablé con Silvana de Montenegro y me comentó que su hija Anabella quedó muy emocionada contigo luego del cumpleaños de Nahiara, donde se conocieron, ¿la recuerdas? Bueno, ya sabes, su padre es muy influyente en el país, juntarlos sería como ganar la lotería —añadió con ojos soñadores. Mi madre era increíble.

—¡Agh, Mamá! ¡Me das asco! —exclamé exasperado levantándome y arrojando la servilleta en la mesa.

—¿Te doy asco yo? ¿Y qué hay de ese engendro sin piernas con el que andas? ¿Ella no te da asco? ¡Ni siquiera está completa! —gritó.

—¿Quién está completo en este mundo? —La miré con odio—. A Celeste le faltan las piernas, pero a ti te falta el corazón, mamá, y eso sí que no tiene solución —zanjé, y me retiré molesto.

Salí a caminar, necesitaba tomar aire, calmarme. Me preguntaba si Celeste había leído la nota. Seguro que lo había hecho, y también era seguro que se sentiría mal. Se notaba la intención del periodista por hacer notar su discapacidad. Me senté en el banco de una plaza, observé la vida transcurrir a mi lado y suspiré. Debía tomar un camino, debía tomar una decisión.

Todos somos iguales y todos somos diferentes a la vez, vivimos en un mundo contradictorio, donde desde pequeño te enseñan que eres especial, que eres único... pero, sin embargo te ponen uniformes y te identifican con números. Todos somos iguales y todos somos diferentes.

Nadie está completo, somos seres incompletos... A algunos les falta alegría, a otros les sobra bondad, unos no pueden oír, otros pueden hacerlo pero están tan ensimismados que no son capaces de escuchar nada que no sea su propia mente. La pena es que luchamos siempre por igualarnos, desde la ropa hasta lo que comemos, la moda nos hace robotitos en serie, pero el truco está en aprender a amar eso que nos hace diferentes, porque es lo que nos hace únicos. Muéstrale eso y lograrás que halle la felicidad.

Recordaba ese escrito a la perfección, era parte del diario de mi abuela, pero estaba en una hoja suelta, escrita con lápiz de grafito. La hoja estaba rota y solo era visible esa parte, las demás habían quedado borrosas con los años. Me llamó mucho la atención porque parecía escrita para mí, para Celeste, por

eso la memoricé. Es como si mi abuela me dijera que le mostrara a ella que lo que la hace única era lo que la hacía realmente especial, sentía que mi abuela me decía que yo debía hacerle sentir a Celeste que amaba lo que la hacía diferente... Y en realidad era así.

Tomé el celular y le escribí un mensaje.

«¿Leíste la nota?».

«Sí... la leí... Tienes una novia discapacitada».

«Sí... ¿Has visto lo hermosa que es? Su discapacidad radica en que no tiene piernas y no puede caminar, por suerte es solo eso».

«¿Qué quieres decir?».

«Que ella está plenamente capacitada para amar y eso es lo que a mí me interesa».

«Tonto...».

«No hagas caso de lo que digan, estamos juntos, lo estaremos siempre... Iré este sábado a verte, conoceremos tu casa de Arsam, olvida esto».

«No es fácil olvidar ciertas cosas...».

«Mientras no olvides que me amas, todo estará correcto».

«Nunca podría olvidar algo así, mi corazón y mi mente me lo recuerdan a cada segundo».

«Eso es genial... porque me pasa exactamente igual».

Me quedé observando esos mensajes y pensando. Llegan momentos en la vida en los que simplemente sabes que no puedes seguir en la misma situación. Ese era para mí uno de esos momentos, la discusión con mi madre me había demostrado que no tenía salidas en ese sentido, ellos nunca me aceptarían como soy, tampoco aceptarían a Celeste. Tenía que haber un cambio y debía ser pronto. Caminé hasta una joyería cercana y compré un anillo, quería comprometerme con Celeste, casarme con ella y así protegerla de todo este mundo horrible que intentaba lastimarla. Si mis padres no estaban de acuerdo, poco me importaba. Había llegado mi momento de crecer, de madurar, de volar del nido por mi cuenta. Después de todo, ellos ya habían hecho sus vidas, cometieron sus errores, era mi turno de hacer lo mismo.

Tenía que pensar en una forma romántica y original de pedirle matrimonio. Sabía que éramos jóvenes y que estábamos juntos hacía muy poco tiempo, pero cuando el amor es verdadero, los tiempos nunca son suficientes. Necesitábamos estar juntos para enfrentar la vida, solo así nos sentíamos completos. Además, quería hacer mi propia vida, y quería hacerla a su lado.

Elegí un anillo de diamantes con oro blanco, no demasiado ostentoso pero lo suficientemente distinguido. Sabía que le gustaría y adornaría su piel hermosa dándole aún más brillo del que de por sí ya tenía. Para comprarlo usé mis ahorros, un dinero que nadie sabía que yo tenía, pues me lo había dejado mi abuela sin que nadie lo supiera.

Recordaba muy bien aquella tarde. Estábamos en la biblioteca de la casa de Tarel, acababa de leerle algo en su diario. Cuando terminé, se quedó en silencio contemplando sus manos. Pensé que sería uno de esos momentos en los cuales perdía lucidez, que sucedían cada vez más a menudo.

—Bruno —llamó mirándome, y supe que no era así, porque cuando sucedían esos momentos solía llamarme con cualquier nombre. «¿Eres Franco o Francisco?» me preguntaba. La abuela había tenido unos tíos gemelos a los que adoraba, no sabía mucho de ellos, pero cuando le pregunté a mamá sobre esos nombres me mencionó que eran sus tíos gemelos, con los que mi abuela prácticamente se había criado, ya que vivían todos en la misma casa.

—¿Sí, abuela? —Me acerqué a ella.

—Yo quisiera darte algo —me dijo.

—¿Qué es? —le pregunté mientras la tomaba de la mano.

—Atrás del cuadro del árbol amarillo hay una caja fuerte. —Me hizo señas para que me acercara aún más para hablarme al oído—. Nadie lo sabe, ni debe saberlo —susurró—. La mandé poner para esconder mi dinero, lo que me dejó tu abuelo —dijo sonriendo—. Si tu madre lo encuentra, seguro me lo quitará.

—¿Por qué dices eso, abuela? —pregunté, no creyendo a mi madre capaz de algo así. ¡Qué iluso era!

—No importa, Bruno... lo que importa es que debes anotar la combinación. Cuando yo me muera, todo lo que hay ahí te pertenecerá a ti —prometió sonriendo—. Anda, trae algo donde anotar, algo que no vayas a perder jamás. —Lo anotaré en el celular, como un número de contacto, y le pondré el nombre de mi abuela, así nadie sospechará, pensé—. Entonces ella me dictó el número: 10021958.

—*Es fácil Bruno, diez de febrero de mil novecientos cincuenta y ocho.*
—*Pareció recordar algo y sonrió, perdiéndose en sus memorias.*

Cuando ella falleció, yo tenía solo quince años. Por mucho tiempo no quise abrir esa caja, no quise saber lo que en ella había, por miedo a que mi madre lo descubriera. Mi abuela me había repetido un sin número de veces que ella no debía enterarse.

Cuando cumplí la mayoría de edad, finalmente abrí la caja. En ella había dinero, mucho dinero ordenado en fajos de cien y atados con elásticos. Era todo lo que mi abuelo le había dejado a su muerte. Ella lo había retirado del banco y lo había guardado en esa caja. Mi madre no tenía idea de lo que ella había hecho con eso y pensaba que mi abuela lo había gastado en tonterías. También había una caja de cartón de color rojo que contenía una llave antigua y un fajo de cartas viejas, muchas, quizás cuarenta o cincuenta, y estaban todas dobladas prolijamente y atadas con un listón rosa. Aparte de eso, había un cuadernillo de cuero —de unas treinta hojas— lleno de escritos y dibujos, y, por último, un anillo de oro blanco con piedras de diferentes colores que yo asumí era el anillo de compromiso que mi abuelo le había regalado.

Nunca revisé las cartas, ni sé qué abría la llave. La caja roja la dejé en esa caja fuerte, lo único que saqué de allí cuando fui mayor de edad fue el dinero. Lo llevé al banco y me abrí una cuenta, ya que tenerlo en la casa me parecía una completa locura.

Nunca utilicé ese dinero, pues mis padres sospecharían que lo tenía. Ellos nos manejaban dándonos tarjetas de crédito, y gracias a ellas podían controlar lo que hacíamos. El anillo lo compré con ese dinero, y también con ese mismo dinero pensaba pagarle la prótesis. Además, aún alcanzaría para poder vivir con Celeste, hasta que encontrara un trabajo en Tarel. No me importaba no ser millonario, si estaba con ella. Podíamos trabajar ambos y salir adelante juntos.

En la madrugada del jueves volví a soñar con el accidente. Una vez más me desperté en medio de la noche con dolores en las extremidades fantasmas y el corazón martillándome en el pecho. Sabía que algo de nuevo cambiaría en mi vida, ese era el aviso. Yo cruzando esa calle corriendo, el auto llevándome por delante y el dolor intenso en las piernas. Me despertaba siempre allí, en ese mismo lugar del sueño.

Miré el reloj, eran casi las tres de la madrugada, y suspiré observando la ventana. Esta vez no había luna, el cielo seguía nublado y pesado, pero la lluvia aún no llegaba. Intenté dormir de nuevo, tratando de no pensar en qué podría ser lo que habría de nuevo en mi vida esa vuelta. La vez anterior había conocido a Bruno... Suspiré de nuevo esperando que fuera algo bueno.

El viernes fui a la plaza a pesar del tiempo y, aunque no llovió, una sorpresa casi tan peligrosa como una tormenta me cayó en la tarde.

—Celeste, querida, ¿cómo estás? —Me giré al identificar la voz de Gloria Santorini a mis espaldas.

—Hola, señora. —Un montón de *flashes* me cegaron al instante.

—He venido a saludarte, estaba de paseo por Tarel y pensé en pasar a verte. ¿Crees que podríamos tomarnos un café? —preguntó mientras seguían sacándonos fotos.

—Sí, claro... —¿Qué otra cosa le podía decir?—. ¿Podría alcanzarme mi silla? —dije señalándole la misma.

Ella asintió y caminó parsimoniosamente hasta el lugar donde reposaba, la trajo hasta mí y la abrió sin dejar de mirar las cámaras con una sonrisa hipócrita. Me ayudó a subir a pesar de que yo no quería que lo hiciera, luego colocó su mano en el manubrio de la misma y posó para las fotos. Ella quería que me vieran con ella y yo la estaba odiando por exponerme así, estaba odiando la idea de que me convirtiera en un conejillo de indias de su campaña política.

—Puedo sola —exclamé para que me soltara.

—Claro que sí —agregó condescendiente poniéndose al lado y al fin saludándome con besos en las mejillas.

Junté mis cuadros y pinceles y llamé a Néstor para que los buscara, mientras Gloria Santorini despachaba a los periodistas diciéndoles que ya tenían suficiente material y que no se olvidaran de mencionar que ella apoyaba a toda la gente con discapacidad.

Fuimos entonces hasta la cafetería y nos sentamos. Decidí permanecer en mi silla a modo de sentirme más segura. Su sonrisa hipócrita aun brillaba en su bello y terso rostro. Gloria Santorini tenía más de cincuenta años, pero aparentaba treinta y cinco. Era una mujer de gran belleza y personalidad imponente.

—Querida —exclamó sonriendo con hipocresía y hablando como si quisiera convencerme de su amabilidad—, he venido hasta aquí para conversar contigo.

—La escucho, señora —respondí educadamente, aunque no sabía qué podría querer de mí.

—Me dijo mi hijo que pintas muy bonito y en la plaza he podido observar algo de tu trabajo. También en los cuadros que tiene Bruno —añadió con un fingido tono conciliador.

—Gracias —murmuré, aún sin saber a dónde iba esa conversación.

—Estaba pensando que quizá te gustaría exponer en Farsut. —Fruncí el ceño confundida. Farsut era la ciudad más importante del país después de Salum, se la conocía como la «ciudad del arte», ya que estaba llena de museos y teatros. Solo los artistas consagrados podían soñar con exponer en un museo en Farsut.

—Eso sería un sueño hermoso, pero creo que disto mucho de ello —contesté sonriendo amablemente.

—No lo creas, tengo muchos contactos. Uno de ellos es Miguel Arrúa, el director del Museo Nacional de Bellas Artes de Farsut... Con una sola llamada telefónica estarías exponiendo allí mañana mismo. ¿Sabes todas las puertas que se te abrirán? Tú entiendes, en la política siempre hacemos favores, Miguel me debe uno y creo que podría cobrárselo ahora. En un mes serías una artista renombrada y tus cuadros valdrían millones, ya no necesitarías pintar en la plaza jamás. —Todo aquello me estaba resultando muy extraño.

—La verdad, se lo agradezco muchísimo, sé que es una oportunidad imperdible, pero me gustaría llegar a los museos por mí misma, por mi talento

—añadí.

—¡Pero niña, no seas ingenua! El talento es lo de menos hoy en día, ¿acaso no has visto la cantidad de artistas que se hacen famosos haciendo tonterías? Lo que vale son los contactos... y a veces la suerte. Este es un golpe de suerte para ti, y no deberías desaprovecharlo. Todo eso, más tu discapacidad, llamarían muchísimo la atención de las personas, te harías famosa en segundos. —Odié que me dijera eso, ser reconocida por mi discapacidad era una de las cosas que más me incordiaba, yo quería ser reconocida por mi talento.

—Lo siento señora Gloria, una vez más se lo agradezco mucho, pero no puedo aceptarlo —negué tratando de seguir mostrándome educada.

—Mira, niñita. —Su tono de voz había cambiado pero su sonrisa permanecía intacta—. No me obligues a ser ruda contigo, quiero darte esto a cambio de que te alejes de mi hijo. Fama, dinero y éxito a cambio de que dejes a Bruno en paz. Puedes tomarlo o desecharlo, pero el final terminará siendo lo mismo. Tú no eres mujer para él, ni siquiera estoy segura de que seas una mujer —añadió despectiva y fría—. Él necesita a alguien de nuestra clase, de nuestro nivel educativo y económico, no una artista callejera. Y por cierto, necesita a una chica que... bueno... tú sabes, tenga un hermoso par de piernas para presumir y pueda caminar a su lado de la mano en las cenas importantes de negocios, alguien que pueda correr tras sus niños... —Nunca nadie en la vida me había lastimado tanto, ni el dolor de mis piernas bajo los fierros de aquel auto se comparaba al dolor que en ese instante estaba sintiendo mi corazón bajo los fierros de Gloria Santorini.

—Señora, yo amo a Bruno... —susurré sin tener palabras para defenderme e intentando contener las lágrimas. No quería mostrarme vulnerable ante ella.

—Vivimos en un mundo donde lo que menos importa es el amor, Celeste. Puede que se amen, pero eso no durará. Un día él se cansará de ti, de tener que estar empujando tu silla o ayudándote a moverte de un sitio al otro. El amor se termina, siempre es así, y los defectos de las personas se ven ampliados cuando eso sucede. Ahora eres para él como una forma de rebelarse ante nosotros, pero cuando se canse te olvidará, y no podrás hacer nada, te quedarás tirada en tu plaza, llorando su desamor. ¿Por qué mejor no tomas lo que te estoy dando ahora que estás a tiempo? Luego será tarde, te arrepentirás —zanjó con seguridad.

—Yo no creo que usted tenga razón. —Las lágrimas apretaban mi garganta—. Creo en el amor, señora, y creo en el amor que Bruno y yo nos

tenemos. A él no le importa mi discapacidad, a él no le importa que yo sea diferente.

—Eres una chiquilla tonta e ingenua. ¿Cuántos chicos se han enamorado de ti? —Hice silencio y ella continuó—. Ninguno, además del estúpido de mi hijo, que nada más te ve como una forma de molestarnos a su padre y a mí. Porque no todos estamos hechos para el amor. O ¿por qué crees que la mayoría de las personas como tú están solas? Ya has jugado bastante a la princesa rescatada por el príncipe, pero Bruno no es ni será tu príncipe. Te doy una semana para decidir si tomas o dejas mi oferta. Cualquiera que sea tu respuesta, deberás decirles a todos los que te pregunten que yo he sido muy amable contigo. También deberás decirle a Bruno que no lo amas y que deseas que se aleje de ti para siempre. Una vez que lo hayas hecho, te daré lo prometido —dijo con tono altanero, pero sin perturbar la tranquilidad de su rostro.

—¿Y si no lo acepto? —pregunté.

—Serás más tonta de lo que imaginé, pero terminarás con Bruno igual, aunque no aceptes lo que te propuse. Y nunca le dirás lo que te he dicho hoy, ni a él, ni a nadie. Sabes que tengo mucho poder, y no te gustaría que tu familia y tú quedaran en la quiebra... —Me miró fijamente, de manera amenazante—. Una semana para saber qué decides y dos semanas para cortar con Bruno. En dos meses hay un baile importante y necesito que Bruno asista con alguien que... pueda bailar. ¿Me has entendido? —Yo no pude articular ninguna palabra—. Ha sido un enorme placer conversar contigo y espero que a todos los de la prensa que se acerquen les hables de lo maravillosa que soy y de lo bien que te he tratado. Yo no tengo ni tendré nada que ver con tu ruptura con Bruno, incluso fingiré sentirme dolida. ¿Entiendes? No tientes al destino, sé inteligente y toma lo que te estoy dando, al menos así te asegurarás un futuro brillante de éxito y dinero garantizado —sonrió con hipocresía.

Luego de aquello, la señora Gloria se levantó de la mesa, distinguida y elegante como llegó. Dejo un billete de cien para pagar la consumición y me besó en la mejilla como si fuéramos grandes amigas antes de irse.

Y ese día la tormenta empezó para mí...

La llegada del temporal aguó literalmente todos los planes. Según las noticias, el paso del huracán Marina duraría un par de días, y las recomendaciones eran no salir de los hogares si no era estrictamente necesario. Las carreteras estaban cortadas y, por ende, mi idea de fin de semana con Celeste conociendo la casa de Arsam había quedado pospuesta.

La tormenta se inició en la madrugada del sábado, y ella tampoco pudo ir. Me apenaba, porque sabía que tenía mucha ilusión de conocer dicha propiedad. Nadie en la familia de Celeste podía explicarse el cómo ni el por qué el abuelo Paco tenía dicha casa prácticamente en secreto.

La noche anterior había intentado hablar con Celeste, pero no logré dar con ella porque traía el celular apagado, y en aquella mañana solo había recibido un mensaje que decía que por el tiempo no podría ir a Arsam. Había intentado llamarla de nuevo, pero por el temporal todas las líneas estaban cortadas o en mal funcionamiento. Su mensaje fue bastante escueto y me pareció que algo le sucedía. No quería ser paranoico, quizá solo se trataba de sus enormes ansias frustradas de ir a conocer la casa.

A partir de la siguiente semana, debía buscarla para llevarla a la clínica. Debía ir cuatro veces para poder hacerse los estudios e iniciar la preparación de la prótesis, posteriormente vendría para hacer la fisioterapia de entrenamiento. Quedamos en que la buscaría el martes y el jueves temprano, iríamos a la clínica y luego de terminar la llevaría de nuevo. Había pedido un permiso en el trabajo por esos cuatro días, luego enviaría al chofer por ella. Yo la acompañaría a la clínica, pero ir a buscarla se me dificultaba porque perdía muchas horas laborales.

De todas formas, había visto que una línea aérea nacional estaba ofreciendo vueltos internos, lo que me parecía interesante, porque quizás ella podría venir en ellos y yo esperarla en el aeropuerto. Nos ahorraríamos muchísimas horas de viaje e incluso podríamos pasar una o dos horas juntos

cada vez que volara hacia aquí. Eso me hacía mucha ilusión, así que debía recordarme de llamar a la aerolínea a preguntar por los precios.

Y sobre el tema de los vuelos, se me había ocurrido una genial idea para lo del matrimonio. Hacía mucho que no hacía vuelos en parapente, y tenía entendido que en la ciudad de Arsam se podían hacer. Me surgió la idea de llevarla a volar un fin de semana, quedarnos en la casa de Arsam —si es que estaba habitable— o en algún hotel, y proponérselo. Pensaba en el siguiente fin de semana, creía que sería genial. Ella traía esa frase de Frida Kahlo tatuada en la piel «Pies para que los quiero, si tengo alas para volar», y me parecía adecuado una experiencia como esa. Trabajaría la idea toda la semana.

Mi madre llegó de Tarel esa madrugada, aquella mañana en el desayuno me había dicho que había visto a Celeste y que la había invitado a tomar un café. Casi me atraganté con las tostadas cuando me lo comentó, pero ella lo mencionó como lo más normal del mundo. Luego me contó que les sacaron muchas fotos y que seguro aparecerían en los diarios de esos días. Entonces entendí que mi madre estaba usando esta historia para su beneficio. Obviamente, hacerse la buena con Celeste y demostrar que ella era una persona que no discriminaba le traería miles de votos y una imagen de mujer con corazón, cosa que en realidad no era. Pensé que quizás era por eso que Celeste me pareció cortante en su mensaje, pero no quise apresurarme a sacar conclusiones, mejor intentaba volver a contactar con ella y preguntárselo.

Ignoré a mamá mientras contaba aquello. Mi padre, por su parte, nos recordó una vez más en la mesa que en dos meses sería el baile anual de la empresa, una fiesta que se venía haciendo desde hacía muchísimos años y a donde se suponía que iban todos los empleados de la empresa. Se hacían entregas de premios reconociendo a los más trabajadores y sorteos de automóviles. También iban muchos invitados de otras empresas que trabajan con mi padre, proveedores y demás, y como mi madre estaba en todo el tema político, también invitaban al intendente de Salum y de las ciudades importantes del país, así como a otros políticos. En síntesis, era una fiesta donde mi padre y mi madre ostentaban sus riquezas y se codeaban con gente a la que después podían manipular o utilizar.

—Yo no quiero ir —me encogí de hombros.

—Sabes que es una tradición —dijo mi padre—. Además, tienes que ir con una chica.

—No pienso llevar a Celeste, no creo que se sienta cómoda —añadí pensando que a ella no le gustaría la idea.

—Es lo que digo —agregó mamá asintiendo—. ¿Cómo podría bailar ella? Y luego tú dices que puedes tener una vida normal a su lado —negó suspirando.

—Mamá, no me interesan estas fiestas, ni las reuniones, ni que Celeste baile —esbocé negando con la cabeza y tratando de calmar mi respiración—. No la dejaría porque no puede ir a bailar, eso es ridículo.

—Bueno, pero si no la llevas a ella debes ir con otra chica —añadió mi padre—. Sabes que los Santorini abrimos la pista de baile.

—Estoy tan cansado de todas sus tonterías —suspiré—. No voy a ir, no voy a exponer a mi novia a una situación tan incómoda —zanjé.

—Puedes explicarle que debes ir con alguien que pueda bailar, le dices que no se moleste e invitas a Anabella —habló mi madre con tono cínico y desenfadado—. Después de todo, Celeste debe comprender que ella no puede darte lo que mereces, no creo que se moleste por eso. Cada uno debe asumir el lugar que ocupa en esta vida —agregó llevándose un poco de café a la boca.

—No entiendo por qué eres así, mamá —añadí frustrado y sin ganas ya de discutir con ella, ni siquiera tenía sentido que lo hiciera.

—¿Qué he dicho? —preguntó con tono inocente.

—Mira, mejor me voy a mi cuarto. Estaré allí el resto del día, ya que la naturaleza ha decidido encerrarme en esta mazmorra.

Me levanté y me dirigí a mi habitación. Junté algunas piezas desparramadas y terminé de hacer una pequeña escultura en la cual estaba trabajando. Luego de eso me dispuse a leer un poco del diario de la abuela. En días como esos sentía mucho su ausencia, ella me hubiera entendido y apoyado con Celeste, estoy seguro de ello.

He estado pensando sobre cómo habrían sido nuestras vidas si las cosas hubieran salido de forma distinta. ¿Por qué será que la gente no puede aceptar el amor? ¿Por qué dejamos que las reglas y protocolos de una sociedad hipócrita terminen con lo que teníamos? En el momento en que te suceden las cosas malas, parecen inmensas, avasalladoras, pero cuando el tiempo pasa y te encuentras sola, solo recuerdas lo bueno de lo que fue y lo que pudo haber sido. ¿Crees que si hubiéramos luchado lo hubiéramos podido lograr? ¿Qué habría sido de nosotros?...

No hay noche que no me acueste pensando en eso, inventando un mundo paralelo donde las cosas salieron de forma diferente, donde en vez de dejarme manejar por la tiranía de mis padres y sus tontas

tradiciones, me dejé guiar por mi corazón. Lo siento tanto... Y más aún siento que Gloria no haya sacado nada de mí. Es un completo robot, guiado por su mente estricta, encasillada en normas, reglas y protocolos. Y Dios los cría y ellos se juntan, dice el refrán. Encontró a Roger, un hombre a quien solo le interesa el poder y el dinero. Sin embargo, ellos están juntos, nadie les ha impedido amarse, y aunque no sé si se aman o se utilizan mutuamente, crían a sus tres hijos en esa estructura triste, mis nietos ni siquiera salen a jugar, están rodeados de empleados e institutrices.

Me siento culpable... Cada noche me pregunto: ¿acaso he criado así a mi hija? ¿No he podido cambiar algo en ella, pintarle un poco el corazón de colores? Voy a irme de este mundo sin haber dejado ninguna huella, y eso duele...

Me sentía mal por mi abuela, entendía a la perfección sus palabras, la comprendía y la imaginaba encerrada en este castillo gris, sin emociones ni colores en el que fui criado. Me apenaba que se hubiera sentido así, que hubiera muerto creyendo que no había dejado huellas, que se sintiera culpable por la forma de ser de mi madre. Pero no era así, ella había dejado sus huellas en mí, vivía en mi corazón y siempre la recordaría con mucho cariño, sobre todo últimamente. Ella fue la primera en pintar colores en mi vida, y ahora era Celeste, quien continuaba en mí la obra que inició mi abuela.

26

Después de la tormenta • Celeste •

Esto de que se habían cortado las comunicaciones me venía a la perfección, no me gustaba la idea de tener que conversar con Bruno en ese momento, me sentía mal y triste. Las palabras de su madre retumbaban sin piedad en mi cabeza una y otra vez. No lograba mantenerme fuerte, no lograba encontrar una salida y el miedo a perderlo para siempre caía impasible sobre mí.

Me había pasado el fin de semana encerrada, en parte porque no se podía salir —por el temporal—, en parte porque era lo que necesitaba, estar sola y pensar. No quería alejarme de Bruno, pero no podía evitar pensar que lo que su madre decía era cierto: él necesitaba una mujer que pudiera acompañarlo a un simple baile, que pudiera caminar a su lado.

¿Cómo terminaba con él? ¿Cómo lo hacía sin romperle el corazón y romper también el mío? Era la única persona que me había visto tal cual era y así me había amado. Y si no lo hacía, su madre se encargaría de hacernos la vida imposible, tenía todo el poder para hacerlo... De repente, todo aquello que había parecido tan posible y real se tornaba difuso, inalcanzable y lejano. Como si despertara de un sueño, de un hermoso sueño.

Me había dado dos semanas. ¿Y si decidía disfrutarlas? Tenía que ir esa semana para las pruebas con las prótesis, lo vería dos veces. No quería que se acabara, no quería hacerlo... ni tampoco sabía cómo hacerlo.

Lloré, lloré mucho, pero las lágrimas no parecían acabarse jamás. La impotencia es uno de los sentimientos más dolorosos, justamente porque se pierde el control y no se puede hacer nada para combatirla. Y duele hasta los huesos. Decidí que continuaría hasta donde pudiera, alargando esta agonía lo más posible, porque simplemente no podía terminar con él, no podía hacerlo.

Los días pasaron y mi estado de ánimo podía verse reflejado en la ciudad: los árboles habían perdido sus hojas, incluso muchos habían caído, el cielo estaba gris y en la ciudad se contaban los destrozos. El lunes no pude pintar

en la plaza, hubo demasiada destrucción y la municipalidad prohibió la entrada a la misma, porque muchos hombres estaban trabajando allí. Decidí quedarme en casa y pintar un poco, pero los colores tampoco parecían querer fijarse al lienzo, todo lo que pintaba era gris y triste, lluvia y soledad. Tenía miedo, miedo que la soledad envolviera mi vida de nuevo. Antes me había acostumbrado a ella, pensé que sería mi compañera infinita porque esa era mi realidad, porque no tenía otra salida, pero luego llegó Bruno y me demostró que las cosas podían ser diferentes incluso para mí, y no quería perderlo. Pero tampoco quería ser egoísta, no quería atarlo a algo que no merecía, no quería limitarlo. Se suponía que el amor te hacía libre.

Al fin pudimos conversar, quedamos en vernos aquel día, martes. Él me pasaría a buscar para ir a la clínica. Recibí un mensaje que decía que estaba cerca, me terminé de preparar y salí. Debía mostrarme normal, no quería que sospechara nada.

—Hola, mi amor —saludó cuando bajó para ayudarme a subir al auto. Me aferré a su abrazo y suspiré.

—Hola... Te extrañé. —Él sonrió y besó mi mejilla.

—También yo. ¿Estás bien? —Me impresionaba lo bien que me conocía en tan poco tiempo.

—Sí, solo un poco sensible... Supongo que estarían llegando mis días —me excusé para no dar más explicaciones.

—Entonces habrá que mimarte el doble. —Sonrió y besó la punta de mi nariz.

Colocó la silla en el maletero y se sentó a mi lado.

—Ha sido complicado llegar, tuve que tomar algunos caminos alternativos, han caído demasiados árboles —me contó mientras arrancaba el vehículo.

—Sí, lo he visto en las noticias —respondí.

Durante el camino no hablamos de mucho. Él me comentó sobre su trabajo y sus clases, yo le expliqué con lujo de detalles lo del testamento y la casa perdida.

—¿Qué te parece si vamos este sábado? —me preguntó de repente.

—Creo que Diana me dijo que este fin de semana debía trabajar. Ya sabes, hace horarios rotativos —respondí encogiéndome de hombros.

—Vamos juntos —ofreció colocando una mano en mi muslo—. Solos, tú y yo. —Sonreí—. Puedes decirle a Diana que nos alcance el domingo, si desea.

—Me parece bien. —La idea de un último fin de semana solos me agradaba—. No sé en qué condiciones está la casa, aunque el tío Beto me aseguró haberla cuidado.

—¿Entonces el tío Alberto era el mejor amigo de tu abuelo y se ha encargado de esa casa todos estos años? —quiso saber.

—Así es. ¿Extraño, no? —inquirí, y él asintió—. Me preguntó por qué mi abuelo no nos contó nunca de ella.

—Sí, yo también... ¿Crees que encontraremos pistas en la casa? —añadió sonriendo entusiasmado.

—Podría ser —me encogí de hombros—. Pero la idea de estar en un sitio que era de él me emociona mucho.

Llegamos a Salum y fuimos directo a la clínica. Cuando me llegó el turno, me hicieron algunas pruebas físicas. Se trataba de ejercicios para medir la tonicidad y fuerza de mis brazos y mi capacidad para moverme sola, sin ayuda. Me debía levantar de una silla y volver a sentarme, debía caminar por una barra de metal atajada e impulsada solo por mis brazos. Como siempre fue así para mí, no había demasiados inconvenientes y el Doctor se puso contento con mis resultados. Me probé un par de prótesis e intenté caminar con ayuda. No era sencillo, no era como si las piernas respondieran, era como mover algo inerte... No era así como recordaba la idea de caminar. Una de ellas me hizo doler los muslos, así que buscamos la otra, y haciendo algunos ajustes en las medidas y la computadora, me mostraron una imagen tridimensional de cómo quedarían mis prótesis. Bruno quería que la pintaran de colores, yo sonreí.

Me emocioné ante la idea de sentirme a la altura de los demás, de poder mirar a la gente a los ojos sin levantar la cabeza. Sonreí y Bruno me abrazó.

Salimos de allí contentos, ilusionados. Por un minuto olvidé la idea de separarnos y me imaginé que la próxima vez podría incluso salir de su mano, caminando. Fuimos a almorzar sin retrasarnos demasiado, pronto debíamos volver. El camino era largo y las calles aún estaban demasiado feas y desoladas.

—Estaba pensando que la próxima semana podrías venir en avión, los vuelos de AirSalum están saliendo bien y llegarías en muy poco tiempo. Yo podría esperarte en el aeropuerto y tendríamos más tiempo para compartir —sugirió.

—¿Lo crees? Me da un poco de miedo volar sola —añadí insegura, aunque la idea de ganar tiempo para estar juntos me agradaba.

—Cuando te des cuenta, ya estarás llegando.

—Lo pensaré —acepté sonriendo.

Almorzamos en un restaurante del centro de la ciudad y luego nos dispusimos a regresar. En el camino de retorno planeamos el fin de semana, las cosas que llevaríamos o lo que haríamos. Bruno me dijo que tenía una sorpresa para mí.

Llegamos a casa y bajamos, él me preguntó si podía quedarse un rato conmigo y por supuesto acepté. Entramos en casa y apenas cerré la puerta él se abalanzó sobre mí. Riendo me abracé a sus hombros y dejé que me levantara en sus brazos. Abrazada a él, me guio hasta la habitación entre besos y caricias. Me recostó por la pared y empezó a acariciar mi estómago con ansias, buscando llegar más lejos.

—Estar todo el día contigo sin poder hacerte esto se me estaba haciendo complicado —murmuró mientras acariciaba mis pechos con lujuria y apretaba su cuerpo al mío. Yo aproveché para introducir mis manos bajo su remera y besar su cuello con hambre.

Luego me llevó hasta la cama donde terminamos de desvestirnos de forma apresurada, sedientos de más, impacientes. Así éramos nosotros, a veces suaves, a veces intensos. Me volvió a levantar en sus brazos, ahora estábamos desnudos ambos, caminó por la habitación conmigo enredada a su cuello y volvió a ponerme contra la pared. Nunca lo habíamos hecho de esa forma, pero se sentía salvaje, primitivo... y me encantaba.

Nos dejamos llevar por el momento, nos dejamos avasallar por la pasión, enredando nuestras manos, nuestros cuerpos, convirtiéndonos en uno solo, uno donde no se veía el límite que lo separaba a él de mí.

Rendida, en la calma posterior al éxtasis, me recosté en su hombro y respiré agitada. Lo olí, lo besé, acaricié su espalda con suavidad. Me llevó a la cama y me recostó en ella, se acostó a mi lado boca abajo y cerró los ojos. Yo acaricié de nuevo su espalda, moví mis dedos como si fueran un pincel, pinté mi nombre en su piel. Imaginé que lo llenaba de colores, que le dejaba mi marca tatuada en su alma. Enredé mis dedos en sus rizos y sentí la textura y suavidad de su pelo. Lo amaba... amaba todo de él y sentía que era un amor tan inmenso que nunca podría terminar. Me preguntaba si eso existía, si acaso era real o era solo un momento de extrema felicidad.

—¿Crees que pueda dormir un rato antes de regresar? No quiero manejar con sueño... —murmuró entre la almohada.

—Duerme, yo te despertaré en un rato —prometí.

Su respiración se fue relajando y pronto se encontró perdido en algún sueño. Mientras me deleitaba observándolo me pregunté si soñaría conmigo,

si acaso en sus sueños yo podía caminar, correr a su lado por las playas de Tarel. Suspiré. Mis dedos recorrían sus brazos, no estaban demasiado trabajados pero se sentían fuertes. Yo amaba esos brazos que me cargaban y me abrazaban con tanto cariño, que me cuidaban y me protegían. Besé sus manos, sus dedos, aquellos con los que acariciaba mi cuerpo entero.

También tenía sueño y deseaba dormir a su lado. Pero si lo hacía me perdería la visión tan hermosa de verlo acostado en mi cama, desnudo, con sus rizos enmarañados durmiendo en paz.

Traje mis lápices y un blog de dibujo, tracé su figura con lápiz de grafito y lo fui sombreando de a poco para darle realidad a mi trabajo. Quería guardarlo para mí y observarlo en esas noches en que mi cama estuviera vacía y lo extrañara.

Luego me vestí y fui a la cocina a prepararle algo de comer. Cuando despertara seguro tendría hambre, y debía manejar unas horas aún. Puse todo en un recipiente de plástico para que lo pudiera llevar de regreso a Salum y lo metí dentro de una de mis mochilas, junto con algunas frutas, pan y jugo. Dejé la mochila en la puerta y fui de nuevo junto a él.

—Amor... —susurré cerca de sus oídos—. Creo que debes despertarte ya, puedes darte un baño y luego partir... No quiero que se te haga demasiado tarde y luego tengas que manejar toda la madrugada.

Murmuró algo inentendible pero se levantó y me observó confundido.

—Creí que había muerto y había llegado al paraíso. Eres un ángel —susurró con sus ojitos hinchados por el sueño y enrollando un dedo entre mis cabellos. Se veía adorable.

—Ya cállate y levántate, date un baño y luego te vas —ordené.

—Me echas. —Se quejó fingiendo una mueca de tristeza, y yo sonreí.

—Ya, en serio, se te hará tarde —insistí.

—¿Nos bañamos juntos? —preguntó, y sonreí.

—Por supuesto —asentí.

El jueves tuvimos un día parecido al del martes, busqué a Celeste y fuimos a la clínica, hizo pruebas con la prótesis que se le estaba preparando para que realizaran los ajustes requeridos y algunos ejercicios para aprender a usarla. Luego de eso, fuimos almorzar y volvimos a Tarel para después mimarnos y amarnos en su cama. Entonces regresé a Salum, con ganas de que fuera sábado para volver a verla y pedirle por fin que aceptara ser mi esposa. Aquello me generaba algo de ansiedad, temía que Celeste se echara para atrás por miedo a que fuera muy pronto, pero lo iba a intentar de todas formas.

El sábado la busqué temprano. El día estaba más que hermoso y anunciaba buen tiempo para el fin de semana. Llegué a lo de Celeste y ella me pasó la dirección, pusimos el GPS y para nuestra sorpresa la casa quedaba bastante cerca, aparentemente, en las afueras de Arsam, justo en la frontera con Tarel, así que en cuestión de minutos estuvimos ahí.

Una vez que llegamos a la ciudad, fuimos internándonos en una calle empedrada rodeada de eucaliptales, podía olerse el aroma refrescante de dicha planta, lo que hacía que todo resultara aún más mágico. Abrimos las ventanas y dejamos que el viento y la naturaleza nos empaparan con sus aromas. Podía sentir la emoción de Celeste, y eso era contagioso.

—Me agrada este lugar, parece perdido en el tiempo —susurró observando los caminos angostos, la vegetación y las casitas pintorescas.

—Exactamente —sonreí asintiendo.

Llegamos al destino, la zona estaba un poco desierta. Seguimos las indicaciones que nos mencionaron el abogado y el tío Beto y entonces nos detuvimos justo enfrente de la que debería ser la casa que el abuelo de Celeste le había dejado. Bajamos, era una pequeña cabaña de madera, se veía acogedora. El terreno estaba circundado por una cerca de madera que servía de límite con los terrenos de los lados. Enfrente había un árbol que para ese

momento estaba completamente pelado, sin hojas ni flores, como si estuviéramos en pleno otoño.

Bajé la silla y ayudé a Celeste a subir a ella. Me dispuse a empujarla, pues el camino era rocoso y no podría deslizarse con facilidad. Una vez frente a la entrada principal, ella sacó de su bolsa una llave con la que abrimos la cerca, una llave particular y antigua que de alguna manera me resultaba familiar. Luego circulamos por el sendero de piedrecitas blancas hasta la puerta de entrada.

—¡Esta casa no parece abandonada! —exclamó Celeste mirando las flores que crecían al costado del sendero.

—Para nada —asentí—. ¿Tan bien la cuidaba tu tío Alberto?

—Aparentemente —se encogió de hombros—. Cuando volvamos lo visitaré de nuevo, creo que hay muchas cosas que me gustaría preguntarle.

Celeste abrió la puerta y yo la miré.

—Déjame entrar primero —pedí, y ella sonrió asintiendo. Encendí la luz y me adentré. No había nada en esa casa que denotara que estaba abandonada. Era una casita acogedora con olor a madera. En ella había algunos muebles rústicos y viejos y, por lo que pude observar, una habitación, una sala comedor, una cocina pequeña y un baño.

La madera crujió bajo mis pies y Celeste ingresó tras de mí. En silencio recorrimos entusiasmados toda la estancia: un sofá viejo, pero en buen estado, cubierto con una manta de lana con mandalas coloridas adornaba la sala, en el comedor, una mesa de madera rústica y en la habitación, una cama de dos plazas con patas de madera y dos pequeñas mesitas de noche a cada lado.

—¡Me encanta! —exclamó Celeste emocionada—. ¡Se parece tanto a él!, un tipo sencillo, sin dobleces —sonrió emocionada.

—Este lugar podría ser nuestro refugio en el mundo —dije observando todo alrededor mientras me acercaba para tomarla de la mano y besársela.

—Eso también me agrada —respondió ella asintiendo.

Lo que restó del día nos dedicamos a sacar un poco del polvo acumulado sobre algunos muebles. Fuimos a una despensa cercana a comprar víveres para cocinar, almorzamos por ahí una comida típica de la zona y después salimos a pasear por los alrededores. Yo empujaba la silla de Celeste, pues los caminos eran de tierra o empedrados y no era fácil moverla.

—Quiero llevarte a un lugar —propuse al fin observando mi reloj de pulsera.

—¿A dónde? —preguntó. Eran cerca de las dos de la tarde y estábamos volviendo del paseo.

—Ya verás —sonreí—. Ponte algo cómodo, nada de faldas... —agregué.

—No me gusta andar sin faldas —se quejó ella—. Ya sabes, los pantalones marcan mucho, dejan todo mucho más a la vista.

—Vamos, solo por hoy —insistí, aunque sabía que aquello la incomodaba.

—Está bien —aceptó a regañadientes y entramos de nuevo en la casa para que se cambiara.

Luego subimos al auto y encendí de nuevo el GPS. El lugar que me habían mencionado no debía estar lejos y ya estaba todo listo para recibirnos, lo había coordinado con antelación. Apenas nos acercamos al sitio, Celeste se hizo una idea de dónde íbamos: podíamos ver personas volando alrededor.

—No me digas que vas a volar —dijo entonces observando por la ventanilla del vehículo—. ¿Vuelas en parapente? —me preguntó.

—Sí —sonreí—. Era algo que me gustaba muchísimo hacer... Pero no, no voy a volar, vamos a volar —le corregí.

—¿Yo? ¿Estás loco? —exclamó mirándome.

—Eso ya me lo habías dicho —respondí sonriendo, y ella solo negó con la cabeza.

Cuando llegamos, un instructor nos estaba esperando. Yo quería volar con Celeste, pero esta vez no podría hacerlo: ella debía volar en un aparato especial, parecido a una bota en la cual debía introducirse para poder despegar y aterrizar sin problemas, de modo que un instructor volaría con ella, porque yo no tenía conocimiento del manejo de ese aparato. Yo volaría en otro, pero me prometí a mí mismo instruirme en esa clase de vuelo para algún día poder hacerlo juntos.

Entonces, luego de que el instructor le explicara a Celeste acerca de todas las medidas de seguridad y de todo lo que debía hacer, ella se animó y subieron. Yo me preparé para lanzarme también y antes de que lo imagináramos ya estábamos volando.

Me encantaba la sensación de libertad que se sentía allí, mientras estaba en el aire, y no pude evitar relacionarlo con mi vida. Celeste me hacía sentir así, igual de libre.

La aventura duró unos minutos, pero la emoción fue inmensa. Hacía mucho que no me sentía de esa forma y estaba cargado de adrenalina. Volar sobre aquel paisaje verde había resultado genial.

—¿Qué te pareció? —preguntó el instructor a Celeste mientras la ayudaba a salir.

—¡Fue increíble! —exclamó ella sonriendo emocionada y con las mejillas sonrosadas. Sus ojos chispeaban de emoción.

—¿Qué era esa especie de catarata que se veía en la distancia? —pregunté entonces. Fue hermoso admirar todo el paisaje desde arriba.

—Es un salto —añadió el instructor—, es un lugar muy bonito para conocer —agregó—. Si están de turistas, deberían ir.

—¿En serio? ¡Eso sería fantástico! —asintió Celeste mirándome.

—Iremos —le prometí.

Salimos de allí con la adrenalina a flor de piel, subimos al auto y Celeste se puso a gritar. Yo reí al verla tan emocionada.

—¡No lo puedo creer! ¡En realidad volé! —gritaba emocionada, y entonces la abracé.

—Me alegra que te sientas tan bien, eso era lo que quería, darte una experiencia única e inolvidable —dije mirándola con ternura.

—Todas las experiencias a tu lado son únicas e inolvidables, Bruno —añadió ella, y luego tomó mi cara en sus manos y me plantó un beso que yo seguí sin problemas.

Regresamos a la casa y fuimos directamente a la habitación: toda esa emoción y adrenalina necesitaba ser expulsada de nuestros cuerpos. Nos amamos sin miramientos, de todas las formas posibles, sin importar el tiempo, ni el pasado ni el futuro. Éramos solo ella y yo, allí, en aquella habitación rústica, perdidos en nuestra burbuja de amor.

—Quiero que seas mi esposa —le dije entonces cuando luego de la pasión nos acurrucábamos uno en brazos del otro.

—¿Qué? —preguntó confundida buscando mi mirada.

—Quiero que te cases conmigo, Celeste. —Y entonces me levanté para buscar el anillo en el bolsillo de mi bolso. Ella me observaba atenta, se había sentado en la cama y enarcaba las cejas sorprendida. Volví y me arrodillé a los pies de la cama. Estábamos desnudos, sudorosos, acabábamos de amarnos. Tomé su mano en la mía y ella comenzó a llorar—. Por favor, cástate conmigo —insistí mirándola suplicante, pero Celeste no contestó, sus lágrimas caían en cascada por su rostro y yo no sabía qué pensar—. ¿No quieres hacerlo? —pregunté con temor.

—Sí, claro que quiero —esbozó ella entre sollozos—, pero... Bruno... un día te cansarás de mí... Tengo miedo —susurró.

—¿Quién dijo semejante mentira? —pregunté—. ¡Jamás me cansaré! Estamos juntos en esto y en todo, ya no puedo imaginarme una vida sin ti. Vendré a vivir a Tarel y estudiaré a distancia, trabajaré y pagaremos nuestras

cuentas. Yo tengo dinero ahorrado, que me dejó mi abuela... Celeste, por favor, acepta —supliqué.

—¿Y si tus padres se oponen? —preguntó con miedo—. Bueno, es seguro que se opondrán —añadió bajando la mirada.

—No me importan ellos, solo me importas tú —dije levantando su mentón con suavidad entre mis dedos.

Celeste me abrazó y asintió en mi oído con un tímido «sí» que a mí me supo a la gloria misma.

—No sé qué hice para merecerte —añadió mientras le colocaba el anillo en el dedo—. Quizás soy egoísta al aceptar, debería dejar que tú busques a alguien...

—Calla —susurré poniendo un dedo sobre sus labios—. Te amo solo a ti y soy yo quien debo agradecer que me aceptes en tu vida.

—También te amo —dijo, y nos abrazamos volviéndonos a dejar llevar por el amor y la pasión.

Me sentía pleno ahora que sabía que ya nunca más estaríamos separados. Esa noche ella se quedó dormida en mis brazos y yo la contemplé orgulloso, feliz, emocionado. Era hermoso saber que había alguien en el mundo que me completaba de tal forma que ya nada me daba miedo, era bello saber que había encontrado al amor de mi vida y que estaba dispuesto a luchar por ella como fuera, siempre.

Recordé a mi abuela hablando sobre los colores del amor y sobre su teoría de aquella mezcla de colores entre dos personas. Ahora podía entenderlo. Luego de que los colores de Celeste se hubieran mezclado tanto con los míos, yo era un ser nuevo, mucho mejor, más completo y feliz. Celeste era mi chica de los colores y sus colores quedarían ya por siempre impregnados en mi alma.

El domingo nos levantamos tarde y cocinamos juntos. No podía creer que había aceptado casarme con Bruno. Su madre se encargaría de destruirme, lo sabía. Pero no podía decirle que no, no después de ese hermoso día que pasamos, no después de ver el amor con el que me hablaba, no cuando sentía en mi corazón la certeza de que él era el amor de mi vida. No sabía qué hacer, si decirle lo que su madre me dijo o callar y esperar a que se desatara la tormenta. Estaba confundida y atemorizada, pero a la vez me sentía feliz e ilusionada.

Bruno volvería a Salum esa misma tarde, pero yo me quería quedar en la casa de Arsam por un par de días; era como una especie de refugio y necesitaba pensar. Él no estaba convencido de dejarme sola, pero le dije que Diana vendría a pasar esos días conmigo, ya que había pedido vacaciones. No era cierto, era la primera vez que le mentía a Bruno, pero en realidad necesitaba estar sola allí, en el lugar donde antes estuvo mi abuelo, porque quería sentirlo cerca y quería pensar, buscar una salida para este lío en el que me había metido.

—¿Estás segura que Diana va a venir? —preguntó antes de irse.

—Sí, vendrá por la mañana —mentí.

—¿Estás bien quedándote sola? —inquirió inseguro.

—Perfectamente —sonreí—, sabes que puedo cuidarme sola, Bruno.

—Sí, pero esta casa no está lista para tus necesidades. Además, no hay mucha gente cerca. Si sucediera algo...

—No te preocupes —interrumpí—, puedes irte tranquilo. Me acostaré a leer y despertaré en la mañana cuando Diana ya haya llegado.

—Bien —respondió dubitativo—, pero me llamas si pasa cualquier cosa.

—Te llamo —asentí abrazándolo y besándolo en los labios. Él me miró a los ojos, acarició mi cabello y pasó el dorso de su mano por mi mejilla antes de decirme que me amaba y volver a besarme.

—Cúidate, por favor. Recuerda que eres lo más importante en mi vida —
pidió con ansias, y se marchó.

Sé que le costaba dejarme ahí, pero me encantaba saber que lo hacía por mí, que confiaba en mí y me creía capaz de manejarme sola. Amaba eso de él, a su lado nunca me sentía diferente y nada parecía imposible.

Había sido un fin de semana genial y estaba un poco agotada. Decidí hacer lo que le había dicho a Bruno. En la sala había un mueble con unos veinte libros, todos ellos forrados con una tapa de cuero. Me dirigí a ellos a mirar de qué trataban. Recordé a mi abuelo forrar sus propios libros y sus propios cuentos, amaba trabajar el cuero y hacía maravillas con él. Todos sus libros tenían una tapa de cuero crudo cubriendo su lomo, así —aseguraba— los protegía del pasar de los años.

Encontré una historia que mi abuelo solía leerme de niña, era corta y se llamaba *Mi planta de Naranja Lima*. Saqué el libro del estante y lo llevé a la habitación. Antes de acostarme fui a traer algunas frutas y agua para más tarde, me cambié y me acosté disponiéndome a perderme en la lectura de esa historia que me recordaba tanto a mi abuelo y también a mi infancia.

Me quedé leyendo hasta altas horas de la madrugada hasta que finalmente me dormí. Cuando desperté, era cerca del mediodía. Un ruido continuo y casi rítmico me sacó de la cama. ¿Qué sucedía afuera? Me levanté, me aseo, me vestí y subí a mi silla para luego salir. Un hombre mayor junto con un niño de unos doce años se encontraban en la pequeña casa de enfrente cortando leña.

—¡Buenos días! —saludó el hombre, y el niño hizo un gesto con las manos.

—¡Buenos días! —los saludé.

—¿Es la dueña de la casa? —preguntó, y asentí sonriente—. Don Alberto me contó que Don Paco se la dejó a su nieta.

—Sí, ¿conoció a Don Paco? —pregunté mientras manejaba como podía mi silla de ruedas entre las piedritas hasta la verja principal. El hombre se acercó y luego de limpiarse la mano me la pasó a modo de saludo.

—Sí, yo vivo aquí desde siempre. —Señaló el sitio sonriendo—. Conocí a Paco y también a tu abuela —agregó—, pero cuando eran muy jóvenes, ella tenía solo diecisiete años y él como veinticinco. Lo recuerdo porque ella y yo teníamos la misma edad —añadió riéndose—. Solíamos juntarnos aquí los fines de semana cuando venían, comíamos asado bajo la caña fístula, cantábamos y bailábamos. —El anciano pareció abstraerse en sus recuerdos—. Después ya no vinieron más. Paco solía venir a veces, para escribir,

decía... pero no hablaba ni salía. Y ella jamás volvió... No recuerdo su nombre —agregó.

—Vanessa —comenté sonriendo.

—¿Vanessa?... No, no era Vanessa —pensó el anciano frunciendo el ceño. Parecía buscar en sus recuerdos.

—Mi abuela se llamaba Vanessa —me encogí de hombros.

—La novia de Paco se llamaba Lili o algo así... La llamábamos así —dijo asintiendo con seguridad.

—¡Abuelo! —gritó el niño que se había quedado atrás—. ¡Ya terminé! ¿Podemos irnos?

—Bueno, hija, un gusto verte. ¡Eres igualita a Paco! Esos ojos celestes son increíbles, justo como los tenía él —afirmó ya caminando hacia el niño.

Agradecí al anciano y lo miré marchar con su nieto hacia adentro de la casa llevando la leña en un pequeño carrito rústico. Me quedé pensando. Mi abuela y mi abuelo se llevaban solo dos años. Esa chica a la que mencionaba el anciano definitivamente no era mi abuela. Sonreí, no tenía idea de lo que había sido la vida de mi abuelo cuando era joven y me costaba imaginarlo.

Volví a la cabaña y me dispuse a preparar algo para comer. Revisé el celular: tenía un mensaje de Bruno avisándome que ya había llegado y que se acostaría a dormir. También había un mensaje de Diana para preguntarme qué tal la estábamos pasando. Le respondí a Diana que estábamos muy bien y a Bruno que descansara, después de todo, era lunes y él tenía una exposición importante al día siguiente por la mañana. Ya vería cuándo se me antojaba regresar y cómo lo hacía.

Esa casa estaba llena de magia y la sensación de acogimiento que tenía en ella era inexplicable, incluso pensaba que ya había estado allí alguna vez. Intenté recordar si el abuelo, por casualidad, me habría llevado cuando era muy niña, pero no lo logré. De todas formas, amaba el sitio, podía oler a mi abuelo en esa madera, podía imaginármelo sentado en el sofá leyendo o escribiendo sus cuentos en la mesa.

Me senté a comer. Desde donde estaba podía mirar el jardín por la ventana. De vuelta tuve la sensación de haber estado allí alguna vez, tuve la extraña certeza de conocerlo. El árbol del frente tenía un tallo muy particular, no era demasiado ancho, pero era alto. Estaba sin hojas ni flores ahora, pero no estaba muerto. Algo en él me llamó mucho la atención. El hombre había dicho que el árbol se llamaba caña fístula, y yo nunca había escuchado ese nombre. Busqué mi teléfono y traté de conectarlo a internet, la conexión era lenta y se iba de a ratos, aparte no me quedaba casi batería. Busqué en Google

y leí el resultado: «Caña fístula: árbol nacional de Tailandia, en algunos lugares se lo conoce como Caña fístula, en otros países lo llaman Lluvia de oro».

Entonces todo encajó y supe perfectamente dónde había visto esta casa, dónde había visto esta imagen, con la única diferencia que en el frente había un árbol florecido, un árbol de Lluvia de oro y al costado una cascada. Quizá la que habíamos visto desde el cielo con Bruno.

Ansiosa, salí de nuevo a mirar desde el frente; tenía muy dentro de mí la sensación de que estaba por descubrir algo. Me acerqué al árbol y toqué su tronco. Una inscripción antigua hecha con alguna especie de cortapluma se veía hacia uno de sus lados: «Juntos por siempre, FyV». Me sentí aún más confundida: a mi abuelo le decían Paco, pero su nombre era Francisco, y mi abuela era Vanesa, pero... Entonces recordé aquel pincel que le había dado a Bruno, también tenía esas iniciales, ¿o eran otras? Mi corazón empezó a latir con fuerza.

Entré en la casa con la idea de llamarle y preguntarle, pero mi celular ya estaba muerto. Pensé en buscar algo, algo en esa casa debía de darme respuestas. Tenía la sensación de que mi abuelo quería decirme algo. Me acerqué al librero, era el único lugar donde aún había cosas de él. Observé los títulos de los libros grabados sobre el cuero crudo, abrí y hojeé algunos. No había nada, solo libros, salvo en el último, el que estaba abajo, al lado de las enciclopedias.

Era un libro enorme, de unos treinta centímetros de alto y diez de ancho, grande como esas biblias antiguas de las iglesias. La noche anterior pensé que era eso, pero en ese momento, con la luz del día, una inscripción se leía en el lomo: «La chica del pincel mágico».

Tomé el libro pensando que sería pesado, pero, por el contrario, era por demás liviano. Lo puse sobre mi regazo y lo llevé a la habitación. Mi corazón latía de ansias por lo que, intuía, estaba a punto de descubrir.

Lo coloqué en la cama para hojearlo mejor, pero al abrirlo me di cuenta de que estaba hueco, ahí no había hojas, al menos no de un libro...

Cuando llegué estaba demasiado cansado, manejar de regreso a la ciudad en domingo por la noche era muy estresante, el tráfico de la gente regresando era agotador. Además, antes de volver pasé por Tarel y busqué las cosas que mi abuela tenía en la caja fuerte, me había dado por revisarlas. No me detuve demasiado, solo abrí la caja, lo metí todo en una bolsa, la guardé en el auto y volví a Salum.

Al llegar, me di una ducha y me arrojé a la cama. Desperté temprano, pues tenía una exposición importante en el Museo donde trabajaba. Los días en los que había exposiciones eran ajetreados, y yo había tenido un fin de semana agotador, así que estuve todo el día tomando café para seguir en pie.

Pasado el mediodía, cuando en medio de un descanso quise llamar a Celeste, su celular me dio apagado. Lamenté no tener el de Diana, debía recordar pedírselo. Volví al trabajo sin saber de ella y a la tarde, cuando regresé a casa, era yo quien se había quedado sin batería. Decidí ponerlo a cargar y darme un baño para luego intentar llamarla. Quería saber si regresaba esa noche o en la mañana a Tarel y cómo lo haría, ya que Diana no tenía vehículo.

Mientras me estaba bañando, una idea brillante se me ocurrió para terminar la escultura en la que llevaba días trabajando. Amaba esos instantes en los que la inspiración me fluía así. Salí de la ducha, me vestí y fui directo al escritorio que estaba en la biblioteca. La semana pasada había estado trabajando allí y, por tanto, mis cosas estaban en ese lugar, un escritorio ancho de madera vieja y lustrada que hacía años había hecho mío.

Me senté en la silla dispuesto a trabajar; cuando la inspiración llega todo lo demás pasa a segundo plano. Hasta que levanté la vista y la fijé en algo que siempre había estado allí, pero que nunca había llamado mi atención de aquella forma: en el escritorio, debajo del vidrio, había algo parecido a una réplica pequeña —parecía más bien una foto antigua o quizás una postal—

del cuadro de la cabaña que estaba en Tarel, el cuadro que guardaba la caja con los secretos de mi abuela.

Al verlo, quedé absolutamente confundido. Siempre había observado ese cuadro, incluso la noche anterior, cuando retiré las cosas de la caja fuerte y luego lo volví a colgar. Pero fue en ese momento que me percaté de lo que estaba sucediendo. ¿Cómo es que no lo vi antes? Esa era la imagen de la cabaña de Arsam, estaba completamente seguro, era igualita.

Conmocionado acerqué mi cara al vidrio para mirar de cerca la postal, ya un tanto decolorada por el tiempo. Una vez asumí que mi abuela había copiado ese cuadro de aquella foto y nunca más le presté importancia, era algo común en los pintores.

La madera, la cerca, el caminero... todo era igual, incluso el árbol en la entrada, solo que ahora no estaba florecido. Hacia atrás podía verse una cascada que, en realidad, no era una cascada: «Es un salto», recordé entonces la explicación del instructor de vuelos en parapente.

¡No me lo podía creer! Desde la casa no podía verse el salto, pero mi abuela, por algún motivo, lo pintó. Me acerco aún más. ¿Mi abuela estuvo en esa casa? Pero, ¿por qué?

Entonces, como si las respuestas se unieran como parte de un puzle y necesitaran salir escupidas de mi propia mente, recordé el pincel que Celeste me había regalado el día que nos separamos por primera vez, en Tarel.

Corrí a mi habitación a buscarlo, lo tenía guardado en mi mesa de noche y debía confirmar mis sospechas. En el camino me tropecé con Nahiara, que inoportunamente me detuvo.

—¡Dios! ¿Qué sucede? —preguntó, pero la ignoré. Entré a la habitación y cerré la puerta. Revisé el pincel y observé las inscripciones antiguas. Como me había percatado antes, las letras estaban gastadas, de una solo quedaba un trazo en diagonal, y en la otra podía observarse una T... o una F... Raspé el pincel con los dedos buscando sacarle los restos de pintura adheridas a las vetas de la inscripción. Era una F...

Recordé lo que me dijo Celeste cuando me lo dio: «Quería darte esto, era de mi abuelo. Tiene mucho valor sentimental para mí, nunca me contó su verdadero origen, solo me dijo que era un pincel mágico, que guardaba en sus cerdas todos los colores del amor. Quería dártelo porque tú guardas para mí todos los colores del amor».

«Paco» era el diminutivo de Francisco, por tanto, la F debía ser de ese nombre. Entonces otro recuerdo cayó en mi memoria.

—Francisco, ven aquí —llamó mirándome aquella noche la abuela, yo solo me acerqué suponiendo que estaba en sus momentos de confusión.

—¿Sí? —respondí sonriente.

—Hace mucho que no te veo, cariño —susurró acariciando mi cabello—. ¿Sabes cuánto amo estos rizos? ¿Lo sabes?... —Yo solo sonreí—. ¿Y nuestro hijo, Francisco? ¿Dónde está?

El corazón ahora se me quería salir del pecho, esa fue la primera vez que me llamó Francisco, luego lo volvió a hacer muchas veces más, pero cuando yo se lo pregunté a mamá, ella dijo que se trataba de alguno de los primos gemelos de la tía, Franco y Francisco.

«¿Nuestro hijo?» La sangre comenzó a helarse y volverse espesa dentro de mí mientras un mundo de confusión atormentaba mi alma. Fui de nuevo a la biblioteca y me senté agitado. Tomé mi cabeza entre mis manos en busca de una posible respuesta ante mis dudas. Quería llamar a Celeste, pero antes necesitaba entender lo que estaba sucediendo. Recordé otra escena con la abuela que me dejó aun peor.

—¡Niño! —Me llamó esa vez, y yo me acerqué—. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo, abuela —respondí sonriéndole.

—¿Por qué me dices abuela?... Soy tu madre, pequeño —sonrió, y me tomó de la mano—. ¡Eres igualito a tu padre!, ¿sabes?... Esos rizos, yo los amaba, enredaba mis dedos en ellos una y otra vez... y tú los tienes, los has heredado... ¿Dónde está tu padre, pequeño? ¿Dónde está Francisco?

Me dejé caer en el sofá que estaba en la biblioteca. Todos los recuerdos se empezaban a pelear en mi cerebro y yo luchaba por encontrarles una explicación. Cuando eso sucedió yo tenía unos trece años, llamé a mamá y se lo conté, pero no me dio importancia. Me dijo que la mente de la gente con Alzheimer inventaba cosas o recuerdos, que ellos podían confundir a personas de su pasado con gente de su presente.

—¿Pero la abuela tuvo un hijo? —le pregunté yo, y ella me miró como si hubiese dicho la estupidez más grande.

—¿Eres tonto, Bruno?, yo soy su única hija —afirmó—. ¿Por qué no te olvidas de ella y sus tonterías? Ya te dije que su mente ya no sirve.

Luego de ese episodio esperé que mi abuela tuviera algún momento de lucidez para preguntarle por qué me había dicho eso, si acaso ella había tenido un hijo. Pero cuando se lo pregunté, su mirada quedó tan perdida en el

vacío y tan llena de dolor, y además hizo un silencio de tantos minutos, que decidí que no era necesario que me respondiera, y cambié de tema.

Entonces recordé aquellas cosas que mi abuela guardaba en la caja roja y que yo había buscado la noche anterior. Me dije que aquello parecía una casualidad enorme, pero entonces la voz de mi abuela se coló clara en mi mente: «No existen las casualidades, Bruno. Todo sucede por algo». Ella siempre decía aquello.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me levanté para ir al garaje a buscar la caja que había quedado en el auto. Un sonido alertó mis sentidos y escondí la bolsa detrás de mí, entre una campera.

—¿Bruno? ¿Qué haces? —Era mi madre llegando.

—Estoy haciendo una escultura y me faltaron materiales que dejé en el auto —mentí tratando de no sonar nervioso.

—¿Cómo está Celeste? —preguntó fingiendo interés.

—Bien... ¿Desde cuándo te interesa? —inquirí cerrando la portezuela y tratando de escapar de ella.

—¿Todo marcha bien entre ustedes? —cuestionó ignorando mi comentario.

—Sí, todo está genial. Le he pedido que sea mi esposa —zanjé ya cerca de la puerta de entrada de la casa.

—¿Qué? —Mi madre casi tira lo que sea que traía en sus manos.

—Así es mamá, voy a independizarme, me casaré con ella y viviremos juntos en Tarel —dije, y me metí en la casa.

—¡Eso si yo lo permito! —exclamó ofuscada siguiéndome.

Me dieron ganas de gritarle un millón de cosas más, pero lo que estaba en mi cabeza me preocupaba aún más. Si mis sospechas eran ciertas, y mi abuela había tenido algo con el abuelo de Celeste, ella pudo haber quedado embarazada de él. Y si mi madre era esa hija, yo vendría a ser... ¿el primo hermano de Celeste?

De solo pensarlo la sangre se me congeló. Respiré agitado y decidí abrir la caja roja, buscar en esos recuerdos la respuesta a mi pregunta...

Buscar en esos recuerdos mi destino.

Lo que encontré en esa caja que simulaba ser un libro eran cartas. Muchas, y estaban ordenadas en dos bloques casi iguales. Tenían número, así que busqué la que tenía el número uno y me dispuse a leerla.

Salum, 20 de diciembre de 1958

Querido Francisco:

Estas serán las peores fiestas de mi vida, estoy viviendo el peor infierno que puedas imaginar... Por un lado, el hecho de no estar contigo duele de una forma tan intensa, que creo que un día, y sin previo aviso, comenzaré a sangrar. Te extraño con locura. Hoy hace un mes que nos separaron, necesito tus besos, tus abrazos, tus caricias...

Mis padres han entendido que no voy a abortar, ni tampoco daré al niño en adopción, no puedo matar algo que hemos creado con tanto amor... Mi padre me ha dado una bofetada, dice que soy una cualquiera, que ahora no podrá conseguirme esposo porque ya estoy manchada, mancillada. Mi madre solo llora, todo el día llora. Aun así han conseguido a alguien, me lo dijeron ayer. Es el hijo mayor de los Tomé, los dueños de una empresa naviera. Ni siquiera sé su nombre, pero mi padre me dijo que sus negocios han salido de control. El joven se metió en cosas turbias y a causa de eso el padre está por perder su riqueza...

Mis padres le han ofrecido ayuda a cambio de que el chico me despose. Él no tiene opción, ha llevado el negocio al punto casi de quiebra y sus padres lo obligan a hacerlo para salvar la empresa... Yo sí que no tengo opción, no puedo escapar, estoy encerrada en la habitación, no me dejan salir. No quieren que nadie se entere del embarazo. Nos obligarán a casarnos el mes que viene y luego dirán

que el bebé es de él. Asumiremos frente a la gente que éramos novios antes de casarnos y que lo hacemos para no tener un hijo bastardo. Tomé deberá darle su apellido a mi hijo, a nuestro hijo, Francisco.

Perdóname, mi amor, no sé cómo hacer para evitar todo esto... He sido una cobarde al no animarme a escapar contigo. Hoy quizás estaríamos juntos en alguna plaza, sin techo ni comida, pero juntos, amándonos y preparándonos para recibir a nuestro bebé. Perdóname, Francisco, no sé qué hacer... Enviaré esta carta por Beto, él se ha hecho pasar por un jardinero de la casa y me ha traído la tuya.

No quiero despedirme, quiero pensar que un día seremos felices, mi amor, pero tal parece que no será en esta vida. Beto me dijo que intentará venir de vez en cuando, que intentará seguir siendo nuestro cartero. Le doy un pincel para que te entregue, es aquel con el que pinté tus ojos y tus labios cuando me pediste que pintara tu vida con mi magia, antes de que nos besáramos por primera vez... Intenté grabarle nuestras iniciales para que me recuerdes siempre, para que lo tomes en tus manos cuando necesites estar cerca de mí. Siempre seré tu chica del pincel mágico, Francisco. Siempre te amaré.

*Tuya por siempre,
Viv. O*

La firma fue la confirmación de lo que yo ya intuía: Viviana Oliveira había sido la novia de mi abuelo Paco. Era de ella que habló el vecino recordando a una tal Lili, que en realidad era Vivi. Por eso la casa de Arsam estaba pintada en un cuadro en el centro de la Biblioteca de la familia Santorini en Tarel.

Pero lo que acababa de leer era mucho más de lo que podía imaginar. Viviana se casó con el abuelo de Bruno estando embarazada de mi abuelo. ¿Acaso su madre era esa hija? ¿Acaso su madre era mi tía?

Lágrimas de fuego comenzaron a caer de mi rostro ante el descubrimiento y lo que ello podía significar. No tenía idea de la fecha en que había nacido la mamá de Bruno, pero bien podría haber sido en el cincuenta y nueve, eso le daría hoy cincuenta y seis o cincuenta y siete años. Era imposible deducir su edad por sus facciones, pero algo seguro era que tenía más de cincuenta.

«No puedo ser la prima hermana de Bruno, no, no... por favor, no...»

Observé las otras cartas. Tenía miedo a abrirlas, mucho miedo de saber qué decía en ellas. Me quedé pensando en qué hacer. Quería llamar a Bruno, pero decirle lo que acababa de descubrir por teléfono no era una opción.

Llamé a Diana, le pedí que viniera a buscarme. Necesitaba volver a Tarel y seguir leyendo esas cartas, seguir intentando entender una historia que posiblemente cambiaría mi vida para siempre.

Recordé las cosas que la abuela de Bruno había escrito y entendí que hablaban de mi abuelo, ella lo amó hasta la tumba. Recordé los ojos celestes de mi abuelo y las frases de Viviana en aquel escrito en su diario: «Cuando ese par de ventanas se hayan borrado de mi mente, el cielo se habrá apagado para mí, y no necesitaré seguir existiendo».

Entonces luché con mi mente nerviosa para recordar lo que decía en sus diarios de Bruno. «El parecido contigo me resulta asombroso, pero no me refiero solo a su pelo rebelde o al color de su piel, sino a su carácter, a su alegría, a sus ocurrencias».

¡Oh Dios! Bruno era su nieto, el nieto de mi abuelo —al igual que yo misma—, por eso Viviana le encontraba parecido. Suspiré y sentí el dolor invadiéndome el alma...

Guardé el libro y mis cosas en mi bolsa esperando que Diana llegara para buscarme. Llegó en minutos, asustada y acelerada.

—Por Dios, Celeste, ¿qué paso? Me asustaste con tu llamada —exclamó toda acelerada.

—Necesito ir a casa —dije conteniendo las lágrimas.

—¿Y Bruno? ¿Dónde está? —preguntó, pues ella creía que aún estábamos juntos.

—Él se fue —dije, y ella me miró.

—¿Se pelearon? —preguntó enarcando las cejas.

—No... —susurré. Era peor que eso.

—¿Qué sucede? —inquirió asustada e impaciente.

—Te lo contaré en el camino. —Entonces me ayudó a llevar las cosas al auto de Margarita, quien se lo había prestado para venir.

—¿Celeste? ¿Y ese anillo? —dijo viéndolo cuando le pasé una bolsa.

—Bruno... me pidió casamiento —mencioné con tristeza.

—¿Y no deberías estar feliz? —dijo emitiendo un gritito de emoción.

—No... —No aguanté y me puse a llorar.

—¿Qué sucede? Celeste, me estás asustando... —añadió observándome con temor.

Y entonces le conté todo lo que había descubierto.

Llegamos a casa nerviosas, ansiosas. Tenía en mis manos las cartas, pero el miedo a seguir leyéndolas me invadía. Entonces escuché un mensaje en mi celular.

«Celeste, ¿estás en Tarel ya?... Necesitamos hablar, voy para tu casa».

—¿Bruno? —me preguntó Diana.

—Sí... Dice que viene para acá —entonces le contesté el mensaje.

«Acabo de llegar a Tarel... Te espero».

—Dios... ¿Crees que lo sabe? —preguntó Diana llevándose una mano a la boca en señal de asombro.

—Quizá recordó el cuadro y lo entendió también. —Me encogí de hombros, impotente.

—Amiga... tranquila, todo se va a solucionar —prometió intentando alentarme.

—No veo cómo... —susurré.

—¿Se lo vas a decir? —quiso saber.

—Tengo que hacerlo, Diana. Somos primos... —respondí cerrando los ojos, exteriorizando por primera vez ese pensamiento que partía mi alma.

—Aún no lo sabes —replicó ella negando.

—Está demasiado claro. Toma, léela. —Le pasé la carta número uno.

Respiré tratando de calmar mis pensamientos y abrí con lentitud la caja roja. Me encontré con las cartas y aquel cuaderno con dibujos. Lo observé con cuidado. Nunca lo había abierto, no me había llamado particularmente la atención, había pensado que se trataba de un cuaderno de bosquejos de los trabajos de mi abuela.

Era un cuaderno de varias hojas, estaba hecho a mano, encuadernado con un forro de cuero muy fino. Abrí el pequeño libro y en la primera página con una prolija inscripción en cursiva decía: «La chica del pincel mágico», y más abajo, la firma: «Francisco Ramírez».

Suspiré, todas mis dudas se disiparon... Era él, el abuelo de Celeste, el abuelo Paco, el que en sus ratos libres escribía cuentos para niños. Y eso que tenía en mi mano era un cuento, escrito por él para mi abuela.

Entonces leí el cuento, página por página, con diseños sencillos e infantiles. Contaba de forma inocente y añorada una historia de amor que, suponía, era la de ellos.

Cuando lo terminé, me quedé pensando. Su historia era tan parecida a la mía, ella llenando de colores la vida monótona y monocromática de él. Mi abuela estaba enamorada del abuelo de Celeste, era de él quien hablaba en su diario. Miré las cartas: todas con la misma caligrafía del cuento; sin lugar a dudas, eran de él.

Necesitaba ahondar más en esa historia, necesitaba resolver mis dudas, entender lo que sucedió hacía tantos años atrás y que podría cambiar para siempre mi destino.

Lástima que no podía preguntarle a mi madre sobre el pasado. De hecho, dudaba que supiera algo. Me pregunté qué sería de nosotros en el caso de que fuéramos primos.

Llamé a Celeste, eran cerca de las ocho de la noche y necesitaba hablar con ella, ya no aguantaba todo esto.

—Amor —saludé y suspiré. De repente todo era tan incierto.
—Hola... —Su voz se notaba triste, intranquila.
—¿Sucede algo? —pregunté intuyendo que quizás ella también sabía algo.
—¿Estás viniendo? —cuestionó sin responder mi pregunta.
—Me retrasé por un inconveniente, pero ya salgo para allá. Llegaré tarde, o mejor dicho, temprano en la mañana. ¿Estarás? —quise saber nervioso. Las horas se me hacían eternas.
—He quedado con el tío Beto para ir a su casa mañana temprano —me informó.
—¿Y eso? —pregunté intuyendo la respuesta.
—Necesito averiguar algunas cosas —susurró insegura.
—Celeste... —Quería decirle algo sobre todo esto, pero solo articulé lo que salió de mi corazón—. Sabes que te amo, ¿cierto?
—Lo sé —dijo ella en casi un susurro—, yo también —agregó.
Corté la comunicación y decidí leer una de las cartas antes de partir, la número uno. La abrí con cuidado y temor.

Tarel, 30 de noviembre de 1958

Mi amada Vivi:

Hace diez días que te fuiste de mi lado y yo lo siento como si fuera una eternidad, no tengo la menor idea de cómo lograré superar este dolor. Extraño tus ojos, el aroma de tu piel y el color de tus cabellos. Mi mundo se ha vuelto triste de nuevo.

No puedo dejar de pensar en ti, de soñar contigo y con la vida que pudimos haber tenido. No sé si lo sabes, pero en mi desesperación fui a ver a tu padre. Viajé a Salum y le pedí que me escuchara. Estaba solo y me dejó hablar. Le pedí tu mano, llevé un anillo que era de mi madre. Le dije que me haría cargo de ti y del niño, que nunca les faltaría nada, que yo los amaba a ambos, que por favor no nos separara.

Me respondió que no había nada que pudiera hacer al respecto, que me había enamorado de alguien que no era para mí. Me dijo también que no tendrías al niño, que te lo sacarían, pues no querían un bastardo en la familia. Vivi... estoy preocupado por ti, por mi pequeño bebé.

Le pedí a Beto que te hiciera llegar esta carta, él intentará como sea llegar a ti, espero que lo logre. Te mando también el anillo, como

muestra de que lo intenté, como muestra de mi amor por ti. No dejes que te saquen a ese niño, ese bebé es y será por siempre el único testigo de nuestro amor.

*Te amo,
Francisco*

Suspiré, era hora de partir, de enfrentar esto con Celeste a mi lado, de pensar las cosas, de entenderlas. Guardé en la caja el anillo, las cartas y el libro de cuentos, y entonces aquella llave vieja cayó de entre una de las hojas. La reconocí de inmediato, era la copia de la llave que abría la puerta de la casita de Arsam. Metí todo en la mochila que Celeste me había prestado la vez anterior. También busqué el pincel y el diario de la abuela, y lo guardé todo en la mochila.

Me dispuse a salir. Tenía que atravesar la sala donde escuché voces de mis padres. Sabía que intentarían detenerme, pero tomé impulso y caminé.

Cuando estaba por pasar por su campo visual, sus voces se hicieron más nítidas y lo que escuché me dejó perplejo.

—¡Le pidió matrimonio! ¿Lo puedes creer? —gritaba mi madre— ¡No funcionó!, le ofrecí exponer en los museos más importantes de Farsut, fama y dinero en pocos días, solo tenía que alejarse de Bruno, y la muy estúpida no lo aceptó. —¿Mi madre en realidad había dicho eso?—. ¡Le di dos semanas! Y el plazo venció este domingo. Le advertí que se las vería conmigo y que la iba a hundir. ¡Esa chiquilla no sabe lo que le espera! —exclamó enfadada.

—¿Qué vas a hacerle? No te conviene hacer nada —replicó mi papá sereno—. Si ella abre la boca, tu campaña política se iría al tacho, todos creerían a una pobre chiquilina paralítica. ¿Por qué no esperas a que pasen las votaciones?

—¡Pero Bruno se va a ir con ella! ¡Se va a casar y lo vamos a perder! —gritó mi madre histérica—. ¿Quién va a manejar el negocio?

—Tarde, mamá, ya me perdieron —exclamé interrumpiéndolos—. ¡No puedo creer que hayas hecho eso, mamá! ¡Me das asco! ¡Sabía que eras una hipócrita trepadora, pero no pensé que lo harías a cuesta de la felicidad de tu propio hijo! —grité desilusionado.

—¡Tú eres un chiquillo malcriado! No sabes de lo que estás hablando ni en lo que te estás metiendo. ¡Ni siquiera sabes lo que quieres! —exclamó mi mamá alterada.

—Sé muy bien lo que NO quiero —respondí y la miré a los ojos con una mezcla de pena y odio—. ¡Me voy de esta casa, olvídense de mí! —Estaba

nervioso, sudaba, temblaba.

—Si sales por esa puerta te olvidas de que eres mi hijo, te olvidas de la herencia, te olvidas de que existo —dijo gritando con histeria.

—Ojalá pudiera olvidarme de quién eres —repliqué mirándola con rencor, y salí.

Subí al auto, arrojé la mochila en la parte trasera, encendí el motor y arranqué de golpe. Vi a Nahiara correr tras de mí, pero no me detuve. Estaba muy nervioso, demasiado alterado. Encendí la radio del vehículo, puse *rock* a todo volumen y abrí la ventanilla para que el viento me golpeara el rostro. En esos momentos me hubiera gustado tener una moto, una para tomar velocidad y sentir que volaba, que me alejaba de todo lo que me hacía infeliz, de todo lo que agobiaba mis sentidos. En esos momentos quería olvidarme de todo, de mi madre, de mi padre, del pasado y del presente. Quería volver en el tiempo y no haber descubierto nada.

Sin que me diera cuenta, las lágrimas empezaron a caer, y el frío del viento nocturno que se colaba por la ventana golpeaba mis mejillas y las secaba. Las dejé derramarse. No recordaba cuándo fue la última vez que lloré así. Sí, lo recordaba: fue cuando murió mi abuela.

Pensé en ella, en su historia de amor. Pasajes de su diario se colaron en mis pensamientos, desordenados, fugaces. ¡Cuán enamorada estuvo mi abuela! Y murió sin haber podido estar con su amado. ¿Estaría con él ahora? Pensé en las cosas que me contó Celeste de su abuelo, recordé nuestra noche en la piscina, cuando ella me preguntó si creía que nuestros familiares fallecidos podían velar por nosotros y si yo pensaba que su abuelo me había llevado a ella. Ahora lo dudaba, si ellos podían velar por nosotros, si podrían habernos juntado. ¿Por qué lo hicieron si éramos primos?

Pensé en mi madre enterándose que es hija del abuelo de Celeste. ¡Odiaría saberlo! Jamás lo admitiría, ella se cree superior a la gente de pueblo. ¿Sabrá ella la verdad? Lamenté que mi abuela se hubiese ido tan joven, cuando yo aún no era capaz de entender sus historias. Quizá si hubiera vivido más me las hubiera contado, y hoy no estaría tan lleno de dudas.

Suspiré... Estaba demasiado alterado y no podía pensar con claridad, no podía entender.

Además, ¿a qué estaba yendo a Tarel? Conocía a mi madre y sabía que si elegía a Celeste realmente debía olvidarme de ellos. Eso no me importaba en realidad, pero ¿acaso podía elegir a Celeste? ¿Era libre para hacerlo? El destino parecía estar burlándose de mí en ese momento. Golpeé el volante nervioso, iracundo.

La música que estaba sonando terminó y no me gustó la que empezó a sonar. Miré de reojo para sintonizar otra estación y me distraje viendo la luz de mi celular encendiéndose y apagándose. Lo había puesto en silencio y la imagen de Nahiara me avisaba que era ella quien llamaba. No iba a atenderle, sabía que estaría preocupada, pero no quería hablar.

Miré de nuevo al frente y ya no pude hacer nada. Los colores se borraron de mi mente y de repente todo se puso blanco.

—De verdad necesito que me cuentes la historia de mi abuelo con Viviana Oliveira —dije apenas nos sentamos en la sala. El tío Beto me esperó temprano como me había prometido con dos humeantes tazas de café. No dejé tiempo para las introducciones y fui directa al grano, no podía esperar más. Me pasé la noche en vela imaginando cosas, aunque ya había leído unas diez cartas y estaba un poco más calmada.

—Vaya, vaya —dijo el tío Beto frunciendo el ceño—, encontraste las cartas en Arsam —concluyó.

—Ese no es el problema, tío —repliqué sin ocultar mi ansiedad—. El problema es que estoy de novia con Bruno Santorini —agregué—. ¿Sabes quién es? —Los ojos del tío Beto se abrieron tanto, que pensé que se saldrían de sus órbitas.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó entre un pequeño ataque de tos producto de haberse atragantado con el café por la sorpresa.

—Sí... y por un largo momento pensé que éramos primos. ¡Casi muero del susto! Yo no tenía idea de que el abuelo Paco y su abuela... —suspiré—. Dios, tío, aclárame las cosas, por favor —pedí angustiada.

—Te contaré la historia —zanjó el tío Beto sonriendo con calidez. Él vivía en una casa en las afueras de Tarel. Todo en esa región, o al menos en su casa, parecía haberse quedado en el tiempo. Los muebles eran viejos, las luces, escasas, las alfombras y las cortinas estaban sucias y raídas. El tío Beto había enviudado hacía tres años y desde que mi tía Mariel se fue parecía que ya nadie habitaba esa casa. Lo único vivo que había allí, aparte del tío, eran las flores de mi tía, porque él las cuidaba como si fueran ella misma.

—¿Y bien?... —cuestioné ansiosa, pues él no comenzaba su historia. Me miró y luego observó hacia la ventana como perdiéndose en el tiempo que iba a narrar.

—Fue un diez de febrero del año cincuenta y ocho —empezó—. Paco y yo habíamos sido contratados para preparar el jardín para el cumpleaños de la hija de Samuel Oliveira, una de las familias más adineradas de Tarel. Nos hacía ilusión el simple hecho de conocer su mansión, en la colonia San Fermín, donde nunca antes habíamos ingresado. Era un lunes, y trabajaríamos allí toda la semana. La fiesta se daría el sábado.

»Cuando llegamos, y luego de pasar por varios controles estrictos para saber si no llevábamos armas, nos dejaron acceder al jardín. Era enorme, lleno de flores y árboles, e incluso había una fuente parecida a la que ahora hay en la Plaza Verde en el centro de aquel jardín. Nos maravillamos ante tanta riqueza, nosotros éramos dos jóvenes de veinticinco años que luchaban día a día para conseguir el pan para sus familias. Allí, sin embargo, había riquezas y joyas por doquier. Los señores nos llamaron a la cocina, nos dieron de desayunar y nos informaron de lo que esperaban de nosotros: que arreglásemos el jardín, el pasto, las flores... Ya sabes. Nos iban a pagar mucho dinero. Paco y yo nos dividimos el trabajo: yo empecé con el jardín trasero y él empezó con el pasto alrededor de la piscina.

»Ese mismo día la conocí. Ella se estaba dando un baño en la piscina y Paco se quedó anonadado con su belleza. Sus cabellos eran rojizos y le llegaban a la cintura, sus ojos de color avellana y su sonrisa despampanante eran capaces de atraer a cualquier hombre. A mí también me pareció hermosa cuando la vi, un poco después. La chica se envolvió en una toalla y se acercó a Paco, como si él fuera un amigo que no veía hacía mucho tiempo. Hablaron, se hicieron amigos y dos días después Paco la invitó a salir.

—Oh... —murmuré imaginándome esa escena y en aquella época.

—Viviana aceptó gustosa, pero debía ser a escondidas, porque ella no tenía permiso para salir aún y mucho menos con un chico como Paco, un simple jardinero. Idearon una mentira: ella, que aún estaba de vacaciones en el internado para chicas al que asistía, cursaba clases de arte por las tardes, y ese día no fue, fingiéndose enferma sin que sus padres lo sospecharan. Entonces hablaron, Vivi le contó de su amor por la pintura y de sus sueños de ser una artista reconocida, y él le contó de su afición de escribir cuentos para niños y de su pasión por las flores.

»Y así empezó todo. Las cosas se dieron con mucha velocidad, se enamoraron perdida y locamente. Todos los que sabíamos de su relación le advertimos a Paco que no terminaría bien, pero ellos se amaban y nada podíamos hacer al respecto.

—¿La casa de Arsam? —me animé a preguntar.

—Era una casa de campo del papá de Paco, se la había dejado al morir, en el cuarenta y ocho, y cuando se hizo mayor de edad él asumió su cuidado. Se convirtió entonces en el refugio de los amantes. Se escondían allí sin que nadie los viera, y no fue demasiado difícil. En marzo iniciaban las clases en los Colegios y Viviana era alumna de uno de los Internados más importantes de la ciudad. Las chicas salían los fines de semana, pero algunas veces se quedaban para hacer clases extras para conseguir mejores puntajes con el fin de ir a las mejores universidades del país.

»Viviana encontró una nueva forma de mentir a sus padres, diciendo que se quedaba en el internado, aunque en realidad iba Arsam, a quedarse con Paco. Organizábamos fiestas, asados y bailes los fines de semana allí. Ella era una joven adorable, nada comparado con su familia —sonreí al hacerme una idea de ella en su juventud.

—¿Qué pasó después? —insistí al verlo perdido en sus pensamientos.

—Viviana se embarazó —dijo bajando la vista—. Tenía solo diecisiete años, era octubre del cincuenta y ocho cuando se enteró y se lo contó a Paco. Él quiso encargarse del niño, le dijo que iban a casarse, que él pediría su mano, pero nada salió como lo imaginaron. Los padres de Viviana se enteraron del embarazo y la obligaron a contarles quién era el padre. Cuando ella les dijo vinieron a la casa de Paco y lo amenazaron con meterlo a prisión por haber violado a su pequeña hija, quien, por cierto, aún era menor de edad.

—Oh, ¡Dios mío! —susurré imaginando a mi abuelo metido en aquel lío.

—En aquella época estaba muy mal visto que una chica de la clase alta no llegase virgen al matrimonio. Los de la alta sociedad intercambiaban sus hijos como ganado cuando de casarse se trataba, los entregaban al mejor postor, al mejor apellido, pero si la chica no era virgen, ninguno de ellos aceptaría casarse con ella, y menos aún si estaba embarazada de otro —añadió el tío Beto encogiéndose de hombros.

—Oh Dios, pobre Viviana. Me imagino lo mal que lo habrá pasado.

—Sus padres la castigaron, la encerraron en la mansión y la controlaron día y noche. La sacaron del colegio para que nadie se enterara, diciendo que estaba gravemente enferma, y en noviembre de ese mismo año se mudaron a Salum. En el pueblo corrió la voz de que ella iría a hacer un tratamiento para su enfermedad allí.

—¿Y el abuelo? —pregunté imaginando el dolor que tuvieron que atravesar.

—Él logró verla unos días antes de que se fuera, solo unos minutos, con la ayuda de uno de los guardias de la mansión, que era amigo nuestro. Le pidió

que huyeran juntos, que él se encargaría de ella, pero Viviana no aceptó, tenía miedo al poder de su padre y este la había amenazado con meter a Paco a la cárcel si ella volvía a verlo. Esa noche Paco volvió con el corazón desgarrado. Amaba a Viviana más que a su propia vida... y ella se había ido. —El tío Beto bajó la vista con pesar.

—Qué tristeza... —susurré, y luego él continuó.

—Aun así, Paco intentó hablar con Samuel Oliveira. Viajó a Salum, se compró un traje elegante y llevó un anillo para pedir la mano de Viviana, pero este se negó menospreciándolo y diciéndole que Viviana abortaría. Entonces, ese mismo año, en diciembre, yo logré meterme a la mansión en Salum fingiendo ser un empleado y le llevé una carta de Paco a Viviana.

»Ella la leyó y me pidió que esperara por la respuesta, y así lo hice. Los padres de Viviana ya habían solucionado el problema, ella no quería abortar y ellos tampoco querían ponerla en una situación tan riesgosa para su salud, así que buscaron a quien entregarle su hija embarazada lo antes posible.

—Y encontraron a los Tomé, que estaban en aprietos. —Eso lo había leído ya en una de las cartas.

—Exacto. El joven Raúl Tomé era un chiquillo acelerado e inexperto que había metido la pata hasta las narices. Los ricos siempre tapan las tonterías que hacen sus hijos caprichosos para que no se les manche el apellido. Así que el niño de los Tomé tuvo que aceptar casarse con Viviana para que los padres de ella le salvaran el pellejo a su familia dándoles el dinero que necesitaban para no perder el negocio que tenían. Se podría decir que hicieron un buen negocio —dijo el tío negando con la cabeza.

—¿Y el bebé? —pregunté entonces.

—Iban a decir que estaban de novios antes y que por eso ella quedó embarazada. Para la familia de Viviana no era la mejor de las opciones aceptar aquello, pero era la mejor que tenían. Los iban a casar en enero para blanquear la situación, y claro está, los Tomé no podían decir nada. Incluso habían firmado un acuerdo.

—Oh, eso es horrible —dije llevándome la mano a la boca sorprendida ante tanta frialdad.

—El bebé era para junio, pero Viviana lo perdió en abril. Nació prematuro y no logró sobrevivir. Era un niño, al que ella llamó Franco.

—Dios mío, qué tristeza —susurré mientras ya no podía contener las lágrimas.

—Todos festejaron la muerte del pobre inocente, todos menos Viviana y Paco, que lloraron su partida porque con él se fue el único testigo de su gran

amor —dijo el tío con un dejo de tristeza en la voz.

—Pobrecitos... —susurré llevándome una mano al corazón. Cuánto dolor habían vivido nuestros abuelos.

—Pero ella era joven y estaba casada... y una mujer debía complacer al marido en todo. Además, los Tomé necesitaban heredero, así que se embarazó de nuevo y a finales del cincuenta y nueve nació Gloria Tomé Oliveira.

—La mamá de Bruno —afirmé.

—Exacto —dijo el tío Beto.

—Paco y Viviana terminaron por aceptar que nunca podrían estar juntos ni amarse en libertad. Esa no era una época de divorcios y separaciones, los matrimonios estaban pactados para durar, aunque no funcionaran, y más en la clase alta. Viviana estaba atada a los Tomé y a su pequeña hija, a quien no iba a abandonar, porque, ante todo, era una buenísima madre.

»Pero Paco no podía olvidarla, vivía deprimido y atormentado. Habían pactado escribirse, y cada diez de febrero yo iba a Salum y esperaba en la esquina de la mansión de los Tomé. Entonces Viviana pasaba y sin que nadie lo viera me dejaba una carta y yo le daba otra. Eso era todo lo que les quedaba.

»Prometieron que pasara lo que pasara se seguirían escribiendo, y lo cumplieron, incluso hasta el año de la muerte de Vivi. Yo recogí esa carta el diez de febrero del dos mil nueve, no sabía si ella se acordaría, pues su enfermedad estaba muy avanzada. Pero parece que los amores tan grandes no solo se guardan en la cabeza, sino también en el corazón, y ella me envió esa carta por un niño ese día, uno de sus nietos, el que era más apegado a ella. Yo le di la de Paco y él se la llevó.

»Vivi murió en marzo de ese año. Paco ya estaba enfermo, tenía cáncer de próstata, y cuando se enteró de su muerte, se dejó ir... Ya no le quedaba nada por lo que vivir, murió exactamente un mes después de ella, en abril. Aún recuerdo cuando me llamó a su casa, me pidió que cuidara de la casita de Arsam hasta que tú te hicieras cargo y me agradeció haberle ayudado durante todos esos años. Me dijo que el amor siempre triunfaba al fin, y que era hora de ir a buscar a Vivi. Unos días después falleció.

—Por Dios, tío... ¿Y mi abuela?

—Cuando Paco asumió que no podría volver a estar con Viviana nunca más, se dedicó a una vida libertina, conocía chicas y salía con ellas sin engancharse con ninguna. Estaba enfadado con la vida, era como si se vengara de su destino. Pero embarazó a Vanesa, y como todo buen hombre de

la época se tuvo que hacer cargo de ese niño, o niña, para el caso... —informó encogiéndose de hombros.

—Y entonces nació mi mamá —susurré.

—Así es —asintió el tío Beto—. Pero Paco quiso mucho a tu abuela, Celeste. No era un amor como el que sentía por Vivi, pero era ese amor que se tienen dos mejores amigos que comparten todo. Ellos se querían, se respetaban y se cuidaban. Ella lo cuidó hasta sus últimos días y Paco la respetó siempre, desde que se casó con ella nunca más salió con otra mujer.

—Pero, ¿ella sabía de Viviana? —pregunté pensando en que mi abuela también había sido en parte una víctima de toda esta historia. Me parecía horrible la idea de estar con alguien que no te ama lo suficiente.

—Sospechaba, pero no sé con certeza si lo llegó a saber. O quizá, si lo supo, solo decidió ignorarlo. Ella quería mucho a Paco —añadió.

—¡Qué historia más triste, tío Beto! —susurré abrazándome a mí misma.

—Muy triste, sí, pero el amor que se tenían ellos no era de esta tierra —meditó el tío—. ¿Sabes? Viviana sabía todo de ti, del accidente, de tu situación. Paco sufría por eso y se lo contaba en cada carta. Ella lo alentaba a darte ánimos, a hacer que tu vida fuera más sencilla. Le mandó un maletín con pinturas para que te regalara en tu cumpleaños, le contó sobre una artista que había tenido un accidente y había quedado en cama y cómo siguió pintando y consiguió superarse a sí misma. Le dijo que te animara a pintar, que en el arte encontrarías paz y que así lograrías darle a tu alma la libertad que tu cuerpo te limitaba.

—No lo puedo creer —susurré llorando. Ella había sido quien me había mandado aquel regalo. Ella había marcado mi destino, sus colores se habían traspasado a mi vida a través del amor que sintió por mi abuelo.

—Tu abuelo le contaba de ti, le decía que tú eras su sirena, que eras hermosa y que le preocupaba tu futuro. Él no quería que vivieras la soledad que él experimentó toda su vida, quería que amaras, que fueras feliz —suspiró el tío Beto.

—Y ella me mandó el cuadro de la sirena que está en mi habitación —afirmé cuando aquella idea se plantó en mi mente tan clara.

—Exacto, me lo envió a mí, bajo la excusa de que yo lo había comprado. No lo firmó por miedo a que Raúl Tomé lo mandara investigar. Él sabía que Viviana ocultaba cosas —explicó.

—Y tú se lo diste a mi abuelo, y él me lo dio a mí —sonreí al pensar en aquello.

—Tu abuelo le envió un par de pinturas tuyas, de cuando tenías trece o catorce años, agradeciéndole la idea de iniciarte en ese arte, agradeciéndole el regalo que te había mandado. En esa época un maletín con todos esos materiales que ella envió salía carísimo y Paco no podía adquirirlos. La pobre Vivi tuvo que inventar toda una historia para hacerlos llegar —sonrió como recordando aquello.

—Dios... aún no lo puedo creer, tío, debo hablar con Bruno, debo decirle todo. Ahora más que nunca estoy segura de que ellos nos han unido. Y también sé que donde quiera que estén al fin lograron estar juntos y amarse como siempre se amaron —susurré.

—Porque su amor no era de esta tierra —repitió mi tío sonriente—. Espero que ese chico, Bruno, te sepa cuidar —añadió, y yo sonreí.

—Una cosa más... ¿Por qué esperaron tanto para decirnos de la existencia de la casa de Arsam? —pregunté.

—Porque tu abuelo no quería que nadie estuviera allí, decía que allí guardaba el aroma y los colores de Viviana, era una especie de santuario lleno de recuerdos para Paco, pues era allí donde ellos pudieron vivir y consumir su amor. Quería a Vanesa, pero no quería manchar la memoria de Viviana. Para Paco, estar en Arsam era como estar con Vivi. Se escondía allí cuando la tristeza se apoderaba de su vida, releía las cartas y escribía sus cuentos. Desde ese lugar le escribía cada año.

»Entonces, cuando su enfermedad estaba ya avanzada, me llamó y me pidió que fuera con mi hermano abogado. Dejó el testamento haciéndote heredera a ti y me pidió que te la diera cuando tuvieras la edad. Una vez más te digo, Celeste: él quiso mucho a tu abuela, pero amó solo a dos mujeres, a Viviana y a ti.

Llorando, moví mi silla para lograr abrazar al tío Beto. Él secó mis lágrimas con cariño y me sonrió.

33

• Celeste •

Cambio de rumbo

Cuando salí de la casa del tío Beto eran cerca de las nueve y media de la mañana, por tanto, llegué a casa casi a las diez. Bajé del taxi esperando encontrarme con Bruno sentado en el pórtico, pero no estaba allí. Supuse que al no encontrarme fue a su casa, quizás a descansar un poco. Después de todo, había manejado toda la madrugada.

Entré a casa y me dispuse a leer un par de cartas más. Todas eran muy extensas, de entre tres y cinco páginas. Se notaba que la abuela Viviana no las escribía todas el mismo día, sino que iba escribiéndolas según le iban pasando las cosas. Una especie de diario en el que ella iba relatando su día o las partes interesantes de su vida, ya que las cartas se las enviaban una vez al año.

Me quedé pensando en qué clase de amor tan inmenso se tenían para haberse escrito por tantos años, para guardar en sus corazones ese amor y dejarlo salir solo en esas palabras, en esas cartas que eran la única cosa que los unía. Quizás en esta época actual ella se hubiera separado y hubiera corrido hasta él, o él hubiera ido a buscarla... O al menos se enviarían un *e-mail* a diario.

Muchos de los escritos que Bruno me había leído cobraban sentido en mis pensamientos. Su abuela tenía terror a olvidar los ojos de mi abuelo, tenía miedo a perder sus recuerdos, porque él solo vivía en ellos.

Suspiré. Era una historia de amor triste, pero a la vez hermosa, una donde el amor fue tan real y verdadero que pudo incluso más que el tiempo, la distancia y la vida misma. Quizá Bruno y yo podíamos tener algo similar, me sentía esperanzada y tenía la certeza de que juntos éramos la mejor opción y de que no quería estar separada de él nunca más en la vida. Observé mi anillo y lo acaricié.

Pensé en las similitudes de nuestras historias, distintas clases sociales, los colores, el amor tan intenso que había crecido en tan poco tiempo. Quizás en

otras épocas tampoco hubiéramos podido estar juntos, Viviana no había tenido opción, pero Bruno estaba dispuesto a dejarlo todo por mí.

Intenté dar con él un par de veces, pero el teléfono daba apagado. Pensé que lo apagó para descansar, o tal vez se quedó sin batería luego del viaje. Aun así me parecía extraño que no se comunicara o que no me hubiera dejado ni un mensaje diciendo que iba a dormir.

Decidí prepararme algo de almorzar y fui a la cocina. Cuando tuve todo listo me dirigí hasta la mesa del comedor para comer allí mientras veía las noticias. Encendí el televisor.

Buenos días, estamos aquí en la Colonia Santa Ana, en el kilómetro cuarenta y ocho de la Ruta número tres, que une Salum con las ciudades de Tarel y Parsum. Esta madrugada ha habido en esta carretera un importante accidente múltiple con derivaciones fatales. Vamos a conversar con el Señor Carlos Vega, que fue testigo de la catástrofe. Buenas tardes, Señor Vega, ¿podría comentarnos qué fue lo que sucedió?

—Eran cerca de las cuatro de la madrugada, la noche estaba oscura y en esta zona no hay mucha iluminación. Al camión carguero le explotó un neumático y, por tanto, se tuvo que quedar allí varado en medio de la carretera. Mi hijo y yo despertamos ante el sonido y salimos a auxiliar al chofer. Este estaba poniendo las balizas y preparándose para arreglar su neumático. Pero entonces, al girar la curva, un automóvil de color blanco se incrustó en él, y luego otro más y otro más... y así, hasta cuatro autos en total.

—Muchas gracias por su testimonio, Señor Vega. Como verán, compañeros, la carga del camión cayó sobre el primer automóvil. El señor Vega llamó a la ambulancia y los bomberos, y la mayoría de las víctimas ya fueron trasladadas a hospitales de la zona, pero aún están intentando sacar los cuerpos atrapados bajo los fierros y la carga. Es todo desde la Colonia Santa Ana, informamos en vivo para Telenoticias del canal cuatro. Volvemos a estudio.

—Muchas gracias compañero, una tragedia que podría haber sido evitada si el lugar estuviera mejor señalizado e iluminado —comentó la locutora en estudio.

—Es así, compañera —afirmó el otro locutor—. Aquí tenemos la lista de fallecidos y heridos y queremos compartirla con nuestros televidentes.

—Sí, lamentamos informar que los fallecidos son Miguel Segovia, quien manejaba el camión de carga y aparentemente murió aplastado por el primer automóvil. Raquel y Sebastián Alegre, quienes venían en el

primer automóvil y cuyos cuerpos están siendo rescatados. Otro fallecido es el menor Julián Amaral, quien viajaba junto con su madre en el segundo vehículo.

—La señora Marcela de Amaral está en estado crítico en el Hospital Federal de Parsum, donde también han sido trasladados Mariel y Alejandro Vélez, quienes iban en el último automóvil. Estos se encuentran en observación, pero, al parecer, no están en estado grave.

—En el Hospital Privado de Salum se encuentra internado y en estado crítico el joven Bruno Santorini, hijo de una importante y reconocida mujer de la política de nuestro país.

—Estos han sido todos los nombres que nos ha pasado la Policía Municipal, les recordamos que la Ruta tres está clausurada hasta nuevo aviso. Nos vemos luego de un corte comercial.

Me quedé inmóvil, el nombre de Bruno junto con las palabras «estado crítico», retumbaban en mi mente y el *shock* se apoderaba de todo mi ser. No sabía qué hacer, a quien llamar, a quien recurrir. Él estaba en Salum y estaba grave. Tomé el celular y marqué a Nahiara.

—Celeste... —dijo al reconocer mi número.

—¿Cómo está? —pregunté aún anonadada.

—Espera —dijo ella, y luego de un rato contestó—. No está bien, está en terapia intensiva, ha sufrido fuertes golpes y aparentemente tiene algunos huesos rotos y un traumatismo de cráneo. También ha perdido mucha sangre —respondió sollozando.

—Dios... Debo ir... Nahiara, ¿qué hago? —Estaba desesperada y no sabía qué hacer o cómo reaccionar.

—No sé, Celeste, no puedo decirte que no vengas, pero no sé cómo irá a reaccionar mi madre. Está histérica, ellos habían discutido antes de que Bruno saliera, él le dijo que ustedes iban a casarse y ella lo tomó muy mal. Después Bruno la escuchó contarle a mi padre que te había chantajeado para que te alejaras de él y salió muy alterado de la casa. Pero conociendo a mi madre ella te culpará a ti porque él estaba yendo a verte.

—Pero no puedo quedarme aquí, Nahiara —sollocé desesperada.

—Ven, si quieres —dijo ella entre lágrimas—, pero no nos dejan verlo. No hasta que salga del estado crítico. El médico dijo que las primeras veinticuatro horas serán fundamentales.

—Tomaré un vuelo —comenté decidida—. Estaré allí en dos horas.

Preparé un pequeño bolso con lo que necesitaría y llamé a Diana. Fui hasta el cajero automático de la esquina y saqué un poco del dinero que tenía

ahorrado para poder comprar el billete. No sé cómo hice todo aquello, tenía las lágrimas arremolinándose en mi interior, pero no las dejaba salir, solo pensaba que Bruno me necesitaba y yo debía estar allí para él. Ser fuerte por él.

Llegué a Salum y tomé un taxi para que me llevara al Hospital. Ya en recepción me dijeron que los familiares de las personas en Terapia Intensiva se hallaban en el piso número tres, en la sala de espera para ese efecto. El miedo invadió mi ser, me sentía tan fuera de lugar allí. Bruno lo era todo para mí y yo sabía que yo lo era todo para él, por eso me había elegido, por eso quería casarse conmigo. Pero entonces, en ese sitio, yo solo era una especie de intrusa para su familia, alguien que no tenía ningún derecho a estar ahí.

De todas formas no pensaba darme por vencida, no me iba a alejar de él. Lo amaba, e iba a estar a su lado aunque su madre no lo quisiera.

—Hola... —saludó Nahiara con tristeza cuando ingresé a la sala. El lugar era frío e impersonal, estaba solo ella y un par de señoras más recostadas en las sillas, dormitando a unos metros.

—Hola —saludé cerciorándome una vez más de que no estuviera nadie más por ahí.

—Mis padres fueron a comer algo —añadió Nahiara entendiendo mi actitud desconfiada.

—¿Cómo está? —pregunté—. ¿Hay novedades?

—Ninguna —negó con tristeza—. Estamos esperando el parte médico.

Me quedé allí, sintiéndome perdida y fuera de lugar. Nahiara se veía preocupada y sus ojos denotaban dolor. Un médico de unos cincuenta años, con el pelo canoso y los ojos marrones salió por una de las puertas que daban al área de cuidados intensivos.

—¿Familiares de Bruno Santorini? —Nahiara se acercó y yo también. Al menos mientras no aparecieran los padres quería saber qué sucedía.

—Soy su hermana —contestó ella.

—Bien, el muchacho sufrió un traumatismo craneoencefálico bastante grave. El golpe produjo una fractura craneal, y una herida en los vasos sanguíneos, que ha provocado una hemorragia interna, y hay un hematoma. Es decir, Bruno tiene una contusión cerebral y su estado es delicado. Le hemos realizado algunas pruebas y en este momento se encuentra en un coma inducido, debido a que debemos controlar la evolución del hematoma.

—¿Pero se pondrá bien, doctor? —pregunté interrumpiendo desesperada.

—Eso no lo podemos saber. Las primeras veinticuatro horas serán cruciales para determinar hacia dónde irá el tratamiento. Si la presión

intracraneal aumenta, deberemos realizarle otro procedimiento. Por el momento, está estabilizado.

—¿Qué es eso de la presión intracraneal? —preguntó Nahiara.

—A veces, cuando el cerebro se lesiona, se hincha y se acumulan fluidos dentro del espacio cerebral, pero digamos que en el cráneo no hay espacio para esos fluidos, entonces la presión aumenta y debemos proceder a otras medidas —explicó el galeno.

—Pero... ¿Qué podría suceder con mi hermano, doctor? —Nahiara sonó atemorizada.

—Lo mejor será que traten de calmarse y vayamos con calma —explicó el doctor con una pasividad que daban ganas de pegarle una bofetada—. No podemos saber lo que sucederá, aun si evoluciona de forma positiva, puede despertar en días o semanas... Y recién cuando despierte podremos saber cuáles han sido las consecuencias. Él tuvo un golpe muy fuerte, al no tener tiempo para frenar, el impacto fue muy grande, su cabeza golpeó creando una especie de efecto látigo y el cerebro sufrió un tremendo impacto. —Ambas suspiramos angustiadas.

—Por favor, doctor, salve a Bruno —rogué.

—Haremos todo lo posible para que salga de esto de la mejor manera —dijo, y se retiró.

Nahiara y yo nos pusimos a llorar.

Habían pasado cinco días desde el accidente y nada parecía mejorar. El estado de Bruno era estable, pero él no recobraba la conciencia, ni siquiera cuando los médicos le fueron disminuyendo los medicamentos que lo tenían en coma inducido.

La madre de Bruno solo me habló el primer día. Me trató con mucho desprecio, diciéndome que todo era mi culpa y que ojalá estuviera feliz con lo que había logrado. Su marido la llevó a otro sitio para calmarla mientras yo lloraba desahuciada. Nahara se quedó conmigo y me pidió que no la escuchara.

El caso era que yo también me sentía culpable, no lo podía evitar. Bruno se había peleado con su familia y había salido alterado de la casa por mi culpa. Diana me llamaba todos los días e intentaba convencerme de que las cosas no eran así, que el accidente no tenía nada que ver conmigo, que fue solo eso, un horrible accidente que no solo afectó a Bruno, sino a muchas otras personas.

Una persona más falleció luego de dos días y los demás ya habían sido dados de alta. El único que seguía en estado crítico era Bruno. Yo solía internarme en la capilla del hospital, allí elevaba oraciones para pedir por su salud y, de paso, evitaba estar en el mismo lugar que su madre.

La vida no era fácil para mí, tuve que alquilarme una habitación en un hotel de mala muerte, un edificio viejo que quedaba a dos cuadras del hospital. Era lo único que podía pagar, y quedaba cerca, me permitía ir y venir con relativa facilidad. Diana vino junto a mí a traerme algo de ropa y víveres, pero luego se tuvo que volver a Tarel por su trabajo y su hijo. El hotel donde me estaba quedando era un edificio antiguo de cuatro pisos, y la única habitación que conseguí estaba en el segundo. Por suerte había un viejo ascensor —de esos de puertas de hierro estilo rejas corredizas—, en el cual apenas cabía con mi silla y que me daba terror cada vez que subía o bajaba

por el horrible sonido que hacía. Al tercer día que estuve por allí, el ascensor se descompuso, por lo que tuve que dejar la silla en la recepción y subir las escaleras a gatas. Fue horrible y humillante. El hotel estaba administrado por una señora de unos sesenta años. Una noche me preguntó qué hacía en Salum yo sola y se lo conté. Desde ese día pareció apiadarse de mí y solía darme algo para comer cuando llegaba cansada en las noches.

Me parecía tan irónica la vida. Siempre había permanecido en la tranquilidad del entorno que me era familiar: mi casa adecuada a mis necesidades, las calles de una ciudad a la que conocía como la palma de mi mano y por la cual sabía desplazarme a la perfección... y ahora me encontraba sola, enfrentando un mundo nuevo —demasiado grande y lleno de peligros— que parecía querer tragarme, hacerme sentir cada vez más insignificante y tan «discapacitada».

Eran solo dos cuadras las que tenía que recorrer a diario, pero en esas dos cuadras no había rampas para las sillas de ruedas, y ya llegando al hospital —donde sí había una—, los vehículos estacionaban enfrente obstaculizando el paso. Debía esperar que alguien detuviera su camino en cada esquina y solicitar ayuda. Las personas iban siempre apuradas, nadie prestaba atención y a veces perdía largos minutos esperando que alguien se percatara de mi presencia. Cruzar la calle era toda una hazaña, recibía bocinazos de conductores apurados. En el hotel, ni qué decir, todo me quedaba alto o lejos, y rezaba cada noche para que el ascensor funcionara y no tuviera que repetir esa escena de tener que arrastrarme por las escaleras. El hospital era el único sitio donde tenía algunas facilidades para moverme con tranquilidad.

El mundo entero me trataba como una total desconocida, como si yo no fuera parte de él, como si todas las personas se movieran hacia un lado y yo fuera en la dirección equivocada. Pero mi amor por Bruno era más grande que todo eso, cada noche antes de dormir pensaba en todo lo que nuestros abuelos debieron afrontar y trataba de convencerme de que esto no era nada al lado de eso, y de que ni Dios ni ellos —donde sea que estuvieran— no permitirían que a Bruno le sucediera nada. Quería creer que nosotros lograríamos vencer todos los obstáculos que la vida nos estaba poniendo.

Yo salía temprano e iba al sanatorio, me quedaba allí hasta las ocho o nueve de la noche y volvía para dormir. A partir del tercer día nos dejaron entrar a verlo, pero solo podía pasar una persona a la vez y por no más de diez minutos. Una vez al día.

Yo le hablaba, le decía que lo amaba y que necesitaba que despertara. Era todo lo que le decía, nada más. Se lo repetía por los diez minutos que me

dejaban pasar. Su madre odiaba que yo ingresara, decía que ese tiempo deberían dárselo a ella. Nahiara y su padre fueron los que le dijeron que no era momento para hacer esa clase de situaciones aún más complicadas de lo que ya eran, así que terminó cediendo.

Bruno estaba allí, sumido en un sueño profundo. Su cabeza estaba envuelta en ese trapo blanco que ocultaba debajo todos sus rizos, esos que yo tanto amaba, aunque, de hecho, me parecía que lo habían rapado. Aun así se veía hermoso, y yo lo amaba con locura.

—Por favor, amor, recupérate... Nos queda mucho por hacer, te necesito. Te amo, Bruno. Escúchame, soy Celeste, y tenemos toda una vida por pintar —era lo que le repetía a diario.

El médico no nos daba demasiadas esperanzas. Cuanto más tiempo pasara Bruno en coma, más posibilidades había de que desarrollara diferentes discapacidades y más difícil sería el despertar. Nos explicó que la gente no despierta de un coma como lo hacen en las películas, reincorporándose a la vida como si nada. Nos informó que Bruno podía tener muchos problemas luego de despertar —que podrían ser temporales o crónicos—, que requeriría de un largo proceso de rehabilitación, ya que podría perder el habla o la visión, o quizás el movimiento de un lado del cuerpo. O peor aún, las facultades mentales cognitivas. Nada de lo que decía era alentador, pero lo peor era que si no despertaba pronto, podría sumirse en un estado vegetativo, del cual quizá no volviera nunca.

Yo estaba dispuesta a estar a su lado, pasara lo que pasara. Iba a ser y hacer lo que necesitara, lo cuidaría, e incluso si quedaba en estado vegetativo, no me iría nunca de su lado. Nunca entendí a esas personas que abandonan a sus parejas cuando surgen esta clase de situaciones, como si el amor simplemente se desvaneciera, se acabara. Ciertamente, no iba a resultar fácil, pero amaba a Bruno, y eso era lo único que en esos días no había cambiado.

A veces veía a Gloria Santorini llorar, pero fueron muy pocas. Suponía que como madre le dolía aquello que le estaba sucediendo a su hijo, en algún lugar debía tener un corazón, y quizás alguna parte de él aún funcionase. Me daba pena. Una vez la escuché decirle a su marido que no era justo, que ya había perdido a un hijo y que ninguna madre merecía pasar por eso. En eso tenía razón.

Estaba preocupada, no podía dejar de pensar en el futuro. Él volvería a su casa, su madre ya me lo había dicho, ella pagaría personas para que lo cuidaran como era debido... y yo no podría acércame. Estaba segura de que si él salía del hospital, su madre no me dejaría ir a verlo.

Por otro lado, no sabía por cuánto tiempo podría quedarme en Salum sin trabajar. No podía seguir pagando el hotel por siempre, tarde o temprano el dinero se me acabaría. Había días que solo comía una barra de cereal y agua o tomaba café de la máquina gratuita del hospital, para no gastar el dinero que me podría servir para quedarme un día más.

Eventualmente pensaba conseguir un trabajo, pero siendo sinceros: ¿quién me daría un trabajo tan fácilmente? La desesperación me embargaba y trataba de calmarme recordando las palabras de Bruno, pensando en colores... celeste, blanco. Entonces pensaba en Viviana y en mi abuelo y les pedía una vez más que me ayudasen, que si estaban en el cielo pidieran audiencia con Dios y le rogaran que salvara a Bruno.

En esos días reflexioné sobre cuántas veces me quejé por lo que me faltaba o no tenía, incluyendo mi discapacidad misma. Cuántas veces renegué contra la vida, contra mi vida. Cuántas veces en momentos oscuros me pregunté si no habría sido mejor que hubiera muerto en aquel accidente, cuántas veces pregunté al cielo por qué me había sucedido a mí todo aquello. Pero en esos días también fui capaz de entender el amor de mi familia, la devoción de mis padres y de mis abuelos, y pude imaginar la felicidad que habrían experimentado cuando se enteraron que viviría, aunque fuera sin mis piernas. Al sentir que era capaz de todo por Bruno, incluso de quedarme a su lado si las cosas no funcionaran como antes, pude entender en realidad el amor, pude palpar de cerca el amor de mi familia, quienes me ayudaron a superar momentos tan difíciles y me enseñaron a creer en mí, porque para ellos —que me amaban— yo era la misma de siempre y no me querían ver caer.

Fue en esos días que entendí el significado del verdadero amor, aquel que ama más allá de todo, una comunión de almas que transitan juntas una eternidad. Entonces pude entender el enorme dolor que tuvieron que vivir nuestros abuelos al ser privados de su libertad de amarse, lo horrible que tuvo que haber sido vivir una vida lejos de esa persona que es tu todo. Fue en esos días en los que me sentí más incompleta que nunca, pero no por mi discapacidad ni por las dificultades de vivir en una ciudad que no estaba preparada para personas como yo, sino porque la vida de Bruno estaba en juego. Y mi vida no estaría nunca más completa sin él en ella, sin sus colores, sin su amor.

Un fuerte dolor de cabeza invadió mi mundo, era tan fuerte que ni siquiera podía abrir los ojos, lo intentaba, pero no podía. Me sentía mareado y perdido, no sabía dónde estaba y por qué mi cuerpo no me respondía. Me sentía muy cansado y me volví a rendir en la nebulosa que me rodeaba.

Unas voces distantes resonaban en mi cerebro, quería responderles, pero no podía. Mi cuerpo no reaccionaba, no respondía. Les ordené a mis ojos que se abrieran, lo intenté una y otra vez, y entonces la claridad lastimó mis pupilas. Pestañeeé tratando de acostumbrarme a ella, todo era blanco. Había muchas máquinas haciendo muchos sonidos. Un hombre vestido de blanco me observaba, yo lo veía algo borroso.

—¿Dónde estoy? —pregunté con un tremendo esfuerzo, como si cada palabra tuviera que cruzar todo un laberinto para salir de mi boca.

—En el hospital, has tenido un accidente. Tranquilízate, vamos a revisarte —respondió el hombre. Me quedé quieto, pero no porque quisiera, sino porque mis músculos no respondían a las órdenes de mi cerebro. El médico empezó a hacer algunos procedimientos, me revisó los ojos poniéndome enfrente una luz que casi me dejó ciego. Levantó mis manos, apretó mis dedos y me hizo preguntas que no logré entender. Era como si todo me aturdiera y no lograra encontrarle el sentido a lo que decía. Además, los ruidos hacían que me doliera aún más la cabeza.

—¿Sabes cómo te llamas? —preguntó entonces viendo que no respondía ninguna de sus preguntas anteriores.

—Bruno —respondí, y él asintió.

—Bruno, ¿sabes dónde vives? —inquirió, y yo le di la información.

—En Tarel... No, en Salum —mencioné confundido.

—¿En qué año estamos, Bruno? —preguntó.

—Dos mil y... —Lo dudé, no tenía idea. Traté de encontrar en mis últimos recuerdos—. Dos mil quince —murmuré al fin.

—Bien, Bruno —asintió el Doctor con gesto no muy convincente.

Luego de aquello me recomendó descanso y sueño. No me costó demasiado hacerle caso. El cansancio se apoderó de mi cuerpo y volví a caer en la neblina. Más tarde me desperté de nuevo, una voz familiar me llamó desde algún sitio.

—Bruno, ¿estás bien, cariño? —Traté de enfocar la imagen de la mujer que me miraba, pero me costaba hacerlo, al principio lo veía todo borroso, luego la reconocí.

—Mamá —sonreí.

—Bruno, hijito —dijo abrazándome y besándome en la frente. Podía ver sus ojos rojos y acuosos, parecía haber estado llorando. Estaba despeinada y desarreglada, ni siquiera llevaba maquillaje. Era muy raro ver a mi mamá en ese estado, quería preguntarle qué había sucedido, pero las palabras no me salían.

—¿Mamá? —hablé de nuevo.

Mi mamá se quedó unos minutos, pero enseguida volvió el doctor para hacerme más estudios. Mi mamá me preguntó cosas que no pude resolver, pensé, pero en mi cabeza las palabras se confundían con nubes blancas y se perdían. No llegaban a salir por más que lo intentara y eso me hacía sentir algo frustrado.

—¿Por qué no habla? —le preguntó al doctor mi madre.

—Tranquila, señora. Acaba de despertar, le avisamos que sería un proceso lento. Deben tener paciencia y no presionarlo. Dejen que vaya volviendo él solo —dijo el doctor.

—¿Volviendo dijo? ¿De dónde? —preguntó mi madre.

Me quedé despierto un poco de tiempo más, entonces entró Nahiara, que corrió a abrazarme y lloró en mi rostro.

—¿Qué... qué está sucediendo? —pregunté. Ella no habló, solo lloró.

—Pensé que te perdía —sollozó.

—¿Qué? —logré articular confundido.

El doctor volvió a entrar y recomendó que me dejaran descansar, pero yo quería entender lo que estaba sucediendo. Mi madre y mi hermana salieron de la habitación, yo fingí cerrar los ojos pero no dormí, intenté recordar qué fue lo que pasó. El doctor había hablado de un accidente. ¿Cuál accidente?

Por más que lo intenté no pude recordar nada, volví a dormir y a despertar varias veces más. En ocasiones veía a algún doctor o enfermera y volvía a dormir, era como si no tuviera fuerzas para despertarme en realidad, como si me despertara y saliera de mi cuerpo para verme profundamente dormido. A

veces escuchaba conversaciones de enfermeras o palabras de mi padre, pero no podía reaccionar. Otras veces escuchaba una voz angelical pidiéndome que regresara. Una de esas veces intenté abrir los ojos pero no lo logré del todo, solo vi un par de ojos celestes y luego me volví a dormir.

En una de esas logré despertar de nuevo y vi a Nahiara mirándome.

—Dime, ¿qué sucedió? —le pregunté, y ella no respondió. Entonces recordé su fiesta de cumpleaños, estaba allí tomando alcohol y conversando con Anabella Montenegro. Es todo lo que podía recordar de esa noche—. ¿Tomé demasiado? —le pregunté, y ella frunció el ceño.

—No, Bruno, solo estabas alterado —mencionó.

—¿Por qué? —pregunté confundido—. Tu fiesta estaba muy divertida.

—¿De qué fiesta hablas? —cuestionó.

—De tu cumpleaños —mencioné.

En eso el doctor apareció de nuevo. El sueño me estaba tomando preso otra vez, pero intenté mantenerme despierto. Él ingresó con una persona al lado, pero no podría verlos hasta que se acercaran; aún no podía movilizar mi cuerpo sin sentir un dolor lacerante.

—Hola —saludó la voz angelical que solía oír en esos sueños.

—Hola... —respondí intentando mirarla, pero no podía moverme y ella no ingresaba en mi campo de visión.

—Es Celeste —dijo Nahiara.

—¿Quién es Celeste? —pregunté.

—¿Bruno? —dijo de nuevo la voz.

—No puedo verte —añadí, y entonces el doctor intentó mover un poco la cama con mucho cuidado. Una joven de pelo colorido y ojos celestes, intensos, estaba observándome desde, ¿una silla de ruedas?

—Hola —saludó con una sonrisa triste y lágrimas en los ojos.

—Hola —respondí sin entender quién era o qué hacía allí.

—¿No... no sabes quién soy? —preguntó con algo parecido al temor en sus ojos.

—Lo siento... no... te... recuerdo —respondí agotado, mi cabeza punzaba, dolía demasiado—. Me duele —musité.

—Será mejor que lo dejen descansar —dijo el doctor, y de repente todo se volvió blanco de nuevo.

Bruno había reaccionado por primera vez hacía tres días, pero no podíamos forzar su recuperación y nos habían recomendado no despertarlo cuando nos tocaba entrar. Todas las veces que yo entré estaba durmiendo, menos una, que me pareció que abriría los ojos pero luego volvió a cerrarlos. El médico dijo que era un movimiento reflejo, ya que su cerebro estaba intentando de todas las formas posibles acomodarse.

Pero creo que lo peor fue cuando al fin entré, lo vi despierto y no me reconoció. Salimos de allí consternadas. Nahiara por algo que él le había dicho y yo porque me había mirado como si fuera... nadie.

Nahiara le comentó al doctor que Bruno le habló de su fiesta de cumpleaños. Aparentemente él creía que estaba allí y que luego de eso sucedió el accidente. El detalle era que la fiesta de cumpleaños de Nahiara había sido ocho meses atrás.

El médico dijo que era posible que Bruno estuviera teniendo una amnesia post traumática retrógrada, que significaba que era incapaz de recordar lo que sucedió en el accidente, posiblemente porque su cerebro no tuvo el tiempo necesario para procesarlo, pues fue demasiado rápido el impacto.

Lo raro era que también parecían habersele borrado los recuerdos de aproximadamente ocho meses anteriores al accidente, justo el tiempo que hacía que nos conocíamos. Según el doctor y las pruebas que le estaban haciendo, Bruno estaba evolucionando bien, pero no se podían forzar sus recuerdos. Me pidió que no volviera a ingresar hasta que él lograra recordarme, lo que me dolió en el alma, pero lo hice por su bien. El doctor intentó tranquilizarme prometiendo que todo volvería a la normalidad de a poco, y que Bruno iría recuperando sus recuerdos. El miedo invadía mi alma. ¿Y si no volvía a recordarme?

Aun así me quedé allí todos los días, enterándome de sus progresos. Para Bruno, la vida se había detenido en noviembre del dos mil quince, justo

después de la fiesta de cumpleaños de Nahiara. No recordaba ni las fiestas, ni sus vacaciones en Tarel, ni sus clases en la Universidad, ni la carrera que había decidido seguir... y mucho menos a quién había conocido durante esas vacaciones y todo lo que había vivido con ella.

Aparte de eso —y con el tiempo—, Bruno fue recobrando la movilidad de su cuerpo, ya era capaz de tomar las cosas con sus manos y de mover los pies. Pronto intentarían que se pusiera en pie y diera algunos pasos. Su habla también había mejorado. Al principio había lagunas, cosas que no podía pronunciar, y su voz sonaba distorsionada, como si no pudiera pronunciar bien ciertas letras. Pero según lo que Nahiara me contaba, ya sonaba a Bruno de nuevo.

Todo eso me ponía muy contenta, pero el médico había dicho que en dos semanas Bruno podría regresar a su casa y continuar su tratamiento desde allí. La familia tenía el suficiente dinero para contratar todas las enfermeras que requiriera. Esa noticia, aunque buena para Bruno, no lo era para mí: su madre me había dejado bien claro que no me permitiría el ingreso a la mansión Santorini.

—Bruno no te recuerda —dijo un par de días atrás sentándose a mi lado mientras Nahiara había ingresado junto a él y su padre se había ido a atender sus negocios.

—Lo sé... —murmuré.

—Una vez te ofrecí de todo para que lo dejaras en paz y no me tomaste en cuenta, Celeste. —Sonaba de nuevo como antes, altanera e hipócrita. Ya sus ojos no estaban rojos ni mostraba debilidad por la posible pérdida de su hijo—. Ahora no tienes opción, ya no significas nada para él y lo mejor para ambos es que continúen sus vidas por separado.

—Por favor, no me haga eso —supliqué con la poca fuerza que aún me quedaba.

—Nadie te defenderá ya, querida. Ya no tienes nada que hacer aquí, y mucho menos en mi casa, donde sabes perfectamente que no eres bienvenida —dijo, y yo la miré suplicante.

—Por favor...

—Celeste... —exclamó incómoda y mirándome sin un ápice de compasión—. No te aparezcas, no intentes acercarte a Bruno, no lo busques, déjalo vivir su vida.

—Pero yo lo amo —supliqué de nuevo.

—Justo por eso —dijo ella sonriendo triunfante—. Si lo amas, déjalo en paz. Es lo mejor para ambos. Tú no eres buena para él y él, en su estado, no es

bueno para ti. Ni siquiera podrás cuidar de él, ya que eres tú la que necesita cuidados. —Su tono de voz denotaba desprecio—. Mira, hagamos algo, te daré una nueva oportunidad. Vuelve a Tarel, si algún día Bruno te recuerda o pregunta por ti, yo te avisaré.

—Pero... —Sabía que eso no era verdad.

—Si no es así, no tiene caso que lo busques, ha olvidado que existes. No eres nadie para él —afirmó, y sentí como si tuviera una herida abierta y alguien metiera su dedo apretando en ella—. Mejor regresas a tu vida, no sea que también pierdas tu trabajo. —Dicho eso, se levantó y se fue.

Ese día salí llorando del sanatorio, fui hasta el hotel y me encerré en mi habitación. Lloré, lloré y me cuestioné una y otra vez por qué las cosas estaban saliendo de esa manera. En la desesperación intenté bajarme de la silla para ir a mi cama, pero olvidé poner el freno y, por tanto, me caí y me golpeé un brazo con la punta de la mesa de luz. Me sentí una inútil, estaba agotada, llevaba días sin dormir y sin comer, y ahora ya nada tenía sentido... Si Bruno no me recordaba, no había nada que yo pudiera hacer. Ni siquiera colarme por su ventana cuando su madre no se percatara, pues para eso necesitaba piernas, y tampoco las tenía.

¿Qué iba a hacer? Llamé a Diana y se lo conté, me rogó que volviera, que intentara recuperar mi vida allá, que tratara de olvidar. Incluso intentó hacerme entender que había sido muy poco el tiempo que llevábamos juntos y que aquello pasaría fácilmente. Eso no era cierto, mi corazón nunca olvidaría a Bruno y yo nunca volvería a amar a nadie como a él. ¿Por qué la gente insistía en ponerle fecha de caducidad a nuestro amor solo porque les parecía que se había iniciado de forma muy rápida e intensa? ¿Quiénes eran todos para juzgar nuestros sentimientos?

Lo que sí había aprendido de mi abuelo es que, a veces, el amor implica sacrificios, y en aquella ocasión Gloria Santorini tenía razón. Bruno no me recordaba, yo no era nadie para él. ¿Qué demonios haría quedándome en Salum? Sin trabajo, sin techo, sin comida y... sin Bruno. Estaba más que claro que una vez que saliera del hospital, ya no lo vería.

Decidí quedarme hasta ese día, y ese día llegó. Vi que lo trasladaban en una silla de ruedas. Le habían puesto su remera azul marino, esa que tenía unas letras en rojo. Traía su *jean* gastado y sus tenis negros. Su cabeza iba cubierta con una gorra de su equipo de fútbol favorito. Un enfermero empujaba la silla y Nahiara iba a su lado. Su padre y su madre habían ido a la parte administrativa a pagar. Bruno ya caminaba, pero no largas distancias, y

debían llevarlo hasta el estacionamiento, donde el auto de Roger Santorini lo esperaba para llevarlo a casa.

Entonces pasó a mi lado y me vio. Hizo una seña para que el enfermero se detuviera y este lo hizo. Nahiara me miró también. Yo solo le sonreí, luego me perdí en esa mirada oscura que tanto amaba, quería verme reflejada en sus ojitos enamorados, pero allí solo había vacío. Traté de guardar su imagen en mi cerebro, para recordarlo siempre. Sus labios, ese pequeño hoyuelo que se le formaba cuando sonreía abajo del ojo en la parte superior de su mejilla izquierda, el color de su piel o la textura de sus cejas.

—Tú... —murmuró—. El otro día creí que eras un ángel —dijo sonriendo. Yo solo alcancé a asentir y devolverle la sonrisa—. Tienes unos ojos muy... bonitos.

—Gracias —respondí—. Buena suerte en tu vida... —añadí intentando contener las lágrimas.

—Igualmente —respondió él, y volvió a mirar al enfermero para que siguiera su camino—. ¡Que estés bien! —saludó levantando su mano derecha, y se fue.

—Tú también, mi amor... —susurré, pero ya no me escuchó.

Por fin me estaba yendo a casa, y en el camino vi a esa chica de los ojos tan profundos. Le había preguntado a mamá quién era, pero me dijo que no sabía a quién me refería y que quizá se trataba de alguna enfermera. Dijo que durante el tiempo que estuve internado fueron demasiadas las que me venían a ver y que no podía recordarlas a todas. Le comenté que estaba en silla de ruedas y mamá me dijo que ese hospital tenía política de inclusión y que probablemente era alguien del personal administrativo.

Cuando salíamos hacia el estacionamiento la vi en un rincón. Noté tanta tristeza en su mirada que decidí quedarme. No sabía qué decirle, solo... que parecía un ángel, pues eso había pensado la primera vez que la vi. Sus ojos eran impresionantes, de un celeste muy nítido. Por un momento pensé que el celeste era mi color favorito, pero no estaba seguro de aquello. Cuando me despedí me pareció escucharla murmurar algo parecido a «mi amor», pero luego deseché la idea. Mi cabeza aún me jugaba malas pasadas, las palabras a veces se me confundían en el cerebro, así que no podía confiar en mí mismo.

Pese a lo lenta que iba la recuperación, estaba feliz, me sentía bien y tenía ganas de salir adelante. No sabía qué había sucedido, pues se suponía que no debían decírmelo y que debía ir recuperándolo todo yo solo y de a poco. Me habían dicho que no estábamos en el año dos mil quince, así que entendí que había muchas cosas que había vivido que no lograba recordar. El doctor dijo que era muy probable que recuperara esos recuerdos, que solo debía tranquilizarme y tomarlo con calma. Explicó que probablemente habría algún evento o algo que me haría ir develando todo ese mundo de situaciones sucedidas en mi vida que ahora permanecían ocultas tras una especie de sábana blanca. También les dijo a mis familiares que me dejaran recordar solo, porque la mente en mi estado era bastante vulnerable y fácil de manipular, y en la desesperación podría llegar a crear nuevos recuerdos que nunca existieron. En definitiva, lo único que sabía a ciencia cierta es que

había estado involucrado en algún accidente y que estábamos en la segunda mitad del dos mil dieciséis. ¿Cómo había llegado hasta ahí? No tenía ni la menor idea. No podía recordar nada después de la fiesta de Nahiara, y eso había sido en noviembre del año pasado.

Había intentado rememorar con quién pasé las fiestas o qué hice en las vacaciones, pero no lograba recordar nada, y cuando lo pensaba con demasiada intensidad me ponía muy nervioso y terminaba con fuertes dolores de cabeza. El doctor me había recetado calmantes y había insistido en que mantuviera la calma, que todo se iría solucionando de a poco, que la ansiedad era peor.

Mamá me dijo que Anabella estaba entusiasmadísima por verme, aún no entendía por qué. Lo último que recordaba de ella es que nos besamos en la fiesta de Nahiara, pero no significó nada, ¿o sí? Se lo pregunté a Nahiara, pero ella solo se quedó callada, dijo que no podía decirme nada.

El caso es que se sentía horrible ser un intruso en tu propia vida y que todos me estuvieran ocultando cosas de mí que se suponía yo debía recordar por mí mismo. ¿Y qué sucedería si nunca las recordaba? ¿Si tuviera que vivir la vida entera con este agujero negro que no me dejaba encontrarme a mí mismo? Era como si hubiera ido a algún sitio y en el camino me hubiera perdido, no sabía ni de donde había salido ni a donde estaba yendo, y se sentía desesperante, frustrante. También le pregunté a Nahiara si estaba estudiando ingeniería, a lo que tampoco respondió, y me pidió que dejara de preguntarle cosas, pues no me las diría.

Cuando llegué a casa fui directo a mi habitación, tanto movimiento había terminado por agotarme. Me recosté y dormí por horas.

El mundo para mí era como estar transitando entre las nubes del cielo, como cuando se viaja en un avión y se ven las nubes pasando por abajo, cubriendo parte de lo que hay en la tierra pero dejando otras a la vista. Yo caminaba en mi propia vida como si esas nubes cubrieran mis pies, o mis manos, o por momentos mis ojos. No podía ver a donde iba, no estaba seguro de nada.

Mi cerebro me traicionaba en muchas ocasiones. Si yo pensaba en una cosa, las palabras no se juntaban. Si escuchaba algo que decían, no podía entender su significado. Si quería tomar algo o hacer alguna actividad con mis manos, mis ojos parecían no seguir su recorrido, y así no podía encastrar dos piezas sencillas de algunas de mis esculturas favoritas, las que hacía desde adolescente.

También se me dificultaba pensar en colores, como mi abuela me había enseñado a hacer. Los nombres de los colores no respondían al significado. Mi cerebro estaba tan desordenado, como si hubiera pasado un huracán por el medio de una casa y lo hubiera tirado todo. Había cosas que encontraba y había cosas que no. Y también había algunas cosas que me parecían familiares, pero no sabía de dónde o por qué. Todo era un caos y prefería dormir, así al menos la neblina blanca me acaparaba por completo y no necesitaba hacer ningún esfuerzo por funcionar como antes. Era frustrante.

Comencé a caminar como un anciano. Al principio usaba andadores, luego me atajaba con las cosas y posteriormente pude dar un paso tras otro con muchísima fatiga. Aun así lo logré, caminaba lento, tambaleante, pero caminaba. De hecho, me enfocaba más en la fisioterapia para recuperar mis facultades motrices que en pensar en lo que no recordaba. Aquello me resultaba menos estresante, ya que con mucho esfuerzo al menos se veían los resultados, sin embargo, mis recuerdos, por más que los buscaba, no aparecían.

Mis manos empezaron a responderme un poco más, aunque aún me costaba que siguieran las órdenes de mi cerebro. Me compraron bloques de juguetes para trabajar la motricidad, como si fuera un niño pequeño. Eso me frustraba y me dolía. Mi cerebro quería seguir haciendo lo que tanto amaba, trabajar en mis esculturas, aquellas que había dejado a medias en la mesa del escritorio o en la biblioteca, pero mis manos aún no respondían y terminaba estropeándolas. El doctor me pedía paciencia y más paciencia, pero yo me preguntaba: ¿hasta cuándo?

Anabella empezó a venir todos los días, me trataba con cariño y demasiada familiaridad. Me ayudaba a caminar por las tardes o me hacía masajes en el cuello. Empecé a pensar que ella y yo teníamos algo, pero por más que intentaba recordarlo no podía.

Una noche mamá me habló, me dijo que la mamá de Anabella le había dicho que su hija estaba sufriendo demasiado porque yo no recordaba lo que tuvimos. Me preguntó si en serio no lo recordaba y yo le respondí que no tenía idea de nada. Me comentó entonces que nos habíamos puesto de novios en navidad del año pasado, y que desde entonces nos habíamos vuelto inseparables y nos llevábamos demasiado bien, que justo unos días antes de que sucediera el accidente —que por cierto aún no sabía cómo había sucedido exactamente—, yo le había dicho a mamá que iba a pedir su mano luego de la fiesta que organizaba la empresa de papá. Luego mamá se lamentó por

haberme dado toda esa información que se suponía debía recordar por mi propia cuenta.

La verdad me sentí confundido y anonadado, no podía recordar nada de eso, pero quizás era cierto, ya que lo último que recordaba era haberla besado. Además, cuando habló de pedir su mano me vi a mí mismo comprando un anillo... No sabía si la escena era real o un sueño, pero apareció en mi cerebro como una fotografía, y pensé que quizá lo había ido a elegir para ella. A la fiesta de mi padre no fui porque el médico dijo que aún no era conveniente, así que ese año me había salvado, pero Anabella se ofreció a quedarse conmigo esa noche, y la verdad es que fue de lo más incómodo.

—Me encanta volver a dormir contigo —dijo mientras se ponía un camisón corto que apenas le cubría las piernas y se acostaba a mi lado.

—¿No será mejor que duermas en la habitación de Nahiara? —le pregunté incómodo—. Ellos vendrán muy tarde, así que no creo que haya inconvenientes.

—¿No puedo dormir aquí?... Te extraño demasiado, Bru —susurró poniendo una cara infantil.

—Está bien... —Ella se metió en mi cama antes de que terminara la frase.

—Bruno... ¿Recuerdas el sexo? —preguntó cuando ya habíamos apagado las luces y nos disponíamos a dormir.

—Mmm, sí —dije recordando a la única mujer con la que había estado, Lucía... Pero entonces me pregunté si acaso había estado con Anabella luego de aquella fiesta.

—¿No lo necesitas? —Quiso saber.

—En realidad, apenas puedo moverme, mi cuerpo no funciona del todo bien. —Reí más que nada por incomodidad—. ¿Tú y yo hemos...? —pregunté.

—¿No lo recuerdas? —dijo abatida mientras pasaba sus manos por mi espalda en caricias suaves.

—No... Lo siento —respondí asumiendo que por lo visto lo habíamos hecho y sintiéndome algo culpable por no recordarlo.

—Yo te haré recordar, si me dejas... —murmuró en mi oído. Mi cuerpo empezó a reaccionar a su calor y sus caricias, pero yo no quería que sucediera nada, no hasta que yo recordara algo más. Sentía que la engañaría si lo hacía.

—Creo que será mejor esperar un poco —murmuré—. No te ofendas, pero quisiera estar seguro de algunas cosas primero.

—Está bien —dijo ella besándome en la mejilla—. Será genial tener una segunda primera vez contigo —susurró cerca de mis oídos mientras cruzaba

su brazo en mi estómago acercando su cuerpo al mío y haciendo silencio para dormir.

Yo no me sentí cómodo, no me sentí bien. Su cuerpo y el mío no encajaban. Yo no quería estar ahí, así... con ella. Me pregunté si acaso estaba enamorado antes de que sucediera todo, me sentí raro, me parecía que estaba con una extraña, y esa sensación era horrible. ¿Acaso se podía olvidar así a un amor? Me sentí mal por ella. ¿Qué sucedería si no volviera a recordar lo que teníamos? Yo no podía vivir una farsa pretendiendo sentir algo que en realidad no sentía solo porque todos decían que estábamos enamorados, ¿o sí?

Suspiré y cerré los ojos agotado. Entonces recordé a mi abuela y su enfermedad. Ella solía anotar sus recuerdos para no olvidarlos y leerlos a diario. Me regañé a mí mismo por no tener los míos anotados en algún sitio donde pudiera ingresar ahora a buscarlos, sin embargo, eso era ilógico, nadie lo hacía. Pensé en ella y en cómo parecía siempre recordar a mi abuelo y su gran amor, incluso cuando más enferma estaba. Cerré los ojos y, en vez de ver blanco o negro, vi el color celeste. Me pregunté por qué sería aquello, pero me agradó la paz que conseguí al hacerlo, y me entregué al sueño.

Seis meses habían pasado desde que vi a Bruno por última vez. Seis meses desde que él me había olvidado. Por desgracia, yo no había podido hacer lo mismo. No podía culparlo, no era su culpa, lo sabía, pero dolía, dolía mucho el olvido, dolía el saber que no tuvimos oportunidad, el saber que no pude hacer nada por él.

Mi vida era monótona y algo triste. Había tratado de conservar las rutinas para no caer en el abismo. Diana y Tomy intentaban de todo para distraerme, pero el vacío que sentía en el pecho era demasiado grande y no parecía poder llenarse jamás.

Diana tuvo la idea de que fuera a verlo, de que investigáramos por dónde andaba y pasáramos por algún lugar que él visitara para que me lo topara, a ver si de esa forma estirábamos los recuerdos. Antes de dejar el hospital, una enfermera —que se había encariñado mucho conmigo— me había comentado que el médico dijo que su amnesia sería temporal y que a medida que sucediese la vida, los recuerdos irían apareciendo en su mente y tomando forma de nuevo.

Al principio me aferré a aquello, quise creer que un día aparecería en mi puerta y me diría que me amaba y que ya había recordado todo, pero ya después de tanto tiempo había perdido las esperanzas. Solía escribirle a Nahiara para preguntarle cómo estaba, y ella me respondía escuetamente que estaba bien, mejorando, pero no daba pie a demasiada conversación. Nahiara era extraña, yo no terminaba de entender si le caía bien o no.

Pero ahora ya nada de eso importaba, Bruno ya no era parte de mi vida o, mejor dicho, yo no era parte de la suya, puesto que él quedaría en mis recuerdos por siempre y eso lo hacía parte de mi vida, de mi historia. Entonces recordé aquellas frases hermosas del diario de su abuela con respecto a su enfermedad que tanto me habían impresionado: *«Esta enfermedad es cruel porque no está matando mi cuerpo, sino mi alma misma.*

Se lleva mis recuerdos y con ello se lleva mi esencia, pues, ¿quién soy yo sin mis recuerdos? ¿Si es solo en ellos en donde vives tú?».

Bruno viviría en mis recuerdos por siempre, pero yo ya no vivía en los suyos, y eso dolía. Sufría al pensar que si no se recuerda algo que pasó, ese algo prácticamente deja de existir, ya que el pasado solo existe porque está en el recuerdo de alguien. Me aferraba a nuestra relación recordando sus palabras o recreando momentos, porque era nuestra historia, y si él no la recordaba, al menos debía recordarla yo, para convencerme a mí misma de que fue real, de que existió.

En el medio de tanta tristeza, hacía unas semanas se había acercado a mí —en la plaza— un hombre de unos treinta años. Su nombre era Mario Garza, venía de Farsut en busca de nuevos talentos, pues estaba abriendo una galería en Tarel. Observó mis cuadros y me preguntó si me interesaría exponer. Casi respondí que no, porque en realidad no tenía ganas de nada, pero terminé aceptando, porque Diana estaba conmigo en ese momento y ella —más o menos— me obligó a hacerlo.

Así que terminé trabajando para esa exposición, pintando cuadros para dicho evento que sería en una semana. El señor Mario había elegido cinco jóvenes para exponer y cada uno de nosotros debía presentar cinco obras, el público asistente elegiría por votación una obra de cada uno para ser llevada a una exposición en Salum, en el marco publicitario del museo que el señor Mario estaba inaugurando.

Trabajaba en un cuadro especial. Recordaba haber visto una película en la cual la protagonista amaba la cocina y era capaz de expresar sus sentimientos en cada uno de sus platos. Si ella lloraba, todos sus comensales lloraban; si ella reía, quienes degustaban sus platos también lo hacían. Yo quería lograr eso, quería expresar la tristeza de mi alma en esa pieza que llamaría *El olvido*.

Y el tiempo pasó rápido como cuando la vida pasa por un lado y no tienes ganas de vivirla, como si se observara una carrera desde la ventana de una casa pero no se pudiera participar de ella. La semana de la exposición llegó y mucha gente se presentó en el museo para observar los trabajos. La verdad es que habían venido muchos críticos de Salum y otros tantos de Farsut, así que mientras ellos observaban mis cuadros yo me preguntaba qué estarían pensando. Por primera vez me encontraba ante entendidos de arte observando mi trabajo, y se sentía una ansiedad muy distinta a la que se siente cuando el trabajo es observado por una persona cualquiera, sin instrucciones en el tema.

La crítica fue muy buena y *El olvido* se ganó su sitio en la ciudad de Salum, a la que viajaría la semana siguiente, junto con los cuadros de los

demás, para ser expuesto. Tuve la posibilidad de ir, pero no quise. Salum me traía malos recuerdos y no podría estar allí sin recordar una vez más todo lo que había vivido con Bruno.

No era que no lo recordase todos los días de mi vida desde hacía seis, ya casi siete meses. Era solo que no necesitaba recuerdos frescos, vívidos. No necesitaba luchar contra mí misma para no ir a verlo a su casa y gritarle en la cara cuánto lo amaba y lo mucho que lo necesitaba.

Mejor me quedaba aquí, en mi «zona de confort», como decía Diana cuando criticaba mi pasividad sin entender que en realidad no había nada que pudiera hacer al respecto.

La prótesis que Bruno me mandó a hacer me fue enviada a mi casa luego de que no fuera a buscarla jamás. No fui a tomar las sesiones de rehabilitación ni tampoco quería usarla. Había una nota de la clínica pidiendo que la probara y para cualquier ajuste fuera a verlos. Bruno la había pagado en su totalidad en las primeras sesiones que fuimos, así que ahí estaban partes de mis recuerdos con él, partes de nuestra historia. Entonces, entre lágrimas, le hice un montón de dibujos y trazos de momentos que habíamos vivido juntos y los guardé en el placar.

Durante todo ese tiempo me había dedicado a leer todas y cada una de las cartas que Viviana Oliveira le había enviado a mi abuelo. Era impresionante todo lo que compartieron por tantos años, desde detalles pequeños —como un dolor de cabeza o la picadura de un insecto— hasta importantes decisiones de vida, donde Viviana le preguntaba a mi abuelo si estaba de acuerdo con sus decisiones con respecto a su hija —cuando esta aún era una niña—. Viviana adoraba a Bruno y le hablaba muchísimo a mi abuelo de él. Me encantó descubrir que mi abuelo conoció al chico del cual estoy enamorada, lo conoció desde que nació. Viviana le relataba historias de su vida, sus aventuras, sus conversaciones y lo veía demasiado parecido a mi abuelo. Suponía que por los rizos que ella decía que mi abuelo tuvo cuando eran jóvenes, pues la verdad era que cuando yo lo conocí ya tenía el pelo muy corto. Creo que en cierta forma ella se imaginaba en Bruno al niño de ellos, al chico que nunca nació, y al que ella llamó Franco.

Viviana también hablaba de mí, y eso fue una grata sorpresa. Llenaba a mi abuelo de mensajes positivos para que me los transmitiera, le decía que nunca me hiciera sentir que era incapaz de algo. Le platicaba de cuánto le habría gustado conocerme y enseñarme algunos trazos y le decía que yo era una niña hermosa por dentro y por fuera, y que había sacado lo mejor de él, sus ojos. Suponía que mi abuelo le habría mandado alguna fotografía, ya que encontré

que intercambiaban fotografías de los nietos. Luego de todo aquello tuve la certeza de que la Sirena de mi habitación era yo misma, bajo la visión de Viviana, y aquello me hizo sentir feliz, a pesar de la melancolía en la que vivía sumida.

Ella también le mandó una foto del jardín de Tarel, de la cúpula de hierro y las flores alrededor, casi tan igual a como cuando conocí el sitio. Le dijo que pintaba allí todo el tiempo, y que también le escribía desde ahí. Decía que era su lugar favorito en el mundo, pues lo acercaba a sus recuerdos con él. Viviana había enterrado en ese sitio el cuerpecito de su pequeño Franco.

Me gustó enterarme de aquello, pues amé ese lugar desde el momento en que lo vi, lo encontré cargado de energías y de inspiración. Ojalá pudiera volver.

Era triste saber que nuestras historias de amor estaban destinadas al fracaso. Mi abuelo y Viviana no pudieron amarse en libertad, por más que se amaron toda su vida. Bruno y yo tampoco podríamos hacerlo.

Un irónico y triste destino para ambas parejas...

Había logrado mayor independencia y todo había vuelto a la normalidad, menos el enorme buraco que tapaba mis recuerdos. Lo peor era que cuanto más los intentaba rescatar, más al fondo se me iban, y la desesperación se apoderaba de mí.

Había hablado con el doctor y me había insistido en que no deseperara, que nunca había dicho que las cosas serían fáciles. El tema es que tenía malas intuiciones, creía que mi madre había estado intentando llenarme la cabeza de recuerdos que en realidad no existieron. No sabía si estaba o no en lo correcto, pero siempre que se trataba de Anabella ella mencionaba alguna cosa que se suponía había vivido con ella y luego se disculpaba por haberlo mencionado. ¿No se suponía que no debían decirme nada?

Además, había encontrado cuadernos y trabajos que indicaban que había estado asistiendo a la Universidad de Bella Artes, y cuando le pregunté me respondió rotundamente que no. Sentía que no dejaba fluir mis recuerdos, y de mi madre, se podía esperar cualquier cosa.

Esa tarde decidí ir a la Universidad, quizás estando allí podría recordar algo, así que sin decir nada saqué el auto y me puse en camino. Hacía un par de meses que estaba manejando de nuevo. Mi padre se había mostrado muy reacio a que lo hiciera, pero tampoco quería estar dependiendo siempre del chofer.

La Universidad de Bellas Artes era una construcción hermosa y moderna. Cuando estuve enfrente de repente me sentí muy atraído a ella, sentí que ya había estado allí, y pronto pude determinar que así fue. Recordé los lugares, el comedor, el patio, las aulas del segundo piso, la cancha de básquet que estaba en el área de deportes y el museo que estaba justo al lado, una construcción completamente aislada para hacerlo independiente pero que todos sabíamos que dependía de la Universidad.

Pude ver afiches que invitaban a inscribirse en las distintas carreras y encontré el área donde estaban las esculturas de los artistas más famosos del país. Recordé haber estado ahí antes y haber tomado la decisión de estudiar. Recordé habérselo dicho a mi padre y que él pensó que era solo parte de una especie de «rebeldía adolescente tardía». Recordé a la maestra Silvia, encargada de las clases de Dibujo, que era muy amable y accesible con los alumnos.

Me sentía en éxtasis porque estaba «estirando recuerdos». Quizás era eso lo que debía hacer, visitar los lugares en los que estuve ese tiempo. Ahora tenían sentido para mí las esculturas que estaban olvidadas en la biblioteca. Eran trabajos prácticos. Fui a la administración y me presenté, pregunté sin dudarle cuál era mi situación académica y ellos me dijeron que no había dado los exámenes finales.

¡Bien!, había estado allí, había recobrado una parte de mí. Salí emocionado y corriendo, quería contárselo a Nahiara, que parecía ser la única a la que le importaba mi vida. Estaba yendo hacia el estacionamiento cuando vi un afiche que rezaba: «Exposición de pintura, nuevos talentos de Tarel». Algo en ese título llamó mi atención, quizá porque mi abuela era de Tarel y le encantaba pintar esos paisajes de aquella mágica ciudad.

Ingresé sin dudarle. Había cinco cuadros que al parecer habían sido escogidos de una exposición realizada en la misma ciudad de Tarel. El primero era un paisaje de las playas cercanas a la montaña; el segundo, una pintura abstracta llamada *Los colores de Tarel*: parecía que habían chorreado sobre el lienzo un montón de pomos de pintura sin ningún orden o concordancia, y lo primero que me vino a la mente al verlo fue: «Estos no son los colores de Tarel, aquí falta el celeste». ¿Por qué mi cerebro dijo aquello?

Me quedé meditando un poco mientras observaba el tercer trabajo. Se trataba de la imagen de una anciana y una niña pequeña en las calles del mercado de Tarel. Luego llegué al cuarto. Al verlo, sentí como si un escalofrío me subiera por la espalda. Se llamaba *El olvido* y en él una sirena de pelo multicolor estaba sentada en una roca en medio del alta mar, miraba la luna llena y lloraba. Los ojos de la sirena eran celestes y estaban cargados de dolor, y debajo de lo que parecían ser las aguas oscuras del mar podían verse cartas, libros, pinceles y un anillo, hundiéndose en el agua.

Mi corazón latía demasiado fuerte, pensé que estaba por tener una crisis de ansiedad o algo así. No entendía por qué mi cuerpo estaba reaccionando de esa forma. Miré los ojos de esa Sirena una vez más, se parecían a los ojos de alguien, alguien a quien no podía recordar por más que lo intentara. Mi

corazón se aceleraba y se aceleraba, empecé a sudar frío y tuve que recostarme.

—¿Estás bien? —preguntó un hombre de traje acercándose.

—Sí, solo... creo que me ha bajado la presión —respondí sin entender del todo mi reacción.

—Bueno, puedes ir a servirte algo allá. —Me señaló una mesa con comida.

—Gracias —asentí, y volví a mirar el cuadro.

Cuando el hombre se alejó me acerqué de nuevo para mirar la firma. «Celeste Maldonado». Ese nombre me sonaba demasiado. Cerré los ojos tratando de evocar algún recuerdo, pero solo pude repetir la imagen mental de los ojos profundamente celestes y doloridos de la Sirena del cuadro.

Cuando llegué a la casa fui directo a la Biblioteca a buscar mis esculturas y me senté en el escritorio a verlas y tocarlas para ver si lograba evocar algo más. Entonces mi mirada se fijó en la réplica del cuadro de mi abuela, la fotografía estilo postal que estaba bajo el vidrio. «La casita de Arsam», habló mi cerebro. ¿Qué casita de Arsam? Yo no había estado nunca en Arsam, ¿o sí? Cerré los ojos y la imagen de mí mismo sobrevolando la ciudad de Arsam en un parapente me golpeó. ¡Si había estado en Arsam! Mi corazón de nuevo empezó a latir con fuerza y me acerqué a observar la imagen. La miré y me pareció ver los ojos celestes de aquella sirena mirándome con tristeza desde la ventana de la choza. Cerré los ojos pensando que me estaba volviendo loco y volví a abrirlos, pero ya no estaban.

Pensé en las cosas que había en la casa de Tarel, las que estaban en la caja fuerte, y me pareció recordar que yo había traído todo aquello a Salum, pero allí no encontré nada. ¿Dónde estaban la caja roja y las cosas de mi abuela? Entonces me vi a mi mismo guardando todas esas cosas en una mochila con corazones. Estaba alterado y enojado. Recordaba haber salido de la biblioteca y haber presenciado una discusión de mi madre con mi padre, pero no recordaba de qué iba la discusión, solo que salí de allí alterado para ir a... a... ¿a Tarel?

¿A qué iba a Tarel a mitad de la noche? Luego tuve un recuerdo sobre música, el impacto... y el silencio que se llevó mis memorias.

—¿Estás bien? —me preguntó Nahiara.

—No. —Abrí los ojos y fui consciente de la forma en que me encontró mi hermana: estaba tirado en el piso, agarrándome la cabeza e hiperventilando—. Creo que he recordado el accidente.

—¿De verdad? —dijo sentándose a mi lado y tomándome de la mano.

—Nahiara... ¿A qué iba a Tarel a la madrugada? —pregunté, y ella suspiró.

—Quizás ir a Tarel te hará bien, Bruno —añadió luego de un minuto de silencio en el cual pareció pensar eternamente una respuesta—. No estoy de acuerdo en la forma en que mamá está manipulando tus recuerdos, pero no seré yo quien te diga las cosas. Deberás recordarlas tú mismo —continuó.

—Tenía la sensación de que mamá lo estaba haciendo —musité confundido.

—Si sabe que iremos a Tarel no nos dejará hacerlo, deberemos inventar algo —habló Nahiara mirándome muy seriamente.

—Puedes decir que debes grabar en alguna ciudad y que te acompañaré. No lo dudará porque lo hemos hecho un par de veces —ofrecí—. Podemos decirle que será una buena distracción para mí.

—Genial, déjame a mí. Debes estar listo para salir mañana temprano.

—Bien —asentí, y mi hermana se levantó como para marcharse—. Nahiara...

—¿Sí?

—Gracias. —Ella sonrió. La esperanza de recuperar mi vida inundaba mi alma, pero también el miedo a lo que encontraría más allá de mis recuerdos.

40

• Celeste •

¡Claro que lo amo!

Esa noche no dormí bien. El sueño-pesadilla había regresado. ¿Otra cosa nueva sucedería en mi vida? Estaba harta de todo, de lo bueno, de lo malo, de lo común, de la rutina... Estaba harta de la soledad.

Decidí ir al cementerio, quería hablar con mi abuelo y contarle cómo me sentía. La soledad era una compañera injusta, triste y dolorosa que no me dejaba ni a sol ni a sombra, era egoísta y celosa, pretendía acaparar mi vida y, de hecho, lo hacía.

Quería estar con mi abuelo, era uno de esos días en que lo extrañaba, en que anhelaba verlo, sentarme en su regazo y que me contara una historia. Una historia de cómo la Sirenita Celeste lograba superar el olvido y el desamor, de cómo saldría adelante con el corazón tan vacío.

—Hola, abuelito —saludé, y me bajé de la silla para sentarme sobre el pasto y ponerle flores en su tumba—. No sabes la falta que me haces... Tu cuento, aquel en el que encontraba a mi príncipe, aquel a quien no le importaba mi condición sino solo el amor que nos teníamos, no ha terminado como me dijiste. —Las lágrimas empezaron a derramarse por mis mejillas como si hubiera abierto una represa.

»Me gustaría que me dijeras qué hacer. Al menos tú mantuviste contacto con el amor de tu vida a pesar de los años y la distancia, yo no puedo mantener contacto con alguien que no me recuerda —volví a sollozar—. Ya no lo soporto, abuelo, ya no soporto este dolor. Dime qué hacer, por favor, dime cómo olvidarlo, cómo seguir mi vida después de Bruno.

Me quedé allí llorando en silencio, aferrándome al césped y a la tierra, recostada en el suelo. Observé las nubes pasar encima de mí y recordé a mi abuelo decirme que me hablaría con sus formas. Entonces vi una que parecía una pelota de *rugby* y recordé a Bruno bromeando sobre que su corazón tenía esa forma. Sonreí amargamente entre mis lágrimas. Como si fuera una caricatura, empecé a imaginar a mi abuelito sentado en esas nubes dibujando

bosquejos, pero ahora no lo imaginaba solo, me gustaba pensar a Viviana sentada a su lado, enrollando los rizos de mi abuelo entre sus dedos, besándole la frente, pintándole los ojos con su pincel mágico.

Eso era algo que había leído en una de las cartas. Hablaba de un libro de cuentos que mi abuelo le había enviado y Viviana recordaba una escena que me pareció adorable: cuando se conocieron recién, mi abuelo quedó anonadado por la belleza de Vivi. Una tarde en que ella estaba pintando, él le preguntó si acaso su pincel era mágico, por eso podían salir de él los colores más hermosos. Vivi sonrió y le respondió que sí. Mi abuelo le dijo que a él le encantaría conocerla mejor y poder acceder a toda la magia que ella le transmitía. Ella se quedó en silencio y luego le hizo gestos para que se acercara, mi abuelo lo hizo y Viviana le dijo que cerrara los ojos. Él obedeció y entonces ella le pintó los ojos. Luego, sonriendo le dijo: «Ahora ya tienes algo de mi magia y de mis colores». En su carta, Viviana recordaba que mi abuelo había quedado sorprendido ante esa escena que a ella le pareció por demás divertida.

Un sonido de pisadas me trajo de nuevo a la realidad. En la distancia pude ver a dos personas caminando de espaldas. Podía reconocer ese cuerpo donde fuera que lo viera: era Bruno, con Nahiara. Me incorporé con velocidad y subí a mi silla para marcharme, no sabía cómo reaccionar. ¿Qué hacía Bruno en el cementerio? Verlo después de tanto tiempo generó olas de energía que sacudieron mi cuerpo de arriba abajo y la ansiedad me tomó presa. No sabía si correr, llorar o quedarme allí en ese sitio.

La rueda de mi silla se trabó en algo de arena húmeda. ¡Justo lo que me faltaba!

—¡Rayos! —me quejé en silencio, pero Bruno se giró. Nuestras miradas se cruzaron y entonces vi confusión en sus ojos.

—Tú eres la enfermera, el ángel que vi en el hospital —dijo acercándose casi corriendo. Me alegró ver que había recuperado sus movimientos y que se veía tan perfectamente sano, aunque era obvio que no había recuperado la parte de memoria donde me guardaba a mí. No contesté, simplemente las palabras no se formaron en mi cerebro y mucho menos hicieron el camino hasta mi boca—. ¿Necesitas ayuda? —Yo solo asentí ante la estupefacta mirada de Nahiara, que se acercó atrás de su hermano y me brindó una sonrisa incómoda.

Bruno movió mi silla y la colocó en el caminero. Yo, sin mirarlo, le agradecí yéndome de allí lo más rápido posible.

—¡Espera! —Lo escuché gritar, pero no me detuve.

Volví a casa cargada de emociones encontradas, inspiración, alegría y tristeza. Haberlo visto había alegrado mi alma, sabía que estaba bien, que había recuperado sus facultades físicas y que al menos no parecía haber secuelas graves del accidente. Pero en el momento en que sus ojos se juntaron con los míos sentí en un solo instante cuánto lo extrañaba, y el dolor que me causaba su ausencia se mostró pulsante y sangrante en mi interior.

Tomé un bloc de notas —era una especie de cuaderno o libreta de dibujo—, tenía varias hojas en blanco y empecé a garabatear bosquejos. No era muy asidua al dibujo en sí, así que lo que estaba haciendo eran en realidad trazos con lápiz de grafito, que luego pinté con colores acuarelados.

Dibujé varias escenas, desde que conocí a Bruno hasta el día del hospital, cuando lo vi partir. El primer dibujo era yo pintando en la plaza y él mirándome detrás. El segundo dibujo éramos los dos sentados en el pasto tomando café. El tercer dibujo éramos ambos bajo la lluvia, él subiéndome a la silla. En el cuarto dibujo estábamos en la playa y él me ponía unas piernas de arena. En el quinto me cargaba en sus hombros y corríamos en la arena. En el sexto nos besábamos. En el séptimo estábamos en el agua, en la piscina del altillo en la casa de Tarel, desnudos. En el octavo estábamos empapados en pintura... Y así completé más de veinte dibujos con nuestra corta pero intensa historia mientras lloraba y dejaba a mi alma desangrarse una vez más ante su recuerdo y nuestro fugaz reencuentro. Los lápices de colores acuarelados se mezclaban con el agua de mis lágrimas antes de tocar las hojas, lo que hacía a toda esa situación más intensa y emocional.

Terminé tarde, no sabría precisar la hora exacta. Tampoco sabía de qué día, ni de qué fecha. Estaba perdida en el tiempo y los recuerdos, agotada, las lágrimas y los sollozos me habían cansado el alma y el cuerpo. Dejé los bosquejos en la mesa, fui directo a la cama y me sumí en un sueño profundo del cual no recordaba nada, solo que conseguí por unos instantes toda la paz que necesitaba.

Un sonido estruendoso y repetitivo intentaba despertarme, no sabía de qué se trataba... Abrí los ojos aun adormilada, sin entender nada. El timbre sonaba. Mi silla estaba al lado de mi cama, subí a ella y fui a atender.

—¡Ya va! —grité ante la insistencia. Abrí la puerta y ahí estaba ella, su mirada consternada y temerosa.

—Hola...

—Nahara —saludé asombrada.

—¿Estás bien? —preguntó. Supongo que mis fachas no eran alentadoras: despeinada, recién levantada y luego de haber llorado todo un río.

—Hace mucho que no recuerdo qué es estar bien —respondí.

—¿Podemos hablar? —preguntó, y la dejé pasar. Ella se sentó en la sala y yo me quedé en mi silla. Siempre que estaba nerviosa permanecer en ella me daba un poco más de seguridad.

—Te escucho —dije ante su silencio—. ¿Cómo sabías dónde vivo?

—Me traje el chofer —se encogió de hombros.

—Claro... —Entonces reconocí la mochila.

—Quiero darte esto —dijo pasándomela—. Bruno la traía la noche del accidente y creo que te pertenece. Pude recuperarla antes que nadie y la guardé todo este tiempo. No la revisé —explicó como para que no me asustara, pero en realidad no sabía qué era lo que Bruno traía ahí. Él había llevado comida en esa mochila una de las veces que se fue de casa a Salum luego de traerme.

—Gracias —asentí tomándola sin abrirla. Pensé que eso era todo, pero no lo fue. Nahiara tomó aire y empezó a hablarme.

—Bruno no te recuerda, pero está a punto de hacerlo, todo en esta ciudad le habla de ti, y yo lo traje por eso. Mi madre ha estado haciendo de las suyas haciéndole creer que él tenía una relación con una chica amiga de la familia antes de que sucediera el accidente. Lo descubrí hace poco y me molesté mucho. Se suponía que no debíamos decirle nada, que él debía recuperar sus recuerdos solo, y mucho menos implantarle recuerdos que no sucedieron, eso solo retrasa su recuperación. Lo traje aquí esperando que recordara más cosas. Yo... quisiera saber si tú tienes algo, un objeto que pudiera dejarle cerca, que pudiera hacerle recordar, ¿me explico? Algo importante para ambos —añadió.

—¿Por qué lo haces? —pregunté dubitativa.

—Porque él te ama, y aunque su cabeza no te recuerde su corazón lo hace, y no será feliz si no es contigo. Él esa noche venía a quedarse contigo, a casarse, había renunciado a la familia por ti. No puedo vivir tranquila sabiendo eso. Si aún lo amas...

—Claro que lo amo... —susurré interrumpiéndola, y las lágrimas empezaron a fluir de nuevo. Entonces me dirigí a la mesa y tomé el cuaderno de dibujos que había hecho—. Quizás esto sirva —dije entregándoselo.

Nahiara asintió sin mirar y se despidió, plantando en mi pecho una nueva esperanza.

Estaba recostado en mi cama pensando en la lluvia de recuerdos que me estaban queriendo venir a la mente pero no llegaban. Era como si estuvieran atascados. Habíamos ido al cementerio con Nahiara a visitar la tumba de la abuela Vivi; siempre que estaba aquí me sentía muy cerca de ella. Estábamos volviendo cuando sentí algo extraño, no sabría expresarlo con nitidez, era como si algo me llamara, como un presentimiento. Me giré ante esa sensación y la vi, la chica de los ojos celestes, la de la silla de ruedas y el pelo multicolor.

Nuestros ojos se juntaron por unos minutos y nunca sentí tanta intimidad, sentí como si ella fuera parte de mí y yo parte de ella. Como si la conociera, desde siempre. Me acerqué corriendo a hablarle, pero ella estaba muy alterada. Era obvio que sabía quién era, había reconocimiento en su mirada, había... algo más en ella... mucho más. Me sentí un tonto por no haberlo visto antes, incluso en el hospital.

Intenté entablar una conversación. La rueda de su silla se había atascado en una zona de barro, la ayudé a salir pero ella huyó de mí. Cuando la vi partir recordé el cuadro de la sirena con los cabellos multicolores y un nombre volvió a mi cerebro: Celeste, murmuré, pero ella ya se había ido.

—¿La recuerdas? —preguntó Nahiara, y la miré confundido.

—No del todo, pero algo muy fuerte me acaba de suceder. Es como si tuviera todos los recuerdos a punto de salir, es como si ella... fuera la respuesta —musité confundido.

Nahiara no dijo nada, pero cuando llegamos a la casa mencionó que tenía que salir por un rato. Decidí ir a mi estudio. Desde que llegamos no había entrado a ningún otro sitio que no fuera mi cuarto y solo fue para tomar una siesta. En mi estudio vi los cuadros, todos eran similares a los de la exposición en Salum, sobre todo el de la imagen de una sirena en alta mar.

Un destello de memoria cayó a mí y me vi en la plaza de Tarel comprando ese cuadro. Fue allí cuando la recordé, yo conocía a Celeste Maldonado, la chica que pintó ese cuadro que se exponía en Salum y que pintó todos los que estaban en mi estudio. Pero aun no era suficiente, ¿qué había sucedido en mi vida y la de Celeste?

Empecé a deambular por la casa como alma en pena, en busca de algo que me diera las respuestas. Todo en esa casa me hablaba de ella, tenía recuerdos de ella paseando por esos sitios, podía sentir su peso en mi espalda, yo la levantaba. Había visto una pintura llena de colores y trazos que estaba guardada en un sitio en mi estudio, un lienzo grande, y entonces pude recordarla, su cuerpo desnudo envuelto en pintura.

Mi corazón palpitaba con desesperación y busqué a Nahiara, ella debía decirme qué era Celeste de mí, porque yo ya empezaba a deducirlo, mi corazón recordaba todo, pero la información no llegaba completa a mi cerebro. Mi hermana no estaba, aún no había llegado, entonces la llamé.

—Nahiara, necesito que vengas y me digas qué es Celeste de mi —dije desesperado.

—Ya te llevo tu respuesta —respondió ella con voz alegre.

La esperé ansioso en el umbral de la casa. Cuando llegó corrí a ella como un niño esperando un regalo. Ella no dijo nada, solo me pasó un libro, un cuadernillo con bosquejos o dibujos.

Ahí, en trazos simples apenas coloridos, estaba toda mi historia con Celeste, y bastó que abriera la primera página para recordar la escena. Yo viéndola pintar de espaldas sentada en el pasto, queriendo hablarle. Ella mirándome con esos ojos tan profundos y rechazándome. Yo descubriendo su secreto, ella llorando.

Recordé el aroma de su pelo, el color de sus ojos cuando terminábamos de hacer el amor, la textura de su piel, el sabor de sus labios. Recordé cuánto la amaba, pero eso no fue un recuerdo de mi mente, como las escenas de lo que habíamos vivido, fue como si mi cerebro hiciera al fin una especie de clic con mi corazón y como dos piezas de un bloque encastraran por fin. Fue como si mi mente escuchara lo que mi corazón gritaba desde hacía tiempo, fue como sentirme pleno, como sentir que ya no necesitaba saber nada más. Había recordado lo más importante que había perdido, había vuelto a ser yo mismo, pues yo era completamente yo solo si estaba con ella.

Nahiara me observaba atenta mientras las lágrimas mojaban mis mejillas. Debía verla, correr a su encuentro, abrazarla. Los recuerdos no dejaban de fluir por mi mente: nuestro amor, nuestras vivencias, los paseos en Salum, sus

prótesis. Pero entonces lo recordé... recordé por qué iba a su casa aquella noche, recordé que había descubierto el secreto de nuestros abuelos y que mi madre era la hija de ambos y, por tanto, Celeste era mi prima. Una daga invisible laceró mi corazón que aún latía acelerado.

—¿Qué sucede? —me preguntó Nahiara cuando vio que se me había borrado la sonrisa.

—Creo que lo recordé todo —dije, y suspiré—, recordé también por qué iba a verla.

—Ibas a casarte con ella —añadió Nahiara sacándose un anillo del dedo y pasándomelo. Tenía una C y recordé que se lo había dado cuando nos despedimos la primera vez en Tarel—. Lo guardé para dártelo cuando la recordaras —añadió ella—. Sabía que lo harías, creo que es de esa clase de amores que superan todo.

—Pero es imposible —susurré con tristeza.

—¿Qué? ¿Por qué? —exclamó confusa.

—Porque somos primos —sollocé.

—¿Qué dices? —Nahiara se veía confundida.

Pasé entonces a contarle todo lo que había descubierto y por qué iba a lo de Celeste. Le conté que llevaba las cartas y las cosas de la abuela para revisarlas con ella, pero que suponía que con el accidente se habrían perdido, y ahí estaba toda la información.

—¿Estaba en una mochila con corazones? —preguntó.

—Sí —asentí.

—Se la di esta tarde a Celeste, supuse que era de ella y la había rescatado del accidente —añadió.

—¿De verdad? Bueno, pues ahora lo entenderá —suspiré.

—Bruno, ¿estás seguro? —me preguntó Nahiara.

—No encuentro otra explicación. Según lo que leí y ahora recuerdo, a la abuela la separaron de él embarazada y la obligaron a casarse para que nuestro abuelo se hiciera cargo del bebé —expliqué.

—Pero la abuela se casó en el cincuenta y nueve —comentó Nahiara pensativa.

—¿Y? —pregunté yo.

—Mamá nació en el sesenta.

—Ajá... —asentí entendiendo a dónde iba.

—Si ella estaba embarazada al casarse, ese bebé debió haber nacido en el cincuenta y nueve... —agregó.

—Exacto —murmuré—. ¿Estás segura que mamá nació en el sesenta? —pregunté.

—Sí, claro que sí. —Nahiara era excelente con las fechas—. Tuvo que ser otro hijo... Pero, ¿dónde está?

—No lo sé —me encogí de hombros.

—¿Por qué no vamos con Celeste y revisamos esos papeles? —preguntó Nahiara, y yo solo asentí. La idea de verla de nuevo, esta vez sabiendo lo que sentía por ella y lo que era para mí, hizo tambalear mi corazón.

Salimos de la casa y cuando íbamos a subir al coche me detuve asustado.

—¿Y si ya no me ama? —pregunté.

—No creo que eso pueda suceder. Es esa clase de amores que al parecer tuvieron el abuelo de ella y nuestra abuela —sonrió mi hermana—. Tranquilo, ella te ama —dijo dándome un golpecito de ánimo en el hombro.

En la mochila que me dio Nahiara estaban todas las cartas que mi abuelo le había enviado a Viviana —entre otras cosas—, lo que quería decir que Bruno las había encontrado y los traía a casa la noche del accidente. Agradecía que Nahiara las hubiera encontrado y guardado, habría sido horrible perder todo aquello.

Me pasé toda la tarde leyendo las cartas de mi abuelo, y aunque no pude terminar de hacerlo, adoré cada una de ellas. Todas me hablaban un poco de él, del hombre que en verdad fue. Cuando nos toca ser nietos o hijos de alguien, solo vemos de esa persona lo que es en nuestra vida, un abuelo, un padre, una madre, pero a menudo olvidamos que ellos fueron alguien antes que nosotros llegásemos, que tenían una vida, que se enamoraron, que vivieron. Leer esas cartas me acercaba a ese «alguien» que había sido mi abuelo, y definitivamente había sido un hombre fantástico, lo admiraba aún más.

Ambos lo fueron, por eso se amaron tanto, hasta el final y quizá mucho más allá. Vi el libro de cuentos del cual Vivi le hablaba en la carta y el anillo de compromiso con el que mi abuelo se había acercado ilusamente al señor Oliveira a pedir la mano de su hija. Él le rechazó y mi abuelito se lo mandó por carta, como testimonio del amor que no pudo ser, pero que en realidad siempre fue. También había una llave. Enseguida supe de donde era, porque la comparé con la mía y sin duda era una copia de la llave de la casita de Arsam, su refugio de amor, como dijo el tío Beto.

Con lágrimas en los ojos leí la desesperación de mi abuelo luego de mi accidente: *«Te necesito tanto a mi lado, Vivi, mi nietita está sufriendo y yo no puedo hacer nada por ella. Si pudiera le daría mis piernas, pero no puedo... y me siento tan impotente que me duele el alma. Solo una vez en la vida me sentí de esta forma y fue cuando tu padre me prohibió acercarme a ti... Odio la impotencia, odio no poder hacer nada por las personas que amo. ¡Qué*

injusta es la vida! Ella deberá cargar con este peso, este estigma que la marcará para siempre».

Seguí leyendo y llegué a la carta donde le agradecía por los materiales que me había enviado: *«Una vez más me has pintado una historia distinta con tus colores, me has demostrado tu magia. Los ojos de Celeste brillaron de nuevo cuando vio el maletín y los lienzos. Lleva pintando todos los días y ha encontrado en eso una forma de lidiar con sus problemas. ¿Qué haría yo sin ti? Estás ahora en los trazos de mi nieta, puedo verte en sus cuadritos rústicos de niña inexperta. Puedo ver tu sonrisa en sus colores, puedo ver tu pincel en sus manos... Te debo todo, mi amor. La alegría de mi nieta es gracias a ti. ¿Sabes?, le conté una historia sobre una sirena que encuentra un hombre que se enamora de ella, pero no le pide que se convierta en humana y la acepta tal cual es. Quiero enseñarle a quererse a sí misma, a aceptarse como es y a no sentirse menos que nadie, solo así podrá conseguir que alguien la quiera. ¿Piensas que Celeste un día encontrará el amor? Me preocupa muchísimo que nadie sea capaz de verla como es en realidad, que nadie sea capaz de descubrir toda la gama de colores que tiene en su interior...».*

Lloré al leerlo, lloré al confirmar mis sospechas: ellos eran quienes nos habían juntado, a Bruno y a mí. Ellos nos conocían, sabían cómo éramos, lo que soñábamos, lo que anhelábamos.

El timbre sonó sacándome de mis cavilaciones. Me dirigí a la puerta y ahí lo vi, de pie mirándome, llorando también.

—Sirenita... —murmuró, y supe que me había recordado. Me largué a llorar— ¡Oh, por Dios, Sirenita, perdóname! —exclamó entrando y cargándome en sus brazos. Nahiara entró detrás cerrando la puerta mientras nosotros solo nos mirábamos a los ojos y llorábamos.

—Dios, Bruno, pensé que jamás volverías —sollocé aferrándome con ansias a su cuello.

—¿No dijiste una vez que no creías en el «jamás»? —Sonreí, lo recordaba todo.

—Cierto, pero dije que creía en el «nosotros», y ya no había un «nosotros»... Me habías olvidado, quedé solo yo.

—No es cierto, mi mente no te recordaba pero mi corazón jamás te olvidó. —Entonces nos besamos, como si fuera el último día en la tierra, como si el mundo se fuera a terminar mañana. Su lengua atravesó mi boca juntándose con la mía y acariciándose con ternura y furia, con amor y pasión, con enojo y bondad.

—Ehm... —Nahiara nos devolvió a la realidad sonriendo—. Perdón... yo... quizá será mejor que me vaya —murmuró.

—No, quédate, aún tenemos cosas que descubrir —dijo Bruno.

—No somos primos, Bruno —afirmé entonces, y ambos me miraron—. El hijo que Viviana y mi abuelo Paco esperaban falleció en el cincuenta y nueve. Tu abuela lo llamó Franco y sus restos están enterrados en el patio de tu casa, bajo la cúpula de metal llena de flores donde ella amaba pintar.

—¿Qué? —exclamó Nahiara sorprendida.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó Bruno suspirando ansioso, como si se hubiera sacado un peso de encima.

—Descubrí el secreto de mi abuelo aquella noche en Arsam, encontré las cartas de Vivi y recordé el cuadro que estaba en la biblioteca de tu casa. Iba a contarte cuando llegaras, también pensé que éramos primos y casi me vuelvo loca, pero en una de las cartas de tu abuela ella contaba que había perdido al bebé. En la mañana del día del accidente, bien temprano, fui a la casa de mi Tío Beto para que me contara la historia y él me lo relató todo.

»Al volver, esperaba encontrarte aquí, esperándome cuando llegué esa mañana —sonreí con tristeza ante ese recuerdo que ahora me parecía tan lejano—, pero no estabas, me senté a leer un poco más de esas cartas. Eran hermosas, se contaban toda su vida, se amaban tanto... y luego me enteré del accidente —bajé la vista recordando con dolor ese momento.

—Ella fue a Salum —continuó Nahiara contándole a Bruno—, estuvo allí todos los días, se quedó contigo hasta el último día, Bruno...

—Recuerdo ese día. Me pareció que habías dicho «mi amor», pero no lo entendí y no podía confiar en mi cabeza en ese momento —añadió Bruno secando mis lágrimas con cariño.

—Lo hice —susurré.

—¿Cómo te quedaste en Salum? ¡Fue mucho tiempo! —exclamó preocupado.

—Usé mis ahorros, Bruno, los que tenía para las prótesis. Sobreviví en un hotel barato. No iba a moverme de tu lado —afirmé.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Nahiara consternada—. Hubiera podido hacer algo por ti.

—No era necesario. Además, no hablábamos casi nada. —Me encogí de hombros y bajé la vista.

—Perdóname, Celeste —añadió Nahiara mirándome con pesar—. Muchas veces me veo en el medio entre lo que creo que está bien y lo que mis padres

piensan que está bien, no sé para qué lado tirar... Sé que no te traté como te merecías.

—No te preocupes, fuiste la única que me trató de alguna manera —añadí encogiéndome de hombros y con una sonrisa sincera.

—Pero debí haber hecho mucho más que eso. ¿Comías al menos? —inquirió con pesar.

—A veces, la dueña del hotel se apiadaba de mí y me dejaba en las noches algo para comer. Yo no quería gastar el dinero, porque si se me acababa debía volver. Cuando no hubo más remedio, ya que no me recordabas y tu madre... —Hice silencio.

—¿Mi madre qué? —preguntó Bruno visiblemente afectado.

—Tu madre me dijo que no me dejaría entrar nunca a tu casa y que me alejara de una vez, pues era el momento de dejar de ser egoísta y permitir que fueras feliz. No quería dejarte, pero no tenía opción, ya no significaba nada para ti. Ella me dijo que no tenía nada más que hacer en tu vida y yo ya no tenía ni siquiera dinero para regresar. Diana me envió el pasaje y volví —relaté con pesar.

—¡Dios mío! —Nahiara lloraba—. Perdón...

—No hay nada que perdonar, tú lo has traído a mí —añadí sonriendo con sinceridad—. Y es todo lo que me importa ahora.

—Recuerdo que escuché a mi madre esa noche antes del accidente... Ella contaba que te había propuesto algo a cambio de que te alejaras de mí —mencionó Bruno entonces.

—Sí, exponer en Farsut, fama y dinero —sonreí asintiendo con amargura—. Pero no lo acepté. Fue antes de viajar a Arsam. Aun así te iba a dejar, iba a terminar contigo para que buscaras tu felicidad con alguien mejor, no quería traerte tantos problemas con tu familia. Pero luego fuimos a la cabaña del abuelo y me pediste casamiento, y no pude decir que no —sollocé mirándolo con amor.

—Dios, chicos... —Nahiara seguía llorando—. Un amor tan joven y tan corto como el de ustedes y ya atravesó por tantas pruebas.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó Bruno, y yo sonreí.

—¿Aún lo quieres? —pregunté.

—Sí, más que nunca. Pero cambiaré el anillo que te di la primera vez por otro... ¿Dónde está la caja de mi abuela? —inquirió observando mi casa.

—Allá. —Señalé la mesa sabiendo lo que haría. Él me dejó en el sofá y fue hasta la caja, buscó el anillo que mi abuelo le regaló a Vivi y me lo trajo. Se arrodilló ante mí.

—Celeste, mi chica de los colores, ¿me harías el honor de ser mi esposa para que pintemos juntos la eternidad? —preguntó, y yo sonreí y sollocé al mismo tiempo.

—Sí, por supuesto que sí, mi amor —asentí entre lágrimas. Él puso el anillo en mi dedo y nos abrazamos. Nahiara estaba emocionada y sonreía también. Entonces una sensación extraña nos envolvió—. La magia de Vivi —murmuré.

—¿De qué hablas? —preguntó Nahiara.

—Mi abuelo decía que tu abuela tenía un pincel mágico del cual lograba sacar todos sus colores. Fue así como empezaron a hablar, él le pidió que le mostrara esa magia y ella le tendió una broma pidiéndole que cerrara los ojos y pintándoselos con su pincel. Ese mismo pincel se lo envió junto con una carta mucho tiempo después, para que él no la olvidara, grabándole las iniciales VyF... Mi abuelo me lo dio a mí antes de morir diciéndome que era muy especial para él, pues era mágico y guardaba en sus cerdas todos los colores del amor, y yo, sin saber que había pertenecido a tu abuela, se lo regalé a Bruno cuando nos separamos la primera vez en la plaza de Tarel —comenté aún resguardada en los brazos de mi chico.

—Y le grabó «Tu chica de los colores» —añadió Bruno sonriendo mientras nos separábamos del abrazo para mirarnos a los ojos.

—Exacto —sonreímos ambos—. Estoy segura que mi abuelo y tu abuela dibujaron esta historia para nosotros. Estoy segura que él escribió este cuento —dije señalándonos.

—Y ella dibujó el cuadro —asentimos emocionados.

—¡Esto es tan increíble y fantástico! —gritó Nahiara emocionada—. Chicos, ya no se separen nunca más, luchen por esto, tienen demasiadas pruebas que les dicen que es lo que debe ser, que tienen un amor tan inmenso como el de nuestros abuelos.

Esa noche, entre besos y caricias, nos dispusimos a leer las cartas de mi abuelo y a buscar entre las de Vivi las respuestas de cada una. Las ordenamos por fecha y descubrimos entre los tres toda la historia de ellos, una historia de amor que no fue vencida ni siquiera por la distancia y la separación. Una historia que venció a la muerte y la vida misma.

Ya entrada la mañana, nos encontrábamos agotados pero felices. Nahiara ya estaba recostada durmiendo en el sofá y Bruno y yo aún seguíamos leyendo.

—¿Vamos a dormir? —preguntó entonces entre un bostezo.

—Vamos —sonreí asintiendo.

Él me alzó como tantas otras veces y me llevó a mi habitación. Me dejó en la cama y se acostó a mi lado, puse mi cabeza en su pecho y aspiré su aroma, sintiéndome por fin en casa, sintiéndome por fin completa.

En la mañana me despertó el olor de las tostadas y el café. Abrí los ojos pensando que Celeste se había levantado a hacer el desayuno, pero ella dormía aún. Salí y vi a mi hermana cocinando y preparando la mesa mientras leía una carta de mi abuela.

—Aun no puedo creer en todo esto —dijo sonriendo al verme—. Estoy feliz por ti, hermanito, por ustedes. Por favor, no dejes que mamá lo destruya.

—No lo haré. —La abracé por la espalda y le besé en la mejilla—. Tú tampoco deberías dejar que mamá se meta en tus cosas Nahiara, ya es tiempo de volar.

—Lo he entendido al fin —asintió ella—. No es fácil salir de su jaula cuando siempre me ha mantenido allí.

—Lo sé —asentí—. Pero verás que vale la pena.

—Estoy tan orgullosa de ti, Bruno. Te admiro —dijo sonriendo—. Entonces, ¿trabajarás? ¿De qué vivirán? Porque sabes que mamá no te dará un peso —añadió algo preocupada.

—Tengo dinero —sonreí en gesto triunfante—. La abuela me dejó bastante y lo he sabido administrar a lo largo de todos estos años.

—¿Qué? —preguntó sorprendida enarcando las cejas.

—Ya ves, era su nieto favorito... —bromeé.

—¡Cuéntame! —pidió curiosa, y entonces le conté todo sobre el fajo de dinero que me había dejado en la caja.

—¡Wow! ¡Asombroso! —añadió Nahiara—. Como si ella lo hubiera visto venir —afirmó asintiendo.

—Supongo que me conocía lo suficiente como para saber que no aguantaría vivir la vida que ellos planearon para mí. Volveré a la Universidad y conseguiré un nuevo empleo —añadí con certeza.

—Yo también tengo un empleo —agregó Celeste apareciendo desde la puerta. No estaba en su silla, pues la noche anterior la misma se había

quedado en la sala y yo la había cargado en brazos.

—¿Sí? —preguntó Nahiara sonriendo mientras terminaba de servir el desayuno para los tres.

—Hace unas semanas expuse aquí y uno de mis cuadros fue elegido para ir a Salum. Desde entonces he vendido muchísimo. Además ya tengo fechas para exponer en Farsut en dos meses.

—¡Wow! —exclamó Nahiara aplaudiendo emocionada mientras apartaba una silla para que Celeste subiera— ¡Ahora solo les toca ser felices!

—Vi ese cuadro —recordé entonces de repente—. Lo titulaste *El olvido*. Tus ojos celestes eran tan tristes, tu mirada perdida, lágrimas... y los recuerdos bajo el agua. Allí empezaron a revivir mis recuerdos, mi corazón latía tan fuerte, que creí me daría un paro, quería decirme algo pero mi cerebro no lograba procesarlo.

—Todo es magia —agregó Nahiara, y sonreímos.

Continuamos la mañana revisando cartas y sonriendo al imaginar a nuestros abuelos hablando de nosotros. Entonces, entre las cartas de mi abuela encontramos una parte de una carta que yo había leído una vez. Y entre las cartas del abuelo, encontramos la otra mitad. No podíamos explicarnos cómo llegó a partirse en dos y por qué una parte estaba en la caja de mi abuela y la otra en manos de Paco, pero a esas alturas ya creíamos en la magia que era producto del amor inmenso con el que se amaron y con el que nos amaron.

Salum, 10 de febrero de 2004

Mi amado Francisco:

Entiendo tu desesperación ante el problema de tu Sirenita, pero si tú desesperas, ¿en quién podrá confiar ella? No decaigas, debes ser fuerte para ella, debes infundirle el coraje que necesita.

Todos somos iguales y todos somos diferentes a la vez, vivimos en un mundo contradictorio, donde desde pequeño te enseñan que eres especial, que eres único, pero sin embargo te ponen uniformes y te identifican con números. Todos somos iguales y todos somos diferentes.

Cuando te dice que es una niña incompleta, recuérdale que nadie está completo, somos seres incompletos... A algunos les falta alegría, a otros les sobra bondad, unos no pueden oír, otros pueden hacerlo pero están tan ensimismados que no son capaces de escuchar nada que no sea su propia mente. La pena es que luchamos siempre por igualarnos, desde la ropa hasta lo que comemos, la moda nos hace robotitos en

serie, pero el truco está en aprender a amar eso que nos hace diferentes, porque es lo que nos hace únicos. Muéstrale eso y lograrás que halle la felicidad.

Dile que todo en esta vida depende nada más que de ella. Su inteligencia y su carisma la llevarán a rodearse de personas únicas y luminosas que podrán ver más allá de las limitaciones físicas y hallarán en ella el tesoro que lleva dentro. Dile que yo sé que entre todas esas personas, un día conocerá el amor, porque el amor no entiende de diferencias, no entiende de limitaciones, no entiende de discapacidades... El amor solo entiende de corazón, y ella tiene uno hermoso, lleno de colores y listo para entregárselo a un joven capaz de verlo, de disfrutarlo, de adorar ese corazón y de cuidarlo como si fuera su propia vida.

Quizá nosotros no tuvimos un final feliz, pero nuestra historia puede no ser en vano. Si pudiéramos ofrecer este sacrificio de amarnos en la distancia y en el tiempo, de no poder estar juntos, de no poder darnos la mano para que tu Sirenita y mi Bruno un día encuentren un amor tan grande como el nuestro... y ellos sí, puedan vivirlo.

Te amo, como siempre, desde siempre y para siempre ...

Viv. O

Ambos nos abrazamos y nos pusimos a llorar. Ella había entregado su sufrimiento en sacrificio por nuestra felicidad. Celeste mencionó que había estado unos meses sin mí y se había sentido morir. Ellos habían estado separados toda una vida, y aun así lo hicieron, se amaron hasta el final.

Luego de tanta emoción, Nahiara decidió volver a la mansión y dejarnos solos, dijo que tenía que poner en orden su vida. Nos quedamos uno en brazos del otro, asimilando el amor que habíamos heredado de la historia que nos precedía, asimilando los secretos descubiertos y la magnitud de dos personas que fueron tan importantes en nuestras vidas, que nos conocieron a ambos, que se amaron tanto y nos amaron tanto, que nos legaron un futuro lleno de colores que ellos solo pudieron imaginar. La miré a los ojos y me sonrió con su mirada. La felicidad y las lágrimas aún interferían en nuestras conversaciones, todo era demasiado fuerte, emociones demasiado intensas...

—Te amo, Celeste Maldonado, desde siempre, como siempre y para siempre. Y no me importa si no crees en la palabra «siempre», nuestros abuelos nos han enseñado que existe —murmuré tomando su rostro en mis manos con cariño y devoción.

—Creo... porque este amor simplemente no puede terminar —añadió ella sonriendo.

Nos besamos, eternamente, en un beso lento, un beso profundo, un beso tierno, que pasó por todos los tonos pasteles antes de convertirse en rojo. Antes de explotar de pasión. La tomé en mis brazos, la llevé a su habitación y la recosté con cuidado en su cama. Nos miramos, nos besamos, nos acariciamos, nos probamos, nos amamos. Nuestras almas y nuestros cuerpos se abrazaron en una danza única guiados por nada más que el amor y el deseo de fundirnos en uno solo, de encontrarnos en el otro, de abrazarnos, de sentirnos plenos y eternos.

Nos quedamos allí, desnudos, en esa especie de burbuja atemporal de placer en la que nuestras pieles aun sabían y se sentían como una sola después de amarnos, en ese halo de misterio en el cual las partículas del aire aún olían a nosotros, mimándonos, acariciándonos, abrazándonos.

—De luna de miel... —empezó a hablar Celeste.

—Lo sé, quieres ir a Arsam —sonreí.

—Era el rincón de ellos. Allí se amaron, allí hicieron al pequeño que adoraron, incluso aunque no haya vivido —añadió.

—Los imagino en el cielo, sobre las nubes... Mi abuela con su niño en brazos, tu abuelo contándole un cuento a ambos.

—Un cuento sobre una sirena llamada Celeste y un hombre que se enamora de ella más allá de todas las diferencias que los separa. Una historia sobre un amor victorioso que triunfa sobre el tiempo, que inició en un pasado lejano, se consolida en el presente y se afianza en la esperanza de un futuro eterno —dijo Celeste soñadora, mirando al vacío como si recordara las palabras de su abuelo contándole esa historia.

—Estoy seguro de que donde estén son felices ahora. —Me acerqué a besarla.

—Tú me haces feliz, Bruno. Gracias por regresar —dijo sonriendo y acariciando mi cabello con dulzura.

—Uno no puede olvidar a dónde pertenece, y yo pertenezco a tu corazón —dije, y la besé.

Cuando mis padres se enteraron de que iba a casarme con Celeste y de que no regresaría a Salum, a mi madre casi le da un ataque. Nahiara me contó que se volvió loca y que incluso tuvieron que llevarla al médico y sedarla. Mi papá no me habló por mucho tiempo, y no supe lo que pensaba hasta la mañana del día del casamiento.

—Bruno... —Su voz al teléfono luego de tanto tiempo me pareció surreal.

—Papá... —murmuré sorprendido.

—A veces uno entiende tarde muchas cosas, hijo —dijo solemne—. Ya es tarde para mí, para buscar mi felicidad, para correr tras lo que me hacía sentir vivo, tras lo que me daba ganas de seguir adelante.

—¿De qué hablas? —pregunté curioso.

—También fui joven, y tampoco quise estudiar ingeniería. ¡Quería ser chef! —¿En serio? ¿Mi papá quería ser un chef?—. Cuando se lo dije a mis padres pusieron el grito en el cielo, me escapé. Viajé a Partania con un amigo y me inscribí en la Escuela de Cocina. Conocí a una chica, me enamoré... Pero entonces mi padre enfermó gravemente y opté por regresar y hacer lo que él había querido que hiciera.

—Entonces, ¿no regresaste porque te habías dado cuenta de tu error como siempre dijiste? —cuestioné confundido.

—No... supongo que... fui un cobarde —suspiró—. Siempre pensé que Alejandro quería esto, por eso lo guie en mis pasos, pero cuando él se fue y solo quedaste tú, yo no quise hacerlo. Siempre fuiste distinto, siempre quisiste volar, y no quería ser yo quien te cortara las alas. Pero otra vez fui cobarde y dejé enmascaradamente que tu madre lo hiciera, Bruno... Perdóname.

—Papá... —murmuré con tristeza.

—Estoy orgulloso de ti, Bruno. Has tenido el coraje de defender tu vida y luchar por tu felicidad —añadió, y me emocioné al escuchar aquello—. Te

llegará un regalo de bodas hoy, hijo —habló con la voz triste—. Y espero que si logras perdonarme, no me dejes fuera de tu vida.

—Por supuesto que no, papá —agregué, y luego de una despedida un tanto sentida y emocionante, cortamos.

Aunque siempre estuvo distante, era mi padre y lo quería. Me hacía bien saber que finalmente me apoyaba. Mi madre, por su parte, seguía en su postura rígida e inflexible. Hacía un tiempo me había dicho que me olvidara de ella para siempre. Esperaba que un día recapacitara, a pesar de todo, siempre sería mi madre, y a mí no me gustaba estar así con ella.

El timbre sonó y yo salí a ver de quién se trataba. Hacía tiempo que vivía con Celeste, ya que mamá no me dejaba volver a la casa de Tarel. Ella aún no despertaba, pero cuando lo hiciera iría a cambiarse donde Diana; ella y Nahiara habían insistido con eso de que no debía ver a la novia antes de la ceremonia.

—Señor Bruno —saludó Martín, uno de los empleados de mi padre—. Esto se lo envía su padre. —Entonces me entregó unas llaves.

No entendí hasta que vi el auto que venía atrás del auto de mi padre. Martín me lo señaló y sin decir nada más subió al auto de mi padre, que era manejado por Federico, otro de los choferes, y se fueron.

«¿Un auto?», pensé. ¡Qué raro! Lo miré por fuera y vi que obviamente era de la empresa de papá. Celeste, aún adormilada pero ya en su silla, salió a mirar.

—¿Qué es? ¿Un auto? ¿De quién? —preguntó siguiendo la línea de mi mirada y las llaves en mis manos.

—No lo sé, me lo envió papá, y hace un rato llamó a decir que era el regalo de bodas —informé.

—¿En serio? —preguntó, y solo asentí. Entonces fui hasta el vehículo y cuando abrí la puerta lo entendí.

—¡Ven aquí! —grité emocionado.

Celeste se lanzó por la rampa que llevaba al portón de la casa y se acercó.

—¡Es para ti! —sonreí—. Lo mandó acondicionar para que lo puedas manejar. Estas son las palancas manuales que suplen los pedales, ¡y mira esa puerta! —exclamé señalando una mientras apretaba un botón y la abría: tenía una rampa para que pudiera subir la silla sin problemas.

—¿De verdad? ¿Podré manejar mi propio auto? —Celeste estaba visiblemente emocionada.

—Obviamente, primero te enseñaré a hacerlo —sonreí abrazándola con ternura, y procedí a contarle lo que me había dicho papá.

Había llegado el momento y yo me encontraba de pie frente al altar de la Catedral de Tarel esperando a que mi bella novia apareciera por la puerta. Luego de la ceremonia festejaríamos con los amigos íntimos en casa de la mamá de Celeste y después iríamos de luna de miel a la cabaña de Arsam. Celeste entraría de la mano de su padre y Nahara y Diana serían sus damas de honor. Tomy traería los anillos.

Y entonces la música comenzó a sonar. Me giré para verla entrar, para no perderme ni un solo minuto de su trayecto hasta mí.

Entonces la vi, vestida de blanco, flotaba como si estuviera sobre una nube, sus ojos tan celestes y brillantes, eran el único contraste a tanto blanco. Su vestido era parecido al de una princesa, pero ella no estaba sentada. Caminaba con dificultad del brazo de su padre, entonces lo recordé.

Había visto las prótesis unas semanas atrás pintarrajeadas y guardadas en el placar. Cuando le pregunté por ellas me dijo que se las enviaron de la clínica pero nunca fue a hacer las rehabilitaciones que debía, por lo que no las utilizaba. Ahora podía entender los misteriosos viajes con Nahara a Salum: habían ido varias veces, supuestamente a ver vestidos de novia... En realidad estaba practicando para entrar caminando junto a mí. La amé por ello, no por caminar, sino por esforzarse tanto para darme una sorpresa.

Le sonreí, ella me sonrió a mí. La vi caminar, esforzarse para llegar. Una vez más me estaba dando una lección allí, con cada paso que tomaba me estaba recordando que nada resulta fácil a la primera, que todo lo que vale tiene un costo, y no siempre ese costo se paga con dinero. Pensé en mi abuela y en Paco, en como tuvieron que sacrificar sus vidas en una época donde no podían ser libres para amarse. Sin embargo, aun así lo lograron, se amaron hasta el final. Pensé en mi padre, sacrificando su felicidad por los deseos de su propio padre. Pensé en mi madre, sacrificando siempre su vida por el qué dirán y sus cargos políticos.

Entendí que todo en esta vida implica un sacrificio —aun aquello que no vale la pena—, y lo único que nos diferencia a los que somos felices de los que no lo son es definir correctamente el por qué luchar. ¿Vale la pena luchar por un reconocimiento? ¿Vale la pena luchar por el poder o el dinero? ¿Por un puesto? Cada quién elige sus propias luchas y sus sacrificios. Para mí, vale la pena luchar por el amor, por las personas que amamos, por los seres queridos. Como mi abuela, que luchó por mí, por enseñarme colores distintos a los que mi familia me mostraba. Como Paco, que luchó por Celeste y le dio ganas de

vivir, de seguir adelante, de alcanzar sus sueños. Como ellos, que lucharon por su amor y se ayudaron mutuamente a llevar sus cargas pesadas a pesar de las distancias y la separación física.

Miré a Nahiara, entraba tras Celeste sonriendo y le daba un guiño a Benny, su eterno amor a quien había decidido buscar solo para pedirle perdón por haberlo abandonado así. Decía que nunca podría ser feliz si no se disculpaba por haber sido tan insensible. Y encontró más que el perdón, porque del perdón renace el amor.

Volví a fijarme en los ojos celestes de mi sirena, que caminaba hasta mí con lentitud pero con firmeza. Le sonreí de nuevo, ella también me sonrió. No pude evitar cuestionarme cuántas veces nos dejamos llevar por el exterior de una persona, cuántas otras nos alejamos de alguien solo porque ese alguien es diferente y eso nos incomoda.

¿Qué significa ser diferente? Si ser diferente es ser especial, todos somos diferentes y todos somos especiales. Mucha gente a lo largo de su vida se alejó de ella solo por ser discapacitada, porque la gente tiende a buscar lo fácil, lo que conoce, lo que maneja. ¿Cuántas veces me cuestionaron lo que estaba haciendo o me miraron raro solo porque elegí a una chica discapacitada para ser la mujer de mi vida? A toda esa gente me gustaría gritarle que nunca estuve tan seguro de lo que estoy haciendo como hasta ese momento. Que el cuerpo es solo una caja en donde habita nuestra alma, y no importa si a esa caja le falta o le sobra algo, es nuestra alma lo que importa, nuestra personalidad, lo que somos, cómo pensamos.

Me gustaría gritarle a todo el mundo que se animaran a acercarse a chicas y chicos como Celeste, a escucharles, a compartir sus vidas, a ser parte de sus mundos, a tratarlos como iguales, porque ellos tienen mucho que contar y nosotros mucho por aprender. Me gustaría decirles que no tengan miedo, que podrían encontrar un mejor amigo o amiga, y en el mejor de los casos, un gran amor, como me pasó a mí. Porque si hay algo que no entiende de diferencias es justamente el amor.

Celeste llegó a mí, se aferró a mi brazo. Su padre la besó en la mejilla y la dejó conmigo.

—Llegué —susurró—, lo siento si esperaste demasiado.

—Esperaría toda la vida por ti —le sonreí orgulloso.

Fue un diez de febrero del año dos mil diecisiete, en el cielo se celebraba el cumpleaños de mi abuela, el aniversario de que se conocieron y de cada carta que se enviaron durante muchos años. Y en la tierra era el día en que Celeste y yo nos juramos ante el altar amor eterno.

Epílogo

—Ser una persona discapacitada no es sencillo, aunque creo que el simple hecho de ser una persona no lo es. Como todos, tuve muchas facetas en mi vida, algunas buenas y otras no tanto, tiempos donde me pregunté si alguna vez podría tener una vida normal, formar una familia, amar y ser amada. Mi abuelo me prometió que lo lograría y de alguna forma cumplió su promesa.

»Bruno y yo llevamos siete años de casados; tenemos un hijo de cuatro años y una beba en camino. Nuestro pequeño se llama Franco, en honor a un niño que no pudo ver la luz del sol y que no vivió para recibir el amor que sus padres se tenían y le tenían. Somos un matrimonio como cualquier otro, con sus altibajos, con sus luchas diarias, con sus dificultades y con sus peleas, pero también con sus palabras de amor, sus momentos de romance, sus encuentros de pasión y sus sueños de vivir juntos hasta que la muerte los separe y, en nuestro caso, mucho más allá de eso.

»Franco y la beba son la extensión de nuestro amor, pero también del de nuestros abuelos, llevan la sangre del abuelo Paco y de la abuela Vivi, cuya historia solemos contarle a Franco, para que desde pequeño crea en la magia, en el amor y en los sueños.

»Bruno y yo hemos decidido mandarlo a una escuela donde se respete la inclusión, entonces Franco tiene compañeros discapacitados a quienes él no ve como diferentes, ya que en algunos casos son parecidos a mí y en otros solo tienen otra situación.

»Porque chicos, las diferencias solo están en nuestra mente y en la sociedad. Si como sociedad respetáramos más a las personas con discapacidad, no existirían tales diferencias. Si mañana, cuando vayas al centro comercial o al supermercado, no estacionas en el sitio que está reservado para personas con discapacidad, si no bloqueas con tu auto las rampas para las sillas de ruedas, si cuando ves a alguna persona invidente intentando cruzar la calle le das una mano, las diferencias serían menos

notorias y la vida sería más sencilla para todos. Pero en una sociedad que no está preparada para las diferencias físicas, que no tiene los requerimientos necesarios y además cuya gente es irrespetuosa, todo se torna aún más difícil y nosotros nos sentimos aún más diferentes.

»Pero sobre todo, la diferencia está en nuestra mente y nuestra actitud. En la nuestra, la de las personas con discapacidad, pues a veces nos sentimos y creemos inferiores permitiendo que nuestra autoestima decaiga, sintiéndonos incapaces, rindiéndonos, sintiéndonos poca cosa, dando paso así a que los demás creen solo lo que nosotros proyectamos. Y también en la de los que no tienen ninguna discapacidad, aquellos que nos tienen lástima y nos consideran menos sin darnos la oportunidad de ser, y que a veces, por miedo, ni siquiera se acercan a hablarnos.

»Yo tuve la suerte de encontrarme con Bruno, que no vio en mí lo que me faltaba sino aquello que me sobraba, amor, esperanza, ganas de vivir y ser feliz... y eso bastó para él.

»Muchas veces no necesitamos ser discapacitados para sentirnos inferiores, para pensar que no podemos lograr algo, y por eso hoy les digo, chicos: no importa si eres como yo o como Bruno, no hay nada imposible para nadie que de verdad lo crea, que de verdad lo quiera, que de verdad lo intente. La discapacidad más peligrosa radica en el pensamiento y en la actitud. Si crees que tienes una limitación, la tendrás y vivirás atado a ella para siempre.

»Por tanto, liberen sus pensamientos, liberen todos sus colores, mézclenlos en la paleta de la vida y pinten con ellos un nuevo cuadro cada día, sin miedo. Donde cada uno elija a dónde quiere ir y qué quiere lograr, donde cada quien sea el artista de su propia obra, de su propia vida.

Los aplausos llenaron el auditorio y sonreí. Llevaba dos años dando clases de Arte en la Escuela Secundaria de Tarel. Durante todas las clases —y mientras los chicos trabajaban—, yo les contaba mi vida, mi historia. Era una escuela inclusiva, y me encantaba poder encender los corazones de todos esos chicos. El timbre sonó y cada quien se preparó para marcharse, era la última clase del año.

—Gracias por todo, profesora Celeste —reconocí su voz incluso sin mirarlo.

—De nada, Alejo —sonreí mirándolo.

—Mi vida ha cambiado desde que la conocí. Gracias a usted pude darme cuenta de todo cuanto antes no podía —añadió.

—Me alegro haberte ayudado. —Sonreí con ternura.

—¿Vamos, Ale? —La niña trigueña de pelo lacio y largo hasta la cintura cargaba la mochila de su compañero, quien caminaba con muletas, pues había nacido sin una de sus piernas.

—Claro, Marcela. ¿Vamos a tomar un helado? ¡Yo invito! —El chico me guiñó el ojo y pude ver el sonrojo en la carita de la muchacha.

—Eso suena genial —respondió.

Los vi marcharse, sintiendo que había acumulado un logro más a mi vida. Si podía cambiar la forma de pensar de una sola persona en este mundo con respecto a las personas discapacitadas, si podía regalar una pizca de esperanza, me sentía inmensamente feliz y sentía que todo había valido la pena. Y Ale y Marcela eran prueba de que el año no había sido en vano.

—¿Cómo está la maestra de arte más *sexy* del país? —Bruno se apareció en la puerta con su sonrisa radiante.

—Feliz —sonreí—. Satisfecha.

—¿Ya? Pero si aún no te he hecho nada —se quejó bromeando.

—¡Eres un tonto! —dije mientras iba hacia él en mi silla. Ahora alternaba indistintamente entre la prótesis y la silla, pero con mi panza enorme de ocho meses de embarazo y con todo el cambio en el centro del equilibrio que eso conllevaba, me era más fácil y seguro movilizarnos a ambas en la silla—. Compórtate, estamos en una escuela —susurré como si lo regañara.

—Siempre quise acosar a una maestra —respondió también susurrando, y le sonreí negando.

Nos besamos y salimos de allí para buscar a Franco en el pabellón de enfrente, en la parte de Primaria y Nivel Inicial. Luego iríamos a casa a almorzar juntos en familia, a compartir, a jugar. A disfrutar de la vida, a pintar como siempre, un nuevo cuadro cada día.

La chica del pincel mágico

De Paco para Vivi



Había una vez un joven cuyos ojos solo podían ver en blanco y negro.
Este muchacho no conocía los colores.



Un día el joven vio a una criatura muy extraña, se parecía mucho a las demás chicas que él conocía, pero sus cabellos no eran negros, sino de un color que desconocía por completo.



Un día el joven se acercó a la muchacha y le habló:
—Disculpa, ¿de qué color son tus cabellos?
La chica lo miró confundida y luego sonrió.



—¿No sabes los colores? —preguntó.
—Solo puedo ver en blanco y negro —contestó el joven.
—¡Qué pena! ¡Eso es muy triste! —exclamó la muchacha.



—¿Tú puedes ver muchos colores? —quiso saber el chico.
—¡Yo puedo ver todos los colores! —exclamó ella feliz.
—¿Podrías ayudarme a verlos?
—¡Claro que sí! —asintió.



Luego sacó de su bolso un pincel gordo y dorado y miró al joven.
—Este es un pincel mágico, cuando lo pase por tus ojos podrás ver todos los colores.



Entonces el joven cerró los ojos y la joven pasó el pincel por ellos.
Cuando los volvió a abrir quedó maravillado por los colores que le rodeaban y le
pidió a la muchacha que le enseñara los nombres.



La chica caminó con él por toda la ciudad mostrándole las cosas y sus colores.
—¡El cielo es del color de tus ojos! —exclamó.
—Pero yo no puedo ver mis ojos —añadió el chico.



La joven tomó un espejo de su bolso y se lo pasó, así él pudo ver el color de sus
ojos.
Pero se puso triste al notar que sus labios no tenían color alguno, no como los de
ella,
que tenían el color de las fresas.



—¿Por qué mis labios no tienen color? —preguntó el joven, y la chica lo pensó.
—¡Quizá te falta un beso! —exclamó.



—¿Qué es un beso? —preguntó el chico, y entonces la muchacha juntó sus labios con los de él para compartir el color de los suyos.
—¡Ahora sí! —exclamó feliz.



—Te regalo el pincel mágico para que nunca te olvides de mí
—dijo la muchacha cuando se tuvo que ir—.
En él están mis colores, que ahora son parte de ti.



El joven se sintió triste cuando la vio partir, entonces corrió tras ella y la detuvo:
—¡Te regalo mi corazón, que ya late por ti!



—Pero no puedes vivir sin tu corazón —dijo ella preocupada.
—Tampoco puedo vivir sin ti.

Glosario

DONA, rosquilla, también llamada donut o berlina.

PLACAR, armario empotrado.

QUINCHO, cobertizo con techo de paja sostenido solo por columnas, que se usa como resguardo en comidas al aire libre.

REMERERA, prenda informal que suele tener mangas cortas y que, por lo tanto, se utiliza en el verano (camiseta).



ARACELI SAMUDIO (Asunción, Paraguay). Nació en Asunción (Paraguay), donde vive actualmente. Mujer, madre, esposa, docente, emprendedora y amante de las letras, se considera a sí misma como un alma en constante movimiento. Artista y creativa por naturaleza, siempre está buscando dar forma a las ideas que se van formando de manera ininterrumpida en su mente y en su corazón, encontrando en las palabras la forma de liberarlas.

En el año 2017 publica las novelas *La chica de los colores* y *Tu música en mi silencio*, ambas pertenecientes a la serie «Amor en un mundo inclusivo». En septiembre del mismo año publica *Sueños de cristal*, en coautoría con Carolina Méndez. En 2018 publica *Con los ojos del alma*, tercera obra de la serie «Amor en un mundo inclusivo».

Escribe principalmente romance y novelas juveniles, aunque ha incursionado también en la fantasía y el paranormal. Impregnada en tinte romántico, le gusta escribir historias con personajes y temas reales de la vida cotidiana y, sobre todo, busca dejar con ellas una huella de esperanza o un mensaje inspirador en el alma de cada lector.

· ARACELI SAMUDIO ·
se
LA CHICA DE LOS
Colores



Lectulandia